AMOS DEL MUNDO

Una historia de las conspiraciones

JUAN CARLOS CASTILLÓN

El mundo está lleno de gente que cree que *Lady* Di fue asesinada por los servicios secretos británicos, que el sida fue una creación de un laboratorio en Estados Unidos, que los hombres no llegaron en realidad jamás a la luna o que nuestro planeta está gobernado en la sombra por un grupo elitista formado por *Bildebergs*, masones, *Illuminati*, jesuitas, millonarios judíos como Rockefellers o Rothschilds, o por miembros de la fraternidad *Skull and Bones*. Son la misma gente que «sabe a ciencia cierta» que la Historia Oficial está llena de mentiras y que la Verdad (con mayúscula) se encuentra en libros como los *Protocolos de los sabios de Sión* o *Los diarios de Turner*. Puede que sean una minoría, pero no se trata ya de una minoría insignificante ni silenciosa.

¿Por qué tanta gente cree en conspiraciones? Escrito por alguien que creyó en ellas en su juventud, *Amos del mundo* responde a esta pregunta explorando en las fuentes de la historia, la literatura, de Benjamin Disraeli a Alexandre Dumas o Stendhal, y la cultura popular televisiva o cinematográfica, de *Los Simpsons* a *Expediente X*.

Un libro fundamental para examinar el origen y los mecanismos que han dado lugar a las teorías conspirativas, y reflexionar al mismo tiempo sobre las razones que pueden conducir a la gente más normal y razonable a creer en las tesis más inverosímiles.

Juan Carlos Castillón Martín

Amos del mundo

Una historia de las conspiraciones

ePub r1.0
Sele_MA 08.04.2024

Título original: *Amos del mundo. Una historia de las conspiraciones*
Juan Carlos Castillón Martín, 2006
Fotografía del autor: Joan Borras
Retoque de cubierta: Sele_MA

Editor digital: Sele_MA
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Primera parte
UN TEMA DE NUESTRO TIEMPO: CONSPIRACIÓN Y CULTURA POPULAR

1
Noviembre de 2004: el hombre más poderoso del mundo es escogido entre dos candidatos de una misma logia

2
«Los Simpsons» y «Nikita»: cultura popular y conspiración

3
Conspiraciones norteamericanas, conspiraciones europeas y la Gran Conjura

4
McVeigh, mi abuelo y yo

5
Problemas de método

Segunda parte
ORÍGENES DE LA GRAN CONJURA

6
La Francia prerrevolucionaria: el marqués de Lantenac sabía que el ancien régime era mejor…

7
La Revolución francesa: de la reforma a la rebelión

8
El duque de Orleans, nieto de regente, padre de rey y conspirador: la conjura que sí existió

9
Barruel y Robison. La conjura masónica denunciada

10
Adam Weishaupt y los Illuminati de Baviera

11
Un aparte medieval: los templarios no fueron ni pretendieron ser una sociedad secreta

12
La francmasonería: de los jacobitas a los jacobinos

13
Napoleón y los judíos. El emperador restablece la paz religiosa y es acusado de ser el Anticristo

14
Los conspiradores desechados: los protestantes franceses y el capitalismo anglosajón

Tercera parte
EVOLUCIÓN DE LAS TESIS CONSPIRATIVAS

15
Maurras y la Action Frarwaise: los partidarios de la Casa de Orleans denuncian la conjura masónica

16
El siglo XIX: siglo de sombras y sociedades secretas

17
Los métodos de la subversión al servicio de la reacción: los Chevaliers de la Foi

18
España y las Américas: del duque de Wharton a Francisco de Miranda

19
Jesuitas: los hombres de negro y la conspiración reaccionaria

20
Del desprecio al odio: el antisemitismo se transforma

21
Llega Satanás: Leo Taxil, la literatura «fumiste», el general Pike y el Ku Klux Klan

22
La excepción norteamericana: el sospechoso católico

23
El banquero conspirador: Rothschild, Rockefeller, Cecil Rhodes y Skull and Bones, ¿es necesaria una sociedad secreta para triunfar cuando se es estadounidense, blanco y, sobre todo, multimillonario?

24
El siglo XIX nos dejó todo lo que era necesario saber sobre las sociedades secretas… «están todos»

Cuarta parte
LOS MECANISMOS DE LA SOSPECHA

25
Siglo XXI: el siglo del globalismo

26
¿Cómo son los sospechosos?

27
¿Quién y cómo denuncia las conjuras?

28
Una revisión de la excepción norteamericana

29
Recursos de la narrativa conspirativa: de las malas novelas a los ensayos sin documentación
30
Dios se ha ido —o lo han expulsado—, solo quedamos los hombres… y, si tenemos suerte, tal vez el diablo…
31
«Estamos todos», una frase revisitada
Sobre el autor
Notas

A mi abuelo y a los primeros constructores del metro de Barcelona, por todos los sustos que me dieron cuando era un niño. Al marqués de Lantenac, al padre Rodin, a René de Aramis y los demás personajes que alegraron mis lecturas sobre conspiraciones. A mi familia, por su paciencia.

«Están todos…».

MARÍA ANTONIETA, reina de Francia

… Que en consecuencia, se prometen en menos de un siglo ser *amos del mundo*, abolir todas las sectas para que reine la suya, hacer sinagogas de la Iglesia de los cristianos, y reducir el resto de la gente a una auténtica esclavitud.

Carta del capitán SIMONINI
al padre AUGUSTIN BARRUEL, S. J.

Primera parte

UN TEMA DE NUESTRO TIEMPO: CONSPIRACIÓN Y CULTURA POPULAR

1

Noviembre de 2004: el hombre más poderoso del mundo es escogido entre dos candidatos de una misma logia

TIM RUSSERT: Ustedes dos pertenecen a *Skull and Bones*, una sociedad secreta de Yale. ¿Qué nos dice eso?

JOHN KERRY: Uy, no mucho, porque es un secreto. [Risas del público].

Meet the Press, 31 de agosto de 2003,
entrevista con el candidato a la presidencia John Kerry.

TIM RUSSERT: Ustedes dos pertenecen a Skull and Bones, la sociedad secreta.

GEORGE W. BUSH: Es tan secreta que no podemos hablar sobre ello.

RUSSERT: ¿Qué significa eso para América? Los teóricos de la conspiración se van a volver locos.

BUSH: Seguro. No lo sé. Aún no he visitado el website. [Risas del público].

Meet the Press, 8 de febrero de 2004,
entrevista con el presidente George W. Bush.

Recuerdo la fecha exacta en que comencé a escribir este libro, el 3 de noviembre de 2004, el día en que se confirmó la victoria de George W. Bush en las elecciones presidenciales estadounidenses. Hijo de presidente y nieto de senador, George W. Bush era confirmado como el hombre más poderoso del mundo. Hasta ese momento yo había estado esperando a ver si tenía o no que sentarme a revisar un texto anterior, dedicado a la historia más reciente de los Estados Unidos. Fui así uno de los pocos españoles que tuvo motivos de alegrarse por la victoria republicana. A pesar de lo mucho que se parecía a su rival, una victoria de John Kerry, el rival de Bush, me hubiera obligado a reescribir una buena parte de aquel otro libro.

Las elecciones presidenciales estadounidenses de 2004 fueron el escenario del enfrentamiento de dos millonarios que habían heredado sus fortunas, crecido en el privilegio, graduado en Yale y eran miembros de una misma sociedad secreta —la fraternidad Skull and Bones (Calavera y Huesos)—. Para completar el paralelismo entre ambas candidaturas, los dos aspirantes a la vicepresidencia estadounidense — Richard Dick Cheney y John Edwards— habían asistido en su día a reuniones del grupo *Bilderberg*.

Los dos candidatos eran suficientemente parecidos en sus orígenes como para que sus declaraciones sobre los *Skull and Bones* fueran intercambiables. De haber ganado Kerry habría sido el cuarto miembro de esa sociedad electo como presidente de los Estados Unidos, y el primero en serlo en una candidatura demócrata. Todos los demás presidentes procedentes de esa sociedad, William H. Taft, en el siglo XIX, y los dos miembros de la familia Bush, han sido republicanos.

La misma semana de las elecciones estadounidenses la portada del *Nouvel Observateur* francés, una revista seria y responsable, estaba dedicada a los escándalos de la masonería en Niza: «[Se] plantea de nuevo el problema de la influencia de la francmasonería en el buen funcionamiento de la justicia».

Ese mismo mes la portada de la edición española de *FHM*, el tipo de revista que no necesita ser leída para ser disfrutada, ofrecía en portada una foto de la actriz Alissa Milano en una postura más que atractiva, un consejo que pocos debieron de seguir —«Mírala a la cara»— y la información de que a *Lady* Di la habían matado los extraterrestres. La noticia sobre *Lady* Di procedía de un artículo sobre las conspiraciones. Era una noticia estúpida. Los que siguen de cerca conspiraciones y tesis conspirativas creen — en realidad «saben»— que a *Lady* Di la mató el Mossad, en complicidad con el MI-5, por encargo de la familia real británica. Tesis improbable pero que nos recuerda la poca gente que acepta en Inglaterra que *Lady* Di muriese de accidente: una encuesta del *London's Evening Standard*, efectuada el año 2004, indicaba que el 43 por ciento de los 4170 encuestados creía que Diana había sido asesinada.

Un mes antes la portada de *Clio*, una revista quizá menos seria que *Le Nouvel Observateur*, pero que supongo más seria que *FHM*, estuvo dedicada a *Los amos del mundo*, con una portada llena de símbolos masónicos, extraídos del diseño de un billete de dólar. No he leído el artículo pero supongo que hace notar que ese billete lleva impreso el año en que se creó la Orden de los *Illuminati*, 1776. Algo que es cierto y sería incluso sospechoso si aquel año no hubieran pasado otras cosas que justificaran su presencia en ese billete, como — es posible que también eso haya influido en el diseño del billete— la independencia de los Estados Unidos.

Basta con echar una ojeada a cualquier mesa de novedades en una gran librería para ver una veintena de títulos directa o indirectamente ligados con tesis conspirativas. Libros sobre el servicio secreto vaticano o sobre los masones. A veces puede verse uno escrito por un historiador serio, veo uno de César Vidal, pero está

rodeado por una veintena de libros sobre templarios, novelas populares sobre secretos medievales, guardados durante siglos por oscuros grupos de neotemplarios, o sobre reyes merovingios descendientes de Cristo, *Illuminati*, conjuras y secretos centenarios que siempre incluyen suficientes elementos cultos — los más sencillos y fáciles de identificar— para que el autor de la faja que rodea el libro pueda compararlo con Umberto Eco o Dan Brown, y a veces incluso con los dos en una misma frase.

Las conspiraciones, o en su defecto las tesis conspirativas, nos rodean. ¿Qué es una conspiración? ¿Qué es una tesis conspirativa? Conspiración viene del latín *conspirare* «respirar juntos». Desventajas de haber heredado una biblioteca básicamente francesa, puedo saber en qué momento apareció en el idioma de nuestros vecinos mejor que en el nuestro. *Conspiration* aparece durante el siglo XII, alrededor del año 1160. *Conspirateur*, con el sentido de *celui qui maquine* (el que maquina) fue usado por primera vez en 1302. A partir del siglo XVI un conspirador pasa a ser no solo el que maquina sino el que lo hace contra el poder. Por su parte, para la Real Academia Española *conspiración* es: 1. *f. Acción de conspirar (unirse contra un superior)*, y 2. *f. Acción de conspirar (unirse contra un particular).*

Conspirare, originalmente «respirar juntos», implica cercanía, incluso intimidad. Hace falta realmente compartir mucho, la existencia de una complicidad profunda, para que dos o más personas coincidan en los riesgos que implica la definición del artículo 17 del código penal español de 1995: «La conspiración existe cuando dos o más personas se conciertan para la ejecución de un delito y resuelven ejecutarlo». A pesar del más común de sus usos actuales, el término no tenía connotaciones negativas en la Antigüedad clásica. La primera acepción de *conspiratio* que aparece en mi diccionario de latín-español es «acuerdo», «unión». Mi viejo *Vox*, recuerdo de un bachillerato de letras que aún incluía el latín, lista como primeras acepciones del verbo *conspiro*: «concordar», «armonizar», «estar de acuerdo» (*cum aliquo*, «con alguien»; *ut*, «para»; *ne*, «para evitar que») y solo después *conspirar*, en el sentido actual del término *(perdere ali-quem*, «contra alguien»; *ad res novas*, «para hacer una revolución»).

La teoría conspirativa no es tan fácil de definir. Los diccionarios la evitan. Es normalmente una tesis que desafía la forma en que hechos políticos o científicos, ya sean históricos o de actualidad, son comúnmente aceptados. Las teorías conspirativas afirman que un suceso histórico de resultados ya conocidos nace no solo de acciones legítimas, o al menos evidentes, sino de la acción de fuerzas ocultas, normalmente ilegítimas. Los elementos en el origen de cualquier tesis conspirativa son la complicidad de por lo menos dos personas, actuando en secreto y con mala intención. Aquellos que creen en tesis conspirativas suelen creer que la mayor parte de los sucesos históricos — tal vez todos— son el resultado de un plan previo. El presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt llegó a decir: «En política, nada sucede por accidente. Si sucede, ha sido planeado». Además, no suelen creer solo que existe un plan previo, sino que responde a un plan exclusivo y beneficioso de y para una

minoría. El embajador Joseph Kennedy, enemigo de Roosevelt y padre de uno de sus sucesores en la Casa Blanca, creía que «cincuenta hombres controlan América y es una estimación quizá alta». Walter Rathenau, antiguo consejero del káiser Guillermo II y ministro después durante la República de Weimar, opinaba lo mismo sobre Europa: «Trescientos hombres, que se conocen entre sí, dirigen el destino económico de Europa y escogen sus sucesores entre ellos». Una frase que algunos podrían emplear hoy para definir las actividades del Club *Bilderberg*.

Hay que tener cuidado con lo que se dice, dónde y cómo se dice. Sabemos que por lo menos a Rathenau le tomaron en serio. Rathenau, que pronunció su frase cuando era ministro del káiser, llegado el período de entreguerras topó con miembros de la Organización Cónsul (paramilitares anticomunistas y antisemitas) que habían leído *trescientos judíos* donde él había escrito *trescientos hombres* y entendido que confesaba ser uno de esos trescientos: lo mataron.

Conspiraciones, tesis conspirativas y sociedades secretas forman parte de la vida cotidiana de muchos de los que nos rodean. De Roosevelt al comprador de novelas de Dan Brown o el lector de los *Protocolos de los sabios de Sión*, son muchas las personas que compartiendo nuestro mundo lo ven de forma distinta a la nuestra. Creen —en realidad saben con absoluta certeza y más allá de cualquier duda— que cincuenta hombres controlan Norteamérica, los masones la judicatura francesa y que a *Lady* Di la mataron los extraterrestres —o la familia real británica— porque estaba embarazada de un musulmán y pensaba convertirse al islam; en algunos casos extremos —cuando han leído al escritor inglés David Icke[1]— «saben» incluso que las dos tesis citadas son ciertas y complementarias porque la familia real británica es de origen extraterrestre; saben también, por el contrario, que, aunque los extraterrestres estén entre nosotros, el hombre no ha aterrizado en la Luna y que fue Stanley Kubrick quien filmó un falso aterrizaje en los estudios usados para su filme *2001, una odisea del espacio*; saben que el sida ha sido creado por médicos judíos para acabar bien con los negros, bien con los homosexuales, en un laboratorio de su gobierno y pueden incluso indicar el nombre del médico que lo hizo — el doctor Wolf Szmuness—, como lo han hecho en un par de libros con la casi absoluta impunidad que supone acusar a un muerto que no puede defenderse; saben que Kennedy fue asesinado por la mafia, la Agencia Central de Inteligencia (CIA), el gobierno de Castro o el exilio cubano; que Juan Pablo II era amigo del médico que creó el sida y que Juan Pablo I fue asesinado por los banqueros del Vaticano, en complicidad con la CIA y el *Opus Dei*, que necesitaban un Papa anticomunista para derrotar al comunismo; saben que las mafias dominan el mundo en secreto y que los amos del mundo se reúnen en el Club *Bilderberg*, que es el primer escalón de un gobierno secreto mundial que incluye el Consejo de Relaciones Exteriores y la Comisión Trilateral y que, a través de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), piensa acabar con la soberanía de las naciones e imponer el pensamiento y la moneda únicos; saben que la historia no es tal y como se cuenta y que por ejemplo la

Revolución francesa fue una venganza templaria por la muerte de su último gran maestre varios siglos antes; saben que la venganza de los caballeros templarios y la Revolución francesa fueron los primeros pasos visibles de una Gran Conjura.

El 2 de noviembre de 2004, un *Skull and Bones* fue reelecto a la Casa Blanca, pero dos días antes su padre, el expresidente George Bush, otro Skull and Bones, apareció caricaturizado en mi televisor, en un capítulo repetido de *Los Simpsons*. En un momento dado del episodio se le podía ver entre los dirigentes mundiales de una otra sociedad secreta llamada *The Stonecutters* (los Canteros).

2

«Los Simpsons» y «Nikita»: cultura popular y conspiración

¿Quién controla la Corona británica?
¿Quién impide el sistema métrico?
Nosotros, nosotros.
¿Quién deja Atlantis fuera de los mapas?
¿Quién mantiene ocultos a los marcianos?
Nosotros, nosotros.

«*The Stonecutters drinking song*».
(Canción de borrachera de los Canteros).

Me gusta ver la televisión. Este no es el tipo de confesión que uno espera encontrar en un libro con pretensiones serias, pero me gusta ver la televisión y sobre todo la estadounidense. Después de vivir casi veinte años en los Estados Unidos he descubierto que todo lo que necesitaba saber de ese país podría haberlo aprendido más fácilmente, de forma menos dolorosa, quedándome en casa y viendo sus series televisivas. El televisor, junto al cine en versión original y el *jazz*, es una de las formas en que me mantengo en contacto con una lengua que necesito para trabajar y con un país en el que llegué a ser feliz.

Todos los imperios han buscado su forma de perpetuarse. Los romanos dejaron una arquitectura civil que les sobrevivió siglos, España dejó conventos e iglesias en todas sus antiguas posesiones, y Napoleón un código civil. A la hora de crear una memoria, los norteamericanos llegaron tarde a la historia, cuando todas las formas tradicionales de expresión ya estaban tomadas, pero eso no les ha impedido crear un arte imperial nuevo y propio, que es a la vez industria, y exportarlo al resto del mundo. Los norteamericanos han escogido como medio para dejar prueba de su grandeza y poder el *reality show*, la *soap opera*, el *western*, el *sitcom*, la televisión. Pocos países antes han colocado la intimidad de sus ciudadanos, su forma de vivir, sus mitos, sus deseos y sus temores de forma más clara ante el resto del mundo.

He visto, pues, mucha televisión estadounidense. He logrado incluso darme una excusa lógica para hacerlo que va más allá de la atracción por el vacío. Sin embargo, después de haber vivido casi veinte años en Norteamérica, es aquí, en España, donde he venido a descubrir y apreciar a *Los Simpsons*.

Los Simpsons es una de las series más duraderas de la televisión, dieciséis temporadas y más de trescientos episodios desde 1989. Si en España puede haber gente que se obstine en confundirla con una serie infantil, en los Estados Unidos es televisada en una franja horaria adulta. No es la primera serie de dibujos animados que ocupa ese horario. De 1960 a 1966 también la ocuparon *Los Picapiedra*. Aunque es difícil adivinarlo viéndola hoy, también *Los Picapiedra* fue originalmente una serie orientada a los adultos. Ver *Los Picapiedra* y compararlos con *Los Simpsons* es un ejercicio interesante. Los dos *shows* tienen que ver con la familia estadounidense, en los dos el *pater* familiar es un obrero y la esposa carece de oficio y permanece en casa, algo más común hace cuarenta años que ahora. Ahí acaba toda similitud.

Aunque rodada en los años sesenta, *Los Picapiedra* seguía el modelo establecido por los *sitcoms* de los años cincuenta, inspirada en *The Honeymooners*, una serie anterior, que nunca llegó a verse en España: gran parte de su poder humorístico, perdido con los años, venía de la forma en que retrataba la vida en un suburbio residencial recién inventado; la vida en esos grandes barrios de casas independientes pero iguales, que ahora nos parecen monótonos, aburridos y deprimentes, para los norteamericanos de aquella generación, nacidos o crecidos en medio de la Gran Depresión, el New Deal y la Segunda Guerra Mundial eran todavía una novedad y motivo de celebración y orgullo. Ralph Krandem, personaje central de *The Honeymooners*, vivía en un apartamento pequeño, estrecho y mal aireado. Fred Flintstone — nuestro Pedro Picapiedra— había progresado hasta lograr vivir en una casita independiente y con patio.

Ralph Krandem y Pedro Picapiedra eran *blue collar workers* gordos, como había tantos en la Norteamérica real de los años cincuenta. El obrero del mundo real que pudo inspirar esos personajes era demócrata, pagaba sus impuestos, pertenecía a un sindicato, comía demasiada carne roja y fumaba, se consideraba feliz de formar parte del país más poderoso del mundo, obedecía las leyes y creía en su gobierno. *Los Picapiedra* era un programa tan adulto que fue inicialmente esponsorizado por los cigarrillos Winston. Pedro Picapiedra confiaba en Winston y llegó a fumar en pantalla, aunque no en la serie sino en los anuncios. El obrero que lo inspiró también fumaba y confiaba en Winston. Era un hombre orgulloso del poder de su país y de sus leyes, y sabía que una gran empresa tabacalera estadounidense nunca mentiría a sus clientes, ni conspiraría para dañarlos.

Pedro Picapiedra, como otros cientos de miles de estadounidenses blancos de clase media y media baja, era miembro de una «sociedad fraternal» de inspiración masónica y acudía de forma regular a una logia, en la que bebía barato, jugaba a las cartas con los amigos y —esa era la gran excusa para estar lejos de su esposa— organizaba actos de caridad que mostraban su solidaridad con los menos favorecidos. Aquellas logias le proporcionaban todo lo que un hombre necesitaba para sentirse feliz fuera de su casa: cerveza a precio de coste; amigos, con los que le uniría un apretón de manos secreto y con los que se encontraría — y le ayudarían— más tarde

en la Cámara de Comercio local o en el banco en el que tenía su cuenta corriente, y la posibilidad de ayudar a niños con la polio. Los Estados Unidos de Truman y Eisenhower eran buenos, sencillos, felices y lo ignoraban.

Los Simpsons, por su parte, sin llegar a ser subversivos — los programas subversivos no son televisados en cadena de costa a costa—, es uno de los retratos más mordaces de la sociedad estadounidense y ha ridiculizado casi todos los aspectos y mitos de su cultura popular.

Entre las dos series han pasado muchas cosas y Homer Simpson, el *pater familias* de la serie, es también un obrero gordo, pero no es feliz; no vota o lo hace con desgana, por políticos en los que no cree, o en los que cree pero le engañan; trabaja en una empresa que reprime o niega su derecho a sindicarse; pertenece a una generación que no ha afrontado ningún reto grave, pero que ha visto su poder económico decrecer de año en año; evade los impuestos cuando puede; no siente respeto ni por su alcalde corrupto, ni por su jefe de policía incompetente y brutal; teme a su patrón que a su vez le desprecia. Homer Simpson podría saber que las compañías tabacaleras han envenenado a toda una generación de sus compatriotas, mezclando amoníaco y otros aditivos en los cigarrillos para hacerlos más adictivos, pero lo ignora porque es estúpido y, además, no le importa serlo porque en algún momento de la historia más reciente de su país, incluso sus líderes han sido incapaces de decir dos frases sin leerlas antes en un *teleprompter*; solo ve la versión estadounidense de la telebasura y se aburre cuando tratan de explicarle algo que escapa a su más inmediato interés: sexo, dinero y cerveza. Homer Simpson es, desde luego, solo una caricatura, pero la caricatura es también una forma de retrato, y a menudo la más sincera de las mismas.

En el episodio «Homer, el grande», este ingresa en una orden secreta y mística, La Antigua Sociedad de los Canteros, de la que llega a ser líder mundial por una serie de desgraciados accidentes. También Pedro Picapiedra fue miembro de una logia, y ese es uno de los puntos en que podemos ver la diferencia de una generación a otra. Los Búfalos Mojados a los que pertenecían los personajes de *Los Picapiedra* eran una sociedad fraternal, copiada de los Rotarios o los Elks, mientras que los Canteros toman su ceremonial y aspecto del que la leyenda, más que la historia, atribuye a los *Illuminati* y, según su canción de borrachera — un catálogo de las leyendas urbanas y mitos conspirativos en los que creen tantos estadounidenses—, amañan los Oscar, controlan la Corona británica, e impiden el desarrollo de nuevas formas de locomoción[2].

Los Estados Unidos y, a través de su cultura popular, el resto de Occidente, han cambiado entre las dos series. Las viejas sociedades fraternales de Elks y Rotarios han envejecido hasta languidecer y desaparecer. Se puede ver aquí y allá, en las afueras de las pequeñas ciudades, los edificios semiabandonados y tristes de las sociedades fraternales, con sus grandes aparcamientos vacíos. El estadounidense medio de las últimas décadas y del nuevo siglo no es solidario como el representante

de la generación de sus padres. Por el contrario, ese nuevo estadounidense es capaz de reconocer una utilería, unos símbolos, y de creer en unas tesis ignoradas por sus mayores, porque si hace cuarenta años alguien en los Estados Unidos hubiera mencionado la palabra *Illuminati* y hubiese pretendido explicar toda la historia de su país, o del mundo, a partir de la terrible conjura de una logia para-masónica alemana del siglo XVIII todo o casi todo el mundo le hubiera mirado como si estuviera loco. A mediados de los años sesenta ni siquiera la *John Birch Society*, el principal grupo anticomunista de los Estados Unidos, a pesar de creer en la existencia de una conjura comunista, había oído hablar de los *Illuminati* ni acusaba a los masones de ser partícipes de la Gran Conjura. Tal vez se deba a que entre los fundadores del más viejo club anticomunista de los Estados Unidos no faltaron los masones.

La creencia en tesis conspirativas, que después de la Segunda Guerra Mundial había quedado reducida en Europa a pequeños grupos políticos marginales, ha vuelto de la mano de la cultura popular estadounidense y está recuperando espacios cada vez más amplios en la imaginación de los europeos.

Hoy millones de estadounidenses creen en las conspiraciones, y esto se refleja en las formas de cultura popular que les son más propias, como el cine y la televisión: *JFK, Conspiración, Enemigo público, Arlingtotz Road, Temerás a tu vecino, Hombres de negro, El mensajero del miedo, Expediente X, Millenium, Alias, Dark Skies, Nikita* (la serie televisiva), *The Skulls, Sociedad secreta, Cortina de humo, Tomb Raider…* La lista podría alargarse aún más. *La búsqueda,* un filme que tiene que ver con los templarios, los masones y la fundación de los Estados Unidos, se estrenó cuando escribía los primeros capítulos del presente libro. Conocemos todas esas películas, casi todas esas series. Los Estados Unidos han sabido exportar sus mitos hasta convertirlos en los del resto del mundo.

JFK es un filme sobre el asesinato de Kennedy; *Conspiración,* sobre un taxista loco que cree ser perseguido por el Estado —y el guionista es tan cobarde que le da la razón—; *Enemigo público,* sobre un abogado cuerdo que es realmente perseguido por el Estado; *Arlington Road, temerás a tu vecino,* sobre un terrorista de la muy peculiar extrema derecha estadounidense que perpetra y escapa de un atentado idéntico al de Oklahoma City —que es a su vez evocado en las escenas iniciales de la versión cinematográfica de *Expediente X*—. Filmes y series televisivas de ciencia ficción sobre una agencia inexistente que administra la inmigración de extraterrestres —*Hombres de negro*— y sobre una agencia federal muy real —el FBI— a la que vemos perseguir, de nuevo, a extraterrestres. *Cortina de humo,* una comedia de enredos curiosamente anterior al *affaire* Clinton-Lewinsky, trata sobre un presidente que organiza una guerra en los Balcanes para evitar un escándalo sexual en la Casa Blanca. Hay series televisivas Alias, —*Nikita*— sobre grupos de gente poderosa y sin nombre que se mueven en medio del secreto y el lujo y se escudan en el crimen en su afán de poder, y filmes sobre una todopoderosa fraternidad universitaria estadounidense — los *Skulls* (pero no *Rones*)—, que van ya por su tercera entrega.

Todos ellos, la recreación histórica y la ciencia ficción, el *thriller* y la comedia negra tienen por tema común la mentira, la ocultación, la conspiración. Incluso en *Tomb Raider*, una película para adolescentes que se niegan a crecer, basada en un juego de computadora, los malos son los *Illuminati*. La televisión está llena de ejemplos de conspiraciones que muestran al espectador estadounidense, y por extensión al occidental, que la realidad nos es ocultada de forma sistemática por nuestro gobierno, o en todo caso a sus ciudadanos por el gobierno estadounidense.

He visto todas estas películas, y tengo que confesar que no solo veo cine y televisión estadounidenses, sino que, además, me entusiasman las series más increíbles, las películas más ridículas, las que se emiten a las dos de la mañana en las emisoras de televisión más marginales, o en la cadena *Fox* en su mejor horario.

De entre todas las series basadas en conspiraciones *Nikita* era la que más me gustaba. Primero, porque la pasaban avanzada la noche, cuando comenzaba a dormirme y mi sopor hacía ganar en profundidad y misterio a sus guiones, y segundo, por sus protagonistas, unos actores inexpresivos que repetían sus parlamentos con absoluta indiferencia dando a unas tramas imposibles, o incomprensibles, una dimensión onírica. *Nikita* era una serie oscura y claustrofóbica, en que la agencia sin nombre de los buenos —sabemos que eran buenos porque eran guapos, su pelo estaba bien cortado y llevaban elegante ropa negra— mataba, mentía y torturaba para salvar al mundo de unos malos — suponemos que eran malos porque su ropa negra era menos elegante que la de los buenos, de la misma forma que ellos eran menos atractivos—, de los que no les diferenciaba nada. Puede ser solo un detalle secundario, pero los buenos tenían una sala de torturas en su cuartel subterráneo.

Treinta años antes de que *Nikita* se dedicara a matar — o torturar—, había existido *El agente de Cipol*, otra serie televisiva cuyos personajes, a pesar de pertenecer a otra organización policial secreta, no se dedicaban a matar, ni a torturar. Entre los *Picapiedra* y los *Simpsons*, entre *El agente de Cipo* y *Nikita* han pasado cuarenta años. Los agentes de *Cipol* eran buenos a pesar de su oficio, mientras que los agentes de *Nikita* no son sociópatas porque tengan un oficio en el que les sea permitido matar, sino que les han dado un empleo que les exige matar porque ya eran sociópatas cuando fueron reclutados. Las conspiraciones, como el siglo, han ido haciéndose más y más siniestras.

Cuando yo veía *Nikita* en mis madrugadas norteamericanas, era una serie increíble. Con el tiempo, mi opinión sobre la idea de un grupo de torturadores con sanción oficial ha cambiado, pero seis años antes de la ocupación de Irak, ¿quién podía tomarse en serio la idea de una agencia estadounidense dedicada a la tortura? ¿Quién podía siquiera imaginarlo antes de que supiéramos que existía una cárcel en un lugar llamado Abu Ghraib?

Podemos reírnos de la televisión estadounidense, pero ¿podemos reírnos de las tesis conspirativas?, o, mejor dicho, ¿podemos reírnos por igual de todas las tesis conspirativas? La agencia de *Nikita* no existe, pero un grupo no tan distinto en su

concepto, Gladio, sí existía, y probó que en contra de lo que todo el mundo creía, varios miles de italianos sí podían guardar un secreto. Y lo mismo pasó con gente de otras nacionalidades. La red *Stay Behind* fue revelada por primera vez en 1978, por su antiguo jefe, el exdirector de la CIA, William Colby, en su autobiografía *Hombres de honor, mi vida en la CIA*. Aparte de Gladio, la existencia de otros grupos similares fue también reconocida de forma oficial en Alemania (*Bundesdeutscherjungend*), Austria (*Schwert*), Bélgica, Dinamarca, Francia (*Rose des Vents*), Grecia, Luxemburgo, Noruega, Holanda, Portugal, Reino Unido, Suecia, Suiza y Turquía. Sin embargo, de entre todos los políticos que sabían de ella solo Giulio Andreotti dio explicaciones a su país.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el temor al expansionismo soviético y la inferioridad de las fuerzas de la OTAN con relación al *Kominform* (Pacto de Varsovia) condujeron a las naciones de Europa occidental a imaginar nuevas formas de defensa no convencionales, creando en sus territorios una red oculta de resistencia destinada a actuar en caso de ocupación enemiga. Su misión: recoger información, cometer actos de sabotaje, propaganda y acciones guerrilleras.

Redes de resistencia fueron organizadas por Gran Bretaña en Francia, Holanda, Bélgica y posiblemente en Dinamarca y Noruega. Francia se encargó de los territorios alemanes y austríacos sometidos a su control y de su territorio nacional hasta los Pirineos, mientras que Yugoslavia centró su preparación militar esencialmente en las fuerzas de operaciones especiales. Por su parte, en nuestro país el Servicio de Información de las Fuerzas Armadas (SIFAR) estudió desde 1951 la creación de una organización «clandestina» de resistencia bien para uniformar en un único cuadro operacional de defensa las estructuras militares italianas con las de los aliados, bien para desarrollar las iniciativas comenzadas de forma autónoma por una potencia extranjera en la Italia septentrional (los Estados Unidos).

A medida que avanzaba la instalación de la estructura italiana, se firmó un acuerdo entre los servicios americanos y el SIFAR, relativo a la organización y actividades de la red clandestina post ocupación, acuerdo comúnmente referido como *Stay Behind* con el que se confirmaban todas las obligaciones previamente tomadas entre Italia y los Estados Unidos.

Así fueron fijadas las bases para la operación clandestina indicada bajo el nombre de Gladio. Una vez constituido el organismo clandestino de resistencia, Italia fue llamada a participar, a demanda francesa, de los trabajos del CCPU (Comité Clandestino de Planificación) operante dentro del cuadro del SHAPE (*Supreme Headquarters Allied Powers Europe*)…

En el comité estaban ya representados los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Alemania y otros países de la OTAN. En 1964, nuestro servicio de información fue invitado a unirse al CCA (Comité Clandestino Aliado), organismo encargado de estudiar y resolver problemas de cooperación entre los diferentes países, para el funcionamiento de redes de evasión y fuga. Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos,

Bélgica, los Países Bajos, Luxemburgo y Alemania occidental ya pertenecían a ese comité…

A la luz de los recientes y significativos sucesos que han transformado la Europa del Este [Andreotti se refiere a la caída del muro de Berlín y posterior desaparición del bloque soviético], el gobierno se ha impuesto reconsiderar todas las disposiciones en materia de guerra no ortodoxa, promover y verificar toda iniciativa propia, tanto sobre el plano político como en el técnico-militar, la actual validez y la utilidad de estos sistemas de protección sobre el territorio nacional (Giulio Andreotti, Informe sobre la Operación Gladio / Fragmentos).

Los gobiernos mienten. Los estados tienen razones y realizan acciones que van en contra de la moral o de sus propias leyes y prefieren conservarlas en secreto. Tras estas consideraciones, ¿qué cabe pensar cuando Robert Gallo —el hombre que identificó y aisló el virus del VIH— declara que el sida es una enfermedad provocada artificialmente? ¿Qué, cuando algunos de los líderes de la *Nation of the Islam* — los Musulmanes Negros— van un poco más lejos y afirman que el sida fue creado por médicos judíos para matar intencionadamente a negros estadounidenses? Los porcentajes de creyentes son en cualquier caso reveladores: un 27 por ciento de los afroamericanos creen que el gobierno ha creado la epidemia; un 12 por ciento creen que la CIA ha participado directamente en su creación, un 15 por ciento que ha sido creado con el fin específico de destruir a la comunidad negra.

¿Son algunas de estas tesis más disparatadas que otras, tras quedar demostradas por la historia más reciente? Durante este último medio siglo, Pedro Picapiedra descubrió que existía la mafia —el mafioso Joe Valachi no lo reconoció ante una Comisión Informativa del Congreso estadounidense hasta 1963—; que la CIA había derribado gobiernos legalmente establecidos en Centroamérica y Sudamérica, promovido guerras que nunca aparecerán en los libros de historia, entrenado a torturadores, traficado con opio en Indochina y ayudado a desarrollar drogas como el LSD dentro de los Estados Unidos; que ese mismo gobierno controla una red para la interceptación de comunicaciones, llamada *ECHELON*, con la que trata de controlar toda la información que pasa por correo electrónico, fax o teléfono; y que algunos de los hombres más poderosos, inteligentes y ricos del planeta — tres categorías que no siempre se corresponden— se reúnen todos los años, sin ningún tipo de supervisión oficial, para discutir sobre política y negocios en un club que toma su nombre del hotel holandés donde se reunieron por primera vez en 1954, el hotel *Bilderberg*.

3

Conspiraciones norteamericanas, conspiraciones europeas y la Gran Conjura

¿Acaso deberían importarnos las tesis conspirativas en las que creen los norteamericanos? Las últimas elecciones estadounidenses fueron seguidas en España como si fueran propias. El Atlántico no es tan ancho como solia ser. ¿Acaso hemos tenido más suerte los europeos? También en Europa —y en España— circulan las tesis conspirativas. Muchos franceses saben que la masonería domina los tribunales de justicia de su país, y bastantes policías británicos creen que tiene demasiada influencia en los ascensos dentro de Scotland Yard; de igual forma, un gran número de italianos saben que su país está dominado por la gran industria en complicidad con la mafia; gran parte de la antigua izquierda europea sabe que la caída del muro de Berlín fue causada por la CIA; un gran porcentaje de rusos culpa a los judíos tanto de la llegada del comunismo al poder en su país, como de su posterior caída, y parecen además hacerlo con el mismo encono; a un nivel más local, el expresidente Aznar parece estar convencido de que las bombas del 11 de marzo le tenían por objetivo principal y no faltan tesis conspirativas — la llamada «pista marroquí»— en torno al peor atentado terrorista de la historia española.

También en Europa se teme a las grandes conjuras, y a veces basta con algo tan sencillo como cambiar Rockefeller por Rothschild para poner una conjura estadounidense en horario europeo. Se trata muchas veces de las mismas tesis que vienen arrastrándose desde el siglo XVIII, antimasónicas o antisemitas, junto a nuevas variantes de las mismas, llegadas de los Estados Unidos. Una de las primeras consecuencias de la globalización ha sido la estandarización, antes incluso que la moneda, de las costumbres o leyes, y de los temores. En cualquier caso, Europa no puede pretender sobre los Estados Unidos ningún tipo de superioridad en el terreno de la razón y el escepticismo. No cuando las televisiones francesas presentan un libro dedicado a las tesis conspirativas como si fuera una obra de periodismo de investigación — *L'effroyable imposture* de Thierry Meyssan, obra que trata de demostrar que el Pentágono no fue atacado el 11 de septiembre—. Mucho menos cuando se considera que incluso las tesis conspirativas que, por su desmesura, creemos más estadounidenses han nacido en nuestro continente, en el siglo de la Ilustración y en el país que se ha considerado siempre el centro de la razón. Porque si los Estados Unidos marcan hoy la moda, hubo un tiempo en que esta nacía en París, donde se forjaron todas las grandes tesis conspirativas hasta bien entrado el siglo XX.

Las conspiraciones europeas son casi idénticas a las conspiraciones estadounidenses. A falta de algo mejor, compartimos los mismos mitos, aunque estos sean a menudo interpretados de forma distinta. Donde en Europa existe aún un antisemitismo más o menos camuflado, en los Estados Unidos existe el temor a un Estado fuerte, y es en torno a ese Estado y sus aparatos de control que gira el folclore de los grupos antiglobalización y nativistas estadounidenses, las milicias, el *Klan* y los grupos separatistas negros, tan separados por el color y tan parecidos en sus planteamientos.

Podemos ver mejor la diferencia entre norteamericanos y europeos comparando cómo algunos teóricos de la conspiración de los dos continentes ven las reuniones de los *Bilderbergs*. En Europa es evidente que se trata de una conjura capitalista destinada a colocar el mundo a los pies de los Estados Unidos y su plutocracia dirigente. Para los norteamericanos es evidente que se trata de una siniestra maniobra de viejos autócratas europeos para privar a los Estados Unidos de su independencia y someterla al gobierno de las Naciones Unidas. Los europeos que creen en las conspiraciones hacen notar la presencia de capitalistas y políticos estadounidenses, algunos de ellos de origen judío, entre los asistentes. Por el contrario, los norteamericanos nunca se olvidan de recordar que el primer organizador de esas reuniones fue el príncipe Bernardo de Holanda, un antiguo miembro de la *Allgemeine SS*. Existe, sin embargo, una diferencia más interesante, no solo entre los europeos y los norteamericanos que creen en las conspiraciones, sino sobre todo entre los norteamericanos que hoy creen en ellas y sus homólogos de otros tiempos y continentes: por primera vez el mito de la Gran Conjura es articulado en un país que puede considerarse como vencedor y está en una situación de poder. Normalmente las tesis conspirativas nacían en países que estaban en una situación de desventaja, oprimidos o derrotados: la Alemania de la República de Weimar y la Tercera República francesa han pasado a la historia como dos de las mayores productoras de mitos conspirativos.

Matices nacionales aparte, existe desde hace dos siglos, aunque sea solo en la imaginación de sus enemigos, una gran conspiración, que absorbe y justifica todas las otras pequeñas conspiraciones, cuyos miembros pueden variar de país a país, de siglo a siglo, de versión en versión, sin cambiar de medios u objetivo. Su existencia, o al menos la sombra de su existencia, es una presencia constante en la literatura política — también en la popular— desde la Revolución francesa hasta hoy. Han sido muchos los que han creído ver una mano oculta en todo lo que pasa en el mundo, desde los días lejanos en que el abate Augustin Barruel denunció la presencia de sectas iluministas y logias masónicas entre los revolucionarios en su libro *Memoria para servir a la historia del jacobinismo*, hasta los ataques actuales contra el Fondo Monetario Internacional (FMI) y otras entidades multinacionales, como los *Bilderbergs* o la Comisión Trilateral. Esa mano oculta ha podido cambiar de propietario pero el plan que le es atribuido apenas ha cambiado desde hace dos siglos.

¿Cuándo empezó ese plan? Algunas novelas populares lo remontan a la Edad Media. En 1803, un enemigo de los *Illuminati*, August Starck, publicó un libro, *El triunfo de la filosofía en el siglo XVIII*, que hacía remontar la conspiración que había llevado a la Revolución francesa desde los filósofos griegos y los herejes medievales hasta los *Illuminati* de Baviera. No era el primero en trazar los supuestos orígenes de la masonería hasta los caballeros templarios, pero sí el primero en llevar las tesis conspirativas hasta un tiempo lejano en que la conquista del mundo era imposible porque los límites del mismo aún no eran conocidos ni estaban trazados.

¿Qué busca ese plan? Los medios han ido cambiando de siglo en siglo, si bien se ha mantenido una característica común. El plan busca el poder y no solo la riqueza, aunque la riqueza pueda acompañar al poder. Y busca en concreto el poder sobre todo el mundo. Un poder que solo ha sido posible en tiempos modernos y una ambición que ha sido atribuida sucesivamente a Napoleón, Hitler, Stalin, varios papas católicos, algunos presidentes de los Estados Unidos y la mayor parte de los genios malvados que aparecen en las novelas de James Bond.

Junto a ese plan, el Plan por excelencia, han aparecido otros muchos de tipo local, a veces opuestos, las más de las veces complementarios de esa gran conspiración. Ningún país está tan libre de patriotas para que no surjan voces en el mismo que lo presenten como objetivo central y prioritario de una u otra conjura de dimensiones internacionales. En El Salvador, gracias a la presencia de los profesores jesuitas de la UCA (la Universidad Centroamericana) en el último tercio del siglo XX todavía se creía en la conjura jesuita, que esta vez era de inspiración comunista. En una librería en que trabajé en Miami, conocí a un cubano, antiguo ingeniero de un ingenio azucarero, que había trazado toda una versión conspirativa de la historia de la humanidad que giraba en torno al control del azúcar de su país.

4

McVeigh, mi abuelo y yo

> Vimos bellas flores de llama y acero crecer por doquier, bailando a través del asfalto, tronando en medio de la reventada construcción y quemando los vehículos, eructando dentro y fuera del Capitolio, cobrando su tributo en las filas de la tiranía y la traición.
>
> WILLIAM PIERCE,
> Los diarios de Turner.

¿Por qué le interesan tanto a la gente las conspiraciones, los grupos secretos y las tesis conspirativas? Aunque a decir verdad, quizá debiese decir: ¿por qué me interesan tanto las conspiraciones, los grupos secretos y las tesis conspirativas?

Quizá porque tenía miedo a bajar al metro cuando era niño, o quizá porque estaba en Estados Unidos cuando estalló la bomba de Oklahoma. Definitivamente, porque en un momento dado me di cuenta de que a lo largo de mi vida, de España a Miami, pasando por Centroamérica, siempre había estado cerca de alguien que creía en ellas y siempre parecía tratarse de la misma conspiración aunque cambiasen los nombres de los protagonistas. Quizá porque en un momento dado yo también creí en ellas, y esa creencia marcó mi vida.

El 19 de abril de 1995, a las nueve y tres minutos de la mañana, cuando hasta los empleados más remolones estaban en sus despachos, una bomba de fabricación casera, oculta en una camioneta alquilada de la compañía *Ryder*, hizo saltar el *Murrah Center* — el edificio de la administración federal en Oklahoma— matando a ciento sesenta y ocho personas.

El culpable era el más improbable de los sospechosos. Se trataba de un veterano del ejército estadounidense, licenciado de forma honorable, educado aunque sin estudios superiores, sin antecedentes criminales ni filiación política conocida, aunque de ideas que fueron calificadas dentro de su país de «nativistas» — se llegó a resucitar el casi olvidado termino de *knownothing*— y en el extranjero, de forma un tanto exagerada de «fascistas». Era uno de esos estadounidenses que temía al exceso de gobierno, se llamaba Timothy «Tim» McVeigh, y hasta que se transformó en un asesino había llevado una vida ejemplar. La correspondencia que mantuvo desde prisión con el escritor Gore Vidal demostró que, aunque pudiera tratarse de un idiota moral, no era imbécil ni inculto. Los exámenes psiquiátricos demostraron que no

estaba loco, que no ignoraba la diferencia entre lo real y lo imaginario o entre el bien y el mal y que era consciente del daño que había causado, pero que pese a ello no se arrepentía porque era, o al menos se consideraba, un soldado en tiempo de guerra.

Tim McVeigh creía en las conspiraciones. Había leído mucho sobre el tema, hasta el punto de que una desafortunada mañana para él, y letal para algunos de sus compatriotas, decidió poner en práctica un plan que había leído en un libro dedicado a las mismas, *Los diarios de Turner*, y aparcó una bomba de fabricación casera frente al edificio federal de Oklahoma City. Los aficionados a la serie *Expediente X* recordarán que la versión cinematográfica empezaba con una explosión de resultados idénticos; recordarán asimismo que en el filme los culpables del atentado no eran terroristas, sino agentes del gobierno. El libro que había inspirado el ataque real me era conocido: lo había leído a los diecisiete años sin prestarle demasiada atención. Venía en forma de serial en *ATTACK!*, una de las muchas revistas que recibía como intercambio de uno de los varios grupos radicales en los que pasé, algunos dirán que perdí, mi adolescencia y primera juventud en España.

Años antes de esa bomba, en El Salvador, en plena guerra civil, había encontrado mucha gente que en pleno siglo XX seguía creyendo en la existencia de una conspiración jesuítico-comunista, digna de las conjuras atribuidas a la Compañía de Jesús a lo largo de los siglos XVIII y XIX.

Estando en los Estados Unidos, en 1989, al final de la última de las ofensivas lanzadas por el FMLN (la guerrilla salvadoreña), pude ver por televisión los cadáveres de los profesores jesuitas de la Universidad Centroamericana, muertos por oficiales del batallón Atlacatl, una unidad paracaidista de elite. La oportunidad hace al asesino tanto como el instinto, y en cualquier otra circunstancia los soldados que mataron a esos jesuitas, incluso si les hubieran temido o odiado, no hubiesen podido hacer nada. Como también en Miami abundan los que creen en la conjura jesuítica — no en vano el presidente de Coca-Cola y el dictador de Cuba han salido de la misma promoción de estudiantes de Belén, el colegio jesuita habanero—, hubo por lo menos una persona que me comentó aproximadamente un año más tarde: «Viste, mataron a esos hijos de puta y a los seis meses se había acabado la guerra». Y era cierto. Mejor dicho, la secuencia de los dos hechos era cierta, aunque la conexión entre ambos cuando menos improbable, aunque no necesariamente imposible.

Tras una juventud agitada, me encontré trabajando como librero en Miami. No hay muchas librerías en esa ciudad y en la que yo trabajaba pasaba tarde o temprano todo el mundo. En algún lugar de mi despacho tengo una foto autografiada del Che Guevara, la última que le tomaron en vida, y está firmada por Félix Rodríguez, el hombre que le acompaña en la misma, un cubano agente de la CIA. Cuando vi el filme *JFK* en un cine de Miami lo hice con una ventaja sobre los otros espectadores: yo había conocido personalmente a Carlos Bringuier, el cubano que se había peleado con Lee Harvey Oswald en las calles de Nueva Orleans. Como es normal en estos casos, el cubano del filme tenía un aspecto mucho más cubano, o al menos más

latino, que el real. El hombre que apaleó a Oswald y el que persiguió al Che en Bolivia eran clientes habituales. También lo eran uno de los asaltantes del complejo *Watergate*, el expiloto personal del presidente Mobutu, y uno de los condenados por la muerte de Orlando Letelier en Washington, que ya había aparecido en su día en el Informe Warren sobre la muerte del presidente Kennedy.

Mis años de librero estuvieron plagados de sorpresas, como por ejemplo que mi jefe vendiera literatura antisemita —sin ningún remordimiento—, a pesar de que cada Navidad cenaba con su consuegra y el nuevo esposo de esta, un hombre doblemente sospechoso — judío reformado y demócrata neoyorquino— para aquellos de sus clientes que le compraban los *Protocolos de los sabios de Sión*.

Los lectores de los *Protocolos* eran muchos más de los que uno podría suponer, dado que ayuda a comprender por qué ese libro no ha estado nunca fuera de circulación. «¿Tienes?, tú ya sabes…», me lo preguntaban en voz baja, después de mirar a su alrededor. El acto de vender ese tipo de libros comportaba toda una serie de gestos y actitudes casi rituales. En un país como los Estados Unidos, en el que prácticamente ningún libro está prohibido, tampoco ese lo estaba. Era de venta libre, pero aun así estaba debajo del mostrador y se sacaba solo a petición del comprador, que a su vez miraba y remiraba por encima de su hombro, como si de veras el Mossad estuviera vigilando cada librería estadounidense. Se trataba de los mismos gestos que en otros lugares han acompañado desde tiempos inmemoriales la compra de pornografía o literatura subversiva. A cuatro manzanas de distancia, había un librero que los tenía expuestos como cualquier otra mercancía, y vendía muchos menos que nosotros; llegó un momento que dejó de hacerlo para no ofender a algunos de sus clientes. Mi jefe era más listo y lo tenía escondido, lo que por un lado confirmaba su valor y por otro aumentaba su precio. El gesto del comprador demostraba que creía en el contenido de los libros y el mismo hecho de que estos salieran de un lugar semioculto daba peso a sus tesis y transformaba la simple compra de un libro en una aventura oscura y peligrosa que podía ser disfrutada como tal. A mí, personalmente, me inquietaba que pudiera entrar justo en ese momento alguno de nuestros clientes judíos. No era yo quien elegía los libros que vendía, pero aun así supongo que no estaba exento de culpa. Machover, Lesnick, Benes, Suchliky, Lew, mis disculpas. Hacerle esto a alguien que, aparte de cliente, cree también ser un amigo, es feo. Y hacerlo, además, por 9,95 dólares, más los impuestos del estado de Florida, es mezquino.

Mis años de librero fueron también años de reflexión sobre mi vida, en los que revisé con mayor distancia los mitos de juventud y me di cuenta de que, al contrario que McVeigh, o los paracaidistas salvadoreños del batallón Atlacatl, yo era un hombre afortunado porque la vida nunca me había dado la oportunidad de llevar mis convicciones, las convicciones de mi juventud, hasta sus últimas consecuencias. ¿Cuánta gente es capaz de resistir la tentación de matar cuando todo justifica y permite un crimen? ¿Cuánta gente de la que nos rodea y es normal podría matar si se

dieran las circunstancias incorrectas? No hay que ir al otro lado del planeta, ni remontarse muy atrás en nuestra historia, para ver — sin salir de nuestro mismo continente o generación— que esto mismo también ocurre aquí: la guerra de los Balcanes es el ejemplo de que los soldados centroamericanos no son excepciones ni improbables monstruos salidos de un Tercer Mundo mítico, e irrepetible en nuestro continente, y que eso es lo que les hace terribles. A veces ser o no un asesino es solo una cuestión de oportunidad. Cuando a esa oportunidad se añade el miedo al otro, la obediencia debida al mando y la creencia de estar haciendo lo correcto, el instinto de matar puede ser algo incontenible, justificado y parecernos incluso noble. En su momento Ernst von Salomon, uno de los miembros del Freikorps que mató a Rathenau, escribió un libro para conmemorar el crimen: fue un éxito de ventas en la Alemania de entreguerras y le lanzó a una carrera literaria que llegó hasta la década de 1950. Para ser justo con Von Salomon, hay que reconocer que se trataba de un escritor de talento y no necesitó matar a casi nadie más para conseguir publicar sus siguientes títulos.

Cuando era pequeño, yo también creía en las tesis conspirativas. Mi abuelo paterno lo había hecho antes que yo. Ignoro si mi padre también lo hacía, aunque estoy casi seguro que no. Los creyentes rara vez callan o se resisten a hacer conversos, y solo una vez me mencionó una tesis conspirativa. Me resulta curioso pensar hoy en todas las cosas de las que no llegué a hablar con mi padre. Recuerdo, sin embargo, una vez que, siendo yo aún un niño, estaba reordenando con él la biblioteca familiar, y me comentó de pasada, enseñándome un viejo ejemplar de los *Protocolos de los sabios de Sión* — en español pero editado en Roma—, que mi difunto abuelo había considerado aquella obra como un libro lleno de verdades y profecías que se habían ido cumpliendo paso a paso. Después me habló, de pasada y sin poner demasiado énfasis, de un capítulo de los *Protocolos*, en el que se explicaba que los dirigentes secretos de la revolución habían minado las ciudades desde dentro, construyendo el metro para poder hacerlas explotar mejor cuando llegara la revolución mundial: «… en todas las grandes capitales se irán estableciendo los metropolitanos (tranvías subterráneos) y nosotros los volaremos por medio de la dinamita, con todas las organizaciones y todos los documentos del país». (Noveno protocolo de los *Protocolos de los sabios de Sión*). No creo que tratara de convencerme, se limitó a recordar a su difunto padre, del que yo no tenía sino un muy lejano recuerdo. Después dejó el libro y pasó a describirme los viejos manuales de química del abuelo.

La definición de los metropolitanos — tranvías subterráneos— indica la época en que fue escrito el libro. Hay que decir que entre mi padre y yo había una distancia de dos generaciones: por su edad, podría haber sido mi abuelo, mientras que mi abuelo paterno era a su vez un hombre llegado del siglo XIX, que había visto triunfar con sorpresa la Revolución bolchevique y comenzar las obras del metro de Barcelona en 1924, justo después de leer la primera edición castellana de los *Protocolos*, publicada

en 1922. Desde aquel día en la biblioteca familiar y durante bastante tiempo bajé las escaleras del metro con temor. ¿Qué pasaría si la revolución mundial, la preparada por los sabios de Sión, explotaba justo cuando yo entraba en el metro de Barcelona?

Porque las revoluciones mundiales rara vez suceden, pero cuando lo hacen suelen pillarte por sorpresa. Pensemos si no en Luis XVI o Nicolás II, a los que las suyas les sorprendieron y mataron. Más tarde, en algún momento entre los once y los doce años, dejé de pensar en la posibilidad de que el metro me cayera en la cabeza sin aviso previo. Es curioso, ha pasado toda una vida y cuando regreso a la estación de metro de Diagonal, la que cogía cuando era niño, vuelvo a recordar esos viejos temores.

Por esta razón escribo este libro. Quiero entender, aunque quizá no sepa muy bien cómo explicárselo al resto del mundo, por qué Timothy McVeigh puso una bomba; por qué mi abuelo, que fue un hombre bueno e inteligente y nunca conoció a ningún judío, los temía; por qué unas sociedades creen en la existencia de una Gran Conjura y otras no; cuáles son los factores que hacen que una sociedad sea más susceptible que otra a creer en conspiraciones; quién cree dentro de esas sociedades; quién es sospechoso; qué determina que un grupo sea más creíble que otro como centro de una conjura; por qué se sospecha de judíos, masones, caballeros templarios, *Iluminati*, jesuitas y *Bilderbergs*. Pero, primero, conviene analizar de dónde proceden las tesis conspirativas.

McVeigh, el capitán salvadoreño que ordenó dejar a la Universidad Centroamericana sin personal docente, mi abuelo paterno y yo no estamos solos. Mucha gente ha leído los mismos libros que nosotros. Henry Kissinger —protagonista de no pocas tesis conspirativas— cuenta cómo en una visita al rey Faysal de Arabia este le regaló un ejemplar de los *Protocolos de los sabios de Sión*, parece que el rey árabe era la única persona del mundo que ignoraba la obvia *judeidad* del político germano americano. Por lo demás, Faysal se lo regalaba a todos sus visitantes occidentales, y entre los receptores se contaron Michel Jobert, por aquel entonces ministro de Asuntos Exteriores de la República francesa, y el italiano Aldo Moro. Los libros más influyentes no son siempre los más apreciados por las clases cultas. Textos como *Los diarios de Turner*, el libro de cabecera de McVeigh, o los *Protocolos de los sabios de Sión*, ese *best seller* mundial a menudo ilegal — o al menos clandestino—, han sido más publicados y leídos que la mayor parte de los libros considerados como influyentes escritos por sociólogos o politólogos. Los *Protocolos* nunca han estado agotados desde su primera edición hace ya un siglo, y *Los diarios de Turner* han vendido medio millón de ejemplares en *gun shows*, «ferias de armas», o a través del correo, sin llegar a pasar por ninguna gran cadena de librerías.

Pero no son los únicos. Abundan los libros que estudian o hablan de conspiraciones. Incluso saliéndonos de la no ficción, abundan muestras de la influencia del conspiracionismo en la literatura: *El péndulo de Foucault* y su reverso,

más vulgar que vulgarizado, *El código Da Vinci*; gran parte de la obra de Dumas padre, que en *El vizconde de Bragelone* hace de Aramis un jesuita traidor que quiere ser Papa; los seriales de *Eugene Sue*, que también creía en la conjura jesuita, o *El hombre que fue Jueves* de Chesterton. Son libros dispares: Dumas creía, y temía, en la conjura jesuítica y por ello la denunció en *El vizconde…* creía, y admiraba, en la supuesta conjura masónica contra los reyes, y por ello la ensalzó en *Joseph Balsamo*. Chesterton no creía en las sociedades secretas y se burló de ellas en *El hombre que fue Jueves*, pese a que frente al caso Dreyfus él, o al menos su personaje, el padre Brown — en *El duelo del doctor Hirsch*, del volumen *La sabiduría del padre Brown* —, estuvo entre los detractores del oficial judío. Umberto Eco analiza a fondo y de forma crítica todo el irracionalismo contemporáneo en *El péndulo de Foucault*, mientras que Dan Brown, autor de *El código Da Vinci*, supongo que tiene buenos motivos para creer en la existencia de las conspiraciones, defender su existencia, e incluso en favorecerlas e iniciarlas allá donde pueda: le han hecho millonario.

¿Escribo también este libro para demostrar que las tesis conspirativas son falsas? No. Reducirlas todas, de forma acrítica, a una farsa o un sueño no sería en modo alguno justo. Han existido conspiraciones históricamente demostrables; conspiradores que han matado a reyes o presidentes, que han empezado guerras y cambiado el curso de las naciones; desde China a Francia o Nápoles, las sociedades secretas han precedido a los partidos políticos en muchas sociedades en las que estos aún no existían o estaban prohibidos; los masones sí participaron de la Revolución francesa, aunque, en contra de la opinión generalizada, no todos pertenecían al mismo bando o tuvieron la misma fortuna; numerosos libros dedicados a perseguir sociedades secretas inexistentes han inspirado la creación de sociedades secretas reales que han influido en la vida de las naciones.

5

Problemas de método

> Un problema despierta mi curiosidad y comienzo a leer acerca de él. Lo que leo me lleva a redefinir el problema. Redefinir el problema me lleva a un cambio de dirección en mis lecturas. Esto a su vez vuelve a remodelar el problema que nuevamente reorienta la lectura. De esta manera retrocedo y avanzo hasta que tengo la sensación de que todo encaja perfectamente. Entonces lo escribo y lo envío al editor.
>
> WILLIAM H. McNEILL,
> definiendo su método para escribir historia,
> citado en *El paisaje de la historia*,
> de JOHN LEWIS GADDIS.

¿Por dónde empezar una historia de las tesis conspirativas? En historia, incluso cuando se escribe sobre algo más fácil de identificar que un rumor, no siempre es fácil decir dónde empieza lo relevante, dónde empezar a contar lo sucedido. Aunque las narraciones históricas se proyectan al futuro, su preparación tiene que mirar hacia el pasado.

El principal terreno para el desarrollo de las tesis conspirativas fue durante mucho tiempo Francia, por ser este uno de los primeros países del mundo, y durante mucho tiempo uno de los pocos en Europa, con una relativa libertad de prensa, que permitía el debate pero también la acusación gratuita y la difamación; el único con amplia participación de las masas en la vida de la nación, aunque a menudo a través de movimientos insurreccionales, y una gran actividad de clubes, partidos y sociedades políticas. El siglo XIX, en que Francia tuvo tres repúblicas, dos monarquías (una liberal y otra absoluta) y dos imperios, fue el laboratorio en el que surgieron, o al menos se discutieron, casi todas las ideas políticas de la sociedad contemporánea. De la misma manera que hoy los mitos y leyendas de los estadounidenses son los mitos y leyendas del resto del mundo, y las elecciones en los Estados Unidos son seguidas con atención por todo el planeta, las convulsiones internas de Francia lo fueron en el siglo XVIII. Francia era entonces uno de los países más ricos del inundo; era también el de mayor densidad demográfica de Europa, segundo en población detrás de la mucho más extensa pero proporcionalmente despoblada Rusia. Las peleas internas de

Francia durante los siglos XVIII y XIX, sus polémicas, a menudo mal traducidas y/o sacadas de contexto, fueron la base de la cultura y el mito político del resto del mundo civilizado, de la misma manera que lo son hoy las estadounidenses.

Siempre han existido conjuras, complots, traiciones y mentiras, reales o falsos, en la política, pero no se empezó a buscar el origen de todas las desgracias de las naciones o los pueblos hasta bien entrado el siglo XVIII. Si bien durante las guerras santas europeas y la Revolución inglesa de Cromwell se habían interpretado algunos sucesos a partir de conjuras reales o inventadas, como la «conspiración de la pólvora» en 1605, no fue hasta la Revolución francesa cuando aparecieron los primeros libros que interpretaban los cambios políticos a través de la actuación de fuerzas ocultas.

El origen de todas las tesis conspirativas que conducen a creer en la Gran Conjura se encuentra en el Siglo de las Luces y en la Revolución francesa, un período que empieza en el terreno de las ideas desde bastante antes de que el primer amotinado llegara a la Bastilla. En esa época surgieron todos los personajes que han llegado hasta nuestros días a través del folclore conspirativo: iluminados, templarios, masones, banqueros (sobre todo los banqueros ingleses), y se redefinió el papel de antiguos sospechosos como los jesuitas y los judíos. A pesar de los dos siglos transcurridos desde entonces, apenas se han añadido miembros nuevos a esa lista, aunque sí variantes sobre los antiguos: los judíos ahora son acusados de sionistas; los jesuitas se ven, a veces, sustituidos por el *Opus Dei*; los banqueros británicos pasaron a ser estadounidenses en algún punto del siglo XX, antes de ser cosmopolitas en el nuestro; a los *Illuminati* desaparecidos el siglo XVIII se les atribuye ahora la organización del Club *Bilderberg*; y desde luego siempre que en un libro sobre conjuras, sobre todo si es la Gran Conjura, aparecen los templarios podemos afirmar que estamos frente a una obra de ficción, no importa cómo la califique su autor. Como entonces, las categorías y las acusaciones tienden hoy a mezclarse y un *Illuminati* puede indistintamente ser jesuita o masón; un masón es siempre un judeo-masón; un jesuita puede ser — siempre lo es en estas conjuras— un judío oculto, a menos que sea un antisemita declarado, y un judío capitalista puede verse acusado de promover la revolución comunista de 1917, o la poscomunista de los años noventa. Y al menos esta última acusación puede tener cierta lógica. Los templarios son, por su parte, antecesores de los masones, de los *Illuminati*, de los jesuitas, y de prácticamente todo el mundo. El cómo y por qué se llegó a ese punto es una interesante historia.

En Francia se desarrolló la tesis de la conjura masónica por parte de los partidarios del *ancien régime*. De la conjura masónica se pasó a la conjura jesuítica denunciada por los republicanos, a menudo masones, ya establecidos en el poder, y a la conjura judía denunciada, entre otros, por los jesuitas, que pasó a otros países a través de Francia. Es increíble la facilidad con que los acusados pueden convertirse en acusadores. Sin las polémicas del siglo XIX francés y el libro de Joly, *Diálogo en el infierno entre Montesquieu y Maquiavelo* — un libro escrito contra Napoleón III en

París que fue leído con más atención en Moscú y San Petersburgo—, no se puede comprender la aparición de los *Protocolos de los sabios de Sión* dos generaciones más tarde.

Hubo un momento en que la cultura francesa representaba la cultura europea. A pesar de los cambios de régimen, de las revoluciones, de las guerras napoleónicas y la guillotina, París era el centro de la moda, el arte y la cultura. París creaba y el resto de Europa la imitaba, y así, el rey de Prusia hablaba en francés con su amigo Voltaire en Sans-Souci, un palacio de nombre francés copiado del de Versalles, un palacio que los seguidores de Voltaire saquearían una generación más tarde. Los aristócratas retratados en *Guerra y paz* hablan entre sí en francés a pesar de ser rusos. El francés era la lengua de la alta diplomacia, el idioma de los zares y sus cortes, de Federico II de Prusia y de la mayor parte de los príncipes alemanes. Porque escribían en francés los fisiócratas, los enciclopedistas e incluso el incómodo Voltaire, fueron leídos por toda Europa y recibidos en muchas cortes.

En aquel tiempo el dialecto parisiense, que hoy llamamos francés, no era hablado por la mayor parte de los franceses, pero sí por todas las élites cultas de Occidente. Sin el prestigio del idioma francés, no hubiera existido la Ilustración y la Revolución, pero tampoco las tesis conspirativas. Si no hubieran sido escritas o repetidas en francés las tesis a favor o en contra de masones, *Illuminati*, jacobinos y revolucionarios, estas nunca habrían salido de sus lugares de origen. Sabemos que los libros dedicados a los *Illuminati* escritos en alemán durante el siglo XVIII no lo hicieron, a pesar de que sus autores estuvieran más cerca de los protagonistas, del tema y quizá incluso de la verdad.

El brillo de la cultura francesa de los siglos XVIII y XIX que hizo llegar a todas partes las ideas de la Ilustración, el enciclopedismo y la revolución liberal como había llevado antes las hoy olvidadas doctrinas del despotismo ilustrado, llevó también consigo las tesis de la conspiración revolucionaria y masónica a países donde los únicos masones eran aristócratas; de la conspiración jesuítica a países sin jesuitas, y tesis del poder judío a países donde los judíos estaban incluso por debajo de los siervos de la gleba. Cuando, después de la Segunda Guerra Mundial, se acusó por crímenes de guerra a Xavier Vallat, comisario de cuestiones judías del gobierno nazi de Vichy, este alegó como defensa que se había basado en Voltaire. El campo abierto por los libros de Voltaire, autor ocasionalmente antisemita, fue seguido un siglo después por Maurice Joly, salvo que este no era antisemita y, además, no le reconocieron el mérito, por lo que su obra fue adaptada y traducida con un nombre distinto al original: los *Protocolos de los sabios de Sión*.

En los libros de texto, la historia contemporánea comienza con la Revolución francesa, cuando Luis XVI fue llevado a la guillotina. Para que se comprendan mejor las razones que lo condujeron hasta allí, es preciso hablar de su primo Luis Felipe Igualdad, que quería ser rey en lugar del rey legítimo, y de los francmasones. Y cuando se habla de los masones, hay muchos que se sentirán obligados a hablar del

chevalier Ramsay, de la llamada «obediencia escocesa» y de los jacobitas, que eran los partidarios escoceses de una dinastía inglesa derrocada, pero que acabaron influyendo en la creación de una sociedad —la francmasonería—, que a su vez fue acusada de contribuir a acabar con una dinastía francesa de la que los jacobitas habían sido huéspedes y de la que eran aliados. Y en ese camino — porque todo se encadena— no faltará quien quiera llevar los orígenes de la Revolución francesa hasta la destrucción de la Orden de los Caballeros del Temple y la maldición lanzada por Jacques de Molay contra la dinastía de los Capeto, que no concluyó hasta la decapitación de Luis XVI. Salvo que en un libro de historia esa maldición no tendría cabida, ante todo porque es una leyenda sin base histórica que Jacques de Molay lanzase ninguna maldición; pero también porque Luis XVI no era un Capeto y porque, a pesar de perder el trono y la cabeza, no fue el último Borbón en el trono de Francia, sino que fue sucedido por sus dos hermanos menores, Luis XVIII y Carlos X, antes de que el trono francés pasase a los Orleans, otra rama de la misma familia que acabó sus días en el trono de forma mucho menos trágica.

Las tesis conspirativas son una forma de reescribir la historia que hunde sus raíces, como tantas cosas de la época contemporánea, en el Siglo de las Luces y la Revolución francesa; son un producto más de la modernidad, que comienza con la publicación de la *Encyclopédie*, y sigue con la toma de la Bastilla y la decapitación de Luis XVI. Dicho esto, solo me queda probarlo.

¿Por dónde empiezo, pues? No hay una regla precisa que diga a los historiadores dónde han de detenerse al establecer las causas de un acontecimiento histórico. Existe en historia un principio de disminución de la pertinencia, según el cual, cuanto mayor es el tiempo que separa una causa de una consecuencia es menos pertinente. Así, por ejemplo, es cierto que si Colón ho hubiera descubierto Cuba no se habría producido la crisis de los misiles entre Kennedy y Jruschov en 1962, pero también es evidente que la mayor parte de los historiadores no suelen retroceder tanto en el tiempo para explicarla.

El problema es que para elaborar una historia de las conspiraciones que han sido probadas el *principio de pertinencia* funciona, pero a la hora de una historia de las tesis conspirativas deja de hacerlo bastante a menudo. Estamos en un punto extraño de la historia en el que la realidad demasiadas veces no pesa tanto como el mito o incluso la mitomanía. En realidad, cuando se analiza la Gran Conjura, no se analizan hechos sino solo palabras, y ante la ausencia de datos concretos, de documentos reales, de fuentes primarias o incluso de fuentes contrastables, muchas veces el historiador debe dejar paso al estudioso de la mitología o incluso al crítico literario. Una historia de la Gran Conjura a menudo será solo la historia de los textos que la han denunciado y del contexto en que estos han aparecido.

A la hora de escribir este libro y de trazar sus límites, no he buscado reunir todos los mitos conspirativos de anteriores siglos, sino que he buscado solo aquellos que se han seguido proyectando hasta nuestros días. Los jacobitas escoceses existieron, e

introdujeron la masonería en Francia; la maldición de Jacques de Molay es solo una leyenda, pero los primeros masones modernos, fueran o no escoceses, son menos importantes que esa supuesta maldición para la mayor parte de la gente que cree en las conspiraciones. Quedarán, pues, excluidos de este estudio algunos de los masones que existieron fuera de Francia o antes de la Revolución francesa pero no participaron de la misma; mientras que sí se incluirán los masones franceses que participaron en ella —aunque a veces lo hicieran como víctimas—; hablaré de los *Protocolos* y de los *Skull and Bones*, de las *round tables* y del retorno del satanismo a lo largo del siglo XIX; asimismo haré mención de los templarios — pese a que habían sido disueltos varios siglos antes y ya no existían— y del resto de las leyendas en que creyeron los que denunciaron la Revolución francesa, incluyendo desde luego a los terribles *Illuminati*, un grupo cuya existencia apenas duró una generación pero ha sobrevivido hasta nuestros días en la imaginación de muchos.

Todos los géneros y subgéneros literarios tienen reglas que son a veces ignoradas por los autores, pero rara vez lo son por sus lectores, y un libro sobre conspiraciones tiene que hablar forzosamente de los *Illuminati*. Ha sido así desde el primero de sus grandes textos, la *Memoria para servir a la historia del jacobinismo*, de Barruel, y quién soy yo para alterar las reglas de un subgénero literario tan firmemente establecido como la literatura conspirativa. ¿Cómo ignorar a los *Illuminati* si hasta Homer Simpson cree en ellos?

¿Qué pretendo con este libro? Estudiar el momento en que apareció la Gran Conjura, y contrastar la realidad histórica con el mito; refrescar los hechos que hoy son normalmente olvidados, o más simplemente ignorados, por aquellos que proponen una visión conspirativa de la historia; revisar, caso por caso, el papel de cada sospechoso habitual que aparezca en las tesis conspirativas y tratar de explicar en qué momento se convirtió en sospechoso y por qué llegó a estar en esa incómoda posición.

En lo que a mi libro respecta, frente a una conjura global me siento en libertad de usar la cultura global a la hora de describirla y tal vez incluso de explicarla. Puesto que a los partidarios de las conspiraciones les son indistintos una mala película comercial, un texto de sociología, una novela o un libro de historia sin notas, yo también los usaré. Textos y métodos impropios a la hora de escribir un libro de historia pueden ser perfectamente válidos para escribir un libro sobre rumores y sombras. Puesto que muchos de los teóricos de la conspiración han transformado la historia en una gran novela épica, espero que no se molesten si a la hora de juzgar su obra lo hago, no como historiador, título que me es ajeno, sino como lector y crítico de libros de historia.

Reconozco, pese a todo, una desventaja sobre mis predecesores: no inventaré libros perdidos o correspondencia inexistente, ni citaré libros de autoría dudosa sin antes advertir al lector, no consultaré manuales arcanos de acceso imposible al común de los mortales, ni me dejaré llevar por los espíritus, los confidentes o los informantes

secretos. Espero que mi escritura no se resienta por ello, sé que por lo menos mi razón no lo hará.

Segunda parte

ORÍGENES DE LA GRAN CONJURA

6

La Francia prerrevolucionaria: el marqués de Lantenac sabía que el ancien régime era mejor...

El mundo en que vivimos hoy nació en el siglo XVIII, inmediatamente antes o durante la Revolución francesa: el despegue de la cultura y economías occidentales con respecto a las de otras civilizaciones y la supeditación del resto de las culturas del mundo a esta; el triunfo hasta hoy definitivo de la burguesía como clase hegemónica; la cultura laica que identificamos con el progreso y perfectibilidad del hombre y la sociedad; el Estado moderno que con toda su plétora de funcionarios desempeña desde entonces el papel que antes se repartían Dios, la Corona, la nobleza y el clero; la globalización; las ciencias que intentan explicar el porqué de este mundo nuevo pero también las leyendas que rodean su origen y funcionamiento, incluidas las tesis conspirativas.

Todo empezó con el Siglo de las Luces, y en lo que a las conjuras se refiere casi todo sigue en ese siglo. Han pasado varios siglos desde que el abate Barruel y John Robison escribieron dos de los primeros libros sobre conspiraciones, y de una u otra forma los protagonistas siguen siendo los mismos que ellos descubrieron o, más a menudo, eligieron. El mundo ya no tiene por centro a Europa, el poder real se ha desplazado en buena parte, al otro lado del Atlántico, pero las tesis conspirativas, siempre renovadas en lo accesorio, acaban por volver sobre problemas y escenarios que son propios de la Europa afrancesada del siglo XVIII. Ese siglo vio la aparición de las ciencias sociales y el desarrollo de las ciencias aplicadas, la Primera Guerra Mundial — dos siglos después las guerras que consideramos mundiales siguen siendo las que se luchan por el control de Europa— y la aparición de los primeros movimientos de masas laicos, tanto populares como de élites.

Fue a finales del siglo XVIII cuando, más que descubiertos, fueron inventados los sospechosos habituales de todas las tesis conspirativas que han llegado hasta nuestros días. Los judíos, que vieron alterado su papel medieval; los masones, que en pocas generaciones pasaron de ser un grupo católico y monárquico inglés a ser un grupo anticlerical y revolucionario francés; los templarios, desaparecidos siglos atrás y sin embargo increíblemente activos en medio de su inexistencia; los *Illuminati*, que en la imaginación popular pasaron de ser una logia racionalista, de corta existencia, a ser una de las más antiguas conjuras de la historia de la humanidad. No fueron los únicos sospechosos de lo sucedido entonces. En su día la Revolución francesa fue también vista como el resultado de un complot protestante o inglés. Aunque, en realidad, si

hubo un conspirador real, y como tal fue visto por muchos de sus coetáneos, fue el duque de Orleans, y ni siquiera a él se ha logrado atribuirle nada más que una serie de maniobras improvisadas, oportunistas, que al final le costaron la vida, con las que trató de desplazar a Luis XVI del trono de Francia, que difícilmente pueden ser consideradas como parte de un gran plan, y en cualquier caso no como parte de un gran plan destinado a instaurar la República.

Vivimos en un mundo confuso. Siempre ha sido así, pero desde el comienzo de la Edad Contemporánea, gracias a unos medios de comunicación de masas cada vez más rápidos, nos damos cuenta de ello con una facilidad de la que carecieron nuestros antepasados. La prensa popular, que apareció justo antes de la Revolución francesa, ha visto aumentado su poder de generación en generación por la radio, la televisión e internet. Vivimos desde hace siglos en un mundo en el que los estados más poderosos e inmutables, la monarquía absoluta, el imperio de los zares, el bloque soviético, caen sin apenas resistencia, mientras que sistemas aparentemente tan frágiles como la monarquía británica o el sistema republicano estadounidense sobreviven. Las causas de estas crisis — o de estas supervivencias— no siempre son fáciles de comprender.

Vivimos también desde hace más de dos siglos en un mundo en que las acciones de una potencia pueden afectar a todas las demás. Es posible que el proceso de globalización de las economías comenzara con el primer viaje de Colón y es evidente que existían imperios transcontinentales, de base europea, desde el siglo XV, pero a pesar de su existencia y de los conflictos que se producían entre los reinos europeos, que afectaban también a sus colonias, no existió una forma global de conducir los asuntos de la guerra y la paz hasta el siglo XVIII. Olvidada a pesar de su importancia, la Primera Guerra Mundial no tuvo lugar en 1914 sino durante el siglo XVIII.

La guerra de los Siete Años duró nueve en Norteamérica, quince si contamos las guerras indias que la siguieron. En Europa se enfrentaron Inglaterra, Prusia y Hannover a Francia, Austria, Rusia, Suecia y Sajonia. Con el tiempo España, Portugal y Holanda se vieron arrastradas al conflicto. A todos los efectos, fue la Primera Guerra Mundial, con batallas libradas en Europa, Canadá, las costas de África, las Filipinas e incluso en la India, donde los holandeses, que ignoraban estar en guerra hasta que fueron atacados, fueron derrotados por los ingleses, que sí lo sabían. Fue también una de las primeras guerras no santas, en las que países protestantes y católicos estuvieron aliados entre sí y contra monarquías de su propia fe. Como resultado de la guerra, Prusia se consolidó como gran potencia germana y dio el primer paso en lo que concluiría con la unificación de Alemania en 1871; el Imperio austríaco entró en una espiral de decadencia que no acabaría hasta 1914, con la Gran Guerra; Inglaterra adquirió la India, Canadá y Florida, y pasó a ser considerada por primera vez como una gran potencia mundial; los españoles perdieron La Habana en 1762, que cambiaron por Florida un año más tarde, pero obtuvieron a cambio Luisiana; los franceses abandonaron la América continental perdiendo Luisiana y Quebec, y los angloamericanos se dieron cuenta de que no

importaban demasiado a la Corona británica, pero también de que ya no la necesitaban para defenderse de los franceses y que nunca la habían necesitado para hacerlo de los indios. Pero lo más importante de todo es que a partir de esa guerra el mundo quedó lo suficientemente reducido como para ser dominado de forma eficaz por una sola potencia. A partir de esa guerra el mundo se convirtió en un escenario en el que las conspiraciones mundiales eran si no posibles, al menos creíbles, en el que un reino podía pretender ser el más grande del mundo y dominarlo.

Hasta el siglo XVIII no fueron posibles las conspiraciones para dominar el mundo porque solo durante ese siglo el mundo tuvo por fin límites reales y concretos. Solo desde ese siglo — el de las ciencias políticas pero también el de las ciencias naturales por fin aplicadas, el de la cartografía y los viajes de Von Humboldt por Sudamérica, o las exploraciones de Cook, Bouganville o Malaespina— el mundo tenía, por fin, límites exactos, podía ser comprendido y en consecuencia dominado. Y entonces llegó la Revolución francesa.

La Revolución francesa, y la desaparición del *ancien régime*, no fue pacífica, mató en el proceso a varios miles de personas en la guillotina. Incluyendo las matanzas de septiembre de 1792 y la represión antimonárquica y anticatólica de la Vendée, sumando la guerra civil y las distintas revueltas que la siguieron, la Revolución francesa causó cerca de doscientas mil víctimas. El parto del mundo moderno dio lugar a una docena de guerras en toda Europa — las más multitudinarias y mortales del siglo XIX—, con las que la República francesa, que había comenzado solo defendiéndose, trató de llevar e imponer al resto de Europa un futuro que creía, o al menos quería, brillante. La modernidad que llegaba tendría que haber sido beneficiosa, benevolente y humana, el triunfo de la razón y las luces, pero en sus primeras etapas tuvo la necesidad de ser cruel para sobrevivir. El novelista Alejo Carpentier en el *Siglo de las Luces*, la novela de la Revolución francesa en las Antillas, nos presenta al personaje central de la misma, Victor Hugues, llegando a las islas del Caribe francés como portador de las ideas progresistas de la *Encyclopédie*, y de la guillotina como forma de imponerlas. También la razón puede llegar a ser perversa y cometer crímenes.

En cualquier caso, el precio de entrar en la modernidad fue caro. En *The Napoleonic Empire*, Geoffrey Ellis habla de 1.400 000 muertos franceses durante el período 1792-1815, de los cuales un 65 por ciento habrían muerto durante las guerras del Consulado y el Imperio, de tres millones de muertos para el conjunto de los ejércitos enemigos de Francia y de un millón de bajas civiles. Gaston Bodart en *Losses of Life in Modem Wars*, de 1916, habla de un total de dos millones de muertos para Francia, incluyendo la República y el Imperio, y una cantidad equivalente para la suma de sus enemigos, entre ellos unos 300 000 españoles. En el libro de Bodart el número de muertos en el campo de combate es de 371 000 para Francia y sus aliados y de 560 000 para sus enemigos. Cantidades increíbles para unas matanzas hechas con fusiles de un solo disparo y cañones de corto alcance que no incluyen, pese a

todo, a los muertos indirectos por causa del hambre o la enfermedad que suelen acompañar a la guerra.

En el principio, antes del caos revolucionario, existía un *ancien régime* que parecía eterno e inmutable y no necesitaba justificación. En una de sus novelas, *El noventa y tres, el año terrible*, Victor Hugo crea al marqués de Lantenac. Aristócrata pero no cortesano, educado y culto pero no ilustrado, señor feudal en la Bretaña francesa, Lantenac es un monstruo de rectitud que a lo largo de un mismo capítulo condecora a un hombre por gratitud y a continuación lo fusila por deber. El marqués es a la vez cínico y devoto ya que no creyente, es también jefe de una partida de guerrilleros, *chouans* de la Vendée, alzados en armas por Dios y el rey contra la recién creada República francesa. Capturado, la noche antes de su ejecución, Lantenac recibe la visita de su sobrino, vizconde y aristócrata pero también ilustrado y miembro del club jacobino, que se ha unido a la Revolución y al que expone en un largo monólogo las bases de su fe legitimista: «Pues bien, ¿qué me dice de lo que está pasando? Original, ¿no es así? Teníamos antaño un rey y una reina; el rey era rey; la reina era Francia. Han cortado la cabeza al rey y casado la reina con Robespierre; ese señor y esa dama han tenido una hija que se llama guillotina, a la que parece que voy a ser presentado mañana por la mañana. […] Señor vizconde, acaso ya no sabéis lo que es un gentilhombre. Bien, he aquí uno, soy yo. Miradlo. Es curioso; cree en Dios, cree en la tradición, cree en la familia, cree en sus abuelos, cree en el ejemplo de su padre, en la fidelidad, en la lealtad, en el deber hacia su príncipe, en el respeto a las viejas leyes, en la virtud, en la justicia; y os haría fusilar con placer».

Desde luego el mundo del *ancien régime* no era tan sencillo como el descrito por el marqués. Aunque desde lo alto el orden pareciera inmutable y perfecto, muchos de los que vieron su caída no lo hicieron con sorpresa. Los años anteriores a la Revolución fueron años de crisis. Pocos compartían la fe ciega de un Lantenac y, sin embargo, todavía poco antes de la Revolución, la Corona francesa imponía la ortodoxia católica sobre una sociedad en que muchos, incluso entre los encargados de defenderla, ya la habían perdido. En 1762 el pastor protestante Rochette murió por sus ideas, y tres hermanos hugonotes de apellido Grenier fueron decapitados, supuestamente por alborotadores pero en realidad fue por causa de su fe. En Grenoble, en fecha tan tardía como 1764, el *chevalier* de La Barre fue quemado en la hoguera por impío. *Monsieur* de Laraguais fue detenido en la ciudadela de Metz con una *lettre de cachet* — una orden real que permitía encarcelarlo sin juicio previo— por haber leído un estudio a favor de la inoculación en una asamblea de la Academia de París. Aunque olvidados hoy, estos sucesos no eran excepciones, sino parte normal de la vida francesa de aquella época. La censura alcanzaba a textos que hoy nos parecen tan inocuos como la *Encyclopédie*, que fue prohibida en Francia por críticas, que hoy parecen mínimas, a la fe católica y su elogio de pensadores protestantes.

Tan asociadas estaban entonces en Francia las ideas de prisión y ejecución con la defensa de las ideas ilustradas que cuando se publicaron de forma póstuma *Las*

investigaciones sobre el despotismo oriental, de Nicolas-Antoine Boulanger, muchos asumieron que la muerte de su autor no había sido natural sin más base que la fecha de su muerte y el carácter de sus escritos. *Belisario*, una novela política y moral de Jean-Francois de Marmontel, fue prohibida a petición de la Universidad de la Sorbona porque en el capítulo XV se discutía el tema de la tolerancia religiosa. *La profesión de fe del vicario saboyano*, de Rousseau, tuvo que circular de forma clandestina. No fue el único texto que lo hizo. La lista de libros que circulaba clandestinamente en los últimos años del *«ancien régime»* es larga: *El filósofo y el examen de la religión*, de César Chesneau du Marsais; *El tratado de los tres impostores*, anónimo; *La carta de Trasibulo a Leucipo*, de Nicolas Fréret; *El sermón de los cincuenta*, de Voltaire; *Jordanus Brunus redivivus*, anónimo; *Dificultades de la religión*, de Robert Challe; *Extracto del discurso de los milagros*, de Émilie du Châtelet; *Los sentimientos de los filósofos sobre la naturaleza del alma*, de Benoit de Maillet; *El origen de los seres y las especies*, de Henri de Boulainviller; *Los ensayos sobre la búsqueda de la libertad*, anónimo; *Reflexiones sobre la existencia del alma y Dios*, anónimo. Una lista que, a pesar de estar incompleta, es amplia y variada en sus temas y abarca las ciencias naturales, la teología, la ética y la historia, y que reúne las críticas a la religión católica con las peticiones de tolerancia hacia las demás, y la crítica de la monarquía absoluta con peticiones de reforma de la misma. Con todo, la crítica a la religión católica es más abundante que los ataques a la monarquía, y en uno de los principales textos ateos de la época, el *Diálogo entre un sacerdote y un moribundo* escrito por el marqués de Sade, el personaje central hace una declaración de fidelidad atea aunque monárquica. Pese a ello, el jansenismo, el protestantismo, el galicanismo y el escepticismo estaban presentes en esas obras y se unían en un frente involuntario pero común contra la fe católica. El mismo clero católico no era renuente a la hora de criticar a la Iglesia: Robespierre, Danton y Marat, entre otros, fueron educados por sacerdotes, de la mano de los cuales aprendieron las ideas que les llevarían al republicanismo más radical. El marqués de Lantenac, más amante de la caza que de los libros, no se daba cuenta de lo que pasaba a su alrededor. No era el único, pero sin saberlo sus mismos miembros, se estaba formando un partido para el cambio, el partido de los filósofos, de los ilustrados, de los enciclopedistas y, en una generación más, el de los revolucionarios. Y sin embargo, cuando se escribieron esos libros ni los autores ni sus lectores podían reconocerse entre sí como miembros de un Partido del Cambio, que iba de Rousseau a Voltaire, ni imaginar que llegaría a existir un Partido de la Revolución, o soñar en sus peores pesadillas que este llegaría a ser durante un tiempo no el Partido de la Esperanza, sino el del Terror.

A estos primeros libros inocentes les seguirían una generación después títulos tan improbablemente largos como *La caza de las bestias apestosas y feroces, que tras haber inundado los bosques, las llanuras, etc., se han extendido por la corte y la capital. Seguida de la lista de los proscritos de la nación y de la noticia de las penas que les serán infligidas por contumacia, en espera del triunfo de las persecuciones*

que se han hecho sobre sus personas, o la ocasión, de 1789, que es, como el título no indica, una lista de setenta nobles y clérigos cuya muerte en la guillotina fue demandada y a menudo obtenida.

Alexis de Tocqueville, en *El antiguo régimen y la revolución*: de 1856, dejó claro que la revolución real tuvo lugar antes de que llegara la revolución política. Tocqueville describió el *ancien régime* como un Estado social bastardo que sin ser aristocrático no llegaba a ser democrático. Los aristócratas, sobre todo los de provincias como Lantenac, fueron las primeras víctimas de la concentración del poder político en la corte, la cual les había hecho abdicar de sus funciones reales. Tocqueville fue el primer historiador que vio en el absolutismo centralizador de Luis XIV y sus sucesores un instrumento subversivo y destructor del orden feudal. Al final del *ancien régime* el Estado centralizado alrededor del rey no era más que una fachada que había perdido todo su contenido. La monarquía absolutista había destruido la aristocracia sin abrir vías para la democracia, lo cual explica su rápida caída y la forma en que se hizo *tabula rasa* en 1789.

Tocqueville tenía mucho de original analizando la Revolución francesa. Asimismo contaba con la ventaja de ser no solo un gran observador, sino también uno de los primeros historiadores en el sentido moderno del término. Las sociedades anteriores a la Revolución francesa no eran conscientes de que podían desaparecer o alterarse. El *ancien régime* era un orden divino que no solo era inmutable, sino que, además, no necesitaba justificarse ante nadie, ni siquiera ante la historia, por lo cual no debería sorprendernos que uno de sus mejores alegatos literarios, el monólogo de Lantenac, provenga, no de la pluma un autor legitimista, sino de la de un liberal como Victor Hugo, cuyo deseo no era otro que rebatirlo.

La aparición de los primeros libros de historia moderna coincidió con los años anteriores al comienzo del proceso revolucionario. Hasta el siglo XVIII la mayoría de las narraciones históricas, con la muy rara excepción de las de Giambattista Vico —que nadie leyó con atención hasta un siglo después—, se limitaban a narrar los hechos políticos. A partir del siglo XVIII, Montesquieu, Herder, Hegel, Condorcet, Saint-Sirnon intentarán explicarlos. La historia no fue el único objeto de estudio que se pretendió explicar en la época: en 1759 Frainois Quesnay — más respetado en vida por ser el médico de *Madame* Pompadour escribió *La tabla económica*, uno de los primeros textos de economía, el cual uno de sus discípulos, Turgot, ministro del Tesoro en tiempos de Luis XVI, trató de llevar a la práctica. También en esa misma época apareció la primera escuela de pensadores económicos, los fisiócratas, y la primera sistematización de los conocimientos humanos hecha al margen de la fe y la Iglesia, la *Encyclopédie*. La filosofía, que desde el triunfo del monoteísmo cristiano había servido a la teología, por fin se liberaba y se transformaba en ideología.

Esta nueva manera de ver la historia, y el mundo, aportaba una idea importante al pensamiento político de la época: la de que la historia de la humanidad pertenece a un orden inteligible y no consiste en una simple sucesión de hechos fortuitos. Para los

historiadores de los siglos XVIII y XIX, la historia podía todavía no tener una dirección, pero comenzaba por lo menos a tener sentido. A su manera, los libros sobre conspiraciones formaban parte de esa misma gran renovación de las ciencias históricas. No es casual que aparecieran en el mismo período en que nació el concepto de historia moderna. También ellos tratan de dar sentido a una realidad confusa.

En 1778 murió Voltaire; una década más tarde estalló la Revolución y muchos achacaron la culpa a él y otros filósofos enciclopedistas. Al menos Lantenac lo tenía claro: «¡Cuando pienso que nada de esto habría sucedido si se hubiera ahorcado a Voltaire y condenado a Rousseau a galeras! ¡Ah! ¡La gente de espíritu, qué azote!», y añade, pocos párrafos más adelante, un comentario que demuestra lo cerca que podía estar un conservador francés del siglo XVIII de corrientes de pensamiento más propias del siglo XX: «Quemamos los escritos en lugar de quemar a los autores, las cábalas de la corte se mezclaron; tuvimos todos esos bobos, Turgot, Quesnay, Malesherbes, los fisiócratas, *et caetera*, y comenzó la tormenta. Todo ha venido de los escribidores y los rimadores…». Los primeros que fueron capaces de percibir la unidad de acción del Partido del Cambio, o incluso su misma existencia, fueron sus enemigos.

¿Eran responsables los filósofos de los cambios políticos de fin de siglo? De entre los citados, por lo menos Turgot trató de impedirlos, y fueron muchos los enciclopedistas que murieron a lo largo de la Revolución — «La República no necesita sabios», fueron las palabras que acompañaron la pena de muerte del químico Lavoissier—. Pero, pese a ello, ¿no habían destruido los revolucionarios lo que la filosofía había denunciado? En cualquier caso, si los filósofos proporcionaron el pensamiento a los movimientos revolucionarios, no fueron su motor. Una persona como el marqués de Lantenac, que sabía que su mundo había desaparecido, un mundo que había sido perfecto e inmutable, y a la que se le explicaba que la historia tenía necesariamente sentido, necesitaba otra clase de historiadores, unos que descubrieran dónde estaba el motor y la causa oculta de un cambio en el que solo veían, destrucción.

La leyenda en torno a la Revolución francesa habla de Luis XVI y María Antonieta — un rey bueno pero indeciso y una reina amante—, víctimas inocentes de una conjura oscura que llevó a los elementos más bajos de la sociedad a sublevarse de forma sangrienta y cruel frente a un orden imperfecto pero justo.

La Revolución —al menos en su comienzo — habría sido causada por un grupo organizado de agitadores que, con su acción subversiva, estaban, entre otras cosas, vengando a los caballeros templarios y cumpliendo la maldición lanzada por Jacques de Molay contra los reyes de Francia. La Revolución no habría sido el resultado de la mala administración de un casi inexistente Estado, sino el de las turbias maniobras de conspiradores, entre ellos el duque Felipe de Orleans, primo del rey, decididos a matar de hambre a las masas para irritarlas y empujarlas a la rebelión.

Otras versiones, igualmente simples, de la Revolución nos hablan de un pueblo hambriento y oprimido bajo el feudalismo por un rey tiránico y una reina vesánica, que no dudaban en burlarse de las necesidades de su pueblo. «Si no tienen pan que coman pastel», es una frase que nunca llegó a pronunciarse, pero que todo el mundo sigue atribuyendo a María Antonieta, una de las primeras víctimas históricas de una campaña negativa de prensa. Una campaña difícil de llevar a cabo, dado que las actividades de la prensa en la Francia de Luis XVI estaban férreamente controladas y estaba prohibida incluso la importación de máquinas de imprimir, hasta el extremo de que los únicos periódicos serios publicados en lengua francesa eran los de Utrech, Leiden o Londres, fuera del control real.

Sin embargo, al evaluar la Revolución es difícil ignorar, por encima de la supuesta influencia de las sociedades secretas, la de la literatura y la prensa clandestinas, y no solo los manuales de los filósofos sino también los libros de los pornógrafos. Entre los ataques a la reina figuraron numerosas obras pornográficas. *Los amores de Carlitos y Toñita*, en la que se le atribuyen amores con su cuñado el duque de Artois, el futuro Carlos X; *La austríaca de juerga, o La orgía real; Proceso verbal y protestas de la orden más numerosa del reino*, en la que se señala al rey como jefe de la «orden de los cornudos», junto a una larga lista de posibles miembros procedentes de la nobleza y el clero. Las acusaciones contra ella incluían también cargos de lesbianismo con su favorita, la condesa de Polignac. *Confesión y arrepentimiento de la señora de P, o la nueva Magdalena convertida*. Se trata de una lista muy abreviada de los ataques que hubo contra la reina. Sin aceptar necesariamente la tesis de una gran conspiración, no deja de ser menos cierto que buena parte de esos libros sí formaban parte de una conspiración menor y bien real, la del duque de Orleans, que pagó la edición de muchos de ellos.

En Francia el odio a una reina extranjera, y carente de tacto, dispuesta a favorecer sobre cualquier otro interés, incluso el público, a sus amigos y amigas, precedió a su muerte. La reina separó al gobernante de los que le habrían podido proteger o aconsejar. Su mano se vería en la destitución del ministro Turgot y en el apartamiento del duque de Orleans. Cuando llegó al trono, se trataba de problemas menores que con el tiempo fueron creciendo, y que en el contexto de una crisis económica y social generalizadas ayudaron a provocar el fin de la monarquía mucho más que la posible acción de cualquier conspirador.

Los partidarios de las tesis conspirativas, expertos en sacar las cosas de su contexto real, olvidan, sin embargo, en todas sus historias que la Francia prerrevolucionaria estaba en mal estado. Arruinada por una serie de guerras sucesivas contra Inglaterra, sufría problemas de abastecimiento y hambrunas periódicas en muchas de sus regiones. El hambre no puede dejarse a un lado a la hora de explicar la Revolución, cuando se sabe que todas las cosechas de trigo entre 1785 y 1789 fueron malas. Aunque es difícil de comprender, o incluso aceptar, hoy día, en las sociedades

agrarias — incluso en Europa— el hambre era un fenómeno común hasta hace menos de dos siglos.

Al principio de su misión diplomática en Versalles, Benjamin Franklin, representante de los revolucionarios norteamericanos en guerra contra el rey de Inglaterra, aduló al rey francés, y lo tranquilizó respecto a la extensión de las ideas republicanas que representaba, con la declaración de que eran monarcas como Luis XVI los que hacían inútiles las revoluciones. Es cierto que Luis XVI no era un tirano, porque su carácter no se lo permitía, pero tenía los medios legales para serlo: podía firmar *lettres de cachet* y hacer detener sin juicio previo y arrojar a prisión o desterrar a quien quisiera; podía prohibir la circulación de libros e ideas, y lo hacía sin remordimientos de conciencia porque era un rey devoto que recibía su poder de Dios. La aristocracia había pasado de terrateniente a cortesana y perdido todas sus obligaciones sin perder ninguno de sus privilegios. El bajo clero estaba relativamente saneado, pero la jerarquía de la Iglesia católica, la única reconocida en el país desde la revocación del Edicto de Nantes sobre la tolerancia religiosa, estaba repleta de dirigentes corruptos. La literatura rara vez surge del vacío y la figura del obispo cínico y corrupto o del rico abate libertino son bastante habituales en la literatura francesa de la época. Por lo demás, resulta curioso ver hoy la cantidad de abates (libertinos o de cualquier otro tipo) y jerarquías religiosas que aparecen en la literatura de la época y en los sucesos que rodean la Revolución, testimonio de una Europa en que la religión era parte importante de la vida política de las naciones. Los abates Barruel, Grégoire, Terray, Siéyes, De Cournaud, Baissie, Lefranc, Bernier, Larudan llenan las páginas de historia de un período que tuvo además entre sus protagonistas principales a un obispo renegado, Charles de Talleyrand-Périgord. Se trataba de polemistas revolucionarios como Grégoire; de cazadores de masones como Barruel; de partidarios de Napoleón como Bernier o de ministros de la República y el Consulado como Siéyes.

Por el contrario, cientos de miles de protestantes y la totalidad de los judíos carecían o tenían limitados sus derechos religiosos, lo que no era tan chocante en una sociedad en que la inmensa mayoría de la población carecía de la mayor parte de los derechos políticos; incluso los que por nacimiento tenían no ya derechos, sino privilegios podían ver cómo un simple deseo del rey les privaba de los mismos.

Limitado su poder únicamente por la religión, la costumbre, la educación y el carácter, pero no por la ley, lo cierto es que el poder de un rey absoluto europeo podía, si lo deseaba, ser tan arbitrario como el de un visir turco. Francia, sin ser feudal, conservaba los suficientes restos de feudalismo y privilegios para ser un país lleno de resentimientos y difícil de gobernar, situación que no era nada nueva.

En contra de lo que afirman los partidarios del *ancien régime*, nunca existió una edad de oro en que la monarquía borbónica hubiera sido completamente aceptada por todos los franceses. Enrique IV, el primer rey Borbón, había llegado al trono al final de una guerra civil y de religión en la que la mayor parte del país había apoyado en

un momento u otro a sus distintos rivales, y tras haber sobrevivido a una matanza, la de San Bartolomé, que anticipaba las futuras matanzas de la Revolución, tanto por su violencia irracional como por la masiva y voluntaria participación popular en el crimen. Siendo Enrique IV el más querido de los Borbones, fue asesinado. Luis XIII y sus ministros habían hecho la guerra contra sus compatriotas tanto como contra los extranjeros. Luis XIV había huido del Parlamento y el pueblo de París cuando era niño, y de mayor había abolido la libertad religiosa dejada en herencia por Enrique IV, había construido un palacio lejos de los revoltosos parisienses y lanzado su caballería ligera, sus dragones reclutados normalmente fuera del país, contra los protestantes dentro de Francia. Hay regiones protestantes en Francia, como la Lozére, tierra de dragonadas y hugonotes perseguidos, donde la leyenda y tradición popular sobre Luis XIV difiere de la historia oficial que habla de un gran rey.

La monarquía francesa —pero también la del resto de los países de Europa— no había sabido renovarse y había perdido el contacto con el pueblo que gobernaba. Prueba de ello es la crónica de la época. A pesar de que las demás han sido olvidadas, la francesa no fue la única revolución de esa generación: en 1781 tropas piamontesas y francesas sofocaron una revuelta popular en Ginebra; en 1785 el estatúder (regente) Guillermo V de Holanda fue derribado por una revuelta popular y huyó a Inglaterra; en 1787 Bélgica, administrada por el Imperio austríaco, se alzó contra el despotismo — por más que este fuese ilustrado—, y lo mismo hizo Hungría; en 1792 fue asesinado Gustavo III de Suecia, acto que solo es recordado por los aficionados a la ópera, porque sirvió de inspiración de *Un bailo in maschera*, de Verdi, y por los lectores del marqués de Sade, que al corregir y reescribir por segunda vez su novela *Justíne* atribuyó esa muerte a una conjura masónica.

En Francia los impuestos eran el principal motivo de conflicto. Eran injustos, elevados, arbitrarios y, además, su recaudación estaba mal gestionada. Los impuestos directos recaían de forma aplastante sobre las clases populares y reportaban 190 millones de libras al año a una corona que parecía no saber o no querer distinguir sus ingresos y gastos personales de los del Estado. Por el contrario, muchas de las grandes fortunas del reino no pagaban impuestos, además de recibir dinero del rey a cambio de su amistad y fidelidad, dos valores que incluso el más torpe de los Borbones franceses — probablemente Luis XIII— sabía que era más seguro comprar que merecer.

Los impuestos indirectos eran incluso más injustos. El más odiado era la *gabela* —impuesto sobre la sal—, un monopolio estatal que recaudaba 120 millones de libras al año, de las que solo 40 millones llegaban a las arcas del Estado, quedando el resto en manos de los *fermiers généraux* — una parte de funcionarios del Estado, y otra de empresarios privados— que se encargaban de recaudarlos en beneficio *propio más que del rey*.

Pese a los impuestos, debido a tales métodos, el Estado borbónico estaba arruinado. Gran parte de los ingresos del Estado se gastaban en el pago de pensiones a los quince mil cortesanos que vivían a expensas del rey y le rodeaban a él y a sus parientes, los príncipes *de sangre, en su palacio de Versalles*.

La crisis del Estado resultaba más evidente y paradójica teniendo en cuenta que Francia era el Estado más rico y uno de los más poblados de Europa. Como en Inglaterra, el dinero cada vez más estaba en manos de la emergente burguesía, pero a diferencia de Inglaterra, esta carecía de medios para hacerse escuchar, de poder político y de medios para alcanzarlo por vías pacíficas. Al principio del reinado de Luis XVI, si bien la Revolución no era inevitable el cambio *era necesario*.

Sería un error pensar que nadie advertía esta situación. Setenta años antes de la Revolución, durante la minoría de Luis XV (1715-1723) el regente, Phillipe duque de Orleans, trató de renovar el sistema creando unos consejos de Estado de tipo consultivo que incluían a la alta nobleza; creó también un primer banco real y llamó al financiero escocés John Law para presidirlo. Por desgracia, el primer intento de introducir en Francia un mercado y una banca modernas fracasó en medio de una serie de escándalos. La ambición del regente y de sus descendientes — o su ánimo reformista— llevaría dos generaciones más tarde a la Casa de Orleans a enfrentarse a la real.

Durante el reinado de Luis XVI, el ministro Robert Jacques Turgot trató de nuevo de reformar la administración del Estado. Economista, uno de los primeros en merecer tal nombre, fue puesto al frente del Tesoro del reino el 24 de agosto de 1774.Tras ser nombrado, descubrió que el Estado tenía un déficit de veintidós millones de libras, una cifra tan grande para la época que el abate Terray, su antecesor, había sugerido declarar la bancarrota de la nación.

Turgot cometió el error de advertir al rey de que sus actos tenían consecuencias: «Tenéis, señor, que armaros contra vuestra misma bondad, considerar de dónde viene el dinero que distribuís a vuestros cortesanos». Para evitar la quiebra, recortó los gastos de la Casa Real; inició reformas administrativas destinadas a simplificar el sistema impositivo y a liberar la economía de un sistema de estancos y monopolios. Con un decreto, el 13 de septiembre de 1774, suprimió las aduanas interiores sobre el comercio del trigo e introdujo la libre circulación del grano dentro de Francia. Mediante otros decretos disolvió las corporaciones medievales y suprimió la servidumbre personal de los campesinos respecto a sus señores feudales; además, planteó crear un impuesto sobre la propiedad, aplicable a todos los propietarios, incluso los nobles, al que llamó *subvention territoriale*. Ante este último decreto, los perjudicados, entre ellos la reina, lograron el cese de Turgot.

Antes de irse el exministro escribió su última advertencia al rey: «No olvidéis, señor, que es la debilidad la que colocó la cabeza de Carlos I [de Inglaterra] sobre el tajo del verdugo». Tras la marcha de Turgot, todas sus reformas, sobre todo el proyecto de impuesto único sobre los propietarios, fueron suprimidas.

A Turgot le sucedió con demasiado retraso un banquero suizo, Jacques Necker. Obligado a financiar una nueva guerra de Francia contra Inglaterra, Necker acabó de hundir con su política de empréstitos la economía francesa, sin que por ello dejara de ser popular entre las clases populares. Turgot, verdadero economista y reformador, nunca fue popular, mientras que Necker, banquero sin visión de conjunto, logró llegar a ser querido por las masas. La prensa popular, que ya había convertido a María Antonieta en un monstruo lleno de odio hacia los franceses, transformó al mediocre pero bienintencionado banquero protestante en un patriota amante y defensor del pueblo. Ambos retratos eran igualmente falsos, pero resultaron igualmente efectivos.

Cuando Necker accedió al ministerio, la deuda del Estado era tan grande que sus acreedores ya no podían ni querían prestar dinero a Francia o a su rey. Necker, llamado para salvar la economía francesa, fue decisivo para convencer al rey de que reuniera unos parlamentos, los Estados Generales, que no habían sido convocados desde 1614. Fue un error que el rey siguiera su consejo. A grandes rasgos, se puede decir que Necker y el rey deseaban imponer más impuestos al país, mientras que los convocados confiaban en poder decidir la forma en que estos iban a gastarse.

7

La Revolución francesa: de la reforma a la rebelión

La asamblea de 1614 había estado constituida por representantes de los tres estados que conformaban la población del reino: clero, nobleza y el llamado «tercer estado», que, según el folleto *¿Qué es el tercer estado?*, del abate Sièyes, incluía a las «noventa y seis partes de los franceses».

En los Estados Generales de 1789 el tercer estado estuvo bien representado. De 1165 diputados, le correspondieron 578, la mayoría juristas y comerciantes, aunque hubiera también algunos artesanos y campesinos. De 291 representantes del clero, solo cuarenta procedían de la jerarquía y el resto eran curas de parroquia, si bien eso no les hacía más dóciles al rey o la jerarquía. No faltaron ilustrados o lectores de la *Encyclopédie* en el clero, ni miembros del clero y la nobleza ilustrada entre los elegidos como representantes del tercer estado. El marqués de Mirabeau, a pesar de sus títulos, y el abate Sièyes, a pesar de su condición sacerdotal, acudieron a la asamblea como representantes del tercer estado.

En el momento de ser convocados los Estados Generales casi todos los electos eran monárquicos y la principal oposición al rey venía no del tercer estado, sino de una facción de la nobleza de ideas avanzadas, agrupada en torno a las figuras opuestas del marqués de Lafayette y el duque de Orleans. A pesar de su incompetencia e indecisión, el rey aún era amado por los reunidos y tuvo muchas oportunidades de hacerse todavía más popular entre ellos. Desgraciadamente, las perdió todas. Pronto el rey desaprovechó la oportunidad de ponerse al frente del Partido del Cambio. A lo largo de las semanas siguientes y desde el principio de los Estados Generales, mandó mensajes confusos, y a menudo contradictorios, a todas las partes en conflicto hasta lograr que nadie confiara en él. Después trató de disolver la asamblea desoyendo los consejos de sus últimos leales, hasta el extremo de lograr que una cámara convocada para salvar la monarquía acabara por traer la República.

Representativo de esa asamblea fue Honoré Gabriel Riqueti, marqués de Mirabeau. Mirabeau, que a menudo es identificado con la Revolución, con la protesta contra el rey y con el partido del duque de Orleans, no llegó a los Estados Generales como conspirador, partidario del duque o revolucionario. Sus viajes por Europa y sus estancias en Inglaterra, donde había estudiado tanto el Parlamento británico como la revolución norteamericana, habían hecho de él un defensor sincero de una monarquía fuerte pero parlamentaria, postura en la que se mantuvo hasta el final de sus días. A pesar de su rebeldía era, o al menos creía ser, un fiel defensor de los intereses del rey, y su correspondencia privada así lo prueba. Es una paradoja del destino que el

hombre que ha pasado a la historia como uno de los primeros líderes de la Revolución tratase hasta el final de dar buenos consejos a un Luis XVI demasiado torpe para seguirlos. A pesar de los múltiples desprecios recibidos de la pareja real, solo muy tarde llegó a pensar Mirabeau en el duque de Orleans como rey, para descartarlo casi de inmediato, por considerarlo demasiado indeciso para un momento de tanta gravedad. Mirabeau no era el único en esa difícil posición: a pesar de desobedecer en un momento u otro al rey, la mayor parte de los diputados seguían considerándose monárquicos.

En ese período de indecisión y agitación de los representantes populares surgió la idea de transformar desde cero las instituciones monárquicas, poner por escrito reglas claras de gobierno que limitaran las atribuciones de cada una de las partes que participaran del mismo: rey, ministros y diputados. El 9 de julio de 1789, los diputados de los Estados Generales se proclamaron Asamblea Nacional Constituyente. Y sin embargo, la fuerza de la tradición era aún tan fuerte que hubiera bastado una palabra del rey para que este hubiera podido ponerse al frente de la reforma.

El rey, a pesar de sus continuadas concesiones y dudas, no había renunciado a la idea de un golpe de fuerza que le devolviera a la tranquilidad del poder absoluto. Desde el 24 de junio había comenzado a llamar en secreto a sus unidades suizas y alemanas — el *Royal Allemand* y el *Nassau-Infanterie*, entre otras—, más predispuestas a disparar sobre los súbditos franceses de su empleador que las reclutadas dentro del país, y a estacionarlas cerca de Versalles bajo el mando de oficiales seguros, entre ellos su pariente Charles-Eugéne de Lorraine, príncipe de Lambesc. El ejército de Luis XVI no solo no era un ejército francés sino que, aparte de ser mercenario, abundaban unidades reclutadas fuera de sus fronteras, lo cual era costumbre en la época: el rey de España tenía regimientos suizos, valones e irlandeses, y los príncipes alemanes vendían soldados al rey de Inglaterra en su lucha contra los colonos norteamericanos. Luis XVI no llegó a completar el cerco de París. Impaciente, y acosado por la corte y por su esposa, despidió a Necker y lo reemplazó por el barón de Breteuil, antes de tener suficientes tropas para controlar la capital.

Para los partidarios de las tesis conspirativas, a partir de este momento se ve cada vez más clara la acción de las fuerzas conjuradas contra el rey, y sobre todo se ve en tres de los incidentes más importantes de los primeros meses de la Revolución, y en la batalla que decidió su supervivencia: el asalto a la prisión-fortaleza de la Bastilla el 14 de julio de 1789; la marcha de las mujeres hambrientas sobre el Palacio de Versalles del 5 de octubre del mismo año, y la derrota del duque de Brunswick en la batalla de Valmy en 1792. La primera acción fue iniciada por agitadores al servicio del duque de Orleans; la segunda fue de nuevo adjudicada al duque, esta vez en complicidad con el marqués de Mirabeau. Leyenda y realidad se mezclan en las tesis de los que creen en la conspiración, porque aunque es probable que el duque tuviera que ver con el primer asalto, y tal vez incluso con el segundo, la historia ha

demostrado que Mirabeau no tuvo nada que ver con ninguno de los dos. La historia ha demostrado también que el resultado de la extraña victoria republicana en la batalla de Valmy no fue el resultado de una conjura masónica.

El 14 de julio, los artesanos y comerciantes de París estaban irritados e inquietos. Corrían rumores de que el rey, tras destituir a su ministro, planeaba devolver a los diputados a sus provincias y disolver el Parlamento. Ese día, en los jardines del Palais-Royal, residencia del duque de Orleans, lugar de reunión habitual de prostitutas y desempleados, Camille Desmoulins, agitador de la facción del duque, arengó a las masas: «Ciudadanos, sabéis que la nación había pedido que Necker fuera conservado y se le ha expulsado… Tras este golpe, osarán todo, y para esta noche meditan tal vez una San Bartolomé de los patriotas… ¡A las armas! ¡A las armas, ciudadanos!».

La invocación a la noche de San Bartolomé y sus muertes no era vana. Aunque habían pasado más de dos siglos, aquellas matanzas, ordenadas desde el palacio real, eran las más sangrientas de la historia de Francia y formaban parte de la memoria colectiva popular. Los europeos del siglo VIII viajaban menos y tenían menos acceso que los de hoy día a libros e información nueva, pero sí mejor memoria histórica.

Pocos años después nadie se acordaría de Necker, y Camille Desmoulins y su patrón el duque de Orleans morirían decapitados, pero el 14 de julio de 1789 los amotinados se alzaron llevando consigo bustos del banquero protestante y del duque liberal. El 16 de julio, enterado del asalto a su fortaleza, el rey llamó a Necker para hacerse cargo de nuevo del erario público, confiando en que ese gesto bastase para calmar a las masas.

El siguiente mes de octubre, en el segundo de los incidentes antes citados, turbas llegadas de París, dirigidas por mujeres hambrientas, arrancaron a los reyes de su Palacio de Versalles y los llevaron de vuelta a la capital.

Al año siguiente, en junio de 1791, la familia real trató de escapar a Luxemburgo, pero fue capturada en la localidad de Varennes y devuelta a París, al Palacio de las Tullerías, y puesta «bajo la vigilancia del pueblo».

Si el rey fracasó en su intento de huida, esta se volvió una práctica habitual entre los miembros de la nobleza más conservadora. Los dos hermanos del rey, muchos príncipes de sangre y bastantes miembros de la grande y pequeña nobleza abandonaron Francia en uno de los primeros exilios masivos causados por motivos únicamente políticos de la historia de la humanidad. El conjunto de estos exiliados fue conocido desde entonces como la «emigración» y sus miembros, como los «emigrados».

En contra de lo que pretenden los relatos más sencillos de la Revolución, la suerte del rey todavía no estaba echada. Danton y Marat trataron de inmediato de derribar la monarquía, pero Robespierre y el Club de los Jacobinos se opusieron por temor a entrar en guerra con toda Europa.

El primero de octubre de 1791 se reunió la Asamblea Nacional Legislativa. Con ella empezó un régimen monárquico parlamentario, basado en la Constitución elaborada por los Estados Generales. La Constitución de 1791 duró menos de un año. De ella solo quedó una medida humanitaria que hoy no es vista como tal — la guillotina—, y un apodo aplicado al rey. La Constitución de 1791 incluía el veto real. Luis XVI fue apodado por sus enemigos el rey Veto, aunque lo usó escasas veces antes de perderlo. Las más de las veces que Luis XVI usó su derecho de veto fue en defensa de sacerdotes perseguidos por el nuevo régimen; tan solo su último veto afectó a la defensa de su país.

Así como la violencia contra los aristócratas, e incluso contra el rey o su familia, había sido mínima, desde el principio la francesa fue una revolución anticlerical, en algunos momentos deísta y en otros incluso atea, que exigió al clero francés una serie de compromisos que entraban en contradicción con su obediencia a Roma. Los revolucionarios seguían y extremaban una tradición francesa que debía más al centralismo borbónico — ya Luis XIV había tratado de crear una Iglesia católica pero francesa— que a un supuesto anticlericalismo masónico, poco evidente en un momento en que la mayor parte de los masones franceses eran católicos y no faltaban en sus filas obispos y altas jerarquías eclesiásticas. La Revolución iniciaba una política de confrontación con la Iglesia mayoritaria, que alcanzaría extremos brutales en la Vendée, que solo sería atemperada por Napoleón I y que llevaría a muchos católicos practicantes a ser poco o nada republicanos hasta bien entrada la Tercera República.

La primera guerra revolucionaria contra el resto de Europa fue declarada por Luis XVI. Al menos fue este quien firmó la declaración de guerra contra su pariente, el emperador austríaco. El 20 de abril de 1792, el rey y la Asamblea Legislativa declararon la guerra a Austria y esta colocó sus tropas frente a la frontera francesa. El católico emperador austríaco se alió a su antiguo enemigo, el protestante rey de Prusia, y sus ejércitos marcharon sobre Francia, llevando en sus filas tantos aristócratas emigrados que en un momento dado fue llamado el «ejército de los príncipes».

La Asamblea Nacional votó entonces un decreto para reclutar una tropa de veinte mil voluntarios. Luis XVI trató de imponer su veto ante esta leva. Como la mayor parte del cuerpo de oficiales había abandonado su puesto para unirse a los emigrados, el ministro Roland, del club jacobino de París, dirigió una carta de queja al rey indicando la urgencia y necesidad de la movilización. El rey, creyendo que tenía en el mundo real los poderes prometidos sobre el papel por la Constitución de 1791,10 despidió, como había despedido en su día a Turgot o Necker, e insistió en su veto. Aquel fue el insulto definitivo para los revolucionarios. El 20 de junio de 1792 los clubes exigieron a la asamblea privar al rey de su derecho de veto. El 11 de julio la Asamblea Legislativa decretó la patria en peligro y movilizó a la nación en previsión

de una invasión extranjera. Los diputados autorizaron a los voluntarios de los departamentos a acudir armados a París.

El 15 de julio, en Coblenza, el duque de Brunswick, jefe del ejército prusiano, prometió entregar París «a una ejecución militar y a la subversión total si la familia real sufría el más mínimo ultraje». Era el lenguaje ideal para irritar a los que ya vivían en continuo estado de irritación. Era también la prueba que necesitaban los revolucionarios de que el rey conspiraba con los prusianos contra su pueblo. Las cartas del rey a su antiguo ministro de Asuntos Exteriores, el barón de Bretueil — encontradas con posterioridad y recogidas en los *Annales historíques de la Révolution franpaise—*, indican que el pueblo podía carecer de pruebas pero que pese a todo estaba en lo cierto.

El 10 de agosto de 1792, revolucionarios parisienses, junto a voluntarios llegados de Brest y Marsella, asaltaron las Tullerías. Al final de una jornada sangrienta, el rey y su familia fueron encarcelados. Los revoltosos invadieron el conjunto de palacios y lincharon a sirvientes, soldados y leales, entre ellos a liberales como el duque de Clermont-Tonnerre, uno de los diputados que había propuesto y votado la abolición de la esclavitud y la igualdad de derechos para los judíos. Seiscientos guardias suizos, así como doscientos aristócratas o sirvientes, perdieron la vida por el simple hecho de estar en palacio.

La Asamblea Legislativa, animada por el triunfo de la revuelta, se pronunció por la suspensión de los privilegios del rey y convocó una Convención Nacional para defender y asegurar «la soberanía del pueblo y el reino de la libertad y la igualdad».

El 20 septiembre de 1792 se produjo el tercero de los incidentes considerados como sospechosos por los defensores de las tesis conspirativas. En la batalla de Valmy se salvó la Revolución y el rey dejó de ser el defensor de Francia en la imaginación popular. Franceses y prusianos, estos últimos bajo el mando del duque de Brunswick, se enfrentaron. Al frente de los vencedores se encontraban los generales Kellermann y Dumouriez, oficial próximo al duque de Orleans, y entre los oficiales republicanos algunos de antecedentes tan poco revolucionarios como los duques de Chartres y Montpensier — hijos del duque de Orleans—, el marqués de Beurnonville y el *chevalier d'Aboville*, jefe de la artillería republicana y auténtico vencedor de la batalla.

La batalla fue sospechosa. Se dispararon 20 000 balas y se recogieron menos de 500 muertos — 300 franceses y 184 prusianos— antes de que el ejército prusiano, el más disciplinado de Europa, se retirase dejando el terreno libre a los republicanos.

El duque de Brunswick murió muchos años más tarde, rico —a pesar de ser un pésimo jugador de cartas— y rodeado de sospechas, debido a su derrota. Rumores de soborno, que lo relacionaban con el destino final de las joyas de la familia real francesa, y de complicidad con el enemigo recorrieron Europa y fueron recogidos por numerosos textos dedicados al tema de las conspiraciones. En 1878, el abate Deschamps en su libro *Las sociedades secretas y la sociedad*, refiriéndose al

supuesto soborno y a la complicidad masónica entre comandantes enemigos, escribió: «[Dumouriez] había ocultado tan bien el secreto de sus maniobras que su lugarteniente Kellermann creyó ser el vencedor». También Napoleón, que luchó a menudo contra los prusianos, y los sabía más insistentes, había comentado que sin duda había existido «alguna negociación secreta que ignoramos». Según la más extendida de las tesis conspirativas, la recogida por Deschamps, el duque de Brunswick era un alto dignatario masónico y por ello habría aceptado ser derrotado por un Dumouriez, igualmente masón, que actuaba más como agente de su amigo el duque de Orleans, gran maestre de esa orden en Francia, que de una República, a la que traicionaría en breve. Salvo que Dumouriez no era masón, a pesar de ser partidario del duque, como tampoco lo era Carlos Guillermo de Brunswick, que es aquí — lo será a menudo en la literatura dedicada a las conspiraciones— confundido con su tío, Fernando de Brunswick-Lüneburg-Wolfenbüttel, que sí era gran maestre de una logia masónica en Alemania, y como tal había conocido a numerosos *Illuminati*, pero que difícilmente pudo combatir en la batalla por tener setenta años y sufrir de gota.

Por lo demás, había tantos masones en el ejército coaligado como en el de los republicanos. Los republicanos tenían de su lado a Pierre de Ruel —marqués de Beurnonville—, a Frarwois Kellermann y al venezolano Francisco de Miranda; sus enemigos a Charles de Croix, conde de Clerfayt — compañero de logia de Mozart—, a Gabriel de La Croix, marqués de Castries, y a Henri de Franquetot, duque de Coigny. Los partidarios de la conspiración olvidan que el ejército francés tenía algo de lo que carecía la alianza monárquica: un cañón ligero y un reglamento de artillería mejorados por Jean-Baptiste Vaquette de Gribeauval, que hacían de la artillería francesa la de tiro más rápido en Europa; mientras que sus enemigos, aparte de príncipes emigrados, nobles masones y fusileros prusianos, tenían algo de lo que carecía el francés y que justifica su derrota mucho más que una conspiración: el ejército prusiano arrastraba consigo una epidemia de disentería.

Después de Valmy, en la novela de Victor Hugo, el marqués de Lantenac se queja en su monólogo invocando las glorias militares de la realeza caída: «… si vuelve Alarico no se encontrará frente a él a Clovis; si Abderramán regresa, no se encontrará frente a él a Charles Martel», antes de seguir: «No tendréis otro Agnadel, Rocroy, Lens, Staffarde, Nerwinde, Steinkerque, la Marsaille, Raucoux, Lawfeld, Mahon; no tendréis Marignano con Francisco Primero. […] Tendréis Agincourt, pero no tendréis para hacerse matar, envuelto con su bandera, al señor de Bacqueville, ¡gran porta-oriflama[3]! ¡Andad! ¡Id! ¡Haced! Sed los hombres nuevos. ¡Haceos pequeños!».

Lantenac estaba equivocado, los momentos más gloriosos de las armas francesas en Europa — Arcole, Wagran, Jena o Austerlitz— estaban aún por llegar, mientras que pocos, incluso en Francia, recuerdan las batallas citadas por Lantenac, y Victor Hugo, que puso esas palabras en su boca, lo sabía, como lo sabían sus primeros lectores, aunque nosotros lo hayamos olvidado. Lantenac tenía también razón: por

primera vez en dos siglos una victoria francesa no estaba ligada a un miembro de la Casa de Borbón. Hasta la batalla de Fontenoy los reyes de la Casa de Borbón habían estado en el terreno de combate con sus tropas, como Napoleón lo estaría después con las suyas. Puede decirse que el primer acto del nacionalismo moderno fue el grito de batalla de las tropas revolucionarias de Valmy: «*Vive la nation!*». Un grito que quería decir «Abajo el rey» y «Muerte al enemigo». Con la batalla de Valmy, la dinastía que durante dos siglos había personificado Francia no solo dejó de reinar sino que, además, dejó de ser identificada por el pueblo como su defensora frente al invasor extranjero. Los próximos príncipes de la Casa de Borbón que entrarían en Francia a reinar lo harían en el equipaje de un ejército invasor.

La familia real fue encarcelada, a la espera de juicio, en una antigua fortaleza medieval conocida como El Temple, por haber sido propiedad de los caballeros templarios. El rey y la reina salieron de allí para ser juzgados, condenados y decapitados. La leyenda recoge que el día de la muerte del rey alguien gritó que Jacques de Molay había sido vengado. La historia, bastante más parca, no registra esa frase.

Hasta aquí llega la historia de cómo comenzó la Revolución. A partir de este punto, se barajan primero la anécdota y posteriormente el mito.

8

El duque de Orleans, nieto de regente, padre de rey y conspirador: la conjura que sí existió

> Lo único que pretendía la Revolución era arrancar el cetro al mejor de los reyes, entregarlo a su vil asesino, instalar en las gradas del trono a sus dos cómplices principales [Necker y Lafayette] y poner el reino en manos de ese triunvirato odioso.
>
> *Los conspiradores desenmascarados*,
> por el autor de *Nulidad y despotismo*
> [libro atribuido a ANTOINE FERRAND].

En Berlín, en 1794, con ocasión de la muerte del duque de Orleans, un grupo de compatriotas acuñó una moneda conmemorativa en su memoria. La moneda formaba parte de una serie de seis piezas creadas en honor de distintas víctimas de la guillotina, grabadas por los orfebres Daniel y Friedrich Loos. Era de plata, medía unos treinta milímetros y pesaba algo menos de diez gramos. En el anverso de la moneda podía verse el busto del duque, con la firma del grabador y las palabras «Felipe José Igualdad, duque de Orleans». En el reverso podía leerse una leyenda repartida en ocho líneas seguidas de un nuevo grabado — una espada y un cetro caídos sobre una mesa, rodeados por una serpiente— y a la derecha de los mismos una corona sin dueño: «De su / montaña por fin / el monstruo / sobre la cima / recibe / de sus iguales / el precio / del último crimen». Debajo, cerrando la composición y en dos líneas, la fecha: «El VI de noviembre / MDCCXCIII».

Cualquiera, en un momento de excitación, puede celebrar la noticia de la muerte de un enemigo. Sin embargo, hacer grabar una moneda para conmemorarla implica un odio más profundo y calmado. El duque era considerado un crápula, había sido también un revolucionario y el suyo había sido uno de los siete votos que habían marcado la diferencia a la hora de decidir la muerte de su primo Luis XVI, el rey legítimo a quien tanto había envidiado y cuyo trono tanto había deseado.

Pero al margen de desear el trono, ¿había trazado un plan para apoderarse del mismo? Sus actividades a lo largo de la Revolución parecen indicar que, más que un plan, las acciones del duque fueron improvisadas sobre la marcha, guiadas quizá al principio por la ambición, pero al final sobre todo por el miedo.

Louis Philippe Joseph, duque de Orleans (1747-1793) era hijo de Louis Philippe, duque de Orleans, y de Louise Henriette de Bourbon-Conti, y al final de su vida cambió su nombre por el de Louis Philippe Égalité — Luis Felipe Igualdad—. Era nieto de Philippe duque de Orleans, que había sido regente, y a todos los efectos casi rey de Francia durante la minoría de Luis XV. El ser los segundones de una gran familia podría haber predispuesto a los duques de Orleans a las conjuras. Ya el primero en llevar ese título, Gastón, hijo menor de Enrique IV, había conspirado contra su hermano Luis XIII, contra su sobrino Luis XIV y contra los ministros Richelieu y Mazarino. A los duques de Orleans la ambición, el deseo de gobernar y las ganas de conspirar les venían de antiguo.

Aparentemente, el carácter de Luis Felipe carecía de complejidad o matices, ya que, en un tiempo y en un ambiente llenos de sutileza, fue definido con palabras bastante directas por todos aquellos que lo conocieron y sufrieron. Fue descrito como ambicioso, corpulento, amante de los placeres, sensual, libertino, egoísta y traidor, pródigo pero capaz de mezclar esa prodigalidad con rasgos de auténtica avaricia, cobarde pero fanfarrón y, en eso estaban todos de acuerdo, como alguien muy vanidoso. Sus partidarios, pagados o no, añadían que era elegante en el vestir y liberal, término que en aquella época correspondía menos a unas ideas políticas que a la generosidad en el gasto. Sus descripciones, al menos las realizadas por sus enemigos, suelen incluir el escabroso detalle de que las enfermedades venéreas habían marcado su rostro, lo cual no era raro en aquella época, en que la mayor parte de ellas no tenían curación.

A lo largo de su vida ostentó los títulos de duque de Montpensier — hasta la muerte de su abuelo en 1752— y duque de Chartres. En 1769 se casó con Louise Marie Adelaide de Bourbon-Penthivre, hija del duque de Penthievre, gran almirante de Francia, y la heredera más rica de la época. La riqueza de su esposa le transformó en el hombre más rico de Francia y en el segundo terrateniente del país, inmediatamente después de su primo el rey, lo que no le impidió estar cerca de la ruina en varias ocasiones. El prestigio de su abuelo le empujó a tratar de parecerse a él y aspirar al poder, si bien ya se parecían en otros detalles: Felipe Igualdad compartía con su antepasado fama de libertino.

El duque sabía inspirar el desprecio e incluso el odio con más facilidad que la devoción. Aunque logró reunir un amplio partido en torno a él, sus fieles fueron si no mercenarios, sí amigos interesados. Algunos de sus aliados de ocasión han entrado en la historia y son mejor recordados que él. Sin embargo, sus ideales, si alguno tenía, tendrían que haberle conseguido más apoyos y de gente más digna. De una manera u otra, el partido del duque era — parte conveniencia personal y parte visión política— también el Partido del Cambio, de la reforma necesaria y de la monarquía parlamentaria, y como tal se presentó en los Estados Generales. En esa asamblea acaudilló al grupo de los parlamentarios procedentes de la nobleza que se unió al

clero y al tercer estado, en la que fue la primera desobediencia clara de los Estados Generales frente a la voluntad real.

Gracias a su inmensa fortuna — unos siete millones de libras de rentas anuales—, el duque de Orleans logró tener en su bando a varios de los grandes jefes revolucionarios del primer momento: Talleyrand, que lo sobreviviría y sería ministro de régimen en régimen hasta llegar a la Restauración monárquica; el general Dumouriez, que le sobreviviría pero nunca podría regresar a su país a pesar de servir sucesivamente a todos los enemigos de la República y el Imperio; y en un momento u otro a gente tan distinta como Marat, Hébert, Danton y Desmoulins, que, como el duque, acabarían subiendo uno tras otro, aunque no necesariamente juntos o bien avenidos, a la guillotina. Algunos dicen que llegó a tener entre sus partidarios incluso al marqués de Lafayette y al marqués de Mirabeau. El desprecio que el marqués-general le dedicó de forma nada disimulada no invita a creer en esa tesis, aunque en 1830 Lafayette estaría entre los primeros en reconocer al hijo de Luis Felipe como «rey de los franceses». Por su parte, Mirabeau dejó una amplia correspondencia que demuestra que, a pesar de su liberalismo, permaneció fiel a su rey incluso en momentos de grave peligro y nunca llegó a traicionarlo.

A pesar de su dinero, el duque de Orleans ni siquiera logró unir a todos los monárquicos partidarios del parlamentarismo, ni comprar a los principales líderes girondinos, o a Robespierre y sus amigos, que le odiaron con una vehemencia que les fue correspondida. En cualquier caso, es difícil distinguir a los seguidores del duque, interesados o no, de los de la monarquía constitucional y parlamentaria, entre los que sí se contaban Lafayette, Mirabeau y muchos otros aristócratas liberales.

Aunque su papel varió de versión a versión, todos sus coetáneos estaban de acuerdo con que los actos que hicieron pasar a Francia de una situación de inestabilidad prerrevolucionaria a una revolución, fueron sufragados o instigados en gran parte por el duque de Orleans. El duque, a pesar de no haber estado a la altura que él mismo creía necesaria, es considerado por muchos como el personaje clave de los primeros meses de la Revolución, una situación que ayudó a empezar y empeorar pero que no supo o pudo controlar y que acabaría con su vida y la de otros muchos de su partido.

En las horas previas al asalto a la Bastilla, fue su retrato, junto al de Necker, el que los amotinados alzaron como símbolo de la revuelta. El primer caído del día, muerto a manos de los dragones del príncipe de Lambesc, era el portador de un busto del duque. Lambesc era pariente lejano del duque de Orleans. Todavía en la mañana del 14 de julio, para algunos de sus protagonistas, la Revolución francesa no era una revolución popular, sino una pelea de familia por ver quién era el más importante dentro de la misma. Desde luego estaban equivocados, pero el duque siguió creyéndolo aún durante un tiempo.

En cualquier caso, las masas populares — aunque hubo poca masa y poco pueblo en el primer motín— salieron de los jardines del Palais-Royal, propiedad del duque.

George Rudé, historiador poco o nada dado a tesis conspirativas, escribe en su libro *The Crowd in the French Revolution*: «Un grupo de paseantes domingueros del Palais-Royal, más o menos predispuestos a la paz, fue galvanizado con vigor revolucionario por las noticias del despido de Necker y la llamada a las armas lanzada por oradores del séquito del duque de Orleans».

Cuando meses más tarde unas nuevas masas supuestamente populares arrastraron a los reyes fuera de Versalles y los llevaron de vuelta a París, volvió a verse la mano del duque en los incidentes y no faltó quien señalara que muchas de las madres hambrientas que asaltaron el palacio de Luis XVI eran prostitutas, habituales de los jardines del duque, acompañadas de bastantes de sus clientes.

En un terreno menos seguro y más dado a la fantasía que Rudé, John Robison dice en su libro *Pruebas de una conspiración…* que, para fomentar la rebelión, el duque gastó el equivalente de cincuenta mil libras esterlinas en reclutar miembros para las logias masónicas, y en proveerlos con la diversión de «trescientas ninfas, hijas de los mercaderes y panaderos de París», ya que, aunque el duque estaba entre «los más estimados francmasones», era también un libertino degenerado, constantemente envuelto en escándalos sexuales, afirmación esta última en la que Robison se ve apoyado por el resto de los historiadores.

En cualquier caso, los primeros problemas entre el duque y la Corona venían no de su conducta personal desordenada, bastante común entre los magnates de la época, sino de su conducta política. Durante el reinado de Luis XV, en 1771, había sido exiliado a sus posesiones de Villers-Cotterlts, por enfrentarse al canciller real, Nicolas de Maupeou, que había disuelto los parlamentos locales para aumentar el poder real. Su suerte no mejoró con el ascenso al trono de Luis XVI. La reina María Antonieta le odiaba, envidiaba su riqueza, su forma de gastarla y su falta de respeto al protocolo de la corte. Fue el odio de la reina el que le alejó de la marina de guerra cuando Francia apoyó a los Estados Unidos en su guerra de independencia. Ese fue un insulto que él nunca olvidó. Fue en esa época cuando marchó a Inglaterra, donde se hizo amigo íntimo del futuro Jorge IV, aún príncipe de Gales, y, según sus defensores, se convirtió en partidario de la monarquía constitucional y parlamentaria.

Fue a su regreso de Inglaterra cuando comenzó a cultivar su popularidad entre las masas, abriendo los jardines de su residencia, el Palais-Royal, a los parisienses y ayudándoles con grandes distribuciones de harina durante las hambrunas, si bien ese gesto de liberalidad está abierto a discusión y su coetáneo Galart de Montjoie le acusó, en su libro *El amigo del rey, de los franceses, del orden y sobre todo de la verdad*, de comprar todo el grano cosechado en 1789 para venderlo fuera del país o esconderlo, creando así una hambruna entre el pueblo bajo, añadiendo que: «Estaba guiado por esa mano invisible que parece haber creado todos los sucesos de nuestra revolución con el fin de conducirnos hacia un objetivo que aún no podemos ver…». Pero si se discutió su ayuda a los pobres, o al menos sus motivos, lo que no estuvo abierto a debate entre sus coetáneos fue la causa inicial de que abriera sus jardines a

los parisienses. Corto de fondos debido a su elevado tren de vida, el duque no dudó en dividir el palacio de su familia, que antes había sido residencia de los reyes, y en alquilarlo por habitaciones, en un principio a comerciantes, pero al final incluso a putas que necesitaban un local donde trabajar, lo cual contribuyó a que los jardines de su palacio estuvieran siempre llenos de viandantes, entre los cuales abundaban los vagos, los sin oficio y los solteros jóvenes, tres clases fácilmente agitables, como lo demostraron los sucesos del 14 de julio.

Después de la marcha de las mujeres de París sobre Versalles, el 5 de octubre de 1789, fue acusado de ser uno de los organizadores, y Lafayette, celoso de su popularidad, logró que el rey lo mandara a Inglaterra al frente de una misión diplomática de objetivos poco o nada definidos. De octubre de 1789 a julio de 1790, el duque permaneció lejos de su país, pero el 7 de julio de 1790 recuperó su lugar en la asamblea y el 2 de octubre de ese mismo año esta le absolvió tanto a él como a Mirabeau de toda responsabilidad en los sucesos del año anterior.

Ambicioso y conspirador, el duque fue también inconstante, incluso en algo que exige tanta perseverancia como la alta traición. El dirigente girondino Jacques Pierre Brissot — otro de los muchos políticos que no sobreviviría a la Revolución— escribió sobre él y sus actividades: «Al príncipe le gustaban las conspiraciones que durasen veinticuatro horas… más y se asustaba de forma creciente».

La mejor prueba de su inconstancia la dio cuando Luis XVI trató de huir a Luxemburgo en 1791. En los días que siguieron a la frustrada fuga del rey, fue incapaz de hacerse nombrar rey, regente o lugarteniente del reino. Por el contrario, asustado tal vez de lo que había ayudado a iniciar y ya no lograba controlar, mandó señales confusas en todas direcciones. Trató, así, de reconciliarse con la pareja real en enero de 1792, pero la respuesta de la reina fue tan insultante que le devolvió al bando de la Revolución. El verano de 1792 volvió a presumir de revolucionario, acompañando al Ejército del Norte en compañía de sus hijos, los duques de Chartres y Montpensier, pero, tras dejarlos en el ejército de su amigo Dumouriez, regresó a París justo a tiempo de presenciar el asalto a las Tullerías y las matanzas del 10 de agosto. Un acto y una matanza que él no había deseado ni dirigido, cuya brutalidad le impactó, y en los que su nombre ya no fue coreado por los amotinados.

La Revolución había escapado de sus manos y ya no era su director, si es que había llegado a serlo en algún momento, sino uno más de los muchos franceses que trataban de sobrevivirla. Con un valor que pocos le reconocen, corrió algunos riesgos en aquellos tiempos, y así, a demanda de su amante inglesa, *Miss* Grace Elliott, salvó, entre otros, al conde de Champcenetz, gobernador de las Tullerías, a pesar de que este había sido su enemigo personal. Perdida gran parte de su capacidad de actuación, sin poder acceder al dinero que tenía en Inglaterra, incapaz de unirse a una emigración monárquica que no le aceptaría nunca y en la que figuraban de forma destacada los hermanos menores de Luis XVI, decidió seguir hasta el final por el camino de la rebelión y ver qué podía depararle la República.

El duque tuvo un buen comienzo como republicano. La Comuna de París le concedió la posibilidad de cambiar su apellido y abjurar de su título para pasar a ser conocido como Luis Felipe Igualdad. Pasó, pues, a ser el Ciudadano Igualdad y con ese nombre fue uno de los veinte electos como diputado por la Comuna de París a la Convención.

Siendo miembro de la Convención, se unió a los jacobinos de la Montaña, los radicales republicanos, y allí permaneció callado en la mayor parte de los debates hasta que llegó el juicio de Luis XVI. Durante ese juicio, quizá menos por odio a su pariente que por temor a parecer tibio ante la República, votó a favor de su ejecución, que fue aprobada con pocos votos de diferencia.

Aquel fue su último momento de relativa seguridad. En abril de 1793 fue brevemente detenido por la Comuna de París. Su amigo, el general Dumouriez, había cambiado de bando y los dos hijos del duque, oficiales en su estado mayor, habían desertado junto a él. Su amigo Danton logró liberarlo, pero en septiembre, habiendo perdido sus amigos e influencia, fue de nuevo detenido en medio del período conocido como el Terror. Sus jueces le inscribieron entre los acusados girondinos, a pesar de que nunca había tenido contacto con ese grupo, y el 6 de noviembre de 1793 fue juzgado y condenado a ser decapitado. La sentencia se aplicó el mismo día.

Robespierre, Marat, Danton, Fouché y Napoleón fueron hijos de la Revolución, gente que sin ella habría permanecido condenada al anonimato. Luis Felipe Igualdad, por el contrario, fue, con toda su indecisión, tan padre de la Revolución como Voltaire o los enciclopedistas, y tal vez más. Sin el dinero del duque, las ideas de los pensadores enciclopedistas hubieran quedado solo en ideas. Sin las ideas de los filósofos y el ambiente cultural creado por ellas, el motín del duque habría sido otro más de los numerosos incidentes que rodearon la agitada relación de los reyes franceses de la Casa de Borbón con sus nobles más ricos y sus parlamentos.

Con el duque murió la única conspiración relacionada con la Revolución francesa de que queda constancia histórica. Y sin embargo, incluso aquí es discutible que pueda emplearse el término conspiración. A lo largo de las actividades del duque, nunca hubo un plan previo y, de hecho, su posición fue variando a remolque de la situación del momento. ¿Fueron decisivas las actividades conspirativas del duque? ¿Derribó el duque de Orleans la monarquía francesa? No por sí solo, no voluntariamente, pero la revuelta es más fácil iniciarla que controlarla, y en Francia había fuerzas que solo necesitaban ser despertadas para acabar con el *ancien régime*. El duque, con sus panfletos contra la reina, con la acción de sus agitadores durante los motines del 14 de julio, minando la posición del rey frente a aquellos que podían ayudarlo, financiando y protegiendo a sediciosos como Camine Desmoulins, ayudó a poner en marcha una serie de acciones y reacciones que concluyeron con la muerte de su real primo y con la suya propia.

El tema de la influencia del duque de Orleans en la Revolución está aún abierto a discusión, y un autor como David Andress, que ha dedicado gran parte de su obra a

revisar el papel de las masas en la Revolución francesa y el Terror — *The French Revolution and the People; Massacre at the Champ de Mars: Popular Dissent and Political Culture in the French Revolution; The Terror: Civil War in the French Revolution*—, no le menciona salvo muy de pasada, concentrándose preferentemente en el papel del hombre anónimo. No es el único historiador en hacerlo. Toda una larga serie de ideas nuevas circulaban por Francia y un mero cambio de dinastía no podía satisfacer todos los deseos de renovación.

En cualquier caso, es improbable que el duque quisiera la República, y lo mismo puede decirse de muchos de sus partidarios, al menos al principio de la Revolución. Pocos orleanistas sobrevivieron al caos que inicialmente habían provocado: el duque y con él Hébert, Danton y Desmoulins, entre otros, perdieron la cabeza. Muchos murieron peleados entre sí, y otros no habían sido nunca amigos. Danton mantuvo la calma y dentro de la cárcel siguió tomándole el pelo al excesivamente serio poeta Fabre d'Eglantine —compañero de bancada y patíbulo, pero no orleanista—, que por su parte siguió componiendo poemas hasta que lo condujeron a la guillotina. A Hébert le siguió a la guillotina su esposa, a la que llevaron en la misma carreta, y consolándola, que a la viuda de Camille Desmoulins — el hombre que había iniciado el motín del 14 de julio—, lo que no deja de ser un bello gesto, ya que en vida sus esposos se habían odiado. Dumouriez, después de desertar, recorrió todas las cortes europeas vendiendo información y consejo, para acabar como consejero de los ministros Pitt y Castlereagh en Londres, pero, a diferencia de otros tránsfugas, ni Napoleón, que tan generoso fue con otros emigrados, ni los Borbones permitieron al general volver a Francia durante la Restauración, y murió en la oscuridad, ya que no en la pobreza. No puede decirse que este sea el balance de un partido victorioso.

Y sin embargo, asumiendo que solo el cambio dinástico, o la instauración de una monarquía parlamentaria, fueran sus objetivos, la orleanista fue una conjura que triunfó, aunque fuera durante un breve espacio de tiempo y con una generación de retraso, con la coronación del hijo del duque de Orleans como rey en 1830. Y si vemos a los partidarios del duque como parte de un movimiento mucho mayor, el del liberalismo y la monarquía parlamentaria, que Felipe de Orleans solo llegó a comprender y acaudillar de manera imperfecta, no cabe duda que, aunque no vencieran personalmente, estaban en el bando de los vencedores.

9

Barruel y Robison. La conjura masónica denunciada

> … Quemamos los escritos en lugar de quemar a los autores, las cábalas de la corte se mezclaron; tuvimos todos esos bobos, Turgot, Quesnay, Malesherbes, los fisiócratas, *et caetera.*…
>
> VICTOR HUGO,
> *El noventa y tres, el año terrible.*

Aparte del duque, ¿eran responsables los filósofos, los fisiócratas o los masones de la Revolución francesa? En cualquier caso, personas como el ficticio marqués de Lantenac, o los mucho más reales príncipes de sangre exiliados en Inglaterra o Coblenza, necesitaban que alguien les explicara el cómo y el porqué de la Revolución a pesar de haberla vivido, en algunos casos incluso sobrevivido, personalmente.

Le corresponde a dos hombres, un francmasón escocés y un jesuita francés — arquetipos inconscientes de figuras que reaparecerán de forma negativa en muchos de los libros dedicados a las tesis conspirativas— el mérito de ser quienes crearon prácticamente de la nada el canon de un nuevo género, la literatura conspirativa, definieron sus personajes, sus objetivos e incluso el método o, mejor dicho, la ausencia de método, seguidos para la investigación.

Desde el principio, la Revolución francesa fue una revolución letrada en la que todos sus partidarios dejaron o trataron de dejar su marca a través de folletos, libros, discursos, memorias, informes, biografías, revistas y opúsculos de largo e increíble título. Tengo una lista de libros escritos durante la Revolución: escojo al azar y me encuentro con *Los cuadernos del cuarto orden, el de los pobres jornaleros, los infirmes*[4]*, los indigentes.*… de Dufourny de Villiers; veo el título de otro folleto y es *De la propiedad o la causa del pobre, defendida frente al tribunal de la razón, la justicia y la verdad,* del abate de Cournaud.

No todo lo publicado fue favorable al nuevo orden. Por lo menos dos pensadores contrarrevolucionarios, el liberal Burke y el reaccionario De Maistre, son comparables en talento, erudición y obra a los mejores enciclopedistas y tienen libros, *Reflexiones sobre la Revolución francesa y Consideraciones sobre Francia,* que son dignos de ser destacados aunque solo sea por lo breve y ajustado de sus títulos. No fueron los únicos que describieron la Revolución desde una perspectiva contrarrevolucionaria, pero aunque estuvieron entre los más serios no estuvieron

entre los más leídos. Pese a su sobriedad, o quizá precisamente debido a ella, esos textos no causaron la misma sensación que los de sus contemporáneos más extremados e imaginativos.

El interés sobre la masonería y los libros dedicados a ella aparecieron al mismo tiempo que las primeras manifestaciones de esa orden. Dos generaciones antes de la Revolución francesa, en Londres, antes de que la masonería pudiera ser confundida con una sociedad subversiva, apareció el primer grupo antimasónico de la historia. Eran los Gormogones y su primera, y casi única, actividad fue la publicación en el *London Daily Post* (3 de septiembre de 1724) de una nota en que, remedando el estilo de los manifiestos y declaraciones masónicas, se burlaban de estas. En esa nota están presentes, con una nota de humor, toda prosopopeya de la masonería del siglo XVIII, las pretensiones de antigüedad desmedidas, los títulos sonoros, junto a una alusión directa a ceremonias y ritos masónicos, como la espada cruzada en la puerta de las logias:

> La auténticamente antigua y noble orden de los Gormogones, creada por Chin-Qua Ky-Po, primer emperador de China (de acuerdo con su recuento), muchos miles de años antes de Adán, y de la que el gran filósofo Confucio era *Oecumenicae Volgee*, ha sido traída recientemente a Inglaterra por un Mandarín y habiendo admitido a varios Caballeros de Honor en el misterio de esa muy ilustre orden, estos han determinado reunir un Capítulo de la misma en la Casde Tavern de Fleet Street, a petición de varias personas de calidad. Esto es para informar al público que no habrá ninguna espada desenvainada en la puerta, ninguna escalera o habitación oscura, ni ningún masón será recibido como miembro hasta que haya renunciado a su Nueva Orden y haya sido debidamente degradado. N. B. El Gran Mogol, el zar de Moscovia y el príncipe Tochmas han entrado en esta honorable sociedad; pero le ha sido negado al rebelde Meriweys, para su gran mortificación. El Mandarín saldrá en breve hacia Roma, con la particular misión de hacer un presente de la Antigua Orden a su Santidad, y se cree que el Sacro Colegio Cardenalicio en pleno será iniciado como Gormogón. Un aviso será dado en la *Gazette* el día que el Capítulo sea celebrado.

Este grupo había sido creado, entre otros, por el bromista duque de Wharton —futuro fundador de la masonería española—, que habiendo sido debidamente degradado de su logia — por deudas de juego y conducta desordenada— quiso gastar una broma a sus antiguos hermanos. No deja de ser una anécdota y un recordatorio de que la

masonería no siempre fue mirada con desconfianza y odio sino también, como tantos otros grupos recién creados, con risas y bromas.

Como todo fenómeno nuevo también la masonería apareció reflejada en la literatura de la época. Goethe, en *Las desventuras del joven Werther*, publicado en 1774, hace aparecer la Turmgesellschaft o Sociedad de la Torre, en la que algunos ven un grupo masónico a pesar de que no hay suficientes datos en el libro para poder afirmarlo de forma segura. *The Spiritual Quixote*, del reverendo Richard Graves, publicado en 1772, ya mencionaba de forma explícita a los masones y sus signos secretos de reconocimiento. El marqués de Sade, en la versión definitiva de *Juliette*, hace que el hermano de uno de sus personajes principales cuente la conspiración para matar al rey de Suecia y haga de sus asesinos miembros de una logia masónica, fundada por templarios fugitivos. Insistiendo en el tema de la antigüedad de la orden, el abate Jean Terrasson había ido incluso más lejos, publicando en 1732 una novela, *Sethos, historia o vida sacada de los antiguos monumentos del antiguo Egipto*. Traducida de un manuscrito griego, en la que un príncipe egipcio es iniciado según los rituales masónicos.

En un terreno más serio que Wharton y sus gormogones, y más político que las obras citadas, los primeros libros claramente antimasónicos aparecerían poco antes de iniciarse la Revolución, aunque no entrarían todavía en polémicas directamente políticas. Se trataba de *El espíritu de la francmasonería desvelado, en relación con el peligro que encierra*, del abate Antoine Estéve Baissie, que no atacaba a los masones como revolucionarios sino que se mantenía en una línea de crítica religiosa. Para el abate Baissie la existencia de la masonería, tras la que veía la influencia del revolucionario inglés Oliver Cromwell, era una polémica religiosa.

Fue otro abate uno de los primeros en alterar la manera de hacer frente a la situación. El primer libro dedicado al papel de la masonería como culpable de la Revolución francesa fue *El velo alzado para los curiosos o los secretos de la Revolución revelados con la ayuda de la francmasonería*, del abate Frallois Lefranc, publicado en 1791. Lefranc también veía en los orígenes de la masonería una influencia protestante, aunque esta vez se trataba de una oscura secta francesa los socinianos, que negaban la dimensión divina a Cristo, pero a los que es difícil relacionar con logias o sociedades secretas. Los textos de Baissie y Lefranc recogían una serie de datos llegados de un libro bastante anterior a la Revolución francesa que sin embargo es el primero en el que los masones son presentados como revolucionarios potenciales. Se trata de *Los francmasones aplastados*, seguido del libro titulado *La orden de los francmasones traicionada*, traducido del latín, del abate Larudan, publicado en 1747. También este libro atribuía la creación de la masonería a Oliver Cromwell: «Cromwell dio a su orden el título de orden de los francmasones, porque abrigaba el propósito de construir en libertad un nuevo edificio, es decir, reformar el género humano exterminando Reyes y Potencias, destinados a sufrir el azote de este usurpador».

Pocos recuerdan ya a Larudan o a Baissie, pero el abate Lefranc mantenía correspondencia con otro sacerdote francés, Augustin Barruel, cuya obra tendría bastante más influencia y difusión.

En 1797 un antiguo jesuita, el abate Barruel, escribió un libro en cuatro volúmenes para denunciar la conspiración masónica: *Memoria para servir a la historia del jacobinismo*. En 1798, un escritor escocés, John Robison retomó las tesis de ese libro y las incluyó en su propio libro defendiendo a los masones y protestando contra la infiltración de la secta iluminista en la francmasonería, que habría desviado a esta de su misión original. El libro de Robison fue reimpreso cuatro veces en 1798, incluyendo una edición norteamericana, editada en Nueva York. El motivo para que Robison introdujera un matiz diferenciador entre masones e *Illuminati*, que tantas veces se perderá en posteriores polémicas antimasónicas, se debe a que John Robison había sido iniciado en marzo de 1770 en la logia de *La Parfaite Intelligence de Lieja*.

A diferencia de muchos de los que después han denunciado conspiraciones, John Robison fue considerado como un hombre de éxito en su época: fue matemático, divulgador científico y tutor del hijo del almirante inglés sir Charles Knowles; fue también la persona encargada por el Almirantazgo de probar en alta mar el modelo de cronómetro inventado por John Harrison; acompañó al almirante Knowles en su misión diplomática a Rusia y allí dio cursos de matemáticas a los cadetes nobles de la Marina Imperial; a su regreso a Inglaterra dio conferencias sobre hidrodinámica, astronomía, óptica, electricidad y magnetismo; colaboró en la tercera edición de la *Encyclopaedia Britannica* con artículos sobre el telescopio, la óptica, la resistencia de fluidos, la electricidad y la música. Robison era un ilustrado y, peor aún, era un enciclopedista y un masón.

De joven, aunque francmasón, Robison no se había tomado en serio el papel de la masonería. Las logias inglesas a las que perteneció le daban la impresión de no tener más función que «proveer un pretexto para pasar una o dos horas en decente convivialidad, no del todo carente de alguna ocupación racional». Sin embargo, años después, en sus escritos, se mostró más temeroso respecto a las logias continentales. Para él, la masonería inglesa era inocente, pero la actividad de la europea, sobre todo la de los oscuros alemanes — cuyo idioma ignoraba— y la de los pecaminosos franceses, podía llegar a ser peligrosa. Su trabajo coincidió en el tiempo y el propósito con el del abate Barruel.

La masonería había sido para el erudito inglés solo un interés juvenil que no cobró importancia hasta que en 1795 comenzó a escribir su libro *Pruebas de una conspiración contra todas las religiones y gobiernos de Europa. Ejecutada en las reuniones secretas de los francmasones, Iluminados y Sociedades de Lectura*, en el que culpaba de manera directa al duque de Orleans de haber iniciado la Revolución francesa — una idea comúnmente aceptada en su tiempo—, y de haberlo hecho en su condición de francmasón e *Illuminati*. Si bien es cierto que el duque era francmasón, algo que nunca ocultó, no es menos cierto que Robison al hablar de él y de su entorno

confunde obediencias, ritos y grados y se refiere al duque como la persona que controlaba toda la actividad masónica en su país, cuando en realidad existían en Francia desde 1772 dos grandes grupos separados y enfrentados entre sí, amén de numerosas logias no regulares. En su libro Robison dice que el duque gastó más de tres millones de libras esterlinas corrompiendo a las logias masónicas de Francia a favor de los *Illuminati* y de la Revolución. Robison introdujo así en la historia de las conspiraciones a un grupo que en el momento de ser resucitado en sus libros había sido ya olvidado en casi toda Europa.

No todas las informaciones de Robison eran fiables y hay muchas que una vez confrontadas con la realidad histórica no llegan a cuadrar. Hay que decir que gran parte de esos errores le llegaban a Robison del otro autodenominado gran experto en conspiraciones masónicas, el abate Augustin Barruel, que no podía presumir de estar mucho mejor informado sobre la masonería francesa a pesar de ser francés.

Augustin Barruel fue menos afortunado en su vida personal que Robison. Nació en 1741 y a los quince años se unió a la Compañía de Jesús. Educado por los jesuitas, sociedad en cuyo seno moriría, Barruel dijo haber sido iniciado en contra de su voluntad como maestro masón, lo que no le impediría a lo largo de su vida mostrar lo poco que sabía sobre las logias existentes en París, confundir sus nombres, miembros, jurisdicciones y lugares de reunión. Expulsado junto a su orden de Francia en 1773, cuando el Papa disolvió su orden, el abate volvió un año más tarde a su país, donde se vio envuelto en numerosas controversias de tipo religioso. Cuando los primeros revolucionarios promulgaron una Constitución Civil y exigieron a los eclesiásticos un juramento de fidelidad, que muchos consideraron incompatible con la obediencia debida al Papa, Barruel encontró por fin una causa a la que dedicar el resto de su vida. Fue tan extremo en sus ataques a la Revolución que, tras el juicio del rey y el comienzo del Terror, se refugió en Inglaterra y publicó allí, en 1794, su olvidado pero interesante libro *Historia del clero de Francia durante la Revolución francesa*. Aunque se trataba de un libro serio y apreciable, si Barruel hubiera dejado de escribir en aquel momento no sería ni siquiera una figura menor dentro de la historia francesa. La obra por la que sería recordado aún estaba por llegar. Se trataba de su *Memoria para servir a la historia del jacobinismo*, un libro que fue bien acogido por los lectores y reimpreso en numerosas ocasiones hasta llegar al siglo XX.

A pesar de su libro, Barruel volvió a Francia antes de la Restauración, durante el gobierno de Napoleón. Para ello dio a Napoleón la promesa de fidelidad que había negado a la República. Bonaparte deseaba cerrar las heridas abiertas durante la Revolución y acogió a todos los exiliados que quisieron regresar. Barruel correspondió al primer cónsul, pronto emperador, con un libro en el que tomaba partido por el gobierno francés en su pelea con el papado sobre la investidura de obispos, *Sobre el Papa y sus derechos religiosos*, publicado en 1803. Sin embargo, al final del Imperio, a medida que se enturbiaban las relaciones entre el Papa, los obispos franceses y el emperador, Barruel, en su condición de antiguo sacerdote

exiliado, fue perseguido y arrestado justo a tiempo de llegar a la restauración monárquica como mártir del Imperio. Aunque en realidad sufrió poco martirio: el Imperio persiguió y encarceló — poco si se considera la cantidad y calidad de sus enemigos—, pero rara vez encarceló sin juicio previo como el *ancien régime,* o ejecutó de forma indiscriminada como había hecho la República. Barruel pudo así morir viejo y monárquico, no sin antes profesar de nuevo como miembro de la Compañía de Jesús. Como jesuita tenía mucho de lo que arrepentirse: había dejado su orden en 1774 para poder volver a su país en época de Luis XVI, y había aceptado jurar fidelidad al emperador para poder volver a hacerlo durante el Consulado, pero su generación había visto tantos cambios de postura y tantas traiciones, que sus pequeñas indiscreciones fueron fácilmente perdonadas. Luis XVIII, hermano menor y sucesor de Luis XVI, y la Restauración por él conducida fueron moderados; relativamente pocos republicanos fueron perseguidos, y si miembros de la Convención que habían votado la muerte de Luis XVI, como Talleyrand o Fouché, podían seguir siendo ministros, mucho más digno de perdón debió de parecer aquel viejo jesuita, autor de un libro leído con entusiasmo por algunos de los ultras de la monarquía que sí querían venganza contra la República, y la obtendrían finalmente durante el reinado de Carlos X.

Antes de su regreso a Francia, la influencia entre Barruel y Robison era mutua. Robison había leído los primeros libros del jesuita y los citó de forma literal en su obra. La obra de Barruel contaba con cuatro volúmenes y el libro de Robison fue publicado entre la aparición de los dos primeros, en 1797, y los dos últimos, en 1798, donde Barruel a su vez le citaba a él. Cuando Robison reimprimió su libro también en 1798, añadió con satisfacción citas de la obra de Barruel como prueba de que su propio texto estaba en lo correcto.

El aprecio no fue inmediato o mutuo. Barruel, a pesar de que había dedicado su primer libro al pueblo inglés, no sentía particular confianza por un protestante afiliado a una logia y criticó algunos puntos de la obra de Robison sin dejar por ello de citarla. Barruel, que en los dos primeros tomos de su libro había dicho poco o nada sobre Weishaupt y sus *Illuminati*, dirigió hacia ellos los principales ataques de sus últimos dos volúmenes. Hay indicios de que Barruel confundió incluso entonces al grupo alemán con un grupo pietista de nombre similar, los iluministas franceses, también conocidos como martinistas por ser discípulos de Louis Claude de Saint-Martin y de Martines de Pasqually, heterodoxos desde una perspectiva católica pero más aficionados a la cábala y el ocultismo que a las conspiraciones de cualquier signo.

Louis Claude de Saint-Martin era autor de un libro publicado en 1775, *De los errores y la verdad*. Saint-Martin era a su vez discípulo de un aventurero y adivinador, Martines de Pasqually, autor del *Tratado de la reintegración*. Los martinistas eran místicos en la línea del sueco Swedenborg, cristianos aunque creyentes en la magia y la alquimia, y aparecieron por primera vez en el sur de

Francia alrededor de 1750 bajo el nombre de Jueces Escoceses y en 1760 en París, bajo un nuevo nombre, los Elegidos Cohens. Las doctrinas martinistas influyeron sobre parte de la masonería y popularizaron dentro y fuera de ella una expresión, «iluminado», que tomaría un sentido distinto tan solo una generación más tarde y justificaría, al menos en parte, la confusión de Barruel.

Barruel, que dedicaría su vida a denunciar a los *Illuminati*, no es el único que comete el error de confundir a los iluminados martinistas con los *Illuminati*, y de ese error nacen numerosas tesis que hacen de los *Illuminati* alemanes los practicantes de unas artes ocultas que su fundador Weishaupt no solo no practicó, sino que siempre despreció. Esos errores llegan hasta la novela popular gracias a Dumas, que en *Joseph Balsamo* no duda en situar al timador Cagliostro y al científico Swedenborg en la misma logia, o a reunirlos en secreto en las páginas iniciales de la novela. Esta confusión llega hasta algunos enemigos contemporáneos de los *Illuminati* que hablan de oscuros ritos, e incluso hasta algunos modernos pseudo*Illuminati*, que pretenden celebrar hoy esos mismos oscuros ritos en conmemoración de los que nunca celebraron sus predecesores.

Según la mitología creada por la colaboración de esos dos improbables aliados, Barruel y Robison, Weishaupt, sus *Illuminati*, los masones, y las demás sociedades secretas desean el poder y planean obtenerlo a través de la conspiración, la traición y la revolución. Los temas comunes a todas las conspiraciones surgen de sus libros: la Ilustración y la *Encyclopédie*, con sus ideas de Igualdad, Libertad y Fraternidad, fueron creadas para destruir el respeto hacia la propiedad privada y la sociedad jerárquica; la Cristiandad sería atacada para ser sustituida por el deísmo o el ateísmo; cosmopolitas y librepensadores debían ser tratados con desconfianza, ya que tenían todos los caracteres de gente que podía estar, o llegaría a estar algún día, asociada a la *Gran Conjura anticristiana*.

Ni Robison ni Barruel negaron que el objetivo profesado en público por los *Illuminati* fuera «enseñar a los hombres a ser felices haciéndolos buenos, a través de la Ilustración». Sencillamente, no aceptaron que alguien pudiera crear un grupo secreto para motivos tan banales. Donde Weishaupt promovía el libre pensamiento, Barruel veía un ataque contra la Iglesia. Donde Weishaupt y su seguidor Von Knigge predicaban el republicanismo, Robison y Barruel veían la destrucción del Estado. Cuando Weishaupt habló de educar a las mujeres, Barruel entendió la destrucción de la familia y el orden natural.

Barruel escribió que «los conspiradores habían jurado odio al trono y el altar, habían jurado aplastar al Dios de los Cristianos y extirpar a los Reyes de la Tierra». Para Barruel el complot en sí habría consistido ante todo en cómo los *Illuminati*, «adeptos de las ideas revolucionarias de la Igualdad y la Libertad», se habían infiltrado en las logias masónicas, usándolas para causar la Revolución francesa y en el peligro de que pronto cada nación tuviera en su seno a un «apóstol de la Igualdad, la Libertad y la soberanía Popular». Acusaciones que probablemente sonaban peor en

el ambiente religioso conservador de la Europa del siglo XVIII que en la Europa de hoy, producto de las mismas ideas denunciadas por el jesuita.

Robison, por su parte, afirmaba que los *Illuminati* se habían separado de la masonería y creado su propia filosofía a la que denominó «cosmopolitismo». De acuerdo con Robison: «Su primer e inmediato objetivo es conseguir la posesión de riquezas, poder e influencia, sin trabajar para ello; y, para cumplir esto, desean abolir la Cristiandad; y entonces, a través de costumbres disipadas y prodigalidad universal, procurarse a los partidarios de todo lo perverso y derribar todos los gobiernos de Europa; tras lo cual pensarán en otras conquistas, extenderán sus actividades a otras partes del globo hasta reducir la humanidad al estado de una masa caótica e indistinguible». Acusaciones que, por lo demás, no son muy distintas de algunas de las lanzadas hoy contra los partidarios de la globalización.

Solo después de publicada su obra, Barruel añadió a las tesis conspirativas expuestas un nuevo matiz, esta vez antisemita, tras recibir la famosa *Carta de Simonini*, en la que es posible leer por primera vez estas palabras: «… que en consecuencia, se prometen en menos de un siglo ser amos del mundo, abolir todas las sectas para que reine la suya, hacer sinagogas de la Iglesia de los cristianos, y reducir el resto de la gente a una auténtica esclavitud». Barruel fue uno de los primeros en creer en la existencia de una conjura mundial destinada a poner el mundo a manos de un solo amo o conjunto de amos. Al estudio de esta conjura dedicó sus últimos años.

Sin embargo, a corto plazo la necesidad más inmediata, tanto para Barruel como para Robison, era probar la conexión entre los *Illuminati* alemanes, la masonería francesa y la Revolución. Ambos creyeron encontrarla en la visita que dos destacados masones alemanes, Johan Joachim Christopher Bode y el barón Wilhem von Busche, hicieron a la logia del Contrat Social de París. Los autores no se ponen de acuerdo en la fecha de la misma. Barruel la sitúa en 1787, mientras que Robison al final de 1788. Ninguno de los dos logra dar los nombres de los reunidos o los lugares de reunión. Ambos olvidan que no importa cuál de los dos años fuera el correcto, porque los *Illuminati* habían estado perseguidos desde 1786.

En cuanto al viaje denunciado, había tenido lugar pero no había tenido nada de secreto. Bode era un miembro destacado de la masonería alemana y había sido invitado a una reunión, discreta como solían serlo las masónicas durante el *ancien régime*, pero no tan secreta para que no hayan quedado de ella minutas y actas. Bode, con su amigo Von Busche, llegó el 8 de junio de 1787 a París, donde leyó una conferencia denunciando la pérdida de tiempo que suponía el estudio de la alquimia y el ocultismo. Habiendo estado asociado a los *Illuminati*, Bode compartía con el grupo recién desaparecido la aversión, muy extendida entre los masones alemanes, hacia temas místicos y esotéricos y confiaba en que las logias francesas adoptaran posturas de mayor utilidad social. El 29 de agosto de 1787 estaba ya de vuelta en Weimar, donde comentó a su amigo el poeta Schiller y a otros masones conocidos que la masonería en París estaba en franca decadencia y prácticamente acabada. Que Bode y

Von Busche lograran, en a duras penas un mes, reconciliar a las distintas logias francesas y convencerlas de traicionar a su rey, es algo que los dos polemistas dan tan por seguro que no se molestan en probar.

Juntos o por separado, Barruel y Robison confunden en sus libros obediencias y logias dentro de ellas, y así —son solo algunos ejemplos reportados por testigos de la época— hacen hablar a Mirabeau en 1770 en una logia que no existiría hasta 1778; traducen textos del alemán sin tener conocimientos de ese idioma; muestran una total ignorancia — particularmente grave en un escritor de formación teológica como Barruel— sobre las diferencias doctrinales de los distintos grupos que aparecen en sus páginas; citan informes y cartas sin dar el dato correcto o indicar el contexto; mezclan martinistas e *Illuminati* con científicos y filósofos serios como Swedenborg; aceptan cualquier historia que confirme sus tesis, sin separar el mito de la realidad; repiten y se copian mutuamente errores por no comprobar las fuentes y acaban siendo ellos mismos, ante la imposibilidad de encontrar sus fuentes anteriores, la fuente primaria de información para toda una generación de historiadores posteriores que siguieron repitiendo una serie de errores que podían haberse evitado con un mínimo de atención.

No hay que pensar, sin embargo, en que se trataba de actos de mala fe por parte de dos historiadores interesados y parciales. La historia aún no estaba constituida como ciencia y gran parte de los procedimientos que hoy consideramos como básicos para el estudio de la misma no aparecerían hasta mucho después de que ellos escribieran su obra. Sus errores nacen no solo del exceso de celo, sino también de una falta de método que es común a otros muchos historiadores de aquel período, si bien eso no disculpa que los errores sean, por lo demás, múltiples y exagerados incluso para la época: al referirse a la elección del príncipe Fernando de Brunswick —tío del futuro derrotado de Valmy— como gran maestro de la logia de la Estricta Observancia, Robinson dice que causó alarma en el emperador austríaco, que temía el poder *Illuminati*, sin pararse a pensar que esa elección tuvo lugar en 1772, cuatro años antes de que Weishaupt creara su grupo; mientras Barruel confunde al duque de La Rochefoucauld con el marqués de La Rochefoucauld, que, al margen de su condición masónica — era en efecto masón—, era no solo monárquico sino también monárquico partidario de Luis XVI, y como tal fue asesinado durante las matanzas de septiembre de 1792.

Los errores puntuales de Barruel o Robison son hoy día tan solo apreciables por los especialistas en historia masónica, pero dado que fueron puestos por escrito cuando muchos de los protagonistas estaban aún vivos y en un momento en que tanta gente dejaba por escrito, en largos memoriales, su participación, y la de sus amigos y enemigos, en los sucesos de la Revolución, indican, por lo menos, excesiva credulidad y falta de sentido crítico. Sería, sin embargo, un error creer que no fueron contestados, o que todo el mundo los creyó de forma acrítica. Por eso, estando aún vivo Barruel, su obra fue contestada, entre otros, por Jean-Joseph Mounier,

monárquico huido a Suiza al comienzo del Terror, miembro de la Convención y testigo de muchos de los sucesos de la Revolución. Mounier escribió en 1801 *Sobre la influencia atribuida a los filósofos, francmasones e iluminados sobre la Revolución de Francia,* publicado en Tubinga, y dedicó gran parte del libro a contestar a Barruel. Si bien en el texto especificaba que no era masón o martinista — incluso entonces el error de Barruel comenzaba a confundir al resto de los historiadores—, Mounier aprovechó su libro para rendir tributo a los masones de Lyon, que habían ayudado a contener la violencia durante el Terror. Sin embargo, aunque su libro compitió en su día en popularidad con los textos de Barruel, no siguió reimprimiéndose tanto como el de este último, y hoy día ha caído completamente en el olvido.

También Robison fue contestado en las páginas de una revista londinense, la *Monthly Revíew,* por Karl August Bóttiger, preboste de la universidad de la localidad alemana de Weimar, cronista literario de su época y amigo de por lo menos dos antiguos *Illuminati* — Herder y Goethe—, que afirmaba que «desde 1790 cualquier preocupación sobre los *Illuminati* había cesado», y se comprometía a aportar pruebas de la desaparición de la orden a quien, sintiéndose alarmado por el libro de Robison, desease obtenerlas.

Durante la Revolución francesa Edmund Burke, uno de sus críticos de más prestigio, se permitió ignorar en casi toda su obra a los *Illuminati,* no citándolos salvo en algunas notas de sus *Reflexiones sobre la Revolución francesa*, y lo mismo hicieron otros historiadores contemporáneos, como Thomas Carlyle, que admiraba sin embargo a los hombres con voluntad de poder, o Frarwois Auguste Mignet, mientras que Joseph de Maistre, embajador de la monarquía saboyana en la corte de San Petersburgo y uno de los reaccionarios más extremos de Europa, absolvió en sus textos de toda culpa a las sectas y logias.

De Maistre conocía la masonería a fondo, había sido iniciado en la logia de Los Tres Morteros y ocupado en ella el cargo de «gran orador», y en su *Memoria al duque de Brunswick* había explicado cuál debía ser el papel de la masonería: «El fin de la masonería es la verdadera religión». De Maistre concluyó en sus escritos posteriores a la Revolución que la masonería, una asociación que había abandonado solo por obediencia a Roma, pero sin alegría, al ser condenada por el Papa, no era culpable como grupo de la Revolución. Para De Maistre, si la masonería había servido de instrumento a la Revolución habría sido por accidente. Una refutación de la obra de Barruel fue encontrada entre sus papeles pero no publicada. El peso de un De Maistre hubiera bastado en su día para aplastar al pobre abate incluso en los círculos más reaccionarios. Al contrario que Barruel, De Maistre, que había sido invitado por Napoleón a instalarse en Francia, nunca había aceptado los avances del arribista corso ni le había jurado fidelidad. Reaccionario feroz, De Maistre sabía, sin embargo, diferenciar sueños de realidades. En otro de sus libros más famosos, *Las veladas de San Petersburgo,* no dudó en atacar de forma individual a francmasones e

Illuminati, sin confundir sus acciones con su filiación. De Maistre está también entre los raros escritores de aquel período que distinguen en sus escritos entre los *Illuminati* de Weishaupt y los iluminados martinistas franceses, entre los que no habría encontrado «otra cosa que bondad, dulzura y aun piedad a su manera».

La misma conducta de los ultras de la restauración monárquica con respecto a la masonería, entre ellos personas como el duque de Polignac, que practicó la venganza contra jacobinos, imperiales, republicanos, e incluso protestantes, pero que no persiguió masones solo por ser masones, nos demuestra que la primera generación de franceses que sobrevivió a la Revolución no culpó de esta a la sociedad fraternal. Como tantos otros precursores de genio tuvo que pasar bastante tiempo antes de que Barruel y Robison lograran que sus ideas fueran comúnmente aceptadas.

10

Adam Weishaupt y los Illuminati de Baviera

> Un odioso fenómeno de la naturaleza, un ateo carente de remordimiento, un profundo hipócrita, carente de esos talentos superiores que conducen a la búsqueda de la verdad, está poseso por toda la energía y ardor en el vicio que tienen los conspiradores por la impiedad y la anarquía.
>
> AUGUSTIN BARRUEL,
> sobre ADAM WEISHAUPT.

> Porque Weishaupt vivía bajo la tiranía de déspotas y sacerdotes, sabía que la precaución era necesaria al transmitir el saber y los principios de la pura moralidad. Esto ha dado un aire de misterio a sus opiniones, y fue la base de su destierro… Si Weishaupt hubiera escrito aquí [en los Estados Unidos], donde no es necesario el secreto en nuestra tarea de volver a los hombres sabios y virtuosos, no hubiera necesitado pensar en ningún aparato secreto para esa tarea.
>
> THOMAS JEFFERSON,
> sobre ADAM WEISHAUPT

¿Quiénes son esos *Illuminati* sobre los que llevo escribiendo desde el principio del libro? Escribiendo *Illuminati* en el buscador *Google* de internet aparecen un total de 1.290 000 respuestas. Aun equivocándote en una letra (algo fácil en un término extranjero en el que se doblan algunas grafías), siguen apareciendo en pantalla cientos de miles de coincidencias. Buscando en inglés, 173 000 respuestas relacionan a los *Illuminati* con el concepto de nuevo orden mundial. En español las conexiones que relacionan ambos términos bajan a 471, aunque siguen habiendo en lengua española más de 10 000 referencias a *Illuminati* en la red. Algunas de estas referencias remiten al website del filme *Lara Croft: Tomb Raider* (2001), en el que los *Illuminati* son un grupo de bien vestidos malvados de la alta sociedad que planean dominar el mundo. Considerando lo breve y bien documentado de su existencia real,

es increíble la cantidad de gente que cree todavía que existen y les atribuye objetivos y éxitos que estos nunca se plantearon.

De no ser por su leyenda, los seguidores de Weishaupt no serían sino una nota a pie de página en un libro de historia serio, o como mucho un capítulo en un texto especializado en la masonería alemana del siglo XVIII. Sin embargo, han llegado a ser un tema inevitable en cualquier libro dedicado a las conspiraciones.

La leyenda —ya lo hemos visto— dice que detrás de la Revolución francesa estaban los masones y detrás de los masones un grupo aún más oculto: los *Illuminati*, una secta que existe incluso hoy día, que ha tenido entre sus miembros a los fundadores de la primera República francesa y de la única República norteamericana y pretende el control del nuevo orden mundial. Estos *Illuminati* son a veces jesuitas, a veces judíos, o incluso judíos de origen jesuita o jesuitas de origen judío, a veces son satanistas o al menos cabalistas y otras son racionalistas, variando el enfoque según el denunciante y lo que desee obtener con su denuncia. En cualquier caso, son tan discretos en su afán de dominar en secreto el mundo, que han dejado su impronta a la vista en uno de los grandes símbolos de la modernidad, conocido y difundido en todo el mundo: el billete de un dólar. Me refiero, desde luego, al sello que aparece en su reverso, con la pirámide inacabada sobre la que aparece el ojo que todo lo ve.

No me resisto a citar literalmente un texto escrito contra ellos en pleno siglo XX, dos siglos después de su desaparición.

> [El] complot satánico fundado en 1776 bajo el nombre de los *Illuminati*, fue organizado por un tal Adam Weishaupt. Weishaupt nació el 6 de febrero de 1748 en una familia judía. Converso, se hizo jesuita y profesor de derecho canónico en la Universidad de Ingoldstadt, abandonó el cristianismo para unirse a la conspiración luciferina, en 1770, en su condición de Francmasón. Emprendió entonces la elaboración de la estrategia que debía dar a un pequeño grupo de financieros internacionales el control del mundo entero, a fin de que pudieran imponer la ideología luciferina a todo el planeta. Weishaupt murió en 1830 en… Gotha. (¿Será posible que Gotha tenga algo que ver con el monte Golgotha [cráneo]…?). Y así pues también con los *Skull and Bones*… es decir, la secta «Cráneo y Hueso» tan apreciada por la familia Bush, entre otros…

Cita larga, pero desinformada, procedente de un website estadounidense, de carácter cristiano fundamentalista, en la que podemos ver reunidos todos los tópicos que se han repetido sobre la materia.

Weishaupt sí fue profesor de derecho, masón y creador de una sociedad propia; fue liberal y, en efecto, murió, aunque no en 1830 ya que fue enterrado en 1811. Por

lo demás, la versión contemporánea de la leyenda, aunque está entre las peor informadas, o escritas, comparte una serie de mitos que se han ido repitiendo de versión en versión. Aclaremos de entrada que si Weishaupt hubiera nacido en una familia judía en la Baviera del siglo XVIII, por mucho que se hubiese convertido al catolicismo, difícilmente habría podido ser jesuita — aunque sí habría podido profesar en otra orden católica—, y que si hubiera estado ordenado como jesuita no habría podido ser profesor en la Universidad de Ingoldstadt, precisamente porque era una universidad católica y la Compañía de Jesús había sido suprimida por el papa Clemente XIV a partir de 1773, para no volver a ser restaurada hasta 1814 por Pío VII.

Afortunadamente, aunque no tan abundante como la leyenda, la evidencia documental sobre Weishaupt y su logia es amplia y no faltan fuentes escritas sobre los *Illuminati* históricos. Desgraciadamente, tal evidencia, aparte de amplia, carece muy a menudo de credibilidad, ya que la mayor parte de los documentos citados como escritos por Weishaupt o sus seguidores lo son solo de forma parcial y a través de los documentos escritos por sus detractores, o incluso más recientemente por sus supuestos continuadores, que, muchas veces, se hallan tan despistados como sus enemigos.

Parte leyenda, parte crónica policial, la historia cuenta que en 1875 un correo de los *Illuminati*, un sacerdote secular — que debido a una mala traducción será a menudo calificado de sacerdote renegado—, de apellido Lanz, fue alcanzado por un rayo mientras llevaba instrucciones secretas referentes a la organización de la sociedad a uno de sus miembros, Franz Xavier von Zwack, miembro a su vez del consejo del príncipe elector de Baviera.

La historia es falsa pero ha sido repetida tantas veces, incluso hoy día por supuestos iluminados, que sirve como ejemplo de la forma en que se han venido arrastrando las viejas leyendas hasta nuestros días. Barruel recoge esta historia y a partir de su relato sus discípulos dan al clérigo herido por el rayo la identidad de Johann Jakob Lanz, un sacerdote amigo de Weishaupt que nunca fue *Illuminati* pero que murió accidentalmente, tal vez durante una tormenta, en 1785, atribuyéndole sin embargo los rasgos y título de otro de sus amigos, Franz Georg Lang, consejero de la corte y amigo de Von Zwack, que sí fue *Illuminati* y adoptó dentro de la logia el nombre de Tamerlán. La historia de cómo un sacerdote secular llamado Johann Lanz es transformado por las malas traducciones y la información parcial en un sacerdote renegado llamado Lang o Lange, que es consejero del elector de Baviera y es conocido como Tamerlán, se perpetuará de libro en libro en todos los estudios sobre los *Illuminati*.

Aunque la historia del rayo es apócrifa, el registro de las autoridades bávaras a la residencia del consejero Franz Xavier von Zwack en Landshut (11 de octubre de 1786) es históricamente cierto. En ese registro se ocuparon numerosos documentos que fueron editados y publicados en Munich un año después por el gobierno bávaro bajo el título original de *Algunos escritos originales de la orden de los iluminados,*

encontrados en casa del que era consejero de gobierno Zwack durante el registro domiciliario llevado a cabo en Landshut el 11 y 12 de octubre de 1786.

Entre los papeles intervenidos había varios que colocaban a sus poseedores en una situación desfavorable frente a una corte y un Estado católicos: una defensa del suicidio escrita por Von Zwack, titulada *Reflexiones sobre el suicidio*; documentos en que la orden reclamaba su derecho de vida o muerte sobre sus miembros; una defensa del ateísmo; la propuesta, entonces inusual, de crear una rama femenina; la descripción de una máquina nunca construida destinada a guardar archivos secretos o destruirlos en caso de registro; recetas de tinta invisible y perfumes venenosos, y un recibo por un aborto. La cuestión del aborto tocaba muy de cerca a Weishaupt, que había tenido un *affaire* con la hermana de su esposa y la había dejado embarazada algunos años atrás.

Aparte de que su fundador era humano, e incluso demasiado humano en sus relaciones familiares, y no un demonio, como afirmarían sus enemigos, ¿qué sabemos con certeza sobre los iluminados de Baviera?

Adam Weishaupt nació en Ingolstadt (Baviera), de padres oriundos de Westfalia, el 6 de febrero de 1748, y perdió pronto a su padre (en 1753); fue educado por los jesuitas, pero estuvo desde muy temprano bajo la influencia de su abuelo, director de escuela secundaria en Ickstatt y librepensador, al que debió su primer nombramiento como profesor en la Universidad de Ingolstadt. Típico de su carácter, Weishaupt renegaría a lo largo de su ascenso social de su abuelo, al que sin embargo debía su anticlericalismo.

A Weishaupt le había sido inicialmente prometida la cátedra de derecho canónico que había estado en manos jesuitas durante noventa años, pero que, tras la disolución de esa orden, estaba vacante. Por fin la obtuvo en 1775; fue el primer laico que la ocupó, para entrar en conflicto, como consecuencia de las tesis racionalistas y deístas que enseñaba, con la administración católica del centro, con el gobierno bávaro y con los jesuitas, que, a pesar de su disolución como grupo, mantenían aún su influencia en círculos universitarios y cortesanos, sobre todo en los países no gobernados por la Casa de Borbón.

Hombre de naturaleza obstinada y nada diplomático, Weishaupt polemizó a lo largo de su vida con casi todos aquellos con quienes mantuvo una relación prolongada. Fue, sin embargo, a la oposición jesuítica, más que a su carácter conflictivo, a lo que atribuyó sus problemas, por lo que sintió la necesidad de crear una facción que lo respaldara en sus conflictos académicos. En 1774 se aproximó por primera vez a los masones. Por desgracia, vistos de cerca estos perdían gran parte del misterio que los rodeaba, y le desencantaron. Fue probablemente entonces cuando decidió crear su propia organización.

El primero de mayo de 1776, un día y año que iban a pasar por motivos muy distintos a la gran historia, pero cuya elección ha dado lugar a numerosas interpretaciones, Weishaupt fundó un grupo que originalmente se llamó la *Orden de*

los Perfectibilistas pero que hoy es conocido como los *Illuminati*. El grupo empezó con solo cinco miembros, y en 1779 ya contaba con colonias (logias) en cuatro ciudades bávaras y cincuenta y cuatro miembros. Los libros en los que centró la ideología de sus miembros eran textos sobre el republicanismo, el derecho natural y las obras de Jean-Jacques Rousseau, autor prohibido entonces en Baviera y gran parte de los principados católicos alemanes.

A diferencia de sus seguidores actuales, Weishaupt no se interesó por el ocultismo, que aún estaba de moda entre los masones alemanes. Su objetivo era la asistencia mutua de sus miembros, «para obtener el más alto nivel de moralidad y virtud posibles, y crear los fundamentos para la reforma del mundo a través de una asociación de hombres buenos opuestos al progreso de la maldad…».

Según su declaración inicial, el grupo iba a basarse en la naturaleza humana y sus grados, ceremonias y estatutos se desarrollarían de manera progresiva, para adaptarse a las necesidades del momento. Desgraciadamente y a pesar de esta declaración pública de principios, Weishaupt estaba obsesionado no tanto con los jesuitas como con la imagen que ya entonces se había creado en torno a ellos, y que les transformaba en terribles conspiradores. De la misma manera que a partir de entonces muchos copiaron a Weishaupt, él, a su vez, copió a las caricaturas antijesuíticas e hizo lo posible por construir una organización jerárquica, siguiendo el patrón de la Compañía de Jesús, tal y como esta le había sido descrita por sus enemigos.

Estaba dispuesto a: «Utilizar para buenos propósitos todos los medios que esa orden empleó con fines malignos». Creó una organización que creía en la república copiando un modelo basado en el despotismo de los jefes y la obediencia ciega de los subordinados; una organización destinada a llevar la luz a las élites que colocó en medio de la oscuridad y el secretismo; un grupo racionalista que jugó con el secreto, ya que no con el misterio. Esas contradicciones le pasarían factura tanto en vida como después de muerto.

A comienzos de 1777 Weishaupt ingresó en la logia masónica Theodor zum Buten Rath (Teodoro del Buen Consejo), e intentó, con otros miembros de la orden, poner a la masonería ya establecida bajo su control. Como, pese a todas sus poses de conspirador y a su supuesta profundidad teórica, Weishaupt era una persona sin mundo, medios económicos o poder real, su orden no logró progresar inicialmente. En 1780, la adhesión a su logia del barón Adolph von Knigge, hombre de amplia experiencia y medios, bien conocido en los círculos masónicos alemanes, dio un giro decisivo a la organización. Junto con Weishaupt, que desarrolló las ideas de la sociedad, Knigge comenzó a elaborar los necesarios grados y estatutos y al mismo tiempo a extender la orden. Knigge multiplicó primero los grados dentro de la orden e hizo a los más altos aptos solo para masones, dando al grupo la pompa y boato que una sociedad, sobre todo secreta, exigía. Aportó también su prestigio de aristócrata a una sociedad que aún no había salido del mundo académico. Pese a ello, el barón es hoy recordado más como autor de uno de los primeros manuales de protocolo escritos

en alemán — *Sobre las relaciones humanas* (*Ueber den Umgang mit Menschen*)— que como conspirador.

Gracias al barón, en dos años el grupo llegó a tener quinientos miembros. Barruel llega a citar por su nombre a sesenta y siete *Illuminati*: diez profesores, trece nobles, siete eclesiásticos, tres abogados, y el resto, funcionarios y oficiales. Ya fuera mediante la cooptación de logias masónicas preexistentes, o mediante la creación de estructuras paralelas para sus miembros, seis años después los *Illuminati* contaban con 266 capítulos. Como en el caso de las logias masónicas regulares, fue el mecenazgo de un aristócrata lo que dio a los *Illuminati* la posibilidad de crecer y ser respetados.

Juntos, Knigge y Weishaupt trabajaron para apartar a la masonería alemana del ocultismo y de las explicaciones esotéricas de cabalistas y rosacruces y hacer que sus objetivos fueran trabajar por la «felicidad social». El proyecto iluminista era racionalista y no fue bien recibido por todos. A algunos les preocupaba su deísmo, a otros su falta de respeto a las jerarquías de la Iglesia o a la casa reinante en Baviera. El racionalismo no fue fácil de introducir ni siquiera dentro de las logias masónicas, que en muchos casos prefirieron seguir practicando la alquimia o el cabalismo. Sin embargo, poco a poco los *Illuminati* lograron infiltrarse en los ambientes masónicos y, cuando se llevó a cabo la gran convención internacional de la masonería en Wilhelmsbad, del 16 julio al 29 agosto de 1782, la masonería Iluminada, que Knigge y Weishaupt proclamaron en ese momento como única masonería pura, había ganado tal reputación que casi todos los masones alemanes pidieron su admisión en el nuevo grupo. En ese punto fue valiosa para la orden la adhesión de Johan Joachim Christopher Bode —que se haría llamar Amelius—. Asistido por Bode, Knigge trabajó para convertir todo el cuerpo masónico alemán en masones iluminados. Bastantes masones e ilustrados de la mayor prominencia se hicieron *Illuminati*, incluidos Goethe — se especula que la historia de *Fausto* puede ser la de un iniciado desencantado por las consecuencias de su pacto con el diablo que podría identificarse con Weishaupt— y Herder, que durante su período como *Illuminati* comenzó a romper con el clasicismo que había caracterizado la fase inicial de su vida y su obra. La orden también se extendió por Suecia, Rusia, Polonia, Dinamarca, Hungría y Austria. Esos tiempos dorados fueron asimismo los últimos de la orden.

Fue en ese momento cuando apareció por primera vez entre los masones alemanes, que se encontraron con la súbita irrupción de gran cantidad de nuevos ritos y fórmulas, la creencia en la existencia de unos «superiores ocultos», que no podían ser ni Knigge, al que conocían demasiado bien, ni Weishaupt, que visto de cerca era un pedante difícilmente soportable. Como Voltaire era admirado por todos los librepensadores y masones, y considerado por muchos como la primera mente de su época, y Federico de Prusia era su protector, muchos asumieron que ellos tenían que ser esos superiores ocultos. También Martines de Pasqually, en Francia, invocó entonces a los superiores ocultos como origen de sus ideas, para darles más peso, y

estos serían aludidos en la confesión de Cagliostro ante la policía al ser detenido años después en los Estados Pontificios. A lo largo de los años y de logia en logia, de sociedad secreta en sociedad pseudoiniciática, esa idea permaneció y se transformó. De Federico de Prusia y Voltaire reunidos en un salón de Sans-Souci en honesta charla sobre los problemas del mundo, se pasará primero a Napoleón como Anticristo — «convocando al mismo Sanedrín que mató a Jesucristo»— y se acabará, durante el siglo XX, por llegar a la imagen del «rey del mundo», sentado en su trono de la mítica ciudad subterránea de Agartha o de Shamballa, en el que creen tantos esoteristas modernos.

En 1783 se produjo una gran pelea entre Knigge y Weishaupt, que concluyó cuando aquel abandonó el grupo, el primero de julio de 1784. Knigge no soportaba más el pedante control de Weishaupt y lo acusó de «jesuitismo». Se trataba de una acusación grave entre racionalistas, pero aún más en el mundo oficial católico. Para Knigge, Weishaupt era un jesuita encubierto, lo que le llevó a escribir en sus memorias: «¿Y quién sería yo si trabajara bajo sus banderas, para poner la humanidad bajo el yugo de tan pedante tipo?».

A ese problema se unieron las denuncias presentadas contra la orden, ante el gobierno bávaro, que culminaron con su prohibición en 1784. Esa proscripción había sido precedida por una ley previa que prohibía a los bávaros ser miembros de órdenes secretas. No se trataba, en contra de lo que algunos creen, de una ley pensada contra masones o *Illuminati*, pero la mayoría de estos decidió suspender sus reuniones. Por el contrario, Weishaupt intentó justo entonces ponerse en contacto con el elector de Baviera, Karl Theodor, y obtener su protección.

La idea de Weishaupt no era tan estúpida como suele pensarse hoy. Aunque prohibiera las sociedades secretas, Karl Theodor no era el reaccionario que la historia contemporánea nos presenta; había llegado al poder como sucesor de un gobernante ilustrado, Maximiliano José, y cuando fue nombrado duque de la Alta y la Baja Baviera obtuvo inicialmente la justificada reputación de ser un gobernante liberal y abierto al cambio. En cualquier caso, ya fuese por influencia de su confesor — de nuevo un antiguo jesuita—, ya por la de la duquesa madre, en marzo de 1785 el elector de Baviera no solo rechazó la oferta de diálogo de Weishaupt, sino que publicó un nuevo decreto en el que, esta vez sí, se legislaba directamente contra masones e *Illuminati*.

En 1786 tuvo lugar el registro en casa de Franz Xavier von Zwack, en el que cientos de documentos fueron ocupados, y poco tiempo después se publicó el ya citado *Algunos escritos originales de la orden de los iluminados*, redactado en las oficinas de la policía bávara. Entre enero y septiembre de 1786, en medio de la polémica y la publicación de los documentos *Illuminati*, el marqués de Mirabeau visitó varias veces Berlín y mostró su simpatía hacia ellos, aunque, a juzgar por sus comentarios, supo ver de forma bastante realista el trasfondo del debate: para Mirabeau se trataba de una mezquina pelea entre jesuitas semiclandestinos y masones

racionalistas por el control de una universidad de provincias, a la que un hombre de mundo como él no podía ni debía prestar demasiada atención. Años más tarde, los pocos comentarios favorables del noble ilustrado hacia los *Illuminati* traerían consigo las acusaciones de que Mirabeau se había unido al grupo, e incluso reclutado en sus filas al gran maestre del Gran Oriente francés, el duque de Orleans, todas ellas acusaciones dudosas: no solo por la falta de pruebas, sino porque, además, es cuando menos improbable que un animal político como Mirabeau se hubiera unido a los Iluminad cuando estos estaban huyendo. Más improbable aún era que el duque de Orleans admitiera órdenes de un profesor universitario de origen plebeyo cuando no era capaz de aceptar las del rey más poderoso de Europa.

1786 fue el año en que Weishaupt perdió su cátedra y huyó de Ingolstadt. En 1787 se estableció en Gotha, bajo la protección del duque Ernesto de Gotha, y pudo preparar una defensa de sus ideas, aunque no reorganizar a su grupo. Se dedicó entonces a escribir y publicar una larga serie de textos apologéticos que fracasaron en el intento de exonerar tanto a la orden como a sí mismo. Publicó con ese fin varios libros: *Historia completa de la persecución de los* Illuminati *en Baviera*, en 1785; *Descripción de los iluminados y Apología de los iluminados*, en 1786; *y El sistema mejorado de los iluminados*, en 1787. Asimismo Von Knigge publicó su versión de los hechos en *Explicación final y respuesta de Philo*, en 1788.

Al tener que alimentar a una familia cada vez más numerosa, con los años las opiniones de Weishaupt en materia religiosa y política ganaron sobriedad, y a partir de 1787 renunció a toda relación con las sociedades secretas y regresó a la Iglesia católica, desplegando un celo destacable en su defensa. Murió en 1811, aunque sus últimos años de vida fueron tan oscuros que algunos de sus coetáneos no se enteraron de su defunción y situaron la noticia de su muerte en 1822 o incluso en 1830, fechas que continúan apareciendo en muchas de sus biografías. El hombre al que Barruel calificó de diablo, en el sentido más literal del término, murió reconciliado con la Iglesia católica y descansa en paz en un cementerio parroquial.

Ya en vida, la historia del que había sido su grupo había escapado a su control. En 1787 el masón Johann August Starck, durante una de las periódicas peleas que mantenían enfrentadas a las logias alemanas, escribió contra sus críticos, a los que acusaba de ser a un mismo tiempo jesuitas e *Illuminati*, un libro de mil doscientas páginas titulado *Sobre el criptocatolicismo, el proselitismo, el jesuitismo, las sociedades secretas*, en el que, aparte de ajustar cuentas con otras facciones dentro de la masonería, acusaba a los *Illuminati* de estar detrás de la Revolución francesa, que, según el autor, fue producto de una conjura jesuítica. Para Starck el origen de la conspiración no era Weishaupt, al que conocía de sobras, sino Von Knigge. En 1803, Starck publicó *El triunfo de la filosofía en el siglo* en el que remontaba la conspiración del grupo de Weishaupt hasta los filósofos griegos y los herejes medievales.

Parte de la importancia posterior de los *Illuminati* en la historia de las sociedades secretas reside no tanto en su influencia real en la masonería alemana de su época, o en la Revolución francesa, como en la leyenda creada en torno a su estructura secreta, de la que sabemos únicamente lo que nos han contado sus enemigos.

Según los contrarios a la orden, comenzando por la policía de Baviera, la sociedad constituía una elaborada red de espías, contraespías y provocadores organizados en células triangulares que reportaban únicamente a unos superiores ocultos. Esta red de espías se dedicaba al control de los miembros de la orden y a que guardaran fidelidad hacia los jefes. Alcanzados los niveles superiores de la orden, era incluso necesario aprender a escribir con las dos manos, disimular la propia letra en la correspondencia y conservar los archivos en un contenedor especial que se autodestruiría si alguien que no fuera un miembro de la orden intentase abrirlo; todo ello es más propio de la imaginación de un policía, quizá el mismo que escribió el libro-atestado contra la orden *Algunos escritos originales de la orden de los iluminados*, que de la de un profesor de derecho canónico.

Según estas mismas fuentes policiales, los miembros de la orden solo tenían conocimiento de sus objetivos reales al acceder a los grados superiores, cuando estaban tan implicados en sus actividades que les era imposible abandonarla sin correr peligro, lo cual no cuadra ni con la forma en que Knigge abandonó la orden ni con la polémica pública que siguió a su abandono.

Lo que sí parece ser cierto es que cada miembro del grupo adoptaba un nombre inspirado en la historia clásica para identificarse en las reuniones; el barón Knigge era Philo, y Weishaupt Espartaco; otros *Illuminati* firmaron como Catón, Mario, Bruto, Pitágoras, Sócrates o Aníbal. El citado Franz Georg Lang era Tamerlán, apodo decididamente poco ilustrado. También los nombres de antiguas ciudades y naciones eran utilizados en su correspondencia para referirse a los nombres de ciudades o países desde los que se escribía: Munich era Atenas; Austria, Egipto, y Francia, Iliria.

¿Existen todavía hoy los *Illuminati*? Desde luego que sí. La prueba es que tienen *websites*, venden ejemplares del libro sagrado de su orden — que no es ninguno de los publicados en vida por Weishaupt— y aceptan Visa y Master Card como forma de pago. Existen varias órdenes que se autoproclaman *Illuminati* en internet, y no son las primeras en afirmar que han revivido la orden original. Varias de estas nuevas órdenes han aceptado de forma acrítica las historias y mitos que en su día surgieron para desacreditar a los primeros *Illuminati* y han pasado a repetirlas como historia oficial de la misma. Algunos de sus miembros llegan a conceder entrevistas en las que se responsabilizan de los supuestos actos de sus predecesores, lo que no solo les permite presumir, sino, además, colocarse a la altura de otros supuestos *Illuminati* contemporáneos, como el presidente Bush, en un triste caso de megalomanía.

No son los primeros en pretender reconstruir la orden. A un siglo de su muerte, en uno de los cíclicos retornos del ocultismo a Occidente, el famoso mitómano y satanista Aleister Crowley, dejando a un lado todos los estudios, cartas y escritos

firmados por Weishaupt, recogiendo muchos de los errores de Barruel y Robison y casi todas las leyendas creadas por la policía bávara, intentó revivir sobre el papel una sociedad *Illuminati* que fuera a la vez mística, cabalística y ocultista. Fue en ese período concreto de la historia cuando nació el mito de que el ojo en la pirámide, que aparece en los billetes de un dólar, era el símbolo *Illuminati*, o que Weishaupt, que pasó gran parte de su vida combatiendo el irracionalismo, era en realidad un pensador gnóstico, cuya obra, que ya nadie lee, estaba llena de mensajes ocultos.

También en 1880, aunque sin los matices histriónicos de Crowley, el periodista Theodor Reuss revivió la orden en Munich. El masón Leopold Ángel lo hizo a su vez en Berlín en 1893. De la unión de estos dos grupos surgió una *Ordo Illuminatorum*, que hasta entrado el siglo XX permanecía activa.

En un terreno más serio, es posible que la *Tugendverein* (Liga de la Virtud), un grupo estudiantil republicano, partidario de la unidad alemana, que apareció durante la Revolución francesa y participó en las luchas contra Napoleón — aunque pese a ello fue perseguida en la mayor parte de los principados en que estaba dividida Alemana—, sí fuera de inspiración *Illuminati*, o que al menos tuviera antiguos estudiantes *Illuminati* en sus filas. Por lo menos el príncipe de Metternich creyó en esa posibilidad y la usó como pretexto para perseguirla. Apoyaría esta tesis el carácter racionalista y liberal de sus postulados, que tan poco tenían en común con el nacionalismo romántico y místico de tantos otros grupos estudiantiles alemanes de esa época, pero incluso en este caso no hay pruebas concretas que demuestren una afiliación que la liga nunca reclamó para sí.

Por otra parte, los ideales *Illuminati*, tal y como fueron entendidos, o a veces inventados, por sus enemigos pueden apreciarse por numerosos aficionados a las conjuras y tesis conspirativas en grupos tan distintos como la Comisión Trilateral, el Club *Bilderberg* o el Partido Nacionalsocialista. Para algunos teóricos de la conspiración, estas afiliaciones no son contradictorias, y hacen notar que el recientemente fallecido príncipe Bernardo de Holanda era a un tiempo fundador de los *Bilderbergs* y antiguo oficial subalterno de las SS. Desgraciadamente, ninguno de los partidarios de las infinitas tesis que relacionan a los *Illuminati* de Baviera con la Comisión Trilateral, las *round tables* (mesas redondas) de Cecil Rhodes o las reuniones del Club *Bilderberg* parece ser capaz de mostrar una transición documentada de una a otra organización.

En fecha reciente, un investigador británico experto en conspiraciones, Antony C. Sutton, fue el primero en sugerir que algunas sociedades universitarias de la Universidad de Yale, como *Skull and Bones*, o su rival *Scroll and Key*, tienen como origen la logia de Weishaupt. Supongo que por lo menos esta última acusación tiene su lógica. Basta con oír hablar a George W. Bush (o a John Kerry) para darnos cuenta de que estamos frente al resultado de los dos siglos de la conspiración liberal, laica y racionalista iniciada por Weishaupt y los enciclopedistas.

Dejo la última palabra sobre Weishaupt y su orden a la que él consideró como el peor de sus enemigos, la Iglesia católica. Con el paso de los años, y con solo un par de siglos de distancia, es ya posible leer en la *Enciclopedia católica* una visión bastante correcta y objetiva de lo que pudo ser la sociedad de los *Illuminati*: «Una vez que se descartaron, después de 1786, las peculiaridades de Weishaupt, el Iluminismo fue simplemente la prosecución de los principios de la Ilustración; en otras palabras, fue Francmasonería y Liberalismo práctico adaptado a los requerimientos de su tiempo…».

11

Un aparte medieval: los templarios no fueron ni pretendieron ser una sociedad secreta

> La de los Templarios no era una orden particularmente aficionada a los secretos, en cualquier caso no más que otras órdenes religiosas de su época, y ciertamente no más que las otras principales órdenes militares, las de los Hospitalarios o los Teutónicos.
>
> HELEN NICHOLSON,
> *The Knights Templar, A New History*.

Tema central de innumerables tramas novelescas, los templarios no deberían aparecer en un libro dedicado a la historia contemporánea salvo como una nota al margen. Sin embargo, actualmente hay en España ciento cuarenta títulos referidos a la Orden del Temple. En su mayoría se trata de libros más próximos a *La cara oculta del Temple* o de *El secreto mortal de los templarios* que de estudios rigurosos sobre la orden. La leyenda que sobre ellos circula en relación con el origen de la masonería y la Revolución francesa me obliga a dedicarles este capítulo.

En 2004, los estudios Disney lanzaron la película *La búsqueda,* que trata del tesoro de los templarios, de su relación con los francmasones y cómo estos últimos crearon los Estados Unidos de América. Walt Disney perteneció en su juventud a una orden masónica, los Hijos de Molay. Se trata sin duda alguna de una casualidad, excepto para quienes sí creen, o mejor dicho saben, que los templarios son masones, o los masones templarios.

En cualquier caso, la leyenda de la relación entre los masones y los templarios está demasiado extendida para ignorarla. Todos los aficionados a la historia secreta saben que los templarios son antepasados de la masonería, practicaban rituales de tipo mágico o hermético, eran increíblemente ricos, estaban en contacto con la secta de los ismaelitas (o al menos con los musulmanes) y con los cátaros y albigenses, practicaban rituales secretos, magia o herejías; adoraban un ídolo llamado Baphomet o a una cabeza cortada, protegían el Santo Grial; practicaban la sodomía y el préstamo con usura, y gracias a eso y a su increíble y legendaria riqueza fueron perseguidos por el rey de Francia y el Papa de Roma empeñados, según la versión que escojamos, en recuperar el Santo Grial, acabar con una forma distinta de entender la cristiandad, o apoderarse del tesoro de la orden. Perseguidos por la Iglesia y el

poder, los templarios se mimetizaron tras su disolución entre los «maestros constructores», con quienes estaban en contacto permanente, puesto que los templarios, que tuvieron algunas de las fortalezas más impresionantes de Palestina, eran sin duda hábiles «maestros masones» — en el sentido original de ese termino— y años más tarde resurgieron como iluministas, o como francmasones, tomando venganza sobre la dinastía y la Iglesia que les habían perseguido. Probablemente me haya dejado algo porque raro es el mes en que no aparece un título dedicado a estudiar y revelar nuevos secretos que quizá nunca existieron.

¿Por qué los templarios? Mucha gente cree que los templarios son los antepasados de los masones porque algunos de ellos así lo afirman. Esa es toda la prueba que algunos aficionados a las conspiraciones necesitan. Los masones también afirmaron en su día descender de los constructores del templo de Salomón, si bien nadie parece tomarse tal afirmación en serio. Por qué una historia es percibida como leyenda mientras que otra es aceptada como verdad histórica, a pesar de la falta de pruebas, es algo que nunca dejará de sorprenderme.

El primer dato en que se basan aquellos que dicen que los templarios son los antepasados de la masonería es que hay poca información segura sobre la orden, su existencia y su proceso de disolución, lo cual es falso: el juicio que condujo a su último gran maestre a la hoguera y a la orden a su disolución fue debidamente registrado. La Iglesia de Roma tiene uno de los más antiguos sistemas administrativos y burocráticos del mundo. Es también falso que los archivos de la orden se perdieran tras su disolución. Por el contrario, estos archivos pasaron de Jerusalén a Acre y de Acre a Chipre, donde tras la disolución de la orden por Clemente V, en 1312, pasaron a ser administrados por la orden militar de los Caballeros Hospitalarios. Incluso dispersa, tras la caída de Chipre en manos turcas, existe abundante documentación original sobre la historia de la orden.

La historia real del Temple es fácil de seguir y aún más de resumir. En 1119, después de la conquista de Jerusalén por Godofredo de Bouillon, un pequeño grupo de caballeros, segundones de buenas familias con mucha fe y pocos medios, que no tenían adónde volver tras el triunfo de la Cruzada, decidió formar una orden militar con el fin de proteger a los peregrinos que iban a Tierra Santa. El nombre adoptado por la nueva orden fue el de *Pauperes Commilitones Christi Templi Salomonici*, aunque los recordemos con el de caballeros templarios. Las regulaciones que se dieron eran las mismas escritas por Bernardo de Claraval para la Orden del Cister, y a lo largo de su breve existencia demostraron ser buenos soldados, administradores y comerciantes, llegando a convertirse en los primeros armadores navales y banqueros cristianos de Europa.

La orden, a pesar de la pobreza personal de sus miembros, fue rica. A lo largo de su existencia recibió grandes donaciones de dinero, tierras y fortalezas y estuvo a punto de ser dueña del reino de Aragón, que les fue legado en testamento por Alfonso I el Batallador. A finales de 1300, su mayor momento de gloria había pasado, Tierra

Santa se había perdido, la orden era inútil y la admiración de los primeros años fue sustituida por la envidia.

Fue en este contexto cuando tuvo lugar el enfrentamiento entre Felipe IV de Francia y el papa Bonifacio VIII. Felipe IV estaba perpetuamente necesitado de fondos —mal común a muchos monarcas europeos— y trató de cobrar impuestos al clero. Bonifacio VIII reaccionó en 1302 con la bula *Unam Sancta*, en la que afirmaba la primacía papal sobre el poder secular y prohibía pagarlos. Felipe IV y su consejero Guillaume de Nogaret, reunieron entonces una larga serie de acusaciones contra el Papa, como que era hereje, practicaba la simonía — venta de dignidades y cargos eclesiásticos, había sido elegido de forma deshonesta, recibía consejos del diablo, practicaba la sodomía y creía que los franceses carecían de alma.

Aunque no todas estas acusaciones eran ciertas, bastantes sí lo eran, y dieron peso a las otras. A la muerte de Bonifacio VIII, Felipe logró que saliera electo uno de sus partidarios como sucesor con el nombre de Clemente V y que, además, pasara a residir a Francia. Con el papado bajo su control, Felipe decidió apoderarse del tesoro de la Orden del Temple, e inició un proceso con el que logró hacer condenar y ejecutar a varios de sus líderes más importantes, entre ellos el gran maestre de la orden, Jacques de Molay, y apoderarse de sus propiedades y castillos en Francia. El rey de Inglaterra hizo lo mismo en su país, pero los caballeros de otros muchos reinos no fueron molestados y pudieron reorganizarse con otros nombres. En Escocia los caballeros templarios ayudaron al rey escocés Robert Bruce a mantener la independencia de su país frente a los ingleses, al menos durante algunas generaciones más. De la permanencia templaria en Escocia nacerían muchas de las leyendas sobre el origen templario de la masonería.

Los cargos contra los templarios fueron presentados por Esquiu de Floyran, prior del monasterio de Montfaucon, y siguieron los presentados en su día contra Bonifacio VIII, incluyendo la adoración del diablo. Dado que los cargos presentados contra ellos no venían precedidos de mala reputación y eran las típicas acusaciones lanzadas en la época contra toda clase de enemigos políticos, ¿cómo fue posible que la gente los creyera? La respuesta es que nadie lo hizo fuera de Francia. En la mayor parte de los países europeos la orden no fue acusada, y en Chipre, donde se celebró otro juicio, sin la presión del rey francés o el uso de la tortura, la orden fue absuelta de todos los cargos, en un proceso eclesiástico regular. Es inexacto decir que la orden fuera condenada por la Iglesia. En 1312, el papa Clemente V declaró la inocencia de la Orden del Temple, pero pese a todo la disolvió porque su fama había sido comprometida de tal manera que era imposible que siguiera cumpliendo sus funciones originales.

La historia de la orden acaba con la condena y muerte de Jacques de Molay, que da paso al surgimiento de una leyenda en la que no faltan mitos sin fundamento, comenzando por el de la «venganza templaria». Fue la rápida sucesión de los últimos

reyes Capetos — entre 1314 y 1328 ocuparon y murieron en el trono los tres hijos de Felipe IV— lo que ayudó a crear de forma póstuma la leyenda de una maldición templaria. Hay que decir que morir joven y de muerte violenta, a manos de un pariente, era un problema relativamente común en las familias reales medievales.

No hay comentarios en la literatura de la época, bastante más libre en su crítica personal al clero de lo que permitiría creer la rigidez doctrinal de aquellos tiempos, que sustenten la fama de pecadores de los templarios. Así pues, no hay historias sobre templarios mujeriegos como sí las hay sobre los franciscanos; ni ningún cuento sobre ellos equivalente a los *fabliaux* anticlericales, como *La fábula de fray Denis Cordelero* o la de *El sacristán y la mujer del caballero*, del escritor medieval Rutebeuf, que a pesar de ser pobre escribió a menudo contra las órdenes mendicantes; ni tampoco hubo acusaciones de violación contra los templarios como las que abundan en los Países Bálticos contra los caballeros teutónicos; las únicas referencias a la homosexualidad que aparecen en la literatura de la orden aparecen en sus ordenanzas, en las que se consideraban motivo de expulsión. Si bien es cierto que reglamentos y prohibiciones indican muy a menudo las tentaciones o actividades del grupo regulado, no hay pruebas documentales que confirmen casos de homosexualidad entre los templarios, en una época en que estas abundaban sobre otras órdenes monásticas. Incluso bajo tortura, a lo largo del juicio que acabó con la orden, muy pocos templarios confesaron este tipo de actividades, y hay que decir que se trató de confesiones dudosas.

La complacencia de los templarios con los musulmanes tampoco está clara y se sabe que, al menos en una ocasión, Saladino, considerado por la historia como ejemplo de vencedor magnánimo, compró los cautivos templarios y hospitalarios capturados en una batalla para hacerlos decapitar: gesto que rara vez indica complicidad.

A pesar de todas las afirmaciones ofrecidas tanto por autores de libros *New Age* como por místicos y esotéricos modernos, no hay tampoco ninguna prueba documental de la relación entre templarios, cátaros, albigenses u otras herejías del período. De haber existido, hubiera constado en el proceso.

En cuanto a su relación con la magia o con el Santo Grial hay que tener en cuenta la cultura de la época. Hasta el siglo XI la Iglesia no tomó en serio la magia ni la reprimió de manera sistemática, pues la veía como una serie de prácticas dispersas que no constituían un peligro real para el orden cristiano, cuya mayor o menor represión dependía sobre todo del carácter de cada obispo. La llegada de textos árabes y griegos a Occidente, cuando Alfonso VI de Castilla tomó Toledo y sus bibliotecas en 1085, cambió la actitud institucional de la Iglesia. Gran parte de los textos sobre magia que llegaron entonces a Occidente, rodeados del prestigio que tenía lo griego, estaban referidos al estudio de los planetas y las estrellas, a las piedras, las plantas y animales, o a la astrología. La práctica de la astrología se extendió por toda Europa, pero sobre todo entre el clero secular, las clases ilustradas

y los cortesanos. Las prácticas consideradas, y perseguidas, como mágicas en la Edad Media eran las letradas, basadas en el conocimiento del latín y el griego, mientras que las relacionadas con las formas de medicina popular fueron normalmente toleradas. Los caballeros templarios, como la mayor parte de los miembros de otras órdenes militares, solían ser iletrados; muchos de ellos, los que ocupaban las plazas subalternas, no procedían de la nobleza, e incluso aquellos que dirigían la orden y eran nobles procedían de los niveles más bajos de la aristocracia provinciana. No eran tantos los caballeros templarios que podían leer, la mayoría de los cuales no dominaba más latín que el usado en las misas.

En lo referente al Santo Grial, aunque su carácter haya sido transformado y deformado por esoteristas y místicos adeptos a las doctrinas de la *New Age,* no hay que olvidar que, aunque fue una creación de la cultura cristiana —como, por lo demás, el resto de la cultura medieval— y la devoción que inspiró, no apareció en sus escrituras canónicas, ni vio su existencia apoyada o aprobada por ningún tipo de texto doctrinal o teológico salido de la Iglesia. En su origen, el Santo Grial es un icono cristiano — aunque solo del cristianismo occidental— creado al margen de la autoridad eclesial en un momento en que esta tenía pocos límites y ningún competidor en Occidente. Es también la obra de uno de los primeros novelistas europeos, Chrétien de Troyes, alterada y completada por sus continuadores inmediatos, y el resultado del encuentro entre dos culturas, la germánica y céltica, producido en Gales, Escocia e Irlanda, tras la conquista de Inglaterra por los normandos. En suma, un producto cultural que en el momento de su creación fue aceptado como lo que era: una novela. Los templarios no leían novelas, si bien muchos de los que pretenden estudiarlos parece que no hacen sino escribirlas.

La relación entre maestros canteros y constructores templarios, que podría ser la más lógica de todas las imputaciones, descansa en el mito que hace de los templarios los constructores de sus propios edificios, y a estos, auténticos textos escritos en clave, cuando en realidad la mayor parte de sus capillas y fortalezas estaban construidas en estilos locales y habían sido heredadas de propietarios anteriores. Si había alguna clave escondida en esos edificios — y no sería raro en la tradición de la época que así fuera— era anterior a los templarios o ajena a ellos. Por lo demás, incluso cuando estos edificios eran construidos desde cero, la ausencia de un estilo propio indica que los templarios no llevaban consigo arquitectos o constructores propios, sino que los contrataban en el lugar en que construían. Los planos de los castillos y fortalezas europeas del Temple, los pocos que construyeron, no indican ningún tipo de rara geometría sagrada, sino que, como el resto de los construidos en aquel tiempo en que las murallas y torres no eran decorativas sino elementos defensivos, siguen las necesidades trazadas por el paisaje y la defensa.

El repaso a la leyenda templaria no estaría completo si no se hablara del Baphomet, un término que llega hasta nuestros días y que no aparece en la tradición *Illuminati* original aunque sí en la mitología que rodea hoy a algunos de sus

supuestos continuadores. ¿Qué es el Baphomet? A pesar de todo lo escrito sobre la materia, parece ser que solo se trató de un relicario venerado en el Temple de París. A diferencia de la leyenda, la historia apenas cita su existencia. De 231 caballeros interrogados en París por los delegados del Papa, solo doce admitieron saber algo sobre él mismo, y no deja de resultar curioso constatar que el culto a Baphomet no aparece entre la lista de acusaciones formuladas el 14 de septiembre de 1307, ni tampoco en los 127 artículos de la acusación del 12 de agosto de 1308, o en ninguna de las bulas papales de Clemente V. La acusación habla de idolatría, adoración de gatos — el gato doméstico procedente de Oriente, si bien era raro en Europa, era común en los castillos templarios— y de una cabeza de dos o tres caras cuya descripción varió a lo largo del proceso de declaración en declaración y de tortura en tortura.

En aquella época los relicarios de plata eran comunes, por lo que no hay nada de extraño en su posesión por parte de una orden religiosa. De hecho, los templarios tenían varios relicarios de esa clase y veneraban — pero no adoraban— en distintas capellanías las cabezas de dos mártires: santa Eufemia, en Oriente, y a una de las once mil vírgenes que acompañaron a santa Úrsula en París. Se trataba de dos reliquias bien conocidas, tanto que en el proceso seguido contra la orden en Chipre los representantes de esta no tuvieron ningún problema en reconocer que así como no habían oído hablar de ningún ídolo en la orden, sabían que esta poseía la cabeza de santa Eufemia. Por su parte, Guillaume de Arbley, uno de los templarios juzgados y condenados en París, testificó que había visto a menudo en el altar de la casa central del Temple de París una cabeza de plata, y que sus jefes no solo la veneraban, sino que le habían dicho que contenía en su interior la cabeza decapitada de una de las compañeras de santa Úrsula, martirizada en Colonia. La realidad revelada por las actas procesales se halla lejos de tener un símil con los cultos secretos de las novelas.

Para finalizar, algunos escritores modernos, sobre todo desde el siglo XIX, sin base documental que pueda remontarse a la Edad Media, se refieren al uso del pentagrama, la estrella de cinco puntas, en el sello de los templarios, aunque sin poder citar ejemplos exactos, tal vez porque estos no existen, o de existir, no se corresponden con la historia oficial de la orden. Alphonse Louis Constant, que prefería firmar sus libros con el intrigante nombre de Éliphas Lévi, fue el primero en mencionar tal posibilidad, sin llegar a probarla. En realidad, el sello oficial de la Orden del Temple era de dos caras: por un lado mostraba la Iglesia del Santo Sepulcro, y por el otro las armas de la orden y dos caballeros compartiendo un mismo caballo, recordatorio de la pobreza original de la orden. Por su parte, los sellos personales de los distintos maestres y dignatarios de la orden mostraron cruces, castillos, corderos, leones y todos los demás motivos recurrentes de la imaginería católica medieval.

Cuando Éliphas Lévi decidió incluir a los templarios en sus escritos, estos eran ya protagonistas de otros muchos libros. La primera vez que el mito había aparecido de forma pública fue cuando el *chevalier* Andrew Michael Ramsay, uno de los

fundadores del Rito Escocés en Francia, lo mencionó en una conferencia ante la Gran Logia de Francia el 21 de marzo de 1737.

Andrew Michael Ramsay fue uno de los personajes más interesantes del exilio católico en Francia y de la primera masonería francesa. Hijo de un panadero y, sin embargo, graduado en la Universidad de Edimburgo, estuvo con el ejército inglés en Holanda, donde se hizo amigo del teólogo católico pietista Fierre Poiret, abandonó el ejército y se convirtió al catolicismo bajo la dirección del arzobispo Franyois Fénelon, el principal orador religioso de su época. Nadie antes que él había hablado de la relación entre masonería y temple, pero para un grupo relativamente nuevo como la masonería — las primeras logias escocesas no aparecieron en su forma actual sino en 1717— la idea de conseguir títulos de antigüedad y entroncar con una orden militar medieval debió de ser tentadora, sobre todo cuando las logias comenzaron a llenarse de burgueses recién enriquecidos. En realidad, Barruel, Robison y los demás enemigos o simpatizantes de la masonería no hicieron sino aceptar literalmente lo que los mismos masones habían dejado por escrito.

Contribuyen, incluso hoy día, a la leyenda templaria las cuatrocientas asociaciones repartidas por todo el mundo que dicen descender de la Orden del Temple, y afirman tener documentos que así lo prueban, aunque normalmente se trate de documentos ocultos, secretos, perdidos o no aptos para profanos. En el Vaticano se han recibido hasta doscientas cincuenta peticiones de restauración de la Orden del Temple provenientes de estos colectivos, que, con todo, no son los peores o más peligrosos. Hace tan solo unos años un grupo denominado a sí mismo neotemplario, la Orden del Templo Solar, cometió un suicidio colectivo. Catorce de sus miembros se suicidaron en el interior de su templo — en realidad, una granja destartalada—, en Cheiry, en la Suiza francesa, no sin antes matar al Anticristo, o por lo menos a un niño de pocos meses.

De forma más inofensiva, existe hoy en los Estados Unidos una fraternidad masónica que usa el nombre de *De Molay* y agrupa a jóvenes a partir de los diecinueve años. Sabemos que entre sus miembros se contó Walt Disney, lo que sin duda empujará a más de un aficionado a las tesis conspirativas a revisitar los filmes de su factoría en busca de claves ocultas. Si no, ¿por qué producir *La búsqueda*, filme en el que los masones son los buenos?

12

La francmasonería: de los jacobitas a los jacobinos

> La imagen que se hace de las logias del siglo XVIII es la proyección en el pasado de la batalla que opone a la Iglesia con la masonería en los siglos XIX y XX. Los historiadores masones, apresurémonos a decirlo, la difundieron con tanta complacencia como sus adversarios. Y tan bien que, por una vez, todo el mundo parece estar de acuerdo en atribuir a la masonería — y casi exclusivamente a ella— la responsabilidad de la Revolución.
>
> MAURICE COLINON,
> *La Iglesia frente a la francmasonería*.

Cuando en 1791 los Estados Generales convocados por Luis XVI se transformaron en la Asamblea Nacional Legislativa, de 1165 delegados se dice que 320 eran masones. Se trata, sin embargo, de un dato que no está sustentado por ninguna nota estadística o histórica, aportado, en el siglo XIX, por un masón que deseaba demostrar que su sociedad había sido republicana desde antes incluso que se pensara en crear una República. Aceptar el dato sera aceptar esa tesis y olvidar que, con excepción de Carlos X y el mariscal Pétain, todos los gobernantes y todos los regímenes franceses han tenido ministros masones, tanto el católico Luis XVIII —que tuvo diez ministros masones, entre ellos dos que habían votado a favor de la muerte de su hermano mayor— y la fugaz Casa de Orleans, como los dos imperios y todas las repúblicas que han existido en Francia. Aunque, en realidad, incluso Pétain contó con un ministro que había sido masón en su juventud, Marcel Peyrouton, que tal vez para compensar su incómoda filiación fue coautor y firmante de las leyes antisemitas de Vichy. La historia y la estadística dejan, pues, a Carlos X como único monarca francés libre de ministros masones, aunque su hijo, Carlos Fernando de Borbón, duque de Berry, fue miembro de la logia *La Trinité*, y el mismo rey había frecuentado otras logias durante su juventud. En cualquier caso, puede decirse que la masonería solo apoyó de forma plena la Revolución francesa de 1789 un siglo después de concluida, y más en concreto desde la llegada de la Tercera República, que sí puede ser considerada como una República masónica, aunque solo sea por la cantidad de ministros y diputados pertenecientes a dicha sociedad. Basta con citar que entre 1895

y 1905 siete de sus ocho gabinetes ministeriales — la Tercera República no fue un ejemplo de estabilidad o honestidad administrativa estuvieron presididos por masones.

En 1789 hubo masones revolucionarios, aunque no todos los revolucionarios fueron masones, ni todos los masones revolucionarios. Hubo masones en todos los bandos y facciones. El jacobino Robespierre despreciaba las logias tildándolas de refugio de aristócratas, mientras que el jacobino Fouché pertenecía al Gran Oriente. Se ha exagerado también mucho sobre la solidaridad entre sus miembros. El masón Fouché no tuvo inconveniente en participar en la muerte de los masones Danton y Desmoulins, miembros de la logia de *Les Neuf Soeurs*, o en aprobar el cierre de todas las logias, incluso la suya propia, durante el Terror, si bien Fouché siempre será más un ejemplo de superviviente que de masón.

Es cierto que en medio del caos y del terror, e incluso del Terror, otros masones sí supieron mantener sus juramentos de fidelidad a través de actos que están recogidos por la crónica de la época, no siempre de forma favorable. En 1792, Hébert, revolucionario, radical y editor del periódico *Le Pére Duchesne*, era también francmasón y trató de hacer todo lo posible por salvar a la princesa de Lamballe, gran maestra de las logias femeninas antes de la Revolución, sin lograrlo. La princesa fue asesinada en las matanzas de septiembre, su corazón arrancado y su cabeza decapitada paseada debajo de los aposentos de la reina ensartada en la punta de una pica. Hébert, a pesar de su radicalismo, encontró con el tiempo gente más revolucionaria que él que acabaría guillotinándolo, aunque sin llegar a pasear su cabeza. A la inversa, incluso los sublevados católicos y monárquicos de la Vendée tuvieron generales masones. Cuando los monárquicos tomaron Mans a los republicanos en 1793, uno de sus generales, Charles de Autichamp, miembro de la logia militar *La Perfecte Union*, impidió la ejecución de los republicanos que le fueron señalados como hermanos masones. No se trató de un ejemplo extendido, o apreciado, en ninguno de los dos bandos.

Nunca hubo tantas logias en Francia como durante el período que va de 1750 a 1789. Existía la masonería en todas sus variantes y cismas porque, aunque hoy pensamos en la masonería como en un movimiento único, lo cierto es que hubo muchas masonerías y a veces opuestas en sus objetivos. Algunas logias se dedicaban a lo oculto, otras a la ciencia, algunas eran católicas y otras deístas, aunque no parece haber constancia de logias ateas. Todas ellas — incluso las monárquicas y católicas, ideas ambas que no siempre coincidían— participaban del espíritu de la época y exploraban caminos cerrados hasta entonces por la ortodoxia.

Simplificando, y siempre es un riesgo hacerlo cuando se habla de ideas, existieron tres tendencias de clara influencia sobre las logias del siglo la Ilustración, el despotismo ilustrado y el irracionalismo. Mientras que la Ilustración y el despotismo ilustrado son fáciles de definir, no ocurre lo mismo con el irracionalismo, que tomó muchas formas, a veces opuestas entre sí. Los irracionalistas podían ser con la misma

facilidad pietistas que magos, como Cagliostro, ideología que aparecía en un momento en que la llegada de numerosas y nuevas ciencias hacían que la hipnosis o el magnetismo fueran vistas con el mismo respeto que la óptica o la química. La coexistencia de diferentes ideas permitía que durante el *ancien régime* las logias pudieran ser a un tiempo lugares de reunión de la nobleza y el clero, de la burguesía y los librepensadores, de martinistas, volterianos, alquimistas y amantes de las ciencias aplicadas y que, además, los limites entre unos y otros estuvieran tan difuminados que a veces fuera imposible distinguirlos.

En cualquier caso, la masonería nació dentro del seno del cristianismo e incluso dentro del catolicismo más combativo. En 1688, el rey Jacobo II de Inglaterra, católico e impopular, fue depuesto del trono por su yerno, el protestante Guillermo de Orange. Jacobo huyó a Francia dejando tras de sí un partido, el jacobita, que tomaba su nombre de la versión latina —Jacobus— del de su rey. Primero Jacobo II y después su hijo se convirtieron en personajes del folclore romántico de las islas Británicas — Rob Roy, el legendario ladrón escocés, fue jacobita— y siguió teniendo partidarios en las tierras altas de Escocia y Gales. En su exilio en Francia, donde fue acogido por Luis XIV, se halla uno de los orígenes de la masonería francesa que su dinastía llevó desde Escocia. En 1746, después de ser derrotado en la batalla de Culloden, el último pretendiente jacobita, Charles Edward Stuart, escapó a Francia. Un año después creó en Arras la logia Masónica Soberana Primordial de la Rosa Cruz, si bien no se trataba de la primera logia en suelo francés.

Los católicos ingleses fueron los primeros en llevar la masonería a Francia. Charles Radclyffe, lord Derwentwater, fue uno de los primeros masones conocidos en Francia. Fundó la primera logia francesa en Dunkerque hacia 1721 junto a miembros de la pequeña nobleza inglesa e irlandesa emigrados a Francia. Han quedado recogidos en varios documentos de la época los nombres del *chevalier* Maskelyne, Dominique O'Haguerty y desde luego el de Andrew Michael Ramsay. En 1725 aparecieron otras logias en París con el claro fin de reunir a los partidarios de los Estuardo. Este contingente de exiliados estaba compuesto por católicos que imprimieron en las logias rasgos de su confesión. Así, al constituirse la Gran Logia de Francia sus estatutos incluían una clara advertencia: «La orden está abierta solo a los cristianos. Es imposible aceptar a cualquiera que no pertenezca a la Iglesia de Cristo. Judíos, mahometanos y paganos son excluidos por incrédulos». En un primer momento, aunque de forma menos clara, los protestantes también quedaron excluidos de muchas logias francesas.

Cuando Derwentwater regresó a su país a combatir contra la nueva dinastía, la dirección de la masonería en Francia recayó sobre Louis Antoine de Pardaillan, marqués de Gondrin y príncipe de sangre, con el título de duque de Antin, al que algunos masones acusaron posteriormente de ser un agente de la Compañía de Jesús, colocado en ese cargo para destruir a la masonería, porque había sido tonsurado a la edad de nueve años y destinado a una vida eclesiástica de la que nunca participó. En

1743 el nuevo gran maestre de la aún única masonería francesa fue el conde de Clermont, Louis de Bourbon-Conde, pero hacia 1761 se comenzaron a producir las primeras escisiones, y en 1765 la celebración de una fiesta durante el solsticio de invierno concluyó con enfrentamientos entre distintas logias y obediencias que obligaron al lugarteniente general de la policía de París, Gabriel de Sartine, a prohibir todas las reuniones, a pesar de ser él mismo masón. En 1771, el futuro duque de Orleans, en aquella época tan solo duque de Chartres, asumió el mando sobre la Gran Logia de Francia. No todos le obedecieron, y al llegar la Revolución francesa esta fue recibida por numerosas logias separadas y enfrentadas entre sí. El porqué de las disputas que separaron a las logias francesas escapa con mucho a los motivos de este libro: se esgrimieron cuestiones de ritual, antigüedad y obediencia que escapan, y aburrirían, a los no masones aunque lleguen hasta hoy.

Fundada por aristócratas, la masonería francesa del siglo XVIII fue inicialmente un grupo cerrado y exclusivo en el que nobles y clérigos estaban sobrerrepresentados, hasta el punto de haber logias, como La Vertu en Claraval, compuestas únicamente por sacerdotes. Con el tiempo la gran mayoría de sus miembros acabaron siendo burgueses, de los que es difícil determinar si estaban más interesados en pertenecer a una sociedad que hablaba de fraternidad e igualdad, o a una en la que podían codearse en igualdad de condiciones con la nobleza y ceñir una espada ceremonial. En cualquier caso, la alta burguesía ingresó en la orden feliz de poder codearse con miembros de familias tan prestigiosas como La Rochefoucauld, Noailles, Montmorency o Ségur. Aun así, cuando Joseph de Maistre defendió la masonería de las acusaciones vertidas en contra, hizo notar que esta nunca pretendió ser una sociedad igualitaria sino que sus miembros se trataban — son sus palabras— «con la mayor de las decencias», dándose el tratamiento correcto de «hermano barón o hermano marqués». Puede entenderse así por qué algunos de los que se situaron en el bando de la contrarrevolución en 1789, como el mismo Joseph de Maistre, se habían sentido en su día cómodos en las logias. Pese a esos tratamientos, la igualdad, que acabó por imponerse dentro de las logias, ayudó a la promoción de muchos de sus miembros y llevó consigo pensamientos de mayor igualitarismo entre ellos, incluso entre aquellos pertenecientes a la aristocracia, lo cual no significa que todos los masones aprobaran el cambio o que percibieran la necesidad del mismo, y mucho menos aún que prepararan de forma consciente una revolución, o incluso que una vez llegada la apoyaran, ya que fueron numerosas las logias que trataron de mantenerse al margen de la política.

Al llegar los Estados Generales la lista de masones que dentro de los mismos apoyaron las reformas, tanto en la época republicana como en la monárquica constitucionalista, fue larga pero no hay pruebas de que durante ese tiempo actuaran juntos por solidaridad masónica. Cuando se considera la gran cantidad de organizaciones que proclamaban su filiación con la masonería y la falta de acuerdo habitual entre ellas, muchos delegados que son hoy vistos de forma unitaria como

masones, y quizá lo eran, es probable que ignorasen la condición asimismo masónica de aquellos que les rodeaban, o que de conocerla simpatizaran con ellos, por lo que difícilmente podrían haber actuado en concierto. En cualquier caso, las reglas que guiaron los Estados Generales y permitieron la primacía del tercer estado fueron escritas por Necker, figura política que no perteneció a ninguna logia, entre otras cosas, porque era protestante.

La mayor contribución de los masones y sus ideas a la Revolución pudo verse en las primeras decisiones de la Asamblea Nacional, con sus ideas filantrópicas, igualitarias y progresistas. Se trataba del mismo espíritu que aparecería más tarde en otras instituciones fundadas por masones, como la Cruz Roja, las Olimpiadas, los Boy Scouts, o la Unicef, y que se manifestó tempranamente en la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, pronunciada por los Estados Generales el 26 de agosto de 1789 — «Artículo primero. Los hombres nacen libres e iguales…»—, que incluso hoy constituye la principal aportación de la ideología masónica del siglo XVIII al pensamiento de la humanidad.

En un primer momento, a pesar de estar desorganizados, de una sola logia de París — *Les Neuf Soeurs*— salieron suficientes líderes para por lo menos dos revoluciones: el norteamericano Benjamin Franklin, el girondino Jacques Pierre Brissot, Camille Desmoulins, George-Jacques Danton, Andrea Chénier, el doctor Joseph-Ignace Guillotin, el abate Siéyes y Jean-Paul Rabaud de Saint Etienne. Guillotinado en su día y relegado al olvido, Rabaud merece ser recordado por ser el autor del artículo 10 de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano: «Nadie debe ser molestado por sus opiniones, incluso religiosas…».

Pero si lo que llegó después vino por un complot masónico, lo menos que podemos decir es que este, como el del duque de Orleans, fracasó y, además, mató a sus supuestos iniciadores. En cualquier caso, una vez iniciada la Revolución, las circulares distribuidas entre 1788 y 1792 por el Gran Oriente no mostraban un grupo que estaba dirigiendo la Revolución, sino a uno que trataba de seguirla, no siempre con éxito.

Al final de la monarquía, la emigración dejó sin miembros a numerosas logias y acabó con cualquier identificación entre masonería y Revolución. En 1792 no quedaba ninguna logia en activo en la Francia bajo control revolucionario. Los masones, por su parte, fueron acusados, junto a los partidarios de la Constitución de 1791, de reaccionarios, poco patriotas y aristócratas.

En 1792, el gran maestre de una logia, el duque de Cossé-Brissac, fue linchado en Versalles, y muchas logias fueron destruidas o cerradas por los revolucionarios en 1793. Prueba de que la Revolución en aquel momento no era ni masónica ni templaría es que Louis-Hercule Timoleon, duque de Cossé-Brissac, es considerado por algunos de los que creen en la supervivencia de la Orden del Temple como su gran maestre secreto entre 1776 y 1792. No sabemos el número de templarios muertos durante la Revolución francesa, pero sí que muchos masones acabaron en la

guillotina o fueron asesinados durante las matanzas que precedieron al Terror o durante él mismo. Desde el Terror hasta el comienzo del Directorio no hubo actividad masónica organizada en Francia.

Durante su período como *montagnard* y revolucionario, el duque de Orleans, tras abandonar su título nobiliario, renunció también a su alto cargo masónico para demostrar su fidelidad al nuevo sistema. La República no necesitaba sociedades secretas ni debía tolerarlas, o al menos eso declaró cuando abandonó la sociedad fraternal. Pese a ello, fue decapitado. Los amantes de las tesis conspirativas harán notar que el duque no murió no sin antes que su espada simbólica, la usada en las ceremonias del Gran Oriente de Francia, fuera rota por sus antiguos hermanos, lo que probaría que fue su rechazo a la sociedad secreta la causa de su muerte. Sin embargo, numerosos masones que sí permanecieron fieles a sus logias murieron de igual modo, y aunque el duque votó a favor de la muerte de Luis XVI, Romains de Séze, el abogado que defendió la causa del rey ante el Tribunal Revolucionario, era asimismo masón. También lo había sido Axel de Fersen, el hombre que había tratado de hacer escapar a los reyes de Francia de su país y miembro destacado de la logia parisiense *L'Olympique de la Parfaite Estime*.

La masonería francesa se vio dividida al principio de la Revolución francesa. Al final, incluso aquellos masones de origen burgués que habían empezado apoyándola acabaron por oponerse a los jacobinos y se unieron a la contrarrevolución, tanto en la época napoleónica como en la legitimista. El final de las guerras napoleónicas y la restauración monárquica nos mostrará el espectáculo de hermanos masones, de convicciones legitimistas, persiguiendo a republicanos, masones o no, sin demasiados complejos. Después de todo, fue un miembro de la logia *La Parfaite Estime*, Ferdinand de Bertier, quien dirigió desde 1810 la organización ultrapor excelencia, los *Chevaliers de la Foi*, que alcanzarían, si no el poder absoluto, sí una gran influencia durante el reinado de Carlos X. Prueba de que monarquía y masonería no eran mutuamente excluyentes es que en los *Chevaliers* coincidieron personajes tan importantes como el duque de Montmorency — gran maestre de varias logias masónicas—, Sosthéne de La Rochefoucauld, Adrien de Ronjé, el duque de Cars, Mathieu de Noailles, el marqués de Puyvert y Franchet-Desperey, futuro director de la policía durante la Restauración, muchos de ellos masones destacados.

En cualquier caso, al final del Terror jacobino, la restauración monárquica estaba aún lejana, y antes la masonería francesa renacería de manos de alguien que no pertenecía a la misma: Napoleón Bonaparte.

Napoleón, como todos los hombres de su generación, vivió rodeado de masones y mantuvo con ellos y las demás sociedades secretas una relación continua pero a veces difícil. Tan sorprendido como el resto de sus contemporáneos por el éxito de la Revolución, Napoleón creía en las tesis conspirativas y, puesto que no creía tener el poder necesario para acabar con las logias, decidió ponerse al frente de ellas. Los masones, que durante la época final del Terror habían visto morir a muchos de los

suyos, se sintieron felices de aceptar el patronazgo del que pasaba a ser el hombre más poderoso de Francia. A pesar de sus pretensiones de igualitarismo, las logias seguían estando compuestas de gente que había crecido con la monarquía, feliz de poder disfrutar de nuevo de la protección de un poderoso.

Napoleón nunca fue masón, pero eso no le impidió hacer elegir a tres de sus hermanos como altos oficiales de la orden. Luis Napoleón fue nombrado gran maestre de una logia en 1805; Jerónimo fue gran maestre del Gran Oriente de Westfalia; el mayor de sus hermanos, José, fue iniciado en la masonería en las Tullerías en fecha tan tardía como 1805, y nombrado gran maestre del Gran Oriente de Francia poco después; por su parte, Luciano fue miembro del Gran Oriente de Francia. El hecho de que Napoleón no diese a este último ningún alto cargo en la masonería nos deja suponer que por lo menos Luciano se tomaba en serio su pertenencia a la sociedad fraternal.

En el Consulado abundaron los masones: Cambacérés — verdadero autor del código napoleónico— en el Ministerio de Justicia; Luciano Bonaparte en el Ministerio del Interior; el antiguo orleanista Talleyrand en el Ministerio de Asuntos Exteriores, y Carnot en el de Guerra. El Imperio tuvo como ministros a los masones Joseph Fouché, ministro de la Policía y ministro interino del Interior; el conde de Mollien, ministro del Tesoro Público, y Jean-Étienne Portalis, ministro de Cultos, al que se deben en buena parte las políticas de tolerancia que reinaron durante el Imperio.

Simplificando, puede decirse que los masones fueron arrastrados por la historia: en 1789 eran todavía reformistas; en 1790 estaban del lado de los girondinos; en 1793 fueron aplastados por los jacobinos, antes de ser agradecidamente bonapartistas, al menos hasta la abdicación del emperador. Solo en el último tercio del siglo XIX las logias masónicas fueron totalmente liberales y anticlericales en política. En realidad, cuando se habla de la Revolución francesa, más que de una conspiración masónica contra el trono y el altar, tendría que hablarse de una conspiración de los masones para convencernos de que han sido siempre liberales y tuvieron algo que ver con la organización de la misma. Cedo la palabra a un autor católico poco sospechoso de simpatías masónicas, Maurice Colinon, que escribe en *La Iglesia frente a la francmasonería*: «En adelante, será de sus adversarios que los historiadores masónicos extraerán los elementos de su prestigio pasablemente legendario. Reivindicarán para sí la responsabilidad de esa Revolución de la que no fueron, en el mejor de los casos, sino un factor. Justificarán su ateísmo por el reproche que se hizo de serlo a sus gloriosos antepasados, que no lo merecían todavía».

13

Napoleón y los judíos. El emperador restablece la paz religiosa y es acusado de ser el Anticristo

> Puede asegurar al Papa que siempre me he mostrado opuesto al tratado que el Directorio le ha ofrecido, y sobre todo a la manera en que ha sido negociado. Ambiciono más ser llamado protector que destructor de la Santa Sede.
>
> Carta del general BUONAPARTE
> a FRANCOIS CACAULT,
> embajador francés en Roma.

> Todos los judíos ven en Napoleón a su Mesías.
>
> KLEMENS VON METTERNICH,
> cónsul de Austria en París,
> en carta privada al conde STANDION,
> Ministro de Asuntos Extranjeros de Austria, 1806.

Dicen que en una ocasión Stalin preguntó burlonamente cuántas divisiones tenía el Papa. Una generación más tarde el general Jaruzelski podría habérselo contestado, y Mijaíl Gorbachov confirmado. Napoleón I sí sabía cuántas divisiones tenía el Papa, y actuó en consecuencia.

Según una anécdota, el general Pierre Augereau, saliendo de una misa con ocasión del Concordato firmado en 1801 entre la aún República francesa y el papa Pío VII, comentó la ceremonia a Napoleón con estas palabras: «Ciudadano cónsul, ha sido una bella capuchinada, no faltaba más que el medio millón de hombres que se hizo matar para destruir lo que has restablecido esta mañana». Palabras poco respetuosas que no le impedirían llegara ser mariscal del Imperio. Napoleón no era Luis XVI, y sabía apreciar a un hombre fiel y bravo incluso cuando se mostraba estúpido y sincero. Augereau reunía todas esas cualidades, si bien tenía razón: Napoleón acababa de cerrar con el Concordato uno de los motivos de disensión más sangrientos de la Revolución.

Fuera del campo de batalla, el que sería proclamado por muchos como el Anticristo no fue dado a la crueldad gratuita y solo mató cuando fue realmente

necesario para su supervivencia. Considerado en su época como un tirano, Napoleón habría sido visto como un peso ligero en la Europa del siglo XX, lo cual no impidió que precediera en la lista de posibles Anticristos a Hitler, Stalin, John Lennon, varios papas y presidentes de los Estados Unidos — y ahora también de la Unión Europea —, Osama bin Laden, Sadam Husein, George W. Bush, y desde luego Javier Solana, a cuya supuesta condición satánica han sido dedicados más de un centenar de websites, normalmente en inglés.

Pese a la acusación de ser el Anticristo, la Iglesia católica francesa aclamó a Napoleón. Sus principales enemigos, Prusia e Inglaterra, eran protestantes, y además, hacía poco que habían sobrevivido a cosas mucho peores. Fue así como incluso Barruel escribió un libro a favor del emperador en su conflicto con el Papa por el tema de las investiduras.

No fue su política de control moderado sobre la Iglesia, ni la reapertura de las logias, ni siquiera la tolerancia hacia todas las fes — aunque la tolerancia religiosa, considerada hoy como una virtud, era percibida en aquellos tiempos y en buena parte de Europa como falta de fe o indiferencia hacia Dios—, sino el reconocimiento de la religión judía como una de las tres religiones francesas, junto al protestantismo y el catolicismo, lo que hizo que Napoleón fuera considerado el Anticristo.

El 18 de brumario del año VIII (9 de noviembre de 1799) el general Bonaparte se convirtió en primer cónsul de la República francesa y dio por acabada la Revolución. Casi todo el mundo aplaudió su golpe de Estado. Francia estaba cansada de matanzas, guerras civiles y persecuciones religiosas. Napoleón fue uno de los primeros en intuir esto último y en actuar en consecuencia: mientras que en Francia el clero era perseguido desde el principio de la Revolución, Napoleón, jefe de los ejércitos revolucionarios que invadieron Italia, extremó su cuidado en el trato con el clero del país y con el Papa.

Cuando Italia fue invadida por los ejércitos revolucionarios de la República, las órdenes del Directorio que entonces la gobernaba habían sido claras: «La religión romana será siempre enemiga irreconciliable de la República; ante todo por su esencia, y después, porque sus servidores y ministros nunca olvidarán los golpes que la República ha lanzado a la fortuna y posición de algunos de ellos, y a los prejuicios y costumbres de otros. El Directorio requiere que haga todo lo posible, sin atizar la antorcha del fanatismo, para destruir el gobierno papal, ya sea colocando Roma bajo otro poder o estableciendo alguna forma de autogobierno que haga odioso el yugo de los sacerdotes». La respuesta de Napoleón al gobierno de su país también fue clara: ignoró las órdenes recibidas. Bonaparte sabía a través de su correspondencia privada que Francia era de nuevo católica, que los intentos de destruir la religión habían fracasado, que la gente volvía a la Iglesia. Tras tomar Milán y dirigiéndose a los sacerdotes de la ciudad, Bonaparte declaró: «Una sociedad sin religión es como un barco sin compás; no existe moral sin religión». Cuando entró en los Estados Pontificios en 1797, prohibió cualquier tipo de insulto a la Iglesia y mostró simpatía

hacia frailes y curas, incluso los sacerdotes emigrados que estaban allí refugiados y contra los que tenía instrucciones claras.

Por instinto político o patriotismo, Napoleón trató de derramar la menor cantidad posible de sangre francesa. Napoleón, en el poder, fue un unificador: perdonó a cuantos emigrados se lo pidieron; permitió el retorno de los nobles y del clero. Dotado de un poder superior incluso al de los antiguos reyes, lo usó sin excesos.

La cuestión religiosa era la peor de las que dividían la sociedad francesa. La Revolución había sido inclemente con el clero, a pesar del apoyo inicial recibido por muchos de sus representantes. Como primer cónsul, Napoleón comisionó al abate Bernier para acabar con la revuelta de la Vendée, que intuyó más católica que monárquica, y autorizó el retorno de los sacerdotes que no habían jurado la República, a condición de que hicieran una simple promesa de fidelidad a sus leyes. Napoleón reabrió las iglesias católicas cerradas por la República, las iglesias protestantes apenas toleradas por el rey, y las logias masónicas cerradas en el período del Terror.

El deseo de Napoleón era que en la nueva sociedad nacida de la Revolución la Iglesia recuperara su lugar. Para ello firmó el Concordato en 1801 y dio una ley orgánica a la Iglesia francesa en 1802. Con el Concordato, según sus propias palabras, «levantó los altares caídos, detuvo los desórdenes, obligó a los fieles a rezar por la República, disipó los escrúpulos de los que habían adquirido los bienes nacionales y rompió la última atadura que unía a la vieja dinastía con su país».

No eran los actos de un devoto. Antes de firmar su Concordato, Napoleón había estado a punto de hacer de Francia un país protestante, y en su viaje a Egipto había coqueteado con la idea de hacerse musulmán.

El Concordato con el Papa acabó con las esperanzas de hugonotes que, como *madame* de Staél, habían soñado con una Francia protestante. Sin embargo, también los protestantes tuvieron motivos de alegría con Napoleón. Sin sustituir a la católica como religión oficial, las otras iglesias fueron colocadas a su misma altura en el trato del Estado y sus pastores, como antes los sacerdotes católicos, pasaban a recibir un sueldo del Estado.

En lo que respecta al islam, nadie se había tomado en serio sus profesiones de fe: los egipcios las habían tomado como lo que eran, palabras grandilocuentes de un nuevo conquistador, y los franceses como promesas de político. Cuando años más tarde le fue reprochada su aproximación al islam, respondió que le había sido necesario conocer las religiones, ya que le habían ayudado a ganar el afecto del clero en Italia y el de los ulemas en Egipto.

En cuestiones religiosas, Napoleón era un descreído dispuesto a tolerar toda clase de creencias ajenas, sobre todo si estas le permitían gobernar con calma el que todavía era un país de creyentes. Por lo demás, no perdió nunca de vista el poder y a lo largo de sus sucesivos gobiernos, tanto en el Consulado como en el Imperio, chocó a menudo con el papa Pío VII, al que llegó a poner bajo arresto y con el que peleó a

menudo acerca del nombramiento de obispos. Siendo emperador, a pesar de su tolerancia, destinó las cárceles de Vincennes, Fenestrelles y de la isla de Santa Margarita a los sacerdotes que desobedecían sus órdenes. Aun así, esas prisiones no se caracterizaban por ser particularmente crueles.

Napoleón hizo todo lo necesario para resolver los conflictos religiosos en Francia hasta extremos nunca vistos con anterioridad. Tolerante con todos los cristianos, extendió su tolerancia a los grupos no cristianos. Esa era una actitud completamente nueva para la mayor parte de las naciones europeas, lo cual le valió no pocas desconfianzas.

Desde un decreto del 27 de noviembre de 1791, los judíos tenían los mismos derechos que los demás franceses. Sin embargo, la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, que reconocía tales derechos, precedió a una de las peores oleadas antirreligiosas de la historia de Francia, durante la cual las sinagogas sufrieron el mismo destino que las iglesias y logias. Durante la época de mayor predominio jacobino se llegó a prohibir el uso del hebreo y del yídish, aunque en realidad no se trataba de una medida específicamente antisemita, sino solo de una más de las medidas centralizadoras contra los dialectos locales, con las que los revolucionarios más radicales deseaban hacer a todos los hombres no solo libres, sino, además, obligatoriamente iguales. Por el contrario, la comunidad judía de Francia no era homogénea y de los 40 000 judíos franceses, unos 25 000 tenían como primer idioma una variante del alemán, el yídish. En ese punto de la Revolución muchos de sus partidarios se mostraban dispuestos a hacer tabla rasa del pasado, y en acabar junto a los privilegios con las distinciones regionales, las creencias particulares e incluso las lenguas y dialectos locales. Así Barrére, miembro de la Convención, en un informe al Comité de Salud Pública llegó a decir: «El idioma llamado bajo bretón, el vasco, las lenguas alemanas e italiana [en Francia] han perpetuado el reino del fanatismo y la superstición, asegurado el dominio de los sacerdotes, los nobles, los patricios, impedido a la Revolución entrar en nueve departamentos importantes». Por su parte, el abate Grégoire publicó entonces su hoy olvidado *Informe sobre la necesidad y los medios de aniquilar los dialectos y universalizar el uso de la lengua francesa*.

Solo bajo el Directorio las sinagogas fueron devueltas al culto y algunos judíos pudieron dedicarse a la política a condición de que hablaran francés y no yídish. Durante el gobierno de Napoleón la situación de los judíos se vio normalizada de forma definitiva. Durante la elaboración de la ley de 1802 sobre la libertad de cultos, Jean-Étienne Portalis, autor del proyecto, declaró: «Los judíos se beneficiarán, como todos los demás, de la libertad promulgada por nuestras leyes».

La nueva ley encontró oposición en Francia. El cardenal Fesh, tío de Napoleón, le escribió: «¿Sabéis que las Santas Escrituras predicen que el fin del mundo llegará

cuando los judíos serán reconocidos como parte de una nación constituida?». Si el ataque del obispo a los judíos tenía que ver con el pensamiento premoderno, el efectuado por el católico Chateaubriand era una crítica que entra de pleno dentro del antisemitismo contemporáneo. Chateaubriand, futuro ministro de la monarquía restaurada, declaró sobre las medidas emancipadoras que eran: «… medidas impuestas que harán caer las finanzas del mundo en las zarpas de los judíos y traerán consigo en todas partes una subversión total…». También se opuso a la concesión de derechos civiles a los judíos el masón Kellermann, vencedor deValmy.

En medio de la campaña antisemita Isaac Cerf-Beer, eminente judío desde la época de Luis XVI, presentó a Portalis, nuevo ministro de Cultos, un plan de integración de los judíos en la nación. El plan fue aprobado por Napoleón en 1805. En 1806 Cerf-Beer logró que el emperador interviniera personalmente a favor de los Míos, en medio de una nueva campaña de prensa antisemita, que incluía al periódico *Mercure de France*, y a miembros de la vieja aristocracia unidos al bonapartismo, como el conde Henri de Molé, el conde Arthur Beugnot y el conde Louis Phillippe de Ségur, oficial de honor del Gran Oriente de Francia, que al parecer ignoraba la existencia de una conjura judeo-masónica, o que con solo dos o tres generaciones de diferencia las logias y las sinagogas serían consideradas cómplices para la mayor parte de los antisemitas.

El 30 de mayo de 1806 Napoleón convocó a París un consejo compuesto de los judíos y rabinos más distinguidos del país. El motivo de la reunión era discutir la integración de los judíos en la realidad política y civil de los franceses. Los 111 electos para formar parte del consejo fueron recibidos por la siguiente declaración del emperador: «Es mi deseo hacer de los judíos de Francia ciudadanos útiles, conciliar sus creencias con su deber a Francia y alejar los reproches que se les hayan podido hacer. Quiero que todos los hombres que vivan en Francia sean iguales y se beneficien del conjunto de nuestras leyes».

La decisión de Napoleón de liberar a los judíos se extendió a todos los países conquistados por él. En 1811 los judíos portugueses vieron reconocidos sus derechos civiles. Lo mismo había pasado o pasaría en Alemania e Italia. Proclamado rey de Holanda el hermano de Napoleón, Jerónimo Bonaparte, emancipó a los por lo demás ya poco o nada perseguidos judíos holandeses.

Sería un error pensar que la política de Napoleón con respecto a los judíos estuvo libre de las oscilaciones que caracterizaron su relación con otros grupos religiosos. En 1808, después de la reunión de Tilsit con el zar, Napoleón rescindió algunas de las libertades reconocidas a los judíos, pero en 1811 ya se las había devuelto poco a poco, primero en los departamentos del sur de Francia, el Midi, después en el sudoeste y los Vosgos. Las últimas restricciones fueron las sufridas por los judíos de Alsacia. A partir de 1811 desapareció cualquier diferencia entre judíos y no judíos en Francia.

En realidad, lo que hizo Napoleón por los judíos fue poco: reconocerles en su nuevo código civil los mismos derechos que al resto de los franceses. Lo que hizo de esto un gesto especial es que, al contrario que otras decisiones de Napoleón, esta no podía ser considerada como un gesto oportunista, ya que en el momento de alcanzar el poder no había más de cuarenta mil judíos, en toda Francia. Fue un gesto magnificado ante todo por la calamitosa situación de los judíos en el resto del continente, y después por el hecho de que, por la fuerza de las armas, las leyes francesas pronto se impusieron a las de los demás países europeos. Fue un gesto magnificado también por el carácter y la grandilocuencia de Napoleón. Personaje histórico en una época histórica llena de gestos y frases brillantes, Napoleón supo pronto lo necesarios que eran tanto unos como otras. Napoleón pudo ser primer cónsul o incluso rey pero quiso ser más; convirtió en generales y mariscales de Francia a simples soldados, y perteneciendo por nacimiento a la vieja nobleza de provincias supo crear su propia aristocracia. No era tanto vanidad propia como el reconocimiento de la vanidad ajena lo que supo resumir en una frase: «Los hombres, los soldados, necesitan juguetes, medallas». Siendo aún general, durante su campaña en Egipto, podría haberse dirigido a los judíos de Palestina en términos sencillos, pero eso hubiera supuesto traicionar su instinto; en lugar de ello les lanzó un manifiesto en el que incluso hoy algunos ven uno de los primeros documentos del sionismo moderno: «Israelitas, nación única que las conquistas y la tiranía han podido, durante siglos, privar de su tierra ancestral, pero no de su nombre o existencia nacional. Los observadores atentos e imparciales del destino de las naciones, incluso aquellos carentes del don de la profecía, se han dado cuenta de la exactitud de las predicciones de los grandes profetas que, antes de la destrucción de Sión, predijeron que los hijos del Señor volverían a su patria en el canto y la alegría y que la tristeza y los suspiros desaparecerían para siempre. […] Alzaos, mostrad que toda la potencia de vuestros opresores no ha podido aniquilar el valor de unos antepasados que habrían honrado a Esparta o Roma. […] Corred, es la hora, es el momento que no volverá en un milenio, de reclamar la restauración de vuestros derechos civiles, de vuestro lugar entre los pueblos del mundo». Años más tarde, ya en el poder, cuando convocó una reunión de notables judíos, en vez de usar un nombre moderno volvió a usar términos de resonancias bíblicas.

Cuando en 1806 se reunieron los notables judíos a invitación de Napoleón, lo primero que hicieron fue elegir a un banquero de Burdeos, Abraham Furtado, como su representante. Furtado dedicó a Napoleón un discurso inaugural lleno de elogios, según el cual el emperador había sido «aquel que había tenido la voluntad de acabar con una sangrante anarquía y siglos de persecuciones».

La discusión de la asamblea se concentró en temas de derecho, no todos de fácil resolución después de siglos de separación de la vida pública. La usura y los matrimonios mixtos dieron lugar a debates confusos. Napoleón, que nunca había estado en contacto personal con judíos de ningún tipo, parecía creer, al menos al

principio, que estos seguían aplicando entre sí las mismas leyes del Antiguo Testamento, y practicaban la poligamia; así que dejó claro que de acuerdo con el nuevo código (el que llevaba su nombre) el matrimonio sería monógamo. A pesar de todas las meteduras de pata, Napoleón fue el mejor gobernante que habían tenido los judíos desde hacía siglos, por lo cual prefirieron no entrar en polémica con él. Fue probablemente entonces cuando Napoleón pensó en convocar un año después lo que él llamó un Gran Sanedrín. Aquel era un término religioso: el Gran Sanedrín había sido el consejo supremo de la nación judía hasta su dispersión, el año 70 d. C.

El primero en contestar fue el zar Alejandro de Rusia, que se opuso a la idea de liberar a los judíos y pidió, además, que la Iglesia ortodoxa rusa hiciera una declaración al respecto. El Santo Sínodo de Moscú proclamó: «Con el fin de destruir las iglesias de la Cristiandad, el emperador de los franceses ha invitado a su capital a todas las sinagogas judaicas con el proyecto de fundar un nuevo Sanedrín hebreo, que se trata del mismo tribunal que se atrevió antaño a condenar a la cruz al Señor Jesucristo».

En los países occidentales las protestas no llegaron al extremo ruso, pero aun así las iglesias católicas, se mostraron molestas. En Londres *L'Ambigu*, una de las revistas del exilio monárquico francés que duraría más tiempo (1803-1819), comentó: «¿Tiene acaso la esperanza de crear de esos hijos de Jacob una legión de tiranicidas? … El tiempo lo dirá. A nosotros solamente nos compete ver a este Anticristo luchar contra los decretos de Dios…». La carta de Simonini aparecida por aquel entonces con su mención del Anticristo y su tono profético cuadraba en el espíritu general de la época. El Gran Sanedrín se reunió el 9 de febrero de 1807. Lo hizo durante un mes, siguiendo un ceremonial y vestuario que se decía inspirado en el de Israel dos mil años antes, pero tenía mucho de teatral.

En su discurso de clausura el anciano rabino Sinzheim pudo concluir: «… tú, Napoleón, el bien amado, ídolo de Francia e Italia, terror de los soberbios, consolador del género humano, sostén de los afligidos, padre de todos los pueblos ungidos del Señor, Israel te eleva un templo en su corazón; todos sus pensamientos van hacia todo lo que pueda llenarte de felicidad. Dispón, sí, dispón completamente de la vida y sentimientos de aquellos que acabas de situar en el rango de tus hijos haciéndoles participar de todas las prerrogativas de tus sujetos más fieles». Se trata de un discurso que hoy podría parecer adulador, pero que visto en su contexto revela el desamparo absoluto que hasta entonces habían sentido muchos judíos europeos.

Napoleón fue proclamado por los judíos un Ciro de los tiempos modernos. Como el antiguo emperador persa, también él les había sacado de la esclavitud de Babilonia. Estaba claro que al menos en Rusia también se pensaba en términos bíblicos, solo que allí eran apocalípticos y Napoleón pasó a ser el Anticristo esperado por los milenaristas cristianos. Sin necesidad de ir a Rusia, muchos de los que habían visto en la destrucción de las iglesias y la persecución del clero católico durante la Revolución una mano oculta, se dijeron que esta no solo era una mano satánica, sino,

además, judía. Sin embargo, eran todavía minoría y lo serían aún todavía por bastante tiempo.

Al llegar la contrarrevolución y sobre todo después de Waterloo, la Santa Alianza suprimió en Europa las leyes liberales de Napoleón. El retroceso más duro fue en los Estados Pontificios, donde los judíos fueron devueltos a los guetos, como si Pío VII hubiera querido vengarse de las humillaciones pasadas a manos de Napoleón destruyendo todo su recuerdo. En Francia y Holanda, que fueron los países en que menos se vio afectado su estatus, los judíos no recuperaron plenos derechos civiles hasta 1830; los judíos de Suecia, a pesar de Bernadotte, rey que había sido jacobino, esperarían hasta 1834, y en Inglaterra, donde Lionel Rothschild fue electo cinco veces a la cámara antes de poder sentarse en ella, no los tendrían de forma plena hasta 1858. Al final, uno de los pocos países en que no hubo un retroceso significativo de la situación de los judíos fue en Francia, donde primero Luis XVIII, pese a retirarles algunos derechos, no los trató peor que a los bonapartistas o republicanos, para ser después ignorados por Carlos X. En Francia la religión judía no sería puesta en igualdad plena con la católica o la protestante hasta enero de 1831, fecha en que el Colegio Rabínico de Metz fue reconocido como institución estatal y los rabinos comenzaron a recibir una paga del Estado, en igualdad con los sacerdotes de otras religiones.

Entraron así los judíos en la gran conspiración junto a los *Illuminati* que ya no existían, los templarios que les habían perseguido durante las cruzadas, los masones que no les habían aceptado en sus logias y los jacobinos que habían guillotinado a tantísimos masones. Pero nadie en Francia les prestó en un principio demasiada atención. Es normal, aunque lo habían hecho para quedarse, habían llegado tarde a su propia conjura.

Si ha habido un grupo señalado por las tesis conspirativas, ese ha sido el de los judíos. Los judíos llegaron tarde a la conspiración judeo-masónica, probablemente porque antes de la Revolución ninguna logia francesa los aceptaba en sus filas, como tampoco aceptaban actores, prostitutas, criados, verdugos o miembros de profesiones consideradas como serviles. Con todo y practicar la igualdad, al menos entre sus miembros, sabemos que las logias se comportaban entonces como tantos clubes de golf estadounidenses de nuestros días.

Hay que decir que los judíos carecían de derechos hasta la llegada de la Revolución. Carlos IV había expulsado a los judíos del reino de Francia en 1394. Desde entonces estos estaban excluidos del mismo, excepto en aquellas regiones que habían sido unidas a la Corona con posterioridad a esa fecha: Alsacia, adquirida en la Paz de Westfalia (1648), y Lorena, conquistada por Luis XV (1766). Francia era un Estado católico, pero a diferencia de otros, como España o los Estados Pontificios, carecía de mecanismos inquisitoriales de control para sus poblaciones no católicas y, pese a la prohibición de Carlos IV, con el tiempo los judíos se desplazaron dentro del país y formaron comunidades judías no solo en Alsacia y Lorena, sino también en

París y en el Midi, el Languedoc y Provenza. En París abundaban los judíos de origen portugués, algunos de ellos, los menos a pesar de su leyenda, dedicados a los negocios y la banca desde principios del siglo XVIII. En el Midi, el Languedoc y Provenza abundaban los cristianos nuevos salidos de España y vueltos a su fe original.

Los judíos carecían de derechos antes de la Revolución, y fue precisamente esa carencia la que les impidió participar en ella. No hubo judíos entre los diputados del tercer estado, ni los hubo entre los revolucionarios ni entre los jacobinos. Lo más que pudieron hacer al llegar los Estados Generales fue mandar numerosos pliegos de peticiones a los delegados. Lo habían intentado, con algún éxito, en tiempos de Luis XVI a través de Isaac Cerf-Beer, correligionario que se había ganado el favor de la Corona por su labor como proveedor del ejército francés.

El grupo mejor predispuesto hacia los judíos no fue, como algunos podrían esperar, el de los filósofos ilustrados y enciclopedistas: Sade fue antisemita, y también lo fue Voltaire, aunque este último al hablar de los judíos a veces no parecía distinguir a los del Antiguo Testamento de los que le rodeaban en Europa: «… lo único que os enseñarán es que son un pueblo bárbaro e ignorante, que lleva mucho tiempo mezclando la más sórdida de las avaricias con las supersticiones más detestables y el odio más invencible por todos los pueblos que los toleran y enriquecen». El principal apoyo a los judíos procedió de los protestantes, sobre todo de los calvinistas, que veían en ellos a los depositarios iniciales de la misma Biblia por ellos leída, y a miembros de otra minoría religiosa con la que compartían problemas y persecuciones. Entre los que mejor defendieron la causa judía estuvieron también algunos nobles. Mirabeau se había mostrado a favor de la liberación política de los judíos desde antes de la Revolución, cuando tras conocer a Moisés Mendelssohn en un viaje a Prusia escribió un opúsculo, *Sobre Moisés Mendelssohn, sobre la reforma política de los judíos*, que trataba sobre la obra de este, *Jerusalén o tratado sobre el poder religioso y el judaísmo*. Durante la Asamblea Nacional el conde de Clermont-Tonnerre, asesinado después en el asalto a Versalles, hizo un canto a favor de la igualdad judeocristiana, y Adrien du Port intervino el 27 de septiembre de 1791 para pedir la pronta emancipación de todos los judíos de Francia. A partir de esos debates, el judaísmo en Francia pasó a ser, en palabras del diputado alsaciano Francis Joseph Schwendt, que sin embargo se había opuesto a la misma, «nada más que el nombre de una religión distinta».

Llegados los Estados Generales y la Asamblea Nacional, los judíos comenzaron a ser libres e iguales al resto de los franceses. La parte de la libertad fue acogida con más entusiasmo que la de la igualdad. El artículo 10 de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano fue votado, discutido y reformado para reconocer la existencia legal de los judíos, hasta alcanzar su texto definitivo: «Nadie debe ser molestado por sus opiniones, incluso religiosas, con tal de que su manifestación no altere el orden público establecido por la ley».

En 1791, los judíos fueron asimilados, al menos frente a la ley, al resto de los franceses. El decreto que lo confirmó contenía bastantes restricciones: los judíos eran reconocidos como individuos pero la comunidad judía, o su clero, no recibía ningún reconocimiento jurídico; el juramento cívico que era esperado de todos los individuos se entendía como renuncia a toda diferencia anterior, así como a tener comunidades dirigidas por sus propios miembros, de acuerdo con sus propias costumbres.

Los años siguientes, el fin de la monarquía, el predominio jacobino, incluso el Directorio, no fueron mejores para los judíos que para el resto de Francia. El Terror fue para ellos no muy distinto que para el resto de los franceses. En Burdeos, banqueros judíos próximos a los girondinos tuvieron que pagar exorbitantes multas —sospechosamente parecidas a un soborno— para salvar sus vidas; en Alsacia la mayor parte de los judíos dotados de recursos fueron multados; el decreto de la Convención de predominio *robespierrista* que suprimía la religión católica y prohibía su culto — para sustituirlo por el culto a la diosa Razón— fue aplicado también contra las restantes religiones. Las sinagogas fueron saqueadas, sus candelabros vendidos para contribuir al esfuerzo de guerra, el sabbat prohibido, y algunos rabinos encarcelados. Se trataba del mismo tratamiento recibido por la Iglesia católica y sus fieles, pero a una escala menor y en consecuencia menos visible.

Como el resto de Francia, los judíos recibieron primero la caída de Robespierre y después la llegada de los sucesivos regímenes moderados y bonapartistas con alivio, y al llegar la convocatoria del Gran Sanedrín incluso con júbilo.

Sabemos que no todos recibieron la noticia de esa convocatoria de la misma manera. Antes incluso de que la convocatoria llegara a celebrarse, el abate Barruel recibió una carta de Italia firmada por Giovanni Batista Simonini en la que este le reprochaba que, habiendo hecho tan buen trabajo denunciando a masones e *Illuminati*, hubiera olvidado denunciar la presencia judía tras la conspiración que había arrancado a los Borbones de su trono. Aunque la carta circuló y fue ampliamente comentada, no sería publicada de forma íntegra hasta 1878, en el libro *Recuerdos del padre Grivel sobre los padres Barruel y Feller*. También fue incluida en el libro de Nicolas Deschamps *Las sociedades secretas y la sociedad*.

En un principio, Barruel había dejado a un lado a los judíos y su posible participación en la Gran Conjura. Al igual que los protestantes, se habían beneficiado de la Revolución, pero a diferencia de estos y los masones, los judíos no eran visibles en su desarrollo o en el de las ideas filosóficas que la habían precedido.

¿Qué papel tuvo Simonini? Es el enlace entre el antisemitismo cristiano anterior a la Revolución francesa, que desconfiaba de los judíos por su participación en la muerte de Cristo, y el moderno antisemitismo, que atribuía a los judíos la intención de apoderarse del mundo. Su carta fue un punto de inflexión importante en el desarrollo de las tesis conspirativas, por lo que no deja de resultar extraño que no se sepa nada más sobre el autor de la misma. La suma de leyendas y datos aportados sobre su persona, que van pasando y alterándose de libro en libro nos hablan de que

fue capitán, pero no especifican de qué ejército. Suponemos que fue italiano, pero no sabemos de qué estado, de los muchos que dividían Italia antes de su unidad tardía, aunque por su fidelidad a la Casa de Borbón cabe suponer que debió de ser napolitano, o que creía a Barruel más leal a esta dinastía de lo que este realmente era. El siglo XVIII fue una época de escribientes, de memorialistas, pero ningún otro escritor aparte de Barruel dejó constancia de la existencia del oficial, nadie más se escribió con él y nadie lo vio nunca en persona. No sabemos tampoco en qué ejército sirvió: si en el austríaco, en el creado por Napoleón en Italia, en el de algún monarca italiano, o en el del Papa. Simonini apareció de la nada, escribió su carta, logró que Barruel reelaborase gran parte de sus doctrinas a partir de aquella y desapareció sin dejar rastro. Un siglo más tarde, Joseph Fouché despertó tantos odios incluso después de muerto, que no faltó quien atribuyera al ministro la carta. A lo largo de su carrera Fouché usó agentes provocadores, espías y contraespías, pero nada demuestra que sintiera un odio particular hacia los judíos — aunque no necesitaba odiar a alguien para perseguirlo o destruirlo— o que sus planes necesitaran distraer a Napoleón de sus propósitos respecto al Gran Sanedrín, y es evidente, por la fecha en que aparece la carta, entre la reunión de los notables judíos de 1806 y el Gran Sanedrín de 1807, que ese fue su objetivo. Si es así, la lista de posibles culpables sería larga e incluiría a casi todas las monarquías católicas y ortodoxas del continente, así como a bastantes de las protestantes.

¿Qué decía la carta?: «¡Oh! Qué bien habéis desenmascarado a estas sectas infames que preparaban el camino del Anticristo». Tras congratular al abate por haber desenmascarado las sectas satánicas que preparaban la llegada del Anticristo, le hacía notar que en la lista de enemigos del trono y el altar se había olvidado de incluir a los judíos, que de «tanta riqueza y protección disfrutaban en casi todas las naciones europeas». A partir de este comienzo, Simonini procedía a revelar una larga serie de extraordinarias informaciones a las que habría accedido gracias tanto a la suerte como a la astucia: «… y llegué a decirles, pidiéndoles en el más riguroso secreto, que había nacido en Livorno, de familia hebrea, pero que aún jovencito había sido llevado lejos de allí; que no sabía que hubiera sido bautizado y que aunque en lo exterior viviese y me comportase como los católicos, dentro de mí pensaba como los de mi nación, por la cual siempre había conservado un tierno y secreto amor». Gracias a esta afirmación, los judíos piamonteses no solo le dieron dinero, grandes sumas de oro, sino que prometieron nombrarle general a condición de hacerse masón, y le entregaron tres armas doradas y marcadas con símbolos masónicos. Además, le revelaron su plan secreto. En dicho plan, los masones e *Illuminati* eran grupos creados por los judíos. Existían en Italia hasta ochocientos clérigos que eran judíos disfrazados, entre ellos obispos, cardenales y en breve incluso un Papa. Lo mismo pasaba en España, donde también abundaban los clérigos de origen judío. Asimismo habían sido judíos Manes, fundador del maniqueísmo, y el viejo de la montaña, fundador de la secta de los asesinos. No menos graves eran las implicaciones

económicas. Algunos países europeos habían otorgado derechos civiles a los judíos y pronto lo harían otros, bien por temor, bien comprados por el oro judío. Cuando eso ocurriese, los judíos comprarían todas las casas y tierras hasta despojar a los cristianos. Entonces los judíos podrían apoderarse de todo y ser amos del mundo, abolirían las restantes sectas y religiones, convertirían las iglesias en sinagogas y reducirían al resto del mundo a la esclavitud. El último y único obstáculo para ello era la Casa de Borbón, razón por la cual los judíos habían empezado por destruirla a través de la Revolución francesa.

Las inconsistencias de la carta eran abundantes. Gran parte de las logias, tanto en los países protestantes como en los católicos, seguían siendo cristianas. Los *Illuminati* no tuvieron miembros judíos, como no los tuvieron las logias masónicas hasta bastante tiempo después de la Revolución. Sin ser hostiles a los judíos, masones e *Illuminati* no se mezclaban con ellos, como no se mezclaban con los judíos otra serie de grupos. Aun así, todo ello no impidió que con la carta naciera la convicción, que perdura en muchos lugares hasta nuestros días, de que detrás de la Revolución francesa existía un complot judeo-masónico.

La creencia en la existencia de una conjura judeo-masónica no fue una idea popular en el momento de su aparición. Entre los testigos directos de la Revolución, pocos se tomaron la nueva tesis en serio. Hubo que esperar a que desapareciera la generación que había visto la Revolución personalmente — o a que los judíos emancipados empezaran a competir en el ámbito de los negocios— para que algunos comenzaran a tomarse en serio esta teoría. Una de las pocas personas que, de entrada, llegó a creer en la carta de Simonini fue Barruel.

Antes de morir Barruel, concedió su confianza a un memorialista jesuita, el padre Grivel, al que expuso sus tesis. Lo que surgió de las conversaciones entre el padre Grivel y el abate Barruel fue una versión ya madura del complot judeo-masónico tal y como aparece en los *Protocolos de los sabios de Sión* y otros textos posteriores. La conjura sería así muy anterior a lo sospechado por la mayoría; habría comenzado con Manes, el creador del maniqueísmo, y pasado a los templarios, y de estos a los masones. Los judíos habrían formado parte de la conjura y la habrían dirigido desde su encuentro con los templarios. Eran tesis basadas no solo en la carta de Simonini, pues Barruel iba mucho más allá, sino también en las alucinantes confesiones de Cagliostro.

De Cagliostro sí hay más información disponible. Se trataba de uno de esos elementos ambiguos que circulan en torno a todos los movimientos nuevos y adinerados, explotando la ambición de los unos y la estupidez de los otros. Es posible que se tratara del mismo timador que, bajo el nombre de Joseph Balsamo, logró dejar en ridículo a la Corona francesa durante el *affaire* del collar, una compleja estafa en la que una de las víctimas había sido la reina María Antonieta y la otra el cardenal príncipe de Rohan. En cualquier caso, detenido en 1790 por el Santo Oficio en los Estados Pontificios, Cagliostro reconoció bajo tortura ser Balsamo, y trató de distraer

la atención de los inquisidores contando las experiencias que habría tenido con dos jefes de los *Illuminati*, en Mitau, cerca de Frankfurt, donde habría sido iniciado en un subterráneo. Allí los *Illuminati* le habrían revelado parte de sus secretos y contado que en el momento de la iniciación, hacia 1780, tenían veinte mil logias en toda Europa y América y, gracias a los inmensos medios de la orden, agentes que actuaban en todas las cortes, para advertirle que el próximo golpe sería contra la Corona francesa. Advertencia esta última que dos años antes hubiera sido una gran revelación, pero que un año después de la toma de la Bastilla difícilmente podía sorprender a los inquisidores.

De Cagliostro, y de su confesión que confirmaba lo que ya sabían sus interrogadores, mezclado con toda clase de fabulaciones, Barruel tomó la idea de que Europa estaba llena de logias secretas que llegaban hasta las más remotas aldeas perdidas de Francia, España, Italia y Alemania, y que esa gigantesca red estaba dirigida por un único grupo de dirigentes secretos, veintiuno para ser más exactos, de los que nueve eran judíos. El libro que contenía estas ideas nunca llegó a publicarse. Según el también jesuita Grivel, el abate Barruel, temeroso de las represalias y pogromos que podría causar con su obra, renunció a publicarlo, quién sabe si a escribirlo, poco antes de fallecer. En el momento de su muerte, Barruel había abandonado el tema y se dedicaba a escribir una refutación de Immanuel Kant.

Una de las primeras personas, aparte de Barruel, que pareció tomarse en serio, al menos como idea literaria, la existencia de una red secreta de poderosos judíos dirigiendo la política europea fue precisamente el judío Benjamin Disraeli, que bromeó con la idea en una de sus novelas de juventud, ignorante de que su chiste privado sería tomado como confesión por muchos antisemitas dos generaciones después. A fin de cuentas, cuando un judío, que además llega a ser *Premier* inglés, escribe «Como puedes ver, querido Coningsby, el mundo es gobernado por personajes muy diferentes a los imaginados por aquellos que no están entre bambalinas», está haciendo una confesión. Salvo que el Benjamin Disraeli que escribió esto todavía no era primer ministro ni soñaba con que algún día llegaría a serlo. De hecho, es un libro escrito cuando Disraeli no podía siquiera ser elegido a la Cámara de los Comunes, ya que aunque habían sido levantadas muchas otras trabas a su participación en la política, los judíos no pudieron sentarse en el Parlamento inglés hasta 1858, fecha en que se alteró la ley que obligaba a los parlamentarios a jurar como cristianos.

El fragmento pertenece a *Coningsby*, novela publicada en 1844. En el capítulo XV del libro III, el aristocrático personaje Sidonia describe que ha recorrido Europa de un extremo a otro contratando un empréstito para el gobierno ruso y en cada capital ha encontrado un ministro de Economía judío. Los nombres de los ministros mencionados por Disraeli son omitidos del fragmento, tal vez porque incluirlos lo haría demasiado extenso, pero también porque los citados, como el mariscal Soult, ministro de Napoleón, o el conde Arnim, ministro del rey de Prusia, no eran judíos y,

además, en su día todo el mundo lo sabía, aunque hoy hayamos olvidado incluso su existencia.

14

Los conspiradores desechados: los protestantes franceses y el capitalismo anglosajón

En 1789, a pesar de haber pasado dos siglos, la matanza de San Bartolomé no había sido olvidada. Con todo y ser oprimidos, los protestantes antes de la Revolución eran cerca de 680 000. De ellos, 480 000 eran calvinistas, conocidos en Francia como hugonotes, y 200 000 luteranos. Es normal que surgieran tesis que enseñaban a los protestantes como revolucionarios. Los protestantes estaban entre los que más ganaron con el fin de la monarquía francesa, y este dato bastaba para hacerles sospechosos. La actitud de Napoleón hacia ellos aumentó las sospechas por parte de católicos y monárquicos, y tras la Restauración calvinistas y hugonotes estuvieron entre los perseguidos por las sociedades secretas legitimistas que deseaban hacer de Francia el país que había sido antes de la Revolución.

Cuando Napoleón tomó el poder, pensó por un momento en hacer de Francia un país protestante. Sin embargo, no llegó a hacerlo, y en su lugar firmó la paz entre el Estado y los calvinistas y hugonotes. Por primera vez las otras iglesias cristianas se vieron tratadas con el mismo respeto que la católica. El pluralismo religioso iniciado por el emperador fue decisivo para la creación de la sociedad laica que existe hoy en Francia. Si la ambigüedad napoleónica no hizo de los protestantes bonapartistas, la represión legitimista, de tintes sectarios claramente católicos, que siguió a la Restauración, cuando el ultra Carlos X sustituyó al moderado Luis XVIII, hizo de todos los protestantes buenos republicanos, por lo menos a partir de la Segunda República.

Mis abuelos no nacieron allí pero fueron a morir a Cevenas, una región del sur protestante de la católica Francia. Uno de mis tíos vive aún no muy lejos de allí, en una antigua tierra de *camisards* (rebeldes protestantes), cerca de Florac. La de mi tío es una casa vieja y protestante, una casa hugonota. Tiene la marca de las casas construidas por miembros de esa Iglesia. Debajo de la sala principal, tan bien escondido debajo de la chimenea que es posible patear el suelo y no resuena, tan bien oculto entre sus paredes que es posible bajar al sótano y no lo adivinas, tiene un pasadizo ciego que no lleva a ninguna parte y en el que los habitantes de la casa escondían a sus pastores tras la revocación del Edicto de Nantes, cuando estos eran perseguidos por los dragones, la caballería ligera que lanzó contra ellos el Rey Sol. ¿Qué fue de los hugonotes que vivían en aquella casa y construyeron el cuarto secreto? ¿Renegaron, murieron, resistieron o se fueron? No creo que renegaran, porque muy pocos lo hicieron. Si se fueron, debieron de hacerlo a Prusia, Hesse o

Inglaterra. Inglaterra está llena de apellidos franceses, que conservan los descendientes de los hugonotes huidos durante las guerras santas. Revolucionarios protestantes de apellido francés habían destacado una generación antes, durante la guerra de independencia norteamericana: Paul Revere, Peter Fanueil o Philip Freneau, el propagandista revolucionario, el filántropo que construyó la gran sala de reuniones cívicas de Boston y el poeta de la revolución americana, respectivamente, tenían en común ser descendientes de los hugonotes perseguidos en Francia. Un dato olvidado hoy, era perfectamente recordado entonces y visto con orgullo por los protestantes franceses en tiempos de Luis XVI.

Tierra de dragonadas, en la que las luchas por la fe a veces se confundían con las protestas contra el impuesto sobre la sal y acababan a tiros, la Revolución francesa tuvo en aquella parte de la Lozère un carácter del que careció en el resto de Francia. Todos los protestantes de la zona fueron desde el principio republicanos. Con excepción de Necker, suele pensarse lo mismo del resto de los protestantes que vivían en Francia, e incluso la fidelidad del ministro se vio cuestionada en los primeros libros dedicados a explicar la Revolución. Había sido, después de todo, el principal responsable de la convocatoria de los Estados Generales después de que al tercer estado se le concediera la elección de la mitad de los representantes reunidos.

Jacques Necker nació en Ginebra en 1732 en el seno de una familia rica e ilustrada; desde muy joven fue colaborador del Banco Theluson y banquero independiente después; a los treinta años era suficientemente rico como para captar la atención de Luis XVI. Necker se transformó en el primer ministro protestante desde Sully, dos siglos antes, y lo fue a condición de no tomar para sí el título de ministro y de no sentarse en el Consejo del rey. Dejando a un lado que se le impusieran las tareas de un ministro sin concedérsele ninguno de sus privilegios, fue también advertido de que no podría imitar a Turgot. Con eso en mente, sorprende la fidelidad de Necker a un rey ingrato que no escuchaba consejos o, al menos, no los suyos.

Necker, más banquero que economista, impidió la quiebra económica de Francia durante los primeros meses de la Revolución. Pese a ello, fue despedido con el desenlace que todos conocemos. Devuelto a su puesto por los incidentes del 14 de julio de 1789, lo fue como ministro de un rey que ya no lograba controlar la situación. Tras su marcha sería un católico — aunque no muy bueno—, Talleyrand, quien hizo votar la confiscación de los bienes del clero; con su venta salvó de la quiebra a la República asediada.

Necker no era un revolucionario, ni tampoco masón, pero en cualquier caso tenía mucho del hombre moderno que, menos como individuo que como clase, no iba a hacer la Revolución pero sí a disfrutar de sus beneficios. Banquero y producto de la banca protestante, que había sido prohibida en Francia desde la revocación del Edicto de Nantes, pero que seguía trabajando desde Suiza, la formación calvinista de Necker daba a su relación con el dinero una libertad e intimidad de la que carecían los ministros católicos.

Por lo demás, al margen de Necker, para muchos católicos, los protestantes franceses tenían que ser culpables porque ya antes los protestantes ingleses habían empezado una revolución y decapitado a un rey. Cromwell, jefe de los ejércitos del Parlamento inglés en su guerra civil contra Carlos I y después lord protector de Inglaterra, prácticamente desconocido para los españoles de nuestro siglo, estaba todavía presente en la memoria de los franceses e ingleses del siglo antepasado. Predecesor del republicanismo para unos y del Terror jacobino para otros, fue también, al menos para un reducido grupo de creyentes en las conspiraciones, el inspirador de la Revolución francesa.

Para los que creían en la conjura protestante contra los reyes, Cromwell era también el inspirador de la masonería. A pesar de la presencia de numerosos sacerdotes y obispos en sus filas, las prontas condenas de la Iglesia contra la orden inspiraron la tesis de que la masonería era de origen protestante. Como ya hemos visto, tres de los primeros libros escritos sobre la masonería antes y durante la Revolución le atribuyeron un origen protestante a la sociedad fraternal: *Los francmasones aplastados*, del abate Larudan; *El espíritu de la francmasonería desvelado*, del abate Baissie, y *El velo alzado para los curiosos*, del abate Lefranc.

Apenas iniciada la Revolución, María Antonieta vio una mano inglesa tras de la misma, y así se lo dijo a su camarera, *madame* Campan, acusando al ministro inglés Pitt. Empezada la Revolución, el *chevalier* de La Luzerne, embajador francés en Londres, acusó a Danton de estar a sueldo del gobierno inglés. Pocos años después sería el turno de los revolucionarios franceses de ver el oro inglés tanto en los desembarcos de contrarrevolucionarios franceses en la costa de la Bretaña, como en todas las coaliciones lanzadas contra la República, el Consulado y el Imperio.

La empresa de la familia Theluson, donde empezó su carrera comercial Necker, había sido un banco fundado por una familia protestante, huida de Lyon después de la matanza de San Bartolomé, que trabajaba desde Ginebra pero también desde Londres. Necker y las conjuras protestante e inglesa se enlazan a través de la banca. Los mitos de los protestantes poco fieles al rey y de los masones creados por Cromwell, que hoy apenas son recordados, formaban parte del imaginario popular de los años de la Revolución, y tan antiguo y profundo era entonces el odio entre Francia e Inglaterra que la leyenda del «oro de Pitt» pasó sin problema de los legitimistas monárquicos a los revolucionarios jacobinos dentro de una misma generación.

Esas sospechas tenían menos que ver con la realidad que con el odio hacia el enemigo hereditario. También los ingleses habían visto la mano francesa en la larga serie de complots, reales o imaginarios, contra su sistema. Los franceses habrían animado complots papistas contra la Inglaterra protestante; los absolutistas contra la Inglaterra parlamentaria; los jacobitas contra los descendientes de Guillermo de Orange. Complots que tenían su contrapartida británica: los ingleses habrían apoyado a las ciudades protestantes francesas alzadas como La Rochelle contra Luis XIII y su ministro Richelieu, y promovido el complot masónico contra Luis XVI. De la misma

manera que los jacobitas ingleses y escoceses fueron protegidos de Luis XIV, Marat vivió en Soho, y Danton, Brissot y Theroigne de Méricourt lo hicieron en Londres. El duque de Orleans mantenía en Londres cuentas bancarias, era amigo del heredero del trono inglés, frecuentaba las logias londinenses y pasaba allí tanto tiempo en conferencia con posibles enemigos de Francia, que Luis XVI le prohibió visitar tan a menudo la ciudad. Por lo demás, no era necesaria la complicidad del gobierno inglés para que las imprentas de Londres, más liberales, o al menos más protestantes, que las francesas, publicasen libros a favor del parlamentarismo, o ataques a la Iglesia católica y la monarquía absoluta.

La Revolución de 1789 fue acogida inicialmente con simpatía en una Inglaterra que llevaba varios siglos en lucha con Francia. Se trataba de una revolución que debilitaba a un viejo enemigo y al mismo tiempo parecía aproximar los dos sistemas. Mientras la Revolución no entró en su fase republicana, mientras los monárquicos liberales parecieron estar bajo control, fueron pocas las voces que se alzaron en la isla contra el nuevo orden establecido. Únicamente Edmund Burke escribió un libro en contra de la Revolución, y leyéndolo hoy es difícil creer que fuera escrito antes de la llegada del Terror. Solo cuando la Revolución francesa entró en su fase republicana, Inglaterra comenzó a acoger con más cariño a los emigrados franceses, y el oro de Pitt comenzó a correr, esta vez de forma probada, entre los enemigos del nuevo sistema.

Sin embargo, todas las tesis y noticias fragmentarias y contrapuestas sobre los manejos ingleses y protestantes nunca llegaron a unirse en una sola teoría conspirativa claramente organizada, lo que ayuda a comprender por qué no prosperaron, y cómo, siendo más creídas durante la primera mitad del siglo XIX que las que giraban en torno a la conjura masónica, o judía, al llegar el siglo XX habían sido olvidadas por completo. Nadie recuerda hoy el oro de Pitt, ni recuerda a los revolucionarios protestantes. En la segunda mitad del siglo XIX, Londres se transformó en un lugar de exilio de los monárquicos liberales derrocados por la Segunda República en 1848, y en 1871 en el refugio de la viuda y el hijo de Napoleón III. Sin llegar a la amistad, los sistemas inglés y francés comenzaron a parecerse cada vez más a partir de la Revolución que derribó en 1830 a Carlos X. El carácter progresivamente laico de la cultura europea limó poco a poco los viejos odios religiosos, al menos entre las iglesias occidentales.

Durante la Gran Guerra (1914-1918), André Maurois, en aquella época un joven escritor francés, sirvió como traductor de un regimiento inglés destacado en Flandes y describió su experiencia en dos de sus primeros libros de éxito: *Los silencios del coronel Bramble* y *Los discursos del doctor O'Grady*. Fueron su contribución a la amistad y el reconocimiento mutuo entre dos aliados aún inciertos. En aquellos momentos, y a pesar de que Inglaterra no había estado en guerra con Francia desde hacía un siglo, los dos países aún se veían con desconfianza. En realidad, y hasta

1914, había más lazos de afinidad entre los sistemas alemán e inglés que entre el inglés y el francés, mientras que la política colonial francesa y la inglesa, rivales por el control de África, les había llevado varias veces al borde de una nueva guerra por lugares como Fashoda (Sudán), que hoy nadie recuerda. Cuando poco antes de la Gran Guerra, Cecil Rhodes se puso a buscar aliados en el continente europeo para sus planes imperialistas en África, no lo hizo en Francia, sino entre «nórdicos» y en Alemania, donde se hizo amigo, entre otros, de Heinrich Góring, padre del futuro mariscal Hermann Góring.

A lo largo del siglo XX, los ingleses llegaron a olvidar en dos guerras que durante varias generaciones fueron aliados de hannoverianos, prusianos y otros alemanes protestantes en su lucha contra los católicos franceses y austríacos. El masón y el judío seguían siendo para muchos franceses de hace setenta años «el otro», cuando las diferencias con el inglés y el protestante habían desaparecido. Quizá es por eso que los últimos que recordaron a protestantes — o a ingleses— como elementos subversivos y los incluyeron entre las fuerzas de la Anti-Francia fueron los miembros de una organización monárquica tardía: la *Action Francaise*.

Tercera parte

EVOLUCIÓN DE LAS TESIS CONSPIRATIVAS

15

Maurras y la Action Frarwaise: los partidarios de la Casa de Orleans denuncian la conjura masónica

Paradojas de la historia, no solo la tesis de una conspiración protestante, sino también la conspiración masónica como origen de una revolución antimonárquica, anticatólica y antifrancesa acabaron en Francia en manos de los monárquicos orleanistas.

No solo el hijo de Luis Felipe Igualdad acabó siendo rey, casi medio siglo después de la muerte de su padre, sino que la Casa de Orleans es la única reconocida hoy por el Estado francés como legítima. Después de la revolución de 1848, que les expulsó del trono, los orleanistas continuaron manteniendo su candidato al mismo, Fernando Luis Felipe de Orleans, que fue sucedido por Luis Felipe Alberto de Orleans, conde de París, que en 1873 renunció a sus derechos al trono en beneficio del último candidato legitimista, Henri de Borbón, conde de Chambord. Al no tener hijos, a su muerte, la candidatura volvió a recaer, esta vez de forma aceptada por casi todos los monárquicos, en el candidato orleanista. Si la oposición legitimista a la dinastía de Orleans fuera hoy el único obstáculo entre el actual conde de París y el poder, este podría acceder al trono francés. Evidentemente, no es así.

En cualquier caso, todas estas historias de príncipes, con nombres repetidos hasta el aburrimiento y la confusión, que además no han llegado a reinar, carecerían de interés, al menos en un libro dedicado a las conspiraciones, si no fuera porque en un curioso giro del destino fue un grupo que se decía orleanista, la *Action Francaise,* el que a principios del siglo XX relanzó de forma moderna todos los mitos de la conspiración masónica contra Francia, a despecho del gran número de masones — quince, entre ellos seis jefes de gabinete— que habían sido ministros del único rey de la Casa de Orleans.

La *Action Francaise* fue fundada en 1898, durante el *affaire* Dreyfus, caso judicial que movilizó en contra de la justicia militar francesa a gran parte de la intelectualidad progresista, en defensa de un oficial de origen judío acusado de alta traición. En contra de lo que comúnmente se cree, la *Action Francaise* no nació como movimiento monárquico, sino como una revista de pensamiento republicana y conservadora en la que colaboraron varios nacionalistas que, como Maurice Barrés, nunca llegaron a ser monárquicos. Entre sus fundadores estaban Maurice Pujo, Henry Vaugeois y Charles Maurras, que fue quien le dio su orientación definitiva y la transformó primero en una revista monárquica y posteriormente en un movimiento

político que, sin llegar a serlo, tuvo muchos elementos comunes con los movimientos fascistas o prefascistas.

Maurras, que fue un dirigente de relativo éxito aparte de buen escritor, no debió de ser un hombre fácil de tratar: coincidir con él en lo político suponía demasiado a menudo ofenderlo en lo personal; opuesto a los partidarios de Dreyfus, no creía en la culpabilidad de este; opuesto a la modernidad, con su énfasis en lo individual, su aproximación a la política, la literatura y la filosofía fue intelectual, científica y moderna; amante de lo clásico, su pasión por una monarquía a principios del siglo XX tenía mucho del romanticismo que decía despreciar; defensor de la Iglesia católica como institución, era en lo personal un agnóstico admirador de la Roma y Grecia paganas; monárquico sin dinastía a la que servir, acabó reconociendo como posible rey de Francia al candidato orleanista; *petainista* durante la Segunda Guerra Mundial, vio como el que consideraba su candidato al trono se unía a la Resistencia gaullista y desautorizaba no solo su apoyo al mariscal y al régimen de Vichy, sino también toda su trayectoria intelectual y política.

El *petainismo* no fue algo previsto, ni realmente deseado, por Maurras, que pese a todo lo aceptó. A su manera el viejo mariscal republicano y su régimen colaboracionista representaban mejor que el conde de París la Francia rural anterior a 1789, la cual Maurras decía querer restaurar desde la comodidad del París cosmopolita.

A falta de algo mejor, Maurras supo por lo menos siempre quiénes eran los enemigos de la Francia católica y monárquica, a los que definió desde el principio de su carrera política, en un artículo publicado el 6 de septiembre de 1898, como la Anti-Francia. Se trataba de una entidad compuesta de cuatro estados confederados: los judíos, los protestantes, los extranjeros — como hombre de cultura clásica que era, Maurras desenterró para ellos el término griego de *meteque*— y, desde luego, los francmasones. La lista de los enemigos del *ancien régime* francés, en cualquiera de sus variantes, no ha crecido en el tiempo comprendido entre Charles Maurras y Jean-Marie Le Pen: judíos, protestantes, masones y *meteques*. La lista de los conspiradores tampoco: masones, judíos, templarios, protestantes, banqueros. Sin embargo, Maurras y la *Action Francoise* aún no existían cuando se dio por cerrado el ciclo de la Revolución francesa con la restauración monárquica.

16

El siglo XIX: siglo de sombras y sociedades secretas

En 1815 todos los reyes legítimos habían regresado a sus tronos. Italia, brevemente unificada por Napoleón, volvía a estar dividida en media docena de reinos, Venecia volvía a ser austríaca, el Papa recuperó su poder temporal sobre buena parte de Italia, Nápoles volvió a ser borbónico, y otros miembros de la Casa de Borbón gobernaban Francia y España. Solo en Suecia un antiguo revolucionario, el general Bernadotte, francmasón iniciado en una logia militar, seguía en el trono a pesar del tatuaje de su pecho — «Muerte a todos los monarcas» —, recuerdo de su juventud jacobina. El ciclo revolucionario había concluido.

Para impedir que algo como la Revolución francesa volviese a suceder, Europa vio la alianza renovada entre el trono y los altares —esta vez fueron incluidas todas las denominaciones— católicos, luteranos y ortodoxos: la Santa Alianza. Si alguien volvía a hablar de guillotinar a reyes o abatir iglesias sería sofocado por el resto de la Europa coaligada. Cuando llegó la «Primavera de las naciones», las revoluciones liberales y nacionales de 1848, tal alianza ya no existía, pero durante su breve período España — por una vez liberal— recibió la invasión de los Cien Mil Hijos de San Luis, y el ejército austríaco repuso en su trono a varios pequeños déspotas italianos amenazados por las revueltas de la sociedad secreta de los *carbonarios*.

La mayor parte de aquellos que habían sobrevivido a la Revolución sabían que templarios, judíos, *Illuminati* y protestantes no habían tenido parte en la caída del *ancien régime*; sabían que la Revolución no había sido masónica en sus orígenes, aunque pudiera serlo en sus resultados. Por aquel entonces, quienes más creían en la conjura eran los que menos habían sufrido la Revolución. El zar creía mucho más que Luis XVIII, y el primer ministro austríaco más que Carlos X. Pero si alguien creyó más que nadie en las conjuras, ese fue el príncipe Klemens Wenzel Nepomuk Lothar Fürst von Metternich-Winneburg-Beilstein, al que llamaré, en lo sucesivo, simplemente Metternich; figura histórica que se contaba entre los diplomáticos más astutos de su tiempo, que logró engañar en distintas ocasiones a Napoleón, al rey de Prusia y al zar Alejandro —incluso quitarle a este una amante—, aliarse con el esquivo Talleyrand sin perder en el trato, lograr las mejores condiciones para un país — el suyo, Austria — normalmente derrotado en el campo de batalla, y que sin embargo, estando en lo más alto de su poder, al frente de una gran coalición que incluía a todos los reyes y emperadores de Europa, creía que Filippo Buonarroti, antiguo jacobino que nunca tuvo más de un centenar de seguidores al mismo tiempo, era un peligro para «el Papa y para todos los reyes de Europa». No era el único en pensar así. En el terreno de las

conspiraciones es mejor no menospreciar nunca el poder de la propaganda, la ilusión, la estupidez y el miedo.

A principios del siglo XX, sin que por ello fueran las sociedades secretas más poderosas que un siglo atrás, mucha gente creía ya en el mito de la conspiración mundial. Entre los supervivientes de la Revolución y los contrarrevolucionarios de principios del siglo XX, había pasado un siglo en el transcurso del cual se reformularon todas las tesis conspirativas.

Los libros de Lefranc, Barruel, Robison y sus continuadores no fueron inútiles. Denunciando conjuras que pese a ser inexistentes habrían triunfado, inspiraron muchas de las conspiraciones reales que fracasarían a lo largo del siglo XIX, período en que todo el mundo organizó sociedades secretas, aunque las únicas que lograron sus fines, aunque a corto plazo y de forma parcial, no fueron las sociedades secretas revolucionarias, sino las contrarrevolucionarias: los *Chevaliers de la Foi* en Francia y, hasta cierto punto, el Klan, en los estados del sur de los Estados Unidos. Curiosamente, ni los *Chevaliers de la Foi* ni el Klan aparecen normalmente en los libros destinados a denunciar la Gran Conjura y las sociedades secretas.

A lo largo del siglo XIX, personas de todas las tendencias políticas organizaron sociedades secretas; muchos de esos organizadores lo hicieron no según el modelo real de las que habían existido antes de la Revolución, sino basándose en el modelo imaginario denunciado por la literatura conspirativa. En Rusia, los revolucionarios *decembristas* buscaron los textos de Weishaupt, y como no los encontraron, no al menos los que describían el funcionamiento de una terrible conjura, uno de sus jefes — el coronel Pavel Ivanovich Pestel— acabó traduciendo los ataques publicados por el abate Barruel en contra de la misma. En Francia, los *Chevaliers de la Foi* copiaron a los masones, y les fue muy fácil hacerlo porque muchos de ellos lo eran. En Italia, los revolucionarios, que encontraban poco útil la masonería, crearon el carbonarismo, movimiento que, por el número de afiliados, tuvo más de partido de masas que de sociedad secreta. En Nápoles, temeroso de la influencia de los *carbonarios*, el rey Fernando de Borbón creó una sociedad secreta legitimista, la de los caldereros, para imitarlos, desacreditarlos y combatirlos. En otros países de Europa, los gobiernos cerraron las logias, incluso aquellas que no tenían nada de liberales, creyéndolas focos revolucionarios, y lograron que poco a poco los masones acabaran pareciéndose, sobre todo en los países católicos, cada vez menos a la masonería original del siglo XVIII y cada vez más a la masonería deísta o atea que presentaban los libros escritos por sus enemigos.

Fue durante el siglo XIX cuando aparecieron en Occidente todos los rasgos característicos que hasta nuestros días se asocian a una sociedad secreta de tipo político: grupo armado terrorista contra el poder o grupo de provocadores al servicio de este, partido revolucionario allá donde los partidos están prohibidos y grupo dispuesto a infiltrarse y apropiarse del Estado incluso donde ya existen los partidos modernos. También surgieron una serie de personajes que un siglo más tarde siguen

siendo el prototipo de los movimientos políticos y sociales marginales: el confidente, el provocador, el agente doble y el mitómano. Aparecerá incluso un personaje que no ha vuelto a repetirse, el bromista pesado pero a veces genial — y ese personaje tiene nombre propio, Leo Taxil— a cuyo retorcido y discutible sentido del humor debemos un siglo de leyendas que han hecho de los masones, y sus asociados, no solo los terribles conspiradores que nunca fueron, sino además un grupo de adoradores del diablo. Fue también en el transcurso del siglo XIX cuando se reunieron al limitado club de los conspiradores unos socios casi olvidados, los jesuitas, e ingresaron en el mismo Satanás y el banquero conspirador. También fue a lo largo del siglo XIX, gracias en gran parte a un escritor francés, Gougenot des Mousseaux, cuando comenzó a transformarse en el imaginario colectivo el papel del judío.

A los jesuitas los incluirán en la conjura sus enemigos republicanos y progresistas de la Francia de la Restauración, la Segunda República y el Segundo Imperio, muchos de ellos escritores de talento; a Satán lo incluirá Leo Taxil; el banquero conspirador fue, por el contrario, fruto de la lógica liberal y librecambista, que creó un nuevo tipo de sociedad que, llegado el siglo XX, atraería la atención de los que creían en las grandes conspiraciones: el *thínk tank*, la *round table*, la logia del banquero conspirador que rara vez fue clandestina pero, como tantas otras cosas en los negocios y la alta banca, siempre fue discreta. De las *round tables* organizadas por Cecil Rhodes en el Londres decimonónico se puede pasar, por una vez sin demasiados problemas documentales, a los modernos centros de estudios internacionales, como la Comisión Trilateral o el Club *Bilderberg*. El siglo XIX verá cómo, en lugar de las antiguas dinastías reales, ungidas por Dios o al menos por cualquiera de sus iglesias, aparecen nuevas dinastías comerciales, en los Estados Unidos incluso dinastías político-comerciales, que atraerán sobre sí la envidia y el odio no solo de los partidarios del *ancien régime*, sino de muchos de los partidarios del nuevo orden laico y republicano. Rothschild y Rockefeller serán, desde el principio de sus fortunas, incluidos en muchas tesis conspirativas, porque siendo ya millonarios no dudarán en buscar también el poder político a través de su poder económico.

En cualquier caso, a principios del siglo XIX mucha gente pareció tomarse en serio las sociedades secretas, comenzando por los ministros del Interior y jefes de policía de la mayor parte de las monarquías absolutas europeas, que en aquel momento de la historia eran todas las del continente, con excepción de la inglesa.

Inglaterra siempre ha marchado con un paso distinto a Europa. A finales del siglo XVIII y principios del XIX, Inglaterra tenía otras prioridades a la hora de temer y reprimir grupos clandestinos, y elaboró una lista de organizaciones para prohibir. Ya el informe sobre las sociedades secretas del *Committee of Secrecy* a la Cámara de los Comunes — 15 de marzo de 1799— había indicado al Parlamento inglés que las conspiraciones por parte de sociedades secretas podían comportar un posible riesgo, pero no mencionaban entre los posibles sospechosos a los *Illuminati* o los masones.

En cualquier caso, estos no fueron incluidos en la citada lista de grupos proscritos por la *Unlawful Societies Act* de 1799, en la que sí aparecían, por el contrario, los *United Irish*, un grupo a medio camino entre el sindicalismo y la subversión surgido entre los marinos irlandeses, reclutados a la fuerza para la marina del rey inglés.

Años más tarde, uno de los pocos políticos ingleses que se tomaría en serio las sociedades secretas sería Benjamin Disraeli. El político conservador, ignorante de que su pueblo (el inglés casi tanto como el judío) y su clase (los oligarcas de chistera de seda) iba a ocupar un puesto destacado en la mitología conspirativa en menos de una generación, se unió a los que creían en los grandes complots y habló de ellos, aunque de forma muy distinta, tanto en sus novelas de juventud como en sus discursos y textos políticos de madurez. Al joven novelista autor de *Coningsby* le parecía divertida la idea de una conjura; al viejo lord, ministro de la reina-emperatriz Victoria, le causaban horror las acciones de los carbonarios y anarquistas. El Disraeli político escribió sobre las conspiraciones en *Lord George Bentink, A Political Biography*, libro publicado en memoria de un diputado conservador amigo suyo. Repitió sus advertencias en repetidas ocasiones ante la Cámara de los Comunes: primero contra las sociedades secretas de Francia e Italia — los carbonarios—, y mucho después, en 1876, contra las sociedades secretas serbias. Disraeli pensaba que el terrorismo de los nacionalistas serbios podía ser peligroso para la paz y seguridad de Europa, idea ridícula a la que nadie prestó atención hasta 1914. En cualquier caso, las dudas y advertencias de Disraeli caían dentro del terreno de lo político, sin entrar en supuestas profundidades metafísicas. El diablo, tan suelto a lo largo del siglo XIX en el resto de Europa, no formaba parte de las conjuras británicas, aunque apareciera de vez en cuando en las estadounidenses.

En la Europa continental, por el contrario, se inició pronto la represión de las sociedades secretas y fraternales, incluso la de aquellas logias masónicas que habían estado del lado de la contrarrevolución. Una generación después de la Revolución francesa, ya eran muchos los que creían en las tesis conspirativas, bien para denunciarlas, bien para ensalzarlas, bien para imitarlas. Durante la restauración monárquica los mismos libros que denunciaban la conspiración fueron su mejor propaganda. Muchos liberales comenzaron a mirar las sociedades secretas como admirables precursoras semiignoradas de una revolución solo temporalmente vencida, a las que quizá no se había prestado suficiente atención. Muchos masones, que habían negado inicialmente cualquier participación de las logias en la lucha contra el trono y el altar, pasaron a presumir de la misma, a medida que el retorno de esas dos instituciones se hacía cada vez más pesado sobre la opinión pública. Lo cierto es que, a lo largo del siglo XIX, muchos anticlericales y republicanos se unieron a las logias porque las creían anticlericales y republicanas, y convirtiéndose muy pronto en mayoría dentro de las mismas lograron que acabaran siéndolo. El papel que habían desempeñado las sociedades secretas durante la generación anterior se vio deformado poco a poco y lo fue tanto por sus partidarios como por sus rivales.

Todavía durante el reinado de Carlos X existían logias masónicas legitimistas y conservadoras en Francia, pero hacia el final del Segundo Imperio la masonería francesa y europea estaba ya en poder de agnósticos, deístas y anticlericales, tan ignorantes del pasado católico de su orden como los mismos católicos que la atacaban.

El historiador John Roberts, en su *Mitología de las sociedades secretas*, indica que fue más importante en la historia del siglo XIX la creencia en la acción de las sociedades secretas que su existencia real. Como reflejo de esta idea, la conspiración llenó gran parte de la narrativa francesa de esos años. Pasadizos, traiciones, juramentos secretos e iniciaciones y vastas conjuras llenaron la novela de la Restauración, el Segundo Imperio y la Tercera República. A pesar de su pertenencia a la masonería, el más grande de los escritores franceses, Victor Hugo, en *Los miserables* o *El noventa y tres*, prefirió siempre los grandes movimientos de masas y los héroes positivos a los conjurados, pero fue una excepción a la hora de escribir la historia. Los novelistas populares como Sue o Dumas fueron los más proclives a explotar tanto la conspiración como el siniestro encanto del conspirador. Incluso en el Stendhal más sutil apareció denunciada la Congregación, la facción semisecreta que apoyaba a Carlos X en su proyecto político reaccionario, y la recién reconstituida Compañía de Jesús. Durante la Tercera República quedaron, más allá de las ideologías, las formas conspirativas: sin entrar en política, *Rocambole, Fantomas y Arséne Lupin* compartieron un mundo, hecho de traiciones, conjuras y venenos, creado inicialmente para personajes no menos siniestros, como el padre Rodin. Con todo las novelas, incluso las de *Arséne Lupin*, fueron muchas veces menos imaginativas que los libros supuestamente serios.

Eso no significa que todos los documentos publicados en aquella época fueran interesados, sectarios o llenos de errores. El italiano Giuseppe Bertoldi (1779-1825) publicó en 1821, en inglés —no tendría edición en su idioma original hasta 1904— uno de los primeros estudios objetivos sobre las sociedades secretas, *Memoria de las sociedades secretas del sur de Italia*, libro que los lectores recordarían más fácilmente por los grabados románticos y los detalles sensacionalistas que por sus razonables conclusiones. Bertoldi concluía su obra afirmando que en su gran mayoría esas sociedades — hablaba sobre todo de los *carbonarios*— estaban desapareciendo. Pero ¿qué podía hacer un solo libro, además especializado, contra la gran popularidad de que disfrutaba Barruel? Y mucho menos cuando el mensaje del abate se veía repetido por toda una nueva generación de escritores que lo usaban como referencia, como Vincent Lombard de Langres, autor de *Las sociedades secretas bajo la Revolución, jacobinismo e iluminismo* y la *Historia de las sociedades secretas*

En 1820 se descubrieron en Francia media docena de conspiraciones, republicanas o bonapartistas, consideradas como graves. Varias de ellas no existieron más que en la mente de los policías que las desarticularon. En esa época, consta la existencia de sociedades como La Aguja Negra, Los Buitres de Bonaparte y Los

Caballeros de la Libertad, entre otras, cuyo principal objetivo parecía ser el confirmar, con su existencia, más que por su acción, las tesis conspirativas de la policía. De forma similar en Alemania, el Tugendbund, creado como movimiento antinapoleónico, desapareció con el fin de la guerra, pero eso no impidió que Metternich siguiera persiguiéndolo varios años después. En 1819, Metternich culpó a ese grupo del asesinato del dramaturgo conservador August von Kotzebue, a manos del estudiante Karl Sand, asesinato que Metternich utilizaría para hacer aprobar las *Demagogenvedolgung* (leyes contra la demagogia) aplicables a estudiantes, profesores, escritores y editores.

Los éxitos de la policía persiguiendo a las sociedades secretas confirmaban la existencia de estas y justificaban la de la policía. Los fracasos de los grupos subversivos en vez de probar su falta de efectividad y el poco peligro que representaban, lograban lo contrario. En realidad, una vez creada, y creída, la leyenda era más fácil para los policías inventar culpables y conjuras que descubrirlos. El siglo de las sociedades secretas fue también el de los provocadores, los informantes policiales que a veces eran agentes dobles — personas como Wit von Dorring o Valtancoli— y los mitómanos, entre los que destacó Buonarroti, que en medio de su locura logró convencer al príncipe Metternich de que estaba rodeado de grupos secretos y perdiendo la guerra contra la subversión, justo cuando la Santa Alianza era todopoderosa en Europa.

El toscano Giuseppe Valtancoli era uno de esos vividores que suelen aparecer alrededor de grupos políticamente marginales, viven de su relación con la policía (fue informante de los austríacos, que ocupaban buena parte de Italia, y de la policía pontificia), presumen de ser expertos en un tema y llegan a serlo por el simple medio de afirmar «soy un experto» en medio de gente aún más ignorante que ellos. Valtancoli informó sobre los *carbonarios*, el resurgir del *güelfismo*, la masonería y los *Illuminati* escribiendo informes en los que, como tantos otros informantes policiales, se limitaba a copiar textos ya publicados por otros y a repetir mentiras y mitos que sabía aceptados por sus clientes.

Johannes Wit von Dórring fue mucho más importante, que no más original. Detenido por la policía por sus actividades subversivas, confesó todo lo que sabía hasta que en un momento dado — sin tener ya nada que confesar— comenzó a inventar nuevos datos, para acabar publicando años más tarde unas memorias en las que reconocía no haber sido iniciado por ninguna sociedad secreta, sino que se había limitado a tener contacto con ellas por el sencillo método de hacerse pasar por masón. Las memorias de Wit unían la mitología de la revolución masónica con los movimientos secretos laicos de la Italia del siglo XIX, partidarios de la unidad nacional, y más en concreto con los carbonarios.

Wit y Valtancoli —y otros informantes olvidados — confirmaban acusaciones anteriores por el simple medio de repetirlas de forma ligeramente distinta y en forma de confesión. Tenía lógica: si incluso personas que habían estado en el centro de las

logias y sociedades secretas y participado de sus planes decían lo mismo que sus enemigos, las acusaciones tenían que ser ciertas. Hay que excusar a los que creyeron esos textos y esas confesiones: el concepto de mitómano no sería acuñado hasta el siglo XX.

Porque junto a los provocadores estaban los mitómanos, y aunque ambos conceptos no siempre coincidían, lo hacían bastante a menudo. Por ejemplo, Buonarroti logró convencer a gran parte de las policías europeas, y tal vez incluso a él mismo, de que era el centro de una vasta red de conjuras y conspiradores.

Buonarroti ha sido invocado por muchos revolucionarios posteriores como su antecedente, pero si se le puede comparar con alguien es con León Trotski tras abandonar Rusia: prácticamente solo, sin dinero ni apenas cómplices, convencido sin embargo de que tiene la razón y podrá demostrarlo retomando el poder, perseguido por alguien más poderoso que él, que vigila todos sus pasos y a pesar de todo su poder le teme. La diferencia entre Metternich, vigilando a Buenarroti, y Stalin, persiguiendo a Trotski, es que el príncipe austríaco era un viejo caballero que no hacía asesinar a sus rivales políticos; de hecho, su enemigo falleció de muerte natural.

Filippo Buonarroti (1761-1837) nació en Pisa, decía ser de la familia del artista renacentista Miguel Ángel, se hizo ciudadano francés durante la Revolución, trabajó para la causa de la República en Córcega e Italia y fue uno de los acompañantes de Graco Babeuf durante la llamada «conspiración de los iguales» (1796), una anécdota menor dentro de la Revolución francesa que, sin embargo, salvó del olvido en sus artículos y libros. En Córcega editó el *Giornale Patriottico di Corsica*, que fue el primer periódico en lengua italiana que apoyó la Revolución, pero pese a ello fue expulsado de la isla en junio de 1791 por ser excesivamente anticlerical en la administración de los bienes confiscados a la Iglesia. Después estuvo encarcelado durante un corto período en la Toscana, antes de ir a París tras una segunda visita a Córcega. En París, en 1793, denunció ante la Convención al independentista corso Paoli y fue recompensado por sus servicios a la Revolución con un acta que le hacía ciudadano francés el 25 de mayo de 1793.

En Francia fue jacobino, *robespierrista*, y adoptó progresivamente ideas más y más radicales a favor de la redistribución de la riqueza. En 1795, cuando representaba a la República fuera de Francia, fue llamado de vuelta a París y encarcelado junto a otros jacobinos para celebrar el final del Terror. Fue en la cárcel de Plessis donde conoció a Frainois Noél Babeuf, que se hacía llamar Graco, porque los nombres romanos estaban de moda entre los republicanos franceses. Permanecieron juntos en la cárcel desde marzo a octubre de 1795 y se hicieron amigos, a pesar de que Buonarroti permanecía fiel a la memoria de Robespierre y Babeuf lo había criticado a menudo.

En 1795, la época más dura de la Revolución quedaba ya atrás. La burguesía asustada por el Terror se hacía por primera vez con el control de un país europeo y todo el mundo descansaba un poco más tranquilo. Fue ese, el momento de su

desaparición, el que Babeuf escogió para reconciliarse con un Robespierre que, por fin muerto, no podía irritarse ante sus tesis o volver a contradecirle.

Babeuf no era masón, nunca lo sería — su ingreso en las logias había sido rechazado dos veces—, pero estaba obsesionado con la sociedad fraternal. Antes de la Revolución había sido periodista, durante la Revolución había estado siempre entre los radicales y no se había encontrado a gusto con ninguno de sus dirigentes. Había atacado sucesivamente a Mirabeau por no ser republicano, y a Robespierre por no serlo suficiente.

Una vez fuera de la prisión, Babeuf abrió su propio club, el Club de los Iguales, también conocido como el *Panthéon*, que se convirtió en un lugar de reunión de los jacobinos descontentos con la deriva conservadora de la Revolución, y publicó el que sería su último periódico, el *Tribuno del Pueblo*. En febrero de 1796, la policía del Directorio clausuró la publicación y su club dejó de reunirse. Babeuf, junto a un pequeño grupo de partidarios, entre ellos Buonarroti, crearon un comité insurreccional que se limitó a publicar un manifiesto político, escrito por Sylvain Maréchal, poeta ateo y autor de un santoral laico. El comité insurreccional planeaba infiltrarse en el ejército, la policía y la administración civil y restaurar la Constitución de 1793, plan que nunca llegó a realizarse. Fueron entregados al Directorio por un informante — según el escritor Stefan Zweig, en su libro *Fouché, el genio tenebroso,* fue Fouché, haciéndose perdonar su pasado de terrorista jacobino y preparando su futuro policial—. El 8 de mayo de 1796 fueron arrestados Babeuf y otros doscientos conspiradores, algunos de los cuales supieron que estaban conspirando solo cuando fueron detenidos. Francia estaba cansada de tanta sangre, y solo Babeuf y uno de sus cómplices fueron guillotinados. A Babeuf le impidieron que se suicidara, aunque llegó a apuñalarse delante de sus jueces. Años más tarde, Marx se referiría a él como uno de los primeros comunistas activos.

Buonarroti fue enviado a prisión y juzgado en febrero de 1797. Condenado a ser deportado, fue perdonado por Napoleón y se estableció primero en Ginebra, desde 1824 en Bruselas, y a partir de 1830 en París, donde murió. Partidario de las formas más igualitarias del jacobinismo, dedicó el resto de sus días a intentar llevar a cabo con un grupo cambiante de leales lo que Robespierre no había podido, ni querido, hacer al frente de la Asamblea Nacional o la Convención.

Los que lo recordaban de su etapa en Bruselas lo describían conspirando todo el día en el café, y en realidad, a juzgar por sus escasos resultados, podríamos pensar que esa fue su labor más importante a lo largo de su exilio. El éxito de Buonarroti coordinando la revolución jacobina en países donde no había jacobinos, ni apenas revolucionarios, fue muy limitado, pero no tanto para dejar de justificar el sueldo de los numerosos policías que lo persiguieron y vigilaron durante el resto de sus días, o el temor de Metternich y otros ministros europeos, que se tomaron más en serio a Buonarroti que la mayor parte de los revolucionarios que aún quedaban en Europa.

Buonarroti contribuyó al mito de las sociedades secretas con su libro *Conspiración por la igualdad*, publicado en 1828, que salvaba de un muy justo olvido a su amigo Babeuf, magnificaba una más de las conjuras sin importancia que vieron aquellos años históricos, y se convertiría en el libro de cabecera de los primeros revolucionarios que en las décadas de 1830 y 1840 se declararon por primera vez comunistas. Si otros libros anteriores habían afirmado que los masones y las sociedades secretas habían participado en la Revolución francesa, el de Buonarroti demostró, a través de la confesión de un destacado jacobino, que además del fin de la monarquía los revolucionarios de 1793 habían tratado de acabar con todos los órdenes sociales, con la propiedad privada y la familia. Para mayor confusión, Buonarroti, como anteriormente su maestro y amigo Babeuf, estaba obsesionado con las formas externas y los rituales masónicos, sugiriendo a través de sus escritos la continuidad de acción entre las logias anteriores a la Revolución y su grupo.

Con los años, Buonarroti, a pesar de tener una carrera llena de fracasos, logró convertirse en el patriarca de los revolucionarios europeos, y en el mentor de los republicanos italianos. Su influencia llegó hasta gente tan dispar como el nacionalista Giusseppe Mazzini y el comunista Louis-Auguste Blanqui. Blanqui guardó fidelidad a sus ideas de por vida. Mazzini, a partir de 1831, declaró estar harto de las sociedades secretas, dejó el carbonarismo y se dedicó a la política de forma más regular, creando un grupo político y nacionalista, la *Giovane Italia*.

A lo largo del siglo XIX la única de las organizaciones secretas con las que Buonarroti estuvo en contacto que tuvo éxito, aunque limitado, fue la de los carbonarios. El movimiento carbonario desempeñó un papel importante en el *Risorgimento* y contribuyó a las guerras civiles y revoluciones italianas de 1821, 1848-1849, 1859-1860 y 1866, preparando el terreno para las mismas. Aunque derrotada en el campo de batalla en todas sus revueltas, la mera presencia carbonaría bastó para dar peso a los grupos menores, y a veces incluso inexistentes, dentro y fuera de Italia.

Nacida en tiempos de la invasión francesa, la de los carbonarios fue una sociedad a un tiempo nacionalista y partidaria de las ideas revolucionarias traídas por los ejércitos franceses; secreta y de masas; contraria a Napoleón, estuvo en contacto con sus hermanos; fue cómplice en algunos momentos de los intentos del mariscal Murat de llegar a ser un monarca realmente independiente en Italia, como más tarde sería cómplice de los ingleses en Sicilia, primero contra Murat y después contra el rey Borbón restaurado en el trono de Nápoles.

A diferencia de otras sociedades secretas anteriores, su objetivo fue siempre político: eran partidarios bien de la monarquía parlamentaria y constitucional, bien de la república, y estaban en contra del absolutismo. Los carbonarios fueron imitados tanto en España, donde su influencia llegó a través del contacto continuado que la rama napolitana de la Casa de Borbón tenía con la española, y en Francia, adonde

muchos liberales italianos habían huido cuando los reyes y el Papa recuperaron su poder sobre una Italia de nuevo dividida.

Todas las grandes revueltas carbonarias fueron aplastadas, pero el mito surgido en torno a la sociedad secreta fue tan grande que incluso sus enemigos decidieron imitarla. En 1815, de nuevo en el trono napolitano, Fernando IV decidió acabar con el peligro de los carbonarios y para tal efecto encargó a su ministro de Policía, el príncipe de Canosa, la organización de una sociedad secreta propia, los *Calderai del Contrapeso*. Con el mismo fin, en los Estados Pontificios las autoridades patrocinaron o al menos toleraron la creación de una sociedad llamada los *Sanfedisti* o *Bande della Santa Fede*. Era evidente que se podían adaptar los métodos de la Revolución a la tarea contrarrevolucionaria, pero quienes primero y mejor lo hicieron no fueron los italianos, sino los franceses.

17

Los métodos de la subversión al servicio de la reacción: los Chevaliers de la Foi

> No debería reunirse a la gente sino en la Iglesia o bajo las armas, porque en esos lugares no deliberan, sino que escuchan y obedecen.
>
> LOUIS DE BONALD,
> político legitimista.

La mayor parte de los grupos y sociedades de conspiradores que todavía hoy se recuerdan son liberales. Perseguidos entonces, ahora son recordados con cierta simpatía, e incluso los incompetentes Babeuf y Buonarroti tienen defensores. Sin embargo, fueron ineficaces, obstaculizaron el avance de las ideas que decían defender y, como tantos grupos radicales posteriores, cuyo ejemplo llega hasta nuestros días, contribuyeron sobre todo a reforzar los estados que decían querer destruir. Las sociedades secretas contrarrevolucionarias son mucho menos recordadas que las liberales, a pesar de que fueron mucho más efectivas.

La sociedad secreta más poderosa de la Francia del siglo XIX ha sido olvidada por casi todo el mundo. Tiene en su contra el hecho de que aunque conspiró supo hacerlo bien y logró parcialmente el poder, su victoria como grupo contribuyó a la larga a la derrota de sus ideas y sus éxitos no sobrevivieron a sus creadores. Sin embargo, a pesar de todas las acusaciones hechas ya contra los masones, estos no habían logrado tener un jefe de gabinete, como sí lo hicieron, en tiempos de Carlos X, los *Chevaliers de la Foi*.

Los *Chevaliers de la Foi* nacieron en el más improbable de los lugares: un manicomio. A pesar de ello, es casi seguro que ninguno de sus fundadores estaba loco. A partir de 1810 el Imperio bonapartista regresó poco a poco a viejas formas de lo que algunos historiadores han dado en llamar «despotismo administrativo», y se vio la resurrección de la *lettre de cachet* de la monarquía, se endureció la censura de la propaganda contra el emperador, se persiguieron sus caricaturas y se reforzó el control sobre los documentos de aquellas entidades que, como la Iglesia, mantenían alguna independencia. El castigo no era particularmente brutal cuando se compara el Imperio con la caída de la monarquía o la breve República. Los gritos sediciosos y los insultos públicos a Napoleón se asimilaban a casos patológicos, se evitaba el proceso público — de resultado siempre incierto, debido a la presencia de viejos

jueces provenientes de los anteriores sistemas— y se usaban las casas de salud, antecedentes de los hospitales psiquiátricos de nuestro tiempo, como centros de detención. Aunque sería fácil equiparar ese método al uso policial de la psiquiatría a lo largo del siglo XX, sería también injusto para con Napoleón: los presos del Imperio no desaparecían, y consejos privados investigaban la concesión de gracia y revisaban de forma regular los centros de detención, para liberar cada año una buena cantidad de detenidos, todo de acuerdo con la ley en virtud del artículo 64 del código penal napoleónico.

Fue así como en la casa de salud del doctor Dubuisson — 333 de la *rue du Faubourg Saint-Antoine*— acabaron coincidiendo los hermanos Armand y Jules de Polignac, hijos de la favorita de María Antonieta, condenados a muerte en 1804 por su implicación en la conjura de Cadoudal; Alexis de Noailles, marqués de Puyvert, realista detenido en 1808; el abate Lafon, conspirador a favor del papa Pío VII; los dos hijos del intendente de París, Bertier de Sauvigny, guillotinado en 1789, e Hippolyte de Solages. A pesar de estar presos en un asilo, no estaban locos, eran caballeros que disponían de cierta libertad y privilegios dentro de los muros de su cárcel, algunos incluso de ingresos y de mucho tiempo libre. De este modo decidieron crear la sociedad de *los Chevaliers de la Foi*.

Dentro de la misma cárcel los hermanos Polignac conspiraron y participaron de la Conspiración de Malet. Malet era un viejo republicano que se sentía traicionado por el emperador y deseaba derribarlo para restaurar la voluntad popular. Logró, sin embargo, la alianza de los recién creados *Chevaliers*, con la promesa de que si la voluntad popular reclamaba la restauración de la monarquía él no se opondría. Con el emperador invadiendo Rusia, Malet hizo circular la noticia de su muerte y trató de apoderarse de la guarnición de París, mientras partidarios suyos detenían o intentaban detener a Savary, ministro de la Policía, y al prefecto de policía de la capital.

La conspiración fracasó. Pese a todos sus fallos, e incluso crímenes, la Revolución había desterrado por lo menos una medida del sistema judicial y policial francés: la tortura. Ni Napoleón, ni Fouché ordenaron nunca aplicar tortura, y Malet, junto a catorce de sus partidarios, fue fusilado sin entregar a sus cómplices.

Los *Chevaliers*, nacidos dentro de un manicomio, crecieron al abrigo de las sacristías y llegaron a despertar la desconfianza de los monárquicos liberales que, como Chateaubriand, no estaban seguros de si estos servían a la Iglesia o a la Casa de Borbón. Durante la detención de Pío VII, en Savone, fueron los *Chevaliers de la Foi* quienes repartieron la bula del Papa excomulgando al emperador. Fueron de nuevo ellos quienes transmitieron las órdenes de los obispos poco obedientes al emperador a sus sacerdotes, a espaldas del aparato oficial creado para controlar a la Iglesia, y los que se hicieron expertos en la circulación de revistas clandestinas y caricaturas del emperador.

Desde 1810 se hizo cargo de la dirección de la sociedad Ferdinand de Berthier, que había sido iniciado en la masonería, y adoptó para su nuevo grupo el estilo de las

logias, revisado a la luz de los ya populares textos de Barruel. De los *Chevaliers* se diría desde entonces lo mismo que de los masones: que tenían formas rituales de saludarse e identificarse entre sí, que su propósito era infiltrar la administración — con el tiempo llegaron a controlar el Ministerio de Correos y la Prefectura de Policía, practicar el espionaje y la delación—.

«*Vive le roi quand méme!*». («¡Viva el rey a pesar de todo!»). Luis XVIII fue un rey prudente que adoptó la monarquía parlamentaria que no había llegado a aceptar su hermano mayor. Asumió un poder ejecutivo fuerte, pero tuvo cámaras consultivas electas; no atacó a protestantes o judíos y respetó los bienes adquiridos por los campesinos y burgueses a lo largo de la Revolución de 1789. Pero junto a Luis XVIII y sus monárquicos —moderadamente conservadores o tímidamente liberales— representados por Chateaubriand, con su teoría del liberalismo aristocrático y su libro *La monarquía según la Carta [constitucional]*, existió también un ultraísmo duro y popular, nacido de las regiones más castigadas por el Terror — la Vendée, Bretaña o el Delfinado— que se expresó con violencia en contra de protestantes, bonapartistas y jacobinos y del que los *Chevaliers de la Foi* fueron la expresión más organizada pero no la única. Se trataba de ultraísmo de pequeños campesinos religiosos, de provincianos cansados de que cada nueva revuelta en París arrastrara al resto del país a la guerra civil o al caos.

Carlos X, siendo aún duque de Artois, se refería a sus partidarios como *La Congrégation*. Incluso en vida de Luis XVIII fue con ellos con los que ocupó la Cámara de Representantes, hizo propuestas de ley y se transformó en el terror de los liberales. A la Congregación se le atribuyeron 48 000 miembros, pero la cifra dada por algunos de sus partidarios más realistas — en cualquier sentido de la palabra— era solo de 1373. Se trató de una organización que entró en todos los terrenos, sobre todo los descuidados por los liberales. Contribuyó a la creación de obras sociales, algunas políticas como la *Société Catholique des Bons Livres*, dedicada a combatir la literatura antirreligiosa, la *Société des Bonnes Études*, que repartió 800 000 libros gratuitos, la *Association de Défense de la Religion Catholique*, la *Société des Missions*, pero también creó centros de enseñanza para huérfanos, comedores para pobres y una asociación para la educación de jóvenes ciegos. A diferencia de los primeros masones, los *Chevaliers* se interesaron por la clase obrera y ayudaron a crear, a través de la Sociedad de San José, algunos de los primeros esbozos de un sindicalismo, católico y corporativista, que trató de reconstruir las corporaciones laborales disueltas por Turgot durante las reformas económicas de 1776.

Aún en vida de Luis XVIII, en 1815, la facción del futuro Carlos X obtuvo mayoría en la Cámara de Representantes, uniendo en torno al hermano y heredero del rey a los principales jefes contrarrevolucionarios, como Jacques-Joseph de Corbiére o Louis de Bonald, a los ultramonárquicos que no se conformaban con la restauración suave de Luis XVIII, pero también a notables de provincias que deseaban el retorno al orden, a antiguos bonapartistas arrepentidos y desde luego a los *Chevaliers de la Foi*.

Carlos X siempre mostró una gran inclinación hacia los hermanos Polignac. Había mucho de personal en ello: en la época de Luis XVI su nombre había sido injuriado junto al de la condesa de Polignac, madre de los anteriores, en los panfletos pornográficos que atacaban a María Antonieta; además, los Polignac habían sido fieles en los peores momentos y permanecido pese a todo en una Francia que conocían como Carlos X, prontamente emigrado, no podía conocer. Por ello, nombró a Jules de Polignac primero general de la Guardia Nacional y después, en secreto, le concedió el cargo de ministro de la Policía en el gabinete paralelo que había organizado a espaldas del Parlamento, y tal vez de su propio hermano durante el reinado de Luis XVIII. Alcanzado el trono, fue más lejos y le dio el título de príncipe, duque hereditario, y en 1829, en una medida que provocaría su caída, el nombramiento de primer ministro.

La generosidad desmedida de María Antonieta hacia su favorita había alimentado los rumores que habían contribuido a la caída de Luis XVI; el excesivo poder dado por Carlos X hacia el hijo de esa misma favorita, un elemento considerado como ultraincluso por muchos ultras, provocó de nuevo la caída de un Borbón. Los liberales se sublevaron en París y un Orleans tomó el trono en 1830, después de tres jornadas de incidentes conocidas como «las Tres Gloriosas». Carlos X partió por última vez al exilio, primero a Inglaterra, y después a Alemania, donde murió. Los Polignac se dispersaron y uno de ellos, Armand, fue general de una brigada del ejército confederado en la guerra de Secesión norteamericana y del ejército de Napoleón III contra los prusianos en 1870. Es curioso considerar cómo hoy, en un mundo en el que las monarquías han perdido gran parte de su poder, de todo el grupo de nobles citados solo los Polignac siguen siendo príncipes reinantes, aunque de Mónaco y con un apellido distinto. El recientemente fallecido Rainiero III de Mónaco descendía por parte paterna de un Polignac que había adoptado al apellido de su suegro: Grimaldi.

Los *Chevaliers* reforzaron la creencia popular en la importancia de las conspiraciones y las sociedades secretas. En España, siguiendo su ejemplo, aparecieron varios grupos ultras, como la *Junta Apostólica* y el *Ángel Exterminador*, fundado este último en 1827 por el obispo de Osma.

Mientras en Prusia la organización reaccionaria *Trevebund mit Gott für Koenig und Vaterland* (Alianza Leal con Dios por el Rey y la Patria) también copiaba el modelo organizativo de los masones y contaba con muchos de estos en sus filas.

18

España y las Américas: del duque de Wharton a Francisco de Miranda

«Tan masón era Bolívar como Riego, y todos ellos y sus seguidores obedecían a una autoridad omnipotente, al supremo y oculto poder masónico, aliado a los enemigos seculares de España: a los pueblos anglosajones». Mauricio Carlavilla, autor de estas líneas, lo tenía claro. Cazador de masones, comunistas y homosexuales, y autor por lo menos de un libro en el que relaciona lo que llama «el vicio sodomita» con la conspiración comunista antiespañola — *Sodomitas*, de 1959—, Carlavilla era un personaje de la misma escuela que Lantenac, aunque a diferencia del marqués existió de verdad y fue policía secreto durante el Directorio del general Primo de Rivera y escritor antimasónico durante la Segunda República y el régimen franquista.

Para Carlavilla, y para bastantes historiadores, entre ellos varios masones hispanoamericanos y españoles, que ven con admiración y gratitud el gesto, Rafael de Riego y Núñez, masón y general constitucionalista, sí sabía que, alzándose en España contra Fernando VII, aseguraba la independencia de Sudamérica. Otros historiadores no ven tan clara la situación. Y no está de más preguntarnos si aunque el ejército español del masón Riego hubiera llegado a las provincias de ultramar, hubiera socorrido al del también masón Espartero y derrotado al del masón Bolívar, hubiera bastado tal victoria para garantizar la unidad del Imperio, rota no solo por varios alzamientos anteriores, sino por décadas de desidia y abandono administrativo.

España fue otro de los lugares de Europa en que a la masonería se le atribuyó un papel subversivo al final del ciclo revolucionario. Hay que decir que, antes de las guerras napoleónicas, la masonería no había tenido en España la misma presencia que en Francia e Inglaterra, hasta el extremo de que muchos pudieron pensar que cuando llegó lo hizo en la retaguardia de dos ejércitos — el francés y el inglés—, que a pesar de su enemistad tenían en común ser portadores en España de una modernidad hasta entonces rechazada en nuestro país, a pesar de los intentos de Carlos III y sus colaboradores.

Lo cierto es que al igual que en Inglaterra o Francia también existió en España una masonería prerrevolucionaria de clase alta, procedente de la nobleza y la alta burguesía ilustradas, fiel al trono. Como en el caso francés, también el primer francmasón español fue un inglés, de nuevo católico y de nuevo jacobita. Se trataba del duque de Wharton, primero y último de ese título, que había sido elevado a los diecinueve años por un rey inglés al que pronto traicionaría.

Phillip Wharton tuvo una vida corta marcada por el escándalo. Se casó por primera vez a los diecisiete años y se divorció poco después. Fue miembro de *Hellfire Club*, un grupo de jóvenes de la aristocracia más aficionados a las mujeres que a las conspiraciones que fue prohibido en medio de acusaciones de «blasfemia y procacidad». Obtuvo fama de jugador —mal jugador pero peor pagador—, perdió dinero en varios negocios poco claros, fue expulsado de la masonería — según qué versiones crearnos, lo fue por tratar de apoderarse de la misma o por no pagar sus deudas—, y para vengarse creó durante un breve período la Antigua Orden de los Gormogones.

Acosado por las deudas, pasó a servir al pretendiente jacobita James Francis Edward Stuart, que le concedió el título de duque de Northumberland y la Orden de la Jarretera, dos distinciones que nadie reconoció en Inglaterra. Siguiendo al pretendiente, viajó a Roma y a Madrid, se unió al ejército español y combatió en el sitio de Gibraltar, por lo que le fue prohibido su retorno a Inglaterra y fue acusado de alta traición. Aunque es también posible que esos cargos se debieran a haber afirmado pública y repetidamente, de palabra y por escrito, la bastardía del rey Jorge II de Inglaterra. En cualquier caso, todos sus títulos fueron declarados nulos por el Parlamento inglés y sus propiedades confiscadas. A falta de poder encarcelarle, la Corona encarceló a su editor inglés, Samuel Richardson. Wharton se casó en España por segunda vez, con María Teresa O'Byrne, dama de honor de la reina e hija del coronel jefe del Regimiento Hivernia, de irlandeses al servicio de la Corona española. Wharton murió pobre a la edad de treinta y tres años, sin dejar descendencia, y fue enterrado en un monasterio cerca de Poblet (Tarragona) el 31 de mayo de 1731. Después de la Guerra Civil española, Franco quiso desenterrarlo del cementerio católico en que descansaba, pero los monjes del monasterio se negaron a exhumar al que, después de todo, y a pesar de haber traicionado a su rey natural e introducido la masonería en España, había sido un leal soldado de la Corona española y muerto como un católico súbdito de Carlos III. Su vida ha sido descrita en los libros *Vida y escritos de Phillip, duque de Wharton* y *Phillip, duque de Wharton*.

Fue Wharton quien en 1728 fundó la primera logia de Madrid — *La Matritense* — en la fonda de las Tres Flores de Lis. Lo hizo bajo la obediencia de la Gran Logia de Londres, con la que aparentemente se había reconciliado, y con una carta constitutiva concedida por el gran maestre inglés, lord Colerane, que le daba el número 50 de entre las sometidas a la logia londinense. Hasta 1739 La Matritense sería la única establecida en España.

A pesar de una condena dada en 1751 por Fernando VI, que es la primera sufrida por la sociedad fraternal en España, lo cierto es que la masonería pasó inadvertida en medio de las nuevas corrientes ilustradas surgidas primero con este rey y después con su sucesor Carlos III.

Los masones fueron leales a la Corona durante los reinados de Carlos III y Carlos IV. Carlos III, sin serlo, compartía con los masones las ansias de ilustración. Fue

durante su reinado cuando las logias españolas abandonaron la obediencia inglesa para pasar a ser de obediencia francesa. Como en las logias francesas, tampoco faltaron en las españolas sacerdotes y nobles, como Pedro Pablo Abarca de Bolea, conde de Aranda, que se carteó con Voltaire y Benjamin Franklin y fundó el Gran Oriente español. Durante el reinado de Carlos III se sospecha la pertenencia de algunos de sus ministros a la masonería, y a la influencia de estos, sobre todo la de Aranda, en la expulsión de los jesuitas de España y la introducción, frustrada, de la doctrina regalista, con la que el rey español trató de imitar a Luis XIV de Francia y crear una Iglesia que fuese a la vez católica y nacional, dependiente de la Corona y no del Papa. El hecho de que el responsable de la expulsión de los jesuitas fuera un masón, Aranda, no prueba la existencia de una conspiración anticatólica en aquel momento, pero sí marca el comienzo de la larga hostilidad en nuestro país entre las dos órdenes.

En cualquier caso, la masonería no pasó a ser conocida popularmente en España hasta la invasión napoleónica. Llegó entonces en las logias regimentales del invasor francés, pero también en las del aliado inglés, y se impuso como moda entre los ilustrados que apoyaron el intento de régimen liberal de José I Bonaparte — que creó en España un Supremo Consejo del Grado 33—, pero también entre los liberales que resistían a la invasión y se concentraban en Cádiz, no demasiado lejos del Gibraltar inglés.

Las dos primeras constituciones españolas, que tantos elementos comunes tenían entre sí, a pesar de la guerra existente entre sus patrocinadores, fueron masónicas. Mientras que los masones afrancesados redactaban en Bayona una Constitución para la España bonapartista, el Congreso español, reunido en Cádiz, daba a la otra España la Constitución de 1812. En ambas se suprimía la Inquisición y se adoptaban disposiciones similares a las de Francia con respecto al clero secular y regular, con la diferencia de que lo que para el clero francés, que había sobrevivido a la Revolución, eran garantías de seguridad, para el español eran limitaciones a una influencia que hasta entonces había sido comparable en algunos terrenos a la de la Corona.

Cuando se restauró la dinastía borbónica en España, lo hizo en la persona de Fernando VII, que apenas afianzado en el trono renegó del juramento dado a la Constitución de 1812 y trató de restaurar la monarquía absoluta. La Restauración de Fernando VII no es comparable a la de Luis XVIII, ni siquiera a la Carlos X, ya que careció de la capacidad para perdonar y transigir del primero y la competencia administrativa del segundo, aparte de que los absolutistas españoles no estuvieron a la altura de los franceses.

Los masones estuvieron en muchas de las revueltas contra Fernando VII, dentro y fuera de España, no tanto por obra de una ideología masónica, todavía poco definida, como por el hecho de que desde el principio de la guerra de Independencia las logias habían sido lugar de reunión de liberales y reformistas. Si Fernando VII hubiera

jurado la Constitución de Cádiz, nada hubiera impedido a los masones españoles apoyarlo, como habían apoyado a su abuelo durante su reinado, o Luis XVIII en aquel mismo momento. Se hubiera visto así tal vez una repetición del espectáculo dado una generación atrás en Norteamérica, donde durante la guerra de Independencia masones leales a la Corona se habían enfrentado a masones independentistas.

En cualquier caso, no fue tanto la acción masónica como la torpeza de la Corona lo que transformó la guerra de las provincias sudamericanas en una guerra de Independencia contra el rey. Los primeros alzamientos de lo que fue más tarde una guerra por la independencia no fueron ni antimonárquicos ni anticlericales. En México, el primer grito de unos alzados, entre los que no faltaban los sacerdotes, fue a favor de Fernando VII y la «santa religión». Lo que sí fueron los rebeldes desde el principio fue enemigos de los peninsulares, porque pronto se impusieron entre ellos las aspiraciones de la elite criolla de terminar con las desventajas que le afectaban frente a los peninsulares a la hora de obtener empleo en la administración del reino. La rara excepción a esa generalidad fue un veterano de Valmy y la Revolución francesa, Francisco de Miranda, que desde el principio quiso derribar a la Casa de Borbón de su trono hispanoamericano.

Un autor masón, el colombiano Ismael López, que firma sus libros como Cornelio Hispano, señala en *La vida secreta de Bolívar* al primer gran representante de la presencia masónica en las filas independentistas: «Si el precursor Francisco de Miranda (hermano masón) hubiese iniciado solamente a Bolívar, San Martín y O'Higgins, ello bastaría para justificar el título de Padre de la Independencia, que con gratitud le prodigan hoy, los sudamericanos…».

El venezolano Francisco de Miranda es hoy recordado sobre todo como precursor de Simón Bolívar, el hombre que después ayudaría a entregarlo a la Corona española y lo mandaría a una muerte cierta, pero fue mucho más. Oficial español en el ejército de Carlos III que luchó en Florida y Misisipi a favor de Washington durante la guerra de Independencia norteamericana, lograría muchos años después dinero inglés para su propia guerra contra la Corona española. Entre esos dos conflictos tuvo tiempo de ser amante de Catalina la Grande y de estar junto a Kellermann y Dumouriez en la batalla de Valmy. Su nombre está escrito, junto al de los otros generales del Imperio, en el Arco de Triunfo en París, a pesar de haber sido amigo de Pitt, y amigo de este a pesar de haberlo sido también de Thomas Payne y George Washington.

Miranda, por lo demás, quería la independencia pero no la República. Como San Martín en Argentina, tampoco él consideraba a sus compatriotas capaces de vivir bajo otro régimen que no fuera el monárquico. Su sueño incluía un imperio que iría desde el río Misisipi al cabo de Hornos, dirigido por un rey hereditario, llamado «inca» como concesión a los pueblos indígenas, y un Parlamento bicameral. Un gran sueño que concluiría en 1815 en la cárcel de Cádiz, una de las ciudades más importantes en su carrera como conspirador contra Fernando VII y el lugar en que tantas logias había ayudado a fundar.

Antes del comienzo del ciclo revolucionario francés y la aparición de Miranda, la masonería era aún menos conocida en las provincias españolas de ultramar que en la metrópoli. Sin embargo, un papel similar al de las logias racionalistas e ilustradas francesas, había sido desempeñado allí, desde tiempos de Carlos III, por una serie de entidades cívicas, llamadas Sociedades Económicas de Amigos del País, auspiciadas desde el trono — aunque a menudo en oposición al altar—. Estas sociedades encabezaron toda clase de iniciativas, desde los talleres técnico-agrícolas a los grupos literarios. Sin animar la independencia política, por lo demás impensable en aquel momento, fomentaron la independencia de pensamiento. Con ellas concluyó el monopolio de la Corona española y la Iglesia católica sobre las ideas y las almas. Los criollos reunidos en sociedades como el Seminario del Nuevo Reino de Granada, el Círculo Literario, el Círculo del Buen Gusto, la Academia Eutrapélica, la Escuela de la Concordia, el Arcano Sublime de la Filantropía y otras, comenzaron a desarrollar un pensamiento americano, que se vio reflejado en la temprana reivindicación por parte de algunos criollos mexicanos del pasado indígena precortesiano; en el interés por los incas, que se reflejó más tarde en los planes de Miranda, alzado ya contra España, y también en el nombre tomado por algunas logias sudamericanas que se llamaron a sí mismas «logias lautaras», en honor al cacique araucano Lautaro, protagonista del poema épico *La Araucana*, de Alonso de Ercilla.

La primera influencia —mínima— de logias masónicas en la América hispana llegó desde las colonias inglesas, francesas y holandesas y no desde la metrópoli. La primera logia inglesa del Caribe fue creada en Jamaica en 1739. La masonería francesa apareció aquel mismo año en Martinica, con la logia de *La Parfaite Union*, mientras que en Trinidad apareció la logia *Les Fréres Unis*, con patente dada por una logia de Pensilvania que tenía por maestre honorario a George Washington. Las Antillas fueron en aquel tiempo refugio de algunos criollos ilustrados, que pudieron saber de esas logias y tal vez incluso unirse a ellas. No quedan, sin embargo, pruebas que lo indiquen con certeza.

Por otra parte, la leyenda, más que la historia, dice que algunas logias masónicas pudieron aparecer antes de la guerra de Independencia en Sudamérica, pero si es así tuvieron una significación igualmente nula y desaparecieron sin dejar rastro de sus actividades. Fue el caso de las logias Independencia (1795) y San Juan de Jerusalén de esta parte de América (1804), ambas en el Río de la Plata, de las que no existe apenas documentación que permita siquiera asegurar su existencia, y mucho menos su influencia. En cualquier caso, aparte de la falta de datos, el que una de ellas, en 1795, se llamase Independencia, un concepto que no estuvo claro para muchos criollos hasta una generación más tarde, permite dudar de la seriedad del dato, o pensar que también la masonería argentina, como la francesa a partir de la Tercera República, quiso dotarse de una antigüedad y méritos de los que carecía, inventándose una logia precursora.

Lo único seguro sobre los primeros masones hispanoamericanos de importancia es que fueron iniciados en Europa y no en sus países de origen o en el Caribe inglés. Las primeras logias hispanoamericanas, de las que queda prueba documental, surgieron no en el Caribe, Buenos Aires o Ciudad de México, sino en Londres, Madrid y, sobre todo, Cádiz.

La primera logia en ser creada (Londres, 1798) fue la Gran Reunión Americana, fundada por Francisco de Miranda, y a ella pertenecieron Simón Bolivar, Bernardo O'Higgins y José de San Martín. Agentes y amigos de Miranda fundaron en Cádiz, en 1800, la logia de los Caballeros Racionales N.º 7, a la que perteneció de nuevo José de San Martín, esta vez junto a Andrés Bello y Manuel Belgrano. De nuevo en Cádiz, Bernardo O'Higgins creó poco después otra logia, la primera que llevó el nombre de Sociedad de Lautaro. Cádiz fue escogida de forma repetida por los masones por ser el puerto más frecuentado por los criollos americanos que viajaban entre la metrópoli y sus provincias ultramarinas, pero también por ser el principal centro del liberalismo español y encontrarse a poca distancia del Gibraltar inglés, lugar al que era fácil retirarse.

¿Tuvo un papel importante la masonería en las revoluciones centro y sudamericanas? Las banderas de las primeras repúblicas están llenas de símbolos tomados de la masonería que llegaron desde la sociedad fraternal, pero también desde la influencia que la Revolución francesa tuvo en los revolucionarios posteriores a Miranda, que contestan esa cuestión afirmativamente. Pero quizá deberíamos preguntarnos hasta qué punto eran en realidad masones los que dirigieron las distintas guerras de independencia hispanoamericanas. Bartolomé Mitre, masón iniciado una generación más tarde y ya de acuerdo con todas las exigencias de la sociedad fraternal, escribió en su libro *Historia de Belgrano y de la independencia argentina* unas líneas que nos indican que por lo menos él tenía dudas sobre el espíritu masónico de sus mayores: «Las sociedades secretas de los americanos revestían todas las formas de las logias masónicas; pero solo tenían de tales los signos, las fórmulas, los grados y los juramentos». De nuevo, como en otras partes del mundo, parece que se copiaron las formas que permitían asociarse en secreto, más que el espíritu, bastante confuso en aquellos momentos de transición, de la masonería original.

En ese mundo incierto e imaginario en el que se desenvuelven las historias que no llegaron a ser, es posible que sin la influencia política y social de las sociedades de pensamiento y las logias nacidas en Londres o Cádiz, Centroamérica y Sudamérica hubieran retornado a Fernando VII cuando este recuperó el trono de España. Pero no es menos posible que, después de siglos de aislamiento con respecto a nuevas ideas, las clases dirigentes de Sudamérica, una vez probado el liberalismo, y aún más el librecambismo, se hubieran negado a aceptar ese regreso al viejo orden que significó la Restauración de Fernando VII. Es posible que de nuevo la acción política de sociedades que se dicen secretas no sea sino la anécdota mínima dentro de una Historia con mayúscula, cuya escritura corresponde a fuerzas sociales más grandes.

Con los años y durante el siglo XIX la masonería española, como la hispanoamericana, seguiría el camino de la francesa y pasaría a ser republicana, librepensadora y anticatólica, olvidando que el primero de sus fundadores había sido un oficial católico inglés que obtuvo dos títulos nobiliarios antes de los diecinueve años y sirvió lealmente al mejor de los reyes de la Casa de Borbón.

19

Jesuitas: los hombres de negro y la conspiración reaccionaria

> Hijo mío, te hemos enseñado a actuar en secreto y a través del disimulo en medio de los Católicos Romanos, de ser como un espía en medio de nuestros hermanos, a no creer en nadie, no confiar en nadie. Te comprometes en medio de los reformadores a comportarte como reformador, en medio de los hugonotes (los protestantes franceses) a ser como un hugonote, en medio de los calvinistas a ser como un calvinista, en medio de los protestantes (los que protestan y están en desacuerdo con la Institución Católica Romana) a ser como un protestante, actuando de forma que puedas obtener su confianza, con el objetivo de poder llegar a predicar desde sus puestos de poder, todo para implantar en medio de ellos nuestra Santa Religión y el poder del Papa, pues para esto el fin justifica los medios.
>
> De la supuesta *Instrucción secreta*,
> de los jesuitas.

Los *Chevaliers de la Foi* habían demostrado, en la Francia de la restauración monárquica, que el tipo de organización es neutral con respecto a los fines deseados y que los métodos de la subversión podían servir para la reacción, abriendo así el paso a la leyenda de la conspiración reaccionaria. Por su parte, Carlos X, con el uso que hizo del término «congregación», para referirse a su partido, ayudó al renacimiento de la imagen del jesuita traicionero y conspirador.

Los jesuitas son un elemento recurrente en las teorías liberales sobre la conspiración aparecidas después de la Revolución francesa.

Lo habían sido desde mucho antes entre los protestantes de Inglaterra, por su papel como supuestos espías y agentes del Papa y los monarcas católicos, pero aunque en la isla se les vio como inspiradores de la llamada «conspiración de la pólvora» para volar el Parlamento británico, no se trató de explicar toda la historia de aquel período en base a su conducta.

A pesar de ello, incluso hoy —unidos ahora a *Illuminati*, judíos y comunistas— el jesuita cuando reaparece en las conjuras y tesis conspirativas estadounidenses lo hace siguiendo aún esa faceta de «hombre de negro», al servicio de un monarca extranjero

— el Papa— que le fue asignado en Inglaterra en época de la reina Isabel, más que atendiendo a las modernas teorías conspirativas. Al igual que los judíos, los jesuitas habían sido atacados con anterioridad a la Revolución francesa, desde su aparición en la Contrarreforma católica. Los ataques contra los jesuitas cambiaron de signo durante el siglo XIX.

La Contrarreforma católica había visto la aparición de dos nuevas órdenes religiosas, destinadas a contrarrestar el avance protestante: los jesuitas y los capuchinos. Al contrario que a los jesuitas, nadie recuerda hoy a los capuchinos cuando se trata de asignar culpas por revoluciones, contrarrevoluciones, regicidios y golpes de Estado. ¿Por qué? Tan responsables fueron los unos como los otros de devolver media Alemania y gran parte de Centroeuropa a la ortodoxia católica.

A diferencia de los místicos españoles de los que fueron coetáneos, los jesuitas fueron un grupo práctico y decidido a actuar sobre el mundo real más que a evadirse del mismo. Los jesuitas carecían de tiempo para las disciplinas contemplativas de san Juan de la Cruz o santa Teresa de Jesús y desarrollaron desde su misma aparición unos ejercicios espirituales, que consistieron pronto en un retiro sistemático de breve duración (treinta días) con el que ofrecían a los miembros de su orden un curso rápido de misticismo al alcance de todos, no muy distinto de las jornadas de capacitación profesional ofrecidas a sus ejecutivos por las modernas empresas multinacionales. Este énfasis en el método, la disciplina y la organización era similar tanto al de las corporaciones comerciales como al de las nuevas ciencias naturales que comenzaban a ser desarrolladas en aquel tiempo, y quizá por ello no faltaron científicos, naturalistas, astrónomos y exploradores entre los primeros jesuitas, hasta llegar a nuestros días. Francisco Javier predicó en Japón, Roberto de Nobili en la India, Matteo Ricci fue mandarín en China y Athanasius Kirchner pasó fácilmente del estudio de las ciencias naturales al de las lenguas muertas. Diplomáticos, lingüistas, exploradores y lideres políticos, los jesuitas anteriores a su disolución en 1773 habían estado un siglo por delante de su tiempo. Fue eso lo que los había hecho incómodos a la vez a reyes y filósofos ilustrados, de la misma manera que su agresividad y ortodoxia en cuestiones de fe les había hecho enemigos de protestantes y judíos.

La Compañía de Jesús había desaparecido de Francia antes de la llegada de la Revolución. Expulsados de todas las posesiones de la Casa de Borbón en 1767 y disueltos por el Papa en 1773, los jesuitas fueron readmitidos entre las órdenes religiosas justo a tiempo para regresar a Francia junto a la restaurada Casa de Borbón en 1815. En la Francia de la restauración monárquica, jesuita pasó a ser sinónimo de legitimista, y como tal, más que por su papel religioso, fue atacado, sobre todo en el terreno de la educación, el único en que llegó a dar batalla en firme y supuso un peligro real para sus enemigos liberales.

Es curioso porque gran parte de los prejuicios anteriores contra la Compañía de Jesús, que condujeron a su disolución, iban en sentido contrario. Los jesuitas fueron durante mucho tiempo los enemigos del orden absolutista y por ese motivo habían

sido prohibidos durante el período del despotismo ilustrado, incluso por reyes católicos como Carlos III. Es cierto que quienes más habían atacado a la Compañía de Jesús fueron los filósofos, Voltaire a la cabeza, pero quienes acabaron por obtener su disolución fueron los reyes de la Casa de Borbón, por una vez aliados a la de Portugal.

Según los filósofos y gracias a ellos, esa es una imagen que subsiste en la imaginación popular: los jesuitas disculpaban el regicidio y habían armado a Ravaillac — el asesino de Enrique IV de Francia—, matado a Enrique III de Francia y al infante don Carlos, hijo de Felipe II de España; pero para los reyes era incluso más importante que se hubiesen negado a rendir a la Corona algunas de las «reducciones» que tenían en Paraguay, y Voltaire llegó, en su novela *Cándido*, a mostrarnos un ejército jesuítico alzado en Paraguay contra su rey natural, cuya autoridad el filósofo parecía considerar, por una vez, legítima.

La Compañía de Jesús logró sobrevivir a la prohibición papal solo porque estaba firmemente asentada en Polonia y este país pertenecía al zar, en aquellos momentos a la zarina — Catalina la Grande—, que se negó a obedecer las órdenes del Vaticano, parte por orgullo nacional y parte por considerar que los jesuitas podían ayudarla a educar a la reducida élite con que contaba para modernizar su país. Cuestión de perspectivas, mientras que en Prusia ser moderno era estar con Voltaire contra los jesuitas, en Rusia era estar con los jesuitas mientras se escribía a Voltaire.

Al resucitar la Compañía de Jesús, guardando su brillo intelectual había perdido, sin embargo, su brío contestatario. Los jesuitas no volvieron a armar a un Ravaillac o a justificar el regicidio. A pesar de ello, la nueva Compañía de Jesús fue vista como sospechosa, incluso por ministros conservadores de las monarquías restauradas, por su docilidad a Roma, y como enemiga por todos los liberales de Europa por sus posturas que eran tanto más retrógradas cuanto venían de gente que había estado en la punta del progreso católico, tan solo medio siglo antes.

Los franceses de la Restauración, puede verse en *Rojo y negro* de Stendhal, confundieron y unieron bajo el nombre de «congregación» a la Compañía de Jesús con la facción de Carlos X y los *Chevaliers de la Foi*. En la obra de Stendhal el jesuita abate Castagnede es presentado como jefe de policía de la congregación en la frontera norte.

Esa confusión era facilitada porque la Compañía de Jesús era por aquel entonces la única «congregación» de sacerdotes seculares existente en territorio francés, pero también porque muchos de sus asociados simpatizaron realmente con los *Chevaliers de la Foi*. La confusión era también a menudo forzada, porque es evidente que muchos de los que atacaron a los jesuitas de *Chevaliers*, o a los *Chevaliers* de jesuitas, eran suficientemente cultos y bien informados para distinguir una congregación de otra, conocían el origen de la confusión y, sin embargo, la explotaban en su propaganda. El jesuita a lo largo del siglo XIX representa menos un personaje real que de leyenda.

Tomemos el caso de Stendhal. Puede considerarse simbólico que la calle en que nació Stendhal se llamara en el momento de su nacimiento *rue des Vieux-Jésuites*, y en el de su muerte *rue de Jean-Jacques Rousseau*. Stendhal era hijo de su época y odiaba a los jesuitas, como lo demuestra a lo largo de toda su obra, pero ¿qué representa un jesuita para Stendhal?, ¿o para cualquier otro de sus contemporáneos de ideología liberal? La visión que aparece del jesuita en sus novelas carece de sutilezas. El gran autor de *Los estados de alma y los matices*, tiene al menos un personaje que carece de ellos y es siempre negro. Leyendo a Stendhal se llega a la conclusión de que jesuita era todo aquel que, perteneciendo o no a la Compañía, limitaba de alguna manera la libertad del autor. Cuando se considera la gran cantidad de jesuitas o exjesuitas que participaron en su educación, se llega a la conclusión, quizá simplista, de que Stendhal al escribir sobre la Congregación se estaba vengando de sus antiguos profesores.

Por otra parte, es cierto que los jesuitas desde su reconstitución como orden pasaron a ser los grandes promotores del ultramontanismo católico: obedeciendo al Papa, los jesuitas estuvieron a favor de Metternich y contra la unidad italiana, y prepararon y defendieron las tesis del *Syllabus* y de la *Quanta cura — Carta encíclica sobre los principales errores de la época—*, los dos documentos con los que el Vaticano fijó la ortodoxia católica y condenó toda modernidad en la segunda mitad del siglo XIX. Finalmente, los jesuitas se alinearon con la Santa Sede en el debate sobre la infalibilidad papal.

Todo lo anterior les valdría a su vez ataques como no habían recibido hasta entonces. En Francia, todas las mentes preclaras coincidieron en atacar al jesuita: el polemista galicano Frarwois-Domini que de Reinaud, conde de Montlosier, en su *Memoria de consulta*; los historiadores Jules Michelet — en su *Histoire de France*— y Edgard Quinet, expulsado por sus lecturas antijesuíticas del *Collége de France*; el folletinista Eugéne Sue en *El judío errante* y el novelista Stendhal atacaron al jesuita a lo largo de toda su obra; Balzac, que era pese a todo monárquico, en *El cura de Tours*, describió a la Congregación como una «organización temible». Montlossier, por su parte, refiriéndose a una de las múltiples organizaciones creadas por los *Chevaliers de la Foi*, escribió: «Por obra de una asociación, llamada de San José, todos los obreros andan hoy alistados y disciplinados. Hay en cada barrio una especie de centurión jesuita». Hemos visto el origen de esa confusión pero, vista la manera en que fue denunciada, es difícil saber si al conde le parecía más peligroso que los organizaran los jesuitas o que los obreros estuvieran organizados.

Los enemigos franceses de la Compañía no estaban solos: Vinzenzo Gioberti, antiguo sacerdote y republicano, partidario de la unidad italiana, publicó en 1847 un libro hostil a la política de la Compañía, *Il Gesuita moderno*. Fue también contra los jesuitas que Otto von Bismarck, tan poco afín a Sue, Stendhal o Gioberti, lanzó el *Kulturkampf* a partir de 1871.

Podría pensarse que el hecho de no existir durante la época de la Revolución, la abierta y continua hostilidad de Voltaire y el hecho de ser legitimistas al final del primer gran ciclo revolucionario, excusaría a los jesuitas de la acusación de haber participado en la muerte de Luis XVI y la llegada de la Primera República francesa, pero también fueron acusados por eso. No solo fueron incluidos en la conjura contra Luis XVI, sino que, además, se vieron mezclados con todos los sospechosos anteriores — masones, *Illuminati*, templarios— en unión contra natura en por lo menos un libro, *La tumba de Jacques de Molay o el secreto de los conspiradores, para aquellos que quieren saberlo todo*, de Charles Louis Cadet-Gassicour, publicado en 1796. El libro es la versión antijesuítica de la Gran Conjura templaria contra los capetos. En este texto, el templario Jacques de Molay, sabiéndose acosado, habría fundado distintas logias, una en Edimburgo de la que nació la masonería, y otra en España, de la que nacería siglos después la Compañía de Jesús. De nuevo los templarios son asociados con los Asesinos del Viejo de la Montaña y los partidarios de Cromwell, y los Superiores de la Compañía de Jesús, vistos como la fuerza oculta detrás de Cagliostro y Swedenborg y responsables de la toma de la Bastilla.

Cadet-Gassicour no es el único autor que ve una relación entre jesuitas e *Illuminati*. En su polémica sobre el control de la orden y tras marcharse de ella, el barón Von Knigge había acusado a Weishaupt de ser un agente de la orden, aunque este llevaba años luchando contra ella. La lógica de Cadet-Gassicour es implacable por lo menos en un punto, los motivos de la Revolución: los Borbones habían tratado de destruir la Compañía de Jesús y esta habría destruido a la Casa de Borbón.

Si Cadet-Gassicour está en minoría entre los que ven en los jesuitas a conspiradores afines a la Revolución, está también una generación por delante de los que durante el siglo XIX verán de nuevo en el resucitado jesuita un conspirador, solo que esta vez reaccionario. El jesuita como personaje literario es un motivo recurrente en la literatura francesa del siglo XIX, y no solo en la literatura política sino sobre todo en la popular.

El XIX es el gran siglo de la novela y Francia el país en que esta alcanza algunas de sus más altas cotas. No quedan grandes relatos o grandes retratos antisemitas, o antimasónicos, escritos por autores de talento reconocido, pero los novelistas del XIX francés han dejado una larga serie de retratos jesuíticos — pintados con variedad y abundancia de tonos oscuros— que prefiguran la forma en que los propagandistas del siglo XX, tanto comunistas como fascistas, verán o al menos retratarán a otros conspiradores: monstruos de fealdad y a la vez seductores, enemigos implacables e infrahumanos despreciables que son a la vez geniales y dignos de admiración. Modernos durante la Contrarreforma, en el momento de su creación, los jesuitas vuelven a serlo en la pluma de sus enemigos. Algunos de ellos bastante divertidos.

—Richelieu, del cual hemos hablado — continuó Aramis—, cometió el grande error de querer gobernar por sí sobre el reino, de dejar que se sentaran dos reyes en un mismo trono, Luis XIII y él, cuando pudo instalarlos más cómodamente en dos tronos diferentes.

—¿En dos tronos? —repuso Felipe —.

Sí, monseñor —prosiguió Aramis con voz sosegada—: un cardenal primer ministro de Francia, con ayuda del favor y del apoyo del rey cristianísimo; un cardenal a quien su amo y señor presta sus tesoros, sus ejércitos y su consejo, al aplicar únicamente a Francia sus recursos no cumpliría con los deberes a su cargo. Por otra parte — añadió Aramis dirigiendo una mirada escrutadora a Felipe—, vos no seréis un rey como vuestro padre, delicado, tardío y hastiado de todo, sino un rey inteligente y guerrero, y como tal, anheloso de ensanchar vuestros dominios, en los cuales yo os molestaría. Ahora bien, nuestra amistad debe no verse nunca, no diré alterada, pero ni siquiera levemente velada por un designio oculto. Yo os habré dado el trono de Francia, vos me daréis el trono de San Pedro. […] Vos y yo compartiremos el universo, vos en lo temporal, yo en lo espiritual, y como yo moriré primero que vos, vuestra será mi herencia. ¿Qué os parece mi plan, monseñor?

ALEJANDRO DUMAS,
El vizconde de Bragelone.

Henri d'Aramitz, hijo de Jean du Preyer y Marie Aramitz, sirvió al rey de Francia quince años como mosquetero. Sabemos que lo hizo en compañía y en la compañía de su primo hermano, Arnaud Sillégue d'Athos, y que es incluso posible que conociera a Isaac de Portau, que fue durante cuatro años mosquetero, aunque este sirviese en otra compañía. Sabemos también que ninguno de los tres lo hizo bajo las órdenes de Charles de Batz-Castelmore, conde d'Artagnan, capitán de los Mosqueteros Negros, esbirro del ministro Mazarino y futuro mariscal con Luis XIV, que llegó a París cuando Aramitz ya se había retirado. Tras quince años de servicio, Aramitz abandonó las armas, se casó y murió tras una larga y aburrida vida que en nada se parece al personaje por él inspirada. Por el contrario, René de Aramis, aparte de ser el único de los tres mosqueteros que tiene nombre de pila, fue un soldado amante de las mujeres y las murmuraciones en *Los tres mosqueteros*; fue también el caballero de D'Herblay en *Veinte años después*, novela en que ya se había unido a los jesuitas, y finalmente el abate D'Herblay en *El vizconde de Bragelone*, donde trata de quitarle el trono a Luis XIV. Aramis, desde su primera aparición en *Los tres mosqueteros*, comparte dos aficiones con su creador, las mujeres y las conjuras.

Sabemos que a Dumas le gustaban las mujeres porque gastó en ellas casi toda su fortuna, y sabemos que le gustaban las conspiraciones porque escribió en torno a ellas algunas de sus novelas más famosas: *La reina Margot* tiene que ver con la conjura que condujo a la Noche de San Bartolomé; *El collar de la reina y Joseph Balsamo*, sobre conspiraciones abracadabrantes — en las que participan masones e iluministas — durante los últimos tiempos de la monarquía; *El vizconde de Bragelone*, que muchos conocen como *El hombre de la máscara de hierro*, tiene entre sus tramas principales una conjura para sustituir a un Luis XIV prepotente y cruel, pero grande, por su gemelo dulce y bueno, pero humano, demasiado humano. Detrás de esa conjura aparece el traidor, el jesuita, un Aramis que ya no se parece en nada a aquel amable Henri d'Aramitz de la vida real.

Aramis no es el peor de los jesuitas de la literatura francesa del período, por lo menos sigue siendo simpático en su desparpajo y — aunque no siempre— un buen y leal amigo. Por el contrario, en la creación de Eugéne Sue, el padre Rodin S. J., no hay nada de simpático.

Sue (1804-1857) fue en vida «el rey de la novela popular», vendió más libros que Balzac, Dumas o Hugo, escribió mucho y vendió mejor, y en el momento de su muerte era un escritor amado y respetado por las masas. No es un autor que haya envejecido bien y, aunque algunos críticos modernos hayan tratado de rescatarlo, hoy está relegado al olvido.

Sue era socialista, o al menos radical, en cualquier caso republicano y anticlerical, o al menos no le gustaba la jerarquía católica, aunque podía mostrar alguna simpatía hacia los modestos curas de aldea nacidos del pueblo. Sus libros son grandes frescos de la historia del mundo, de la historia de Francia, del ascenso del pueblo francés hacia la libertad y de su lucha contra las fuerzas del oscurantismo, representado por la aquí siniestra alianza del trono y el altar. Su literatura es popular, tanto por el tipo de lectores que busca como por los temas y métodos que emplea. Como suele pasar con la literatura popular, los personajes negativos son más atractivos e interesantes que los buenos, que las más de las veces pueden parecer tontos.

El padre Rodin aparece en *El judío errante* (1844-1845). Es presentado en el capítulo «Los mensajeros», donde en cinco páginas despacha con su ayudante sobre la amante de un rey, el suicidio inducido de un patriota italiano — un carbonario—, una campaña de difamación contra su propio país, un testamento alterado a favor de su orden, varios confesores de gente poderosa, un príncipe de la Iglesia que parece no someterse aún a las órdenes de la Compañía y otros varios temas, resueltos todos con crueldad, insistencia, hipocresía y dinero, pero sobre todo con dos grandes virtudes modernas: prontitud y eficacia. No se trata de un malvado romántico a la manera de Byron que pueda ser redimido o admirado, carece de aspectos positivos, es traicionero, físicamente cobarde, feo, contrahecho, mal vestido, «llevaba una vieja chaqueta oliva, raída, de cuello grasiento, un pañuelo de tabaco por corbata»; casto pero a la manera de los eunucos, es la caricatura llena de rasgos infrahumanos del

enemigo despreciado y despreciable hasta que empieza a moverse: «Sus cabellos grises se aplastaban sobre sus sienes y coronaban su frente calva; sus cejas estaban apenas indicadas; su pupila superior, vacía y caída como la membrana que vela a medias los ojos de los reptiles, escondía apenas su *ojillo* vivo y negro; sus labios delgados absolutamente incoloros, se confundían con el tinte apagado de su cara delgada de nariz y mentón puntiagudos. Esa máscara lívida, por decirlo así sin labios, parecía tanto más extraña cuanto que era de una inmovilidad sepulcral…». Pero puesto en movimiento es terrible: se lanza a grandes planes siniestros a todos los niveles, con el mismo entusiasmo persigue a la viuda y al huérfano, difama a su propio país, trata de desposeer a inocentes de sus herencias, de llegar a ser Papa, y es implacable en sus odios. Es la clase de personaje que se ríe en la cara de los condenados a muerte. Es Satanás con sotana, pero sin la simpatía y don de gentes que se le atribuyen normalmente al diablo: es un jesuita.

El hombrecillo miserable con aspecto de ropavejero es también un *Blofeld* de novela *jamesbondesca,* un conspirador que usa de los medios del mundo moderno, al que desea devolver a la oscuridad, para conseguir sus objetivos. La conjura jesuítica dirigida por Rodin se anticipa a cualquiera de las de *Spectra* en las novelas de Ian Fleming dedicadas a James Bond; su compañía tal como es descrita en los libros de Sue es una corporación con filiales y agentes en todas partes del mundo, en contacto con una oficina central en París, que para Sue y para sus lectores era lo mismo que una en el centro del mundo. Es allí donde Rodin abre sus mensajes y cartas cifradas y determina qué se hace en cada caso: autócrata total de una sociedad jerárquica y disciplinada, solo le falta un gato blanco al que acariciar con una mano mientras con la otra tiene un dedo literalmente en cada país: «Inclinado sobre el globo, enlazándolo por así decirlo entre sus brazos… Después de haberlo encubado con su mirada de reptil, paseó sobre la imagen pulida del mapamundi sus dedos nudosos, golpeó por turnos con su uña plana y sucia tres de los lugares en que se veían pequeñas cruces rojas… A medida que designaba cada una de las ciudades, situadas en lugares tan diversos, la nombraba en voz alta con un deje siniestro: Leipzig, Charlestown, Batavia…». Después toda esa maldad increíble acaba quedando concentrada en un ridículo asunto de testamentos alterados y herencias robadas. Pero qué podemos esperar de la propaganda antijesuítica, si incluso Maupassant, más comedido y capaz de matizar que Sue, cuando retrata a un jesuita en uno de sus cuentos, considera normal que este esté acechando la herencia de un moribundo. El infame Rodin volverá a aparecer en *Los misterios del pueblo,* mientras que Sue, cada vez más político, hará de Napoleón III un jesuita secreto, al que, atendiendo a la historia real, supondremos bastante menos casto que Rodin.

Se puede decir que el odio al jesuita forma parte del espíritu de la época. Gógol, en Rusia, estará también en contra, como estará en contra del polaco y el judío, pero a diferencia de tantos fundamentalistas estadounidenses del siglo XX, no los mezclará. *Tarass Bulba,* novela épica, es también un catálogo de odios: al jesuita, al polaco, al

judío, al ciudadano. Gógol es al menos honesto en sus odios y no busca excusas. *Tarass Bulba* es el libro de alguien que resiente la modernidad en cualquiera de sus formas y a esta prefiere la barbarie, y a su manera, por lo primario de sus odios y aunque no menciona siquiera la palabra conjura, es más claro que muchos otros textos escritos a lo largo del siglo XIX, donde se buscan excusas para justificar el odio hacia lo moderno. Por el contrario, *The Slave of the Lamp*, de Henry Seton Merriman, el libro de un inglés que suponemos civilizado y urbano, es una novela de aventuras, felizmente olvidada por su mediocridad, en la que un héroe británico y decimonónico, perdido entre franceses incompetentes, descubre una conjura jesuita para derribar al gobierno en París, con la ayuda de armas robadas en Inglaterra: «De forma vaga había conectado al partido de los jesuitas con los disturbios de París y la importación de rifles ingleses con los que la masa había sido armada. La alegre capital estaba en aquel momento en manos del más "provisional" e incierto gobierno imaginable, la política interna de Francia estaba completamente desorganizada. Era el momento apropiado para que el partido de la Iglesia tratara de recuperar el poder perdido». Se trata tan solo de una novela de aventuras de tipo comercial, pero tanto la elección del tema, un golpe de Estado o tal vez incluso una revolución en Francia —el país inestable por excelencia para los ingleses del siglo XIX—, como del malo que hay detrás de la trama conspirativa — un jesuita traicionero—, reflejan también ese espíritu de la época del que hemos hablado antes. La sede de los jesuitas descrita en esta novela es, por su parte, la madriguera llena de subterráneos y salidas secretas que uno espera encontrar en una novela gótica.

Los elementos de la novela gótica se vuelven en este período parte esencial de numerosas obras, no todas de ficción, dedicadas al estudio y denuncia de las conspiraciones. Merriman llena la sede de los jesuitas de túneles pero también lo hace, en un documento presentado al público como verídico, un supuesto novicio apóstata, Matias Marcet, que afirma que los jesuitas habían construido un túnel secreto que iba desde su sede en Francia hasta el Palacio de las Tullerías.

Aunque alcanzó una gran virulencia verbal durante los primeros años de la Tercera República francesa, hay que decir que la *jesuito-fobia* no tuvo entonces la importancia que había tenido durante la Segunda República o incluso durante buena parte del Segundo Imperio, pero aun así merece ser incluida en un estudio de las conspiraciones, no tanto por su reflejo de polémicas olvidadas desde hace un siglo como por la forma en que el jesuita aparece retratado en la literatura de la época.

Es también importante por la aparición de diversas versiones de un documento mucho menos divulgado en el siglo XX que los *Protocolos de los sabios de Sión* pero que los precede. A mediados del siglo XIX reapareció y fue propagada la *Instrucción secreta* de los jesuitas, parte pastiche de rituales masónicos — pasados aquí por el filtro de las novelas de Dumas—, parte manual subversivo al estilo de los *Protocolos*, con los que tiene puntos en común, no solo por su contenido, sino en su mitología, y en la manera en que fueron encontrados y reproducidos.

20

Del desprecio al odio: el antisemitismo se transforma

A finales del siglo XIX, Francia creará de nuevo y exportará ideas destinadas a florecer en el resto de Europa con solo una o dos generaciones de retraso. A un francés, Drumont, elegido como diputado al Parlamento de su país en una lista antijudía, le corresponde ser el primero en emplear el término «nacionalsocialista». Lo hizo en 1892, en su periódico *La Libre Parole*.

Desmintiendo la acusación hoy tan repetida que hace de Francia un país antisemita, el judío permaneció casi ausente de la literatura de la Restauración y el Segundo Imperio. Incluso Samuel, el judío que da título a *El judío errante* de Eugéne Sue, aparte de ser un personaje positivo, tiene menos peso en esa novela que él su contrapartida negativa, el padre Rodin. A pesar de que durante la monarquía orleanista se publicó *Los judíos, reyes de la época* de Alphonse Toussenel (1844), el antisemitismo permaneció marginal dentro del discurso político francés hasta el Segundo Imperio, en que reapareció de manos de un polemista católico, Louis Veuillot, que en 1858 tomó partido a favor los Estados Pontificios durante el *affaire Mortara*.

Veuillot, que había desplegado una increíble actividad en defensa de la Iglesia católica, perseguida o al menos marginada tanto por la monarquía de Luis Felipe de Orleans como por la Segunda República, siguió demostrándola durante el reinado de Napoleón III, pese a que este favorecía en todo o casi todo a la Iglesia católica. Partidario de la infalibilidad papal, un concepto aún nuevo en la época, Veuillot apoyó desde la prensa el secuestro por parte de la policía vaticana de un niño de familia judía que había sido bautizado en secreto por una criada de sus padres. El muchacho, Edgardo Levi Mortara, crecería bajo la tutela de Pío IX y se haría sacerdote. En torno a ese caso se desarrollaría la primera gran polémica del antisemitismo moderno en Francia: de un lado Veuillot, y del otro toda la prensa liberal, pero no necesariamente anticlerical, contraria al secuestro, a la que el primero acusó de estar a sueldo de los judíos. Aunque la polémica acabó en el terreno político, se mantuvo inicialmente en el religioso.

Pocos años después, en 1869, Henri-Roger Gougenot des Mousseaux publicaría *El judío, el judaísmo y la judaización de los pueblos cristianos*, que influiría en varios escritores nacionalistas y antisemitas de finales del siglo XIX francés: Drumont, Barrés y Maurras. Si Veuillot fue el primero en atizar una polémica antisemita en la prensa francesa, Gougenot des Mousseaux fue ya un antisemita moderno que

partiendo del antisemitismo católico de sus predecesores entró en el terreno de la antropología, las leyes de la herencia, las ciencias y la magia, mezclando unas con otras. A la oposición entre católico y practicante de la religión judía, expresada por polemistas como Veuillot, que puede salvarse mediante la conversión, Gougenot opuso una nueva manera de ver el problema judío — la enemistad racial entre el ario y el semita— que retomaba todos los antiguos mitos y nuevos de su tiempo, desde la demonología medieval hasta las modernas teorías racistas recogidas por el conde de Gobineau en su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, que publicado en fecha relativamente reciente (1854), tenía gran influencia en Francia y había popularizado por primera vez el término «ario» fuera del área de los estudios lingüísticos.

Gougenot des Mousseaux está en contra de los judíos porque son enemigos del catolicismo, pero si se convierten a esta fe siguen estando en contra de ellos porque son parte de una raza maldita. Cuando otros polemistas católicos le hagan notar que el racismo es de alguna manera contrario a la fe católica, Gougenot no les hará caso. Obligado a escoger entre el antisemitismo o la obediencia a la Iglesia católica, escogerá siempre el primero. Muchas de sus ideas sobre los judíos y el diablo no se basan por lo demás en la doctrina de la Iglesia, sino en la mezcla del ocultismo y la ciencia.

En los libros de Gougenot el judío es a la vez ateo, miembro de una religión contraria a la católica y adorador del diablo. Como satanistas y masones empleaban letras hebreas en algunas de sus ceremonias, era evidente, al menos para Gougenot, que los judíos tenían que ser a la vez masones y satanistas. Por otra parte, Gougenot dedicó más a Satanás que a Dios gran parte de su obra y reflexión. Cuatro de sus ocho libros — *Costumbres y prácticas de los demonios*, 1854; *La magia en el siglo diecinueve*, 1860; *Los mediadores y los medios de la magia*, 1863 y *Los fenómenos de la magia*, 1864— están dedicados indistintamente a los demonios, la magia y los judíos. En *Costumbres y prácticas de los demonios*, el autor deja claro que no hay posibilidad de arreglo entre católicos y judíos; en *Los fenómenos de la magia*, aparece el judío como súcubo corruptor de la moral y más de la mitad del libro está dedicada a la sexualidad de íncubos, súcubos y judíos, a los que no parece distinguir muy bien, y su influencia desmoralizadora sobre la sociedad. La presencia de elementos ocultistas y oscurantistas en su obra no impide que Gougenot compare a los judíos con gérmenes, sepa de los avances logrados por Pasteur y emplee de vez en cuando términos científicos, de forma a veces torpe pero no mucho más torpe que otros escritores de su época. El judío de Gougenot en *Los fenómenos de la magia*, aparte de masón y satanista, es portador de un «semen alterado» con el que trata de «crear una raza de bastardos». Otras acusaciones son de tipo económico: los judíos, aparte de servir al diablo, sirven a la familia Rothschild. Se muestra ahí influido por *Los judíos, reyes de la época*, de Toussenel, que era a la vez antisemita y anticapitalista, algo que ya había sido Gougenot en *Sobre los proletarios*, de 1846,

una de sus raras obras dedicadas a los trabajadores, en la que algunos comentaristas franceses posteriores ven un antecedente del sindicalismo católico del siglo XX.

En 1878, la carta de Simonini a Barruel reapareció para unirse a la polémica. Otro abate, Nicolas Deschamps, la incluyó en *Les sociétés secrétes et la société*. En este punto, y comparada con otros textos del momento, como los de Gougenot o Taxil, Simonini y su conjura parecerán casi un modelo de sencillez, modestia e incluso lógica. La carta de Simonini alteró la naturaleza del antijudaísmo cristiano, y los textos de Gougenot fueron el siguiente paso en la cadena de transformaciones que llevó al despreciado judío de gueto medieval a convertirse en un personaje temido, motor de una Gran Conjura. El antijudaísmo tradicional de base religiosa y católica —aunque hubo también un antisemitismo luterano— dio lentamente paso a un antisemitismo ideológico que criticaba a los judíos cosmopolitas de la alta burguesía por oprimir a los obreros y abandonar sus principios tradicionales, y a los judíos tradicionales, y pobres, por rechazar los valores universales de la Europa de las Luces, a pesar de que una vez adoptados estos se transformaban en judíos ricos y cosmopolitas, explotadores de los obreros.

En 1892, el antisemitismo se hizo presentable en sociedad, dejó de estar en manos de elementos marginales y locos. El periodista Edouard Drumont cuestionó el papel de varios banqueros y financieros judíos en el escándalo del canal de Panamá, relanzando el antisemitismo a un terreno más estable que el establecido por Gougenot. Drumont, que no entró en demonologías, ni se salió de lo político, se aprovechó pese a todo del terreno creado por sus predecesores. A un público dispuesto a aceptar que los judíos servían al diablo, no le costaba nada asumir que, además, pudieran ser responsables del robo de sus ahorros.

El «escándalo de Panamá» es fácil de explicar. Lesseps, constructor del canal de Suez, fue designado para construir un segundo canal que uniera el Pacífico y el Atlántico a través del istmo de Panamá. Fracasó, gastó más dinero del previsto, se vio obligado a lanzar varios empréstitos públicos para acabarlo y en un momento dado comenzó a desviar los fondos destinados a la construcción para sobornar a los periodistas que cubrían la información sobre la obra, mantener vivas las esperanzas del público en el proyecto y el dinero fluyendo hacia las arcas del mismo. Al final, fue imposible esconder que en la construcción del canal se había gastado mucho más de lo previsto, que los trabajadores no podían seguir avanzando debido a las enfermedades tropicales, que todo el proyecto era inviable tal y como había sido propuesto por Lesseps, en contra del mejor consejo de su colega Eiffel. El escándalo costó cinco años de prisión a Charles Baihaut, masón y antiguo ministro de Obras Públicas de la Tercera República. Los ingenieros Ferdinand de Lesseps y Gustave Eiffel estuvieron a ponto de ir a prisión pero fueron dejados en libertad. Posteriormente, Eiffel fue rehabilitado, cuando se demostró que no tenía nada que ver con la malversación de fondos. Ochenta y cinco mil inversionistas, sobre todo

rentistas y jubilados procedentes de la pequeña burguesía de provincias, perdieron sus ahorros, y Lesseps su buen nombre.

Edouard Drumont, que había sido testigo de un escándalo anterior, el colapso de la *Union Genérale* en 1885, lanzó una campaña antisemita, en la que fue secundado por numerosos eclesiásticos, inversores arruinados y periodistas contrarios a la República.

Drumont no apareció de la nada ni debió su influencia solo a los antisemitas anteriores a él. Existe la idea de que la República siempre ha sido popular en Francia, pero lo cierto es que, en el momento de proclamarse la Tercera República, monárquicos e imperiales eran mayoría y solo la desunión de los primeros impidió que una de las ramas de la Casa de Borbón recobrara el trono. Fue en ese contexto parlamentario y social en el que se dieron todos los grandes debates de la Tercera República y llegaron todos sus grandes problemas: el *affaire Dreyfus*, el escándalo de Panamá, el olvidado escándalo de las condecoraciones, el movimiento boulangista que precedió a las ligas populares de la extrema derecha republicana del siglo X, la instauración forzada de la escuela pública laica y gratuita, la separación forzada de la Iglesia de la educación, seguida por una guerra escolar que llegó en Francia — y Bélgica— hasta la primera mitad del siglo XX… Con ese telón de fondo, con una Francia provinciana de nuevo molesta con un París demasiado revuelto y adelantado con respecto al resto del país, se dio el fenómeno del antisemitismo popular.

Fue tras ese telón de fondo cuando Drumont publicó *La Francia judía*, en 1886 (traducida al castellano en 1889), libro en el que aparecen de forma repetida los nombres del barón de Rothschild, Seligmann d'Eichtal y Achile Fould, convenciendo al público del peso y poder judío dentro del sistema capitalista francés y europeo. A Fould, antiguo diputado orleanista, ministro de Finanzas con Napoleón III y banquero, su conversión al cristianismo no le salvó de ser citado, pese a que había demostrado su sinceridad al convertirse en un momento en que las sinagogas no eran atacadas, al menos en Francia. De todas formas, Fould se había convertido a la Iglesia equivocada, haciéndose protestante; y el protestante, sin ser tan sospechoso como el jesuita o el judío, aún no era considerado como francés en muchas partes de la Francia profunda. El libro en sí fue un éxito de ventas; su primera edición se vendió en cuarenta y ocho horas y continuó reimprimiéndose hasta 1943. Drumont explotó ese éxito políticamente, logrando ser elegido como diputado en una lista que se proclamaba como antijudía en el departamento francés de Argel.

Sin embargo, a pesar del éxito de Drumont, cuando muchos años después, ya en el siglo XX, Alfred Rosenberg escogiera para su traducción al alemán textos, de entre la ya amplia selección de libros antisemitas producidos en Francia, prefirió los libros de Gougenot des Mousseaux por encima de los suyos o incluso sobre los de escritores de talento como Barrés o incluso de Maurras, que era antisemita pero no bastante antisemita y sí decididamente antialemán.

21

Llega Satanás: Leo Taxil, la literatura «fumiste», el general Pike y el Ku Klux Klan

Albert Pike fue un masón de buena reputación que vivía en el sur de los Estados Unidos y había escrito varios libros sobre conducta y ética masónica. Como la mayor parte de los masones estadounidenses, permanecía fiel a su fe cristiana y no veía ninguna incompatibilidad entre ponerse un mandil en la logia e ir a misa el domingo. Albert Pike era más inteligente y culto que Homer Simpson, pero como él, iba a la iglesia en familia y a la logia con los amigos. Durante el conflicto entre los estados del norte y del sur que siguió a la elección de Abraham Lincoln, Albert Pike tomó partido por su estado natal contra la Unión y llegó a ser general del Ejército Confederado; después de la guerra civil norteamericana escribió editoriales, contra la integración en la sociedad sureña de los republicanos llegados del norte y de los esclavos liberados en el sur: «Con negros como testigos y jurados, la administración de justicia se ha trasformado en un insulto blasfemo. […] La desprotegida gente del sur… no puede encontrar protección para su propiedad, libertad o derecho a la vida sino en una organización secreta… Uniremos a cada blanco del sur, opuesto al sufragio de los negros, en una gran Orden de la Hermandad Sureña, con una organización completa, activa, vigorosa, en que unos pocos ejecuten la voluntad concentrada de todos, y cuya misma existencia sea ocultada de todos salvo de sus miembros», escribió Albert Pike en un editorial de *The Daily Appeal*, el 16 de abril de 1868. A pesar de esos editoriales, Pike es el único general de la Confederación que tiene una estatua, levantada después de la guerra civil, en Washington. La tiene en su condición de autor de textos masónicos.

Fue en el período de la posguerra cuando, a petición de un grupo de jóvenes, antiguos oficiales de la Confederación, se unió y fue directivo de la sociedad fraternal más grande que jamás ha visto el sur de los Estados Unidos, la gran Orden de la Hermandad Sureña a la que aludía en su editorial: el Ku Klux Klan. El Klan fue el grupo al que Pike, valiéndose de su experiencia previa como masón de alto rango, ayudó a dotar de una serie de reglas de conducta interna muy parecidas a las de otras sociedades fraternales. No era el único francmasón que se había unido al nuevo grupo: el general Nathan Bedford Forrest, que fue, hasta su disolución en 1869, jefe del Klan — o, en su más florido lenguaje, «gran mago imperial del imperio invisible»—, también había sido masón.

Según Leo Taxil, el exgeneral Pike era, además, el jefe secreto de la conspiración satanista mundial y el padre, igualmente secreto, de la suma sacerdotisa de un culto satánico de inspiración masónica, lo que sin duda alguna habría sorprendido a su familia, a su pastor y a sus compañeros de banco en la iglesia de su pueblo, bastante menos que a los votantes negros o republicanos de su estado.

La carrera satanista de Pike empezó en un lugar en el que nunca estuvo y que no fue popular hasta bastante después de su muerte, *Le Chat Noir*, en el XVIII *arrondisement* de París. Se trataba de un *cabaret* y, aunque no lo asociemos con él mismo, todos hemos visto alguna vez su póster, pintado por Théophile-Alexandre Steinlein —un cartel con fondo amarillo en el que podemos ver un gato negro sentado mirando directamente al retratista—. En *Le Chat Noir*, en escena y entre bambalinas, se desarrolló un peculiar sentido del humor que dio lugar a un grupo literario olvidado que tuvo muchos nombres, siendo el menos olvidado el de *fumistes*. Los *fumistes* fueron también conocidos como *hydropathes, hírsutes, jemenfoutistes, incohérents y zutistes*. Eran una escuela literaria que se caracterizó por su humor negro y su falta de respeto a las normas. Un humor que se traducía no solo a través de su obra escrita, o de la reivindicación de la «alegría francesa», sino también por la provocación a través del acto, un acto que podía ser a veces una broma pesada pero ingeniosa — lo que en Francia se llamó un *canular*—, o a veces un gesto entre dudoso, gracioso y obsceno que prefiguraba los sacrilegios del surrealismo. Ellos popularizaron el *canular* en los ambientes periodísticos franceses y Leo Taxil se encontró entre sus mejores discípulos.

Leo Taxil era el pseudónimo de Marie Joseph Gabriel Antoine Jogand-Pagés. Taxil fue un pequeño timador de fin de semana, polemista, pornógrafo, anticlerical en su juventud y masón expulsado de su logia. Fue también uno de los autores más populares sobre temas masónicos, colaborador de *La Croix*, el principal periódico católico francés, corresponsal de obispos, recibido por el Papa, y asesor de numerosos especialistas en temas masónicos. Hay que decir que si incluimos a Taxil en la escuela *fumiste*, el suyo fue uno de los *canulars* más largos de la historia: doce años. Aunque hubo gente que lo siguió creyendo bastante después, e incluso hoy sus textos siguen publicándose o sirviendo de base a nuevos libros dedicados a la masonería y el ocultismo.

Taxil fue director de numerosas revistas quebradas o prohibidas como *La Marotte, La Jeune République, La Fronde, Le Frondeur, L'Anti-Clérical y L'Avant Garde Républicaíne*, ninguna de las cuales sobrevivió más allá de dos o tres años. Inventor de grupos inexistentes que pese a todo cobraban por su afiliación, en 1878 creó primero La *Librairie Anti-Cléricale* y después la *Ligue Anti-Cléricale*. Gran parte de la obra inicial de Taxil, al menos la que corresponde a aquel período, era no solo anticlerical, sino también pornográfica, con títulos como *Las amantes del Papa, Los amores secretos de Pío IX* o *El manual del confesor*.

Entre 1880 et 1882 pasó por la masonería francesa y fue iniciado por la logia *Temple des Amis de l'Honneur Francais*. A pesar de ser hijo de masón, su estancia en la orden duró poco. En abril de 1881, fue excluido de las logias, y en enero de 1882, completamente expulsado, de forma indigna, debido a una acusación de plagio, sustentada por los masones Louis Blanc y Victor Hugo, poseedores de mayor y mejor reputación tanto en el terreno masónico como en el literario.

Fue una expulsión que le afectó menos en lo personal que en lo económico. Como editor de textos anticatólicos, su afiliación a la masonería, que en este punto del siglo XIX ya era unánimemente anticlerical en los países católicos, era también una de sus cartas de presentación frente a nuevos clientes. En julio de 1884 tuvo que declarar en quiebra su librería. Tal vez su ruina, tal vez su expulsión le condujeron al otro bando. En cualquier caso y a través de una de sus tías, una monja, Taxil entró en contacto con el partido clerical y cambió de bando sin cambiar de comportamiento: anunció su conversión en la prensa, publicó una retractación de sus errores en *La Républíque Anti-Cléricale* (julio de 1885), solicitó una audiencia al Papa, que acabó por recibirle en 1887, y dio a su fe reencontrada un toque patriótico al pretender que había sido una visión de la doncella de Orleans, santa Juana de Arco, la que le había devuelto al redil. Todo el mundo católico quiso creerle y le creyó: obispos, abates, polemistas y propagandistas, incluso la mística Teresa de Lisieux — futura santa—. El diario *La Croíx*: abrió sus páginas para sus artículos, pero no para todos, porque el viejo pornógrafo continuaba latiendo y asomando debajo del católico reencontrado.

Entre 1885 y 1887 Taxil publicó solo libros antimasónicos: *Los hermanos tres puntos, El culto del Gran Arquitecto, Las hermanas masonas*, todos de 1885; *La francmasonería desvelada y explicada*, en 1886, y *Los misterios de la francmasonería*, en 1887. En *Las hermanas masonas*, se volvió a dejar arrastrar por su vertiente pornográfica e inventó a la gran maestra del *paladismo*, Sophia Sapho, lesbiana que reinaba sobre un culto secreto y satánico de orgías, profanaciones de hostias, misas negras y sacrilegios, en el que el Baphomet, ya redefinido por Éliphas Lévi, era adorado mediante el sacrificio de sacerdotes y vírgenes. Inventó en ese libro un culto, el paladio, tan secreto que incluso la inmensa mayoría de los masones lo desconocían. Puede parecer increíble que alguien lo creyera, pero puesto que sus lectores habían aceptado en obras anteriores que Satán podía tomar forma de cocodrilo para tocar el piano, que existía una ciudad secreta debajo del lago Ginebra, que el puerto de Marsella estaba infestado de tiburones y que debajo de Gibraltar los diablos fabricaban gérmenes para exterminar a la Europa católica, ¿qué impedía ir un poco más allá?

Sin embargo, era solo un primer ensayo previo a su obra maestra. Entre 1891 y 1897 creó una nueva sacerdotisa satánica, *Miss* Diana Vaughan, hija del peligroso masón Albert Pike, líder secreto de la masonería mundial. Nadie ha explicado por qué, de entre todos los dignatarios masónicos del mundo, Taxil escogió a Pike. Tal vez fue una cuestión de lejanía e idioma. Tal vez porque una vez fallecido Pike, en

1891, le era difícil contestar a las acusaciones. Tal vez fue su esquela, aparecida en numerosos medios de comunicación masónicos, la que le inspiró la broma.

Acostumbrados a la rapidez con que podemos comunicarnos hoy, solemos olvidar que no hace tanto tiempo Norteamérica estaba realmente lejos. Y que los escritos de Pike, bastante moralistas como es normal en los de sus compatriotas de aquella generación, estaban en un idioma extranjero y eran de difícil acceso a los libreros de París. En cualquier caso, la obra principal de Pike, *Morales y dogma*, un libro dedicado a la filosofía y ritual masónico que se encuentra entre los más largos y pedantes jamás escritos sobre la materia, hubiera supuesto una gran decepción para todos los que conocían a su autor a través de Taxil: no solo era inofensivo, y son muchos los que lo consideran aburrido, sino que además carecía de escenas de sexo.

Desde el mismo nacimiento de la masonería se había sospechado, en la Iglesia y en los ambientes católicos, que una organización condenada por tantos papas no podía ser sino satánica, y la confesión de uno de sus miembros lo corroboraba. Taxil inventó todo un culto secreto, el *paladismo*, escondido en los niveles más altos de la masonería. Para ello describió con todo detalle ceremonias, cultos, ritos sexuales hasta el momento ocultos, y a medida que iba avanzando en su mistificación, inventaba, se veía obligado a inventar, más detalles, cada vez más escabrosos y exagerados. En 1889 publicó *Los asesinatos masónicos*. Desde 1891 y hasta 1894 publicó en forma de folletón, en una revista creada al efecto, una obra monumental y definitiva: *El diablo en el siglo XIX*. Este libro fue el compendio de todo lo escrito por él — y por otros a los que plagió— sobre el fenómeno ocultista: *paladismo*, teúrgia, magnetismo, hipnosis, mesmerismo, posesión y espiritismo. Un total de 960 páginas, con 120 ilustraciones fuera de texto.

El diablo en el siglo XIX denunciaba un nuevo complot, esta vez satánico, para destruir a la Iglesia católica —y a la sociedad francesa— a través del anarquismo y el socialismo. De nuevo el culpable de tan siniestro plan era Albert Pike y en él mismo los judíos quedaban incluidos entre las fuerzas del mal, ya que en algún momento de su carrera Taxil había descubierto que muchos integristas católicos — su mejor clientela en aquel momento— eran también antisemitas y él siempre supo dar a su público lo que quería: diablos, sexo, lesbianismo, voyeurismo y, ¿por qué no?, antisemitismo. Conocedor de la obra anterior de Gougenot, Taxil era lo suficientemente inteligente como para reconocer la existencia de un mercado siempre ávido de nuevas revelaciones y dispuesto a creer casi cualquier cosa.

Mientras tanto, *Miss* Diana Vaughan, satanista en vías de regeneración, seguía cautivando a la prensa católica y antimasónica. Entre 1891 y 1897 *Miss* Diana se reformó, trató de reformar su orden y devolverla al camino del bien, la abandonó ante lo vano de sus esfuerzos y acabó por convertirse al catolicismo, todo ello por correo, sin dejar nunca de escribir al mundo entero. Taxil fue tan hábil en sus maniobras que logró que incluso altas jerarquías de la Iglesia aceptasen su creación, a pesar de que al cabo de seis años nadie había visto a la hija secreta de Albert Pike. En realidad, Diana

Vaughan llegó a adquirir vida propia y comenzó a escribirse a espaldas de Taxil con otros polemistas. En cualquier caso, cartas no escritas por Taxil circularon, así como informaciones y contrainformaciones. Un periodista italiano afirmó conocerla en persona, insinuó conocerla bíblicamente —pero un caballero no presume de esas cosas, sino que se limita a insinuarlas— y denunció que las cartas de Taxil eran una superchería, pues Diana seguía fiel a los principios de su fe satánica. El *affaire* tomó dimensiones internacionales: *Miss* Diana — esta vez era de nuevo Taxil quien escribía— se carteó con el Vaticano, que indagó sobre ella e hizo gestiones en favor de su seguridad, cerca de los obispos de Nueva York y Charleston, ciudades en que, pese a todo, los prelados locales insistían en no conocerla. A lo largo de esas gestiones el Papa llegó incluso a mandar una reprimenda al obispo de Charleston, según el cual las afirmaciones de Taxil eran falsas.

Taxil llegó a lo más alto. Logró que incluso los expertos en masonería de la Iglesia le consultasen como experto, pero era evidente, incluso para él, que su broma había llegado demasiado lejos. El 19 de abril de 1897, a los doce años de iniciado el *canular*, convocó una conferencia en el salón de la *Société Géographique* de París. Acudieron todos los enemigos habituales de la masonería en espera de nuevas revelaciones. En vez de ello, Taxil confesó que lo había inventado todo. La broma no cayó bien y el escritor tuvo que salir de la sala escoltado por la policía. Ninguno de los dos bandos le perdonó la broma. *El diablo en el siglo XIX* y *Los misterios de la francmasonería desvelados* habían difamado a la sociedad fraternal hasta niveles increíbles, pero habían dejado aún más en ridículo a la Iglesia, que poco antes había publicado una encíclica, *Humanum Genus*, en la que el papa León XIII identificaba a la masonería con el reino de Satanás. La encíclica y los libros de Taxil coincidían solo en el tema, pero no fue fácil desligarlos en la imaginación popular, y finalizada la broma dejó como rastro la idea de que Taxil había engañado al Papa.

Al final la ficción ganó. Los libros de Taxil contra la masonería siguen circulando, han llegado incluso a los Estados Unidos, donde muchos cristianos renacidos, de ideas no muy distintas a las de Pike, creen que este era satanista. La retractación de Taxil, por el contrario, ha sido olvidada por casi todos.

Fruto del cambio de actitud del público en general frente al sexo y la Iglesia, hay gente que lee hoy los libros de Taxil, se declara *paladiana* y se cree continuadora de una tradición satanista varias veces centenaria (tal vez incluso milenaria), nacida en la segunda mitad del siglo XIX, en un *cabaret* de París, en medio de los verdes efluvios de la absenta.

También los cambios de actitud en los Estados Unidos ante las cuestiones raciales han afectado el estatus de Albert Pike. Ahora los masones, a los que hace un siglo no parecía preocuparles que uno de sus escritores apareciera como oficial de justicia del primer Klan en varios libros de historia dedicados a ese grupo, hacen piruetas de todo tipo para demostrar que Albert Pike nunca perteneció a aquel grupo o fue racista. No será por que él no dejara clara su actitud frente a la presencia de negros en la sociedad

o la masonería: «Acepto mis obligaciones de blancos, no de negros. Cuando tenga que escoger entre aceptar negros como hermanos o dejar la masonería, la dejaré».

Aunque la sociedad del Klan no es incluida en la lista de conspiraciones, lo cierto es que el primer Ku Klux Klan logró en los años que siguieron al final de la guerra civil recortar el limitado poder de los negros recién liberados y, al acabar la ocupación militar de las tropas del gobierno federal en 1877, reconquistar para la población blanca y el Partido Demócrata el poder local en los estados que habían conformado los estados confederados de América. Eso al menos debería incluirla en la corta lista de las conjuras ejecutadas por sociedades secretas que han triunfado, toda vez que lo hizo por lo menos durante tres generaciones en las ciudades del sur y por lo menos dos más, hasta finales de la década de 1960, en buena parte del campo.

22

La excepción norteamericana: el sospechoso católico

En el segundo tercio del siglo XIX las tesis conspirativas en los Estados Unidos se distanciaron cada vez más de las europeas y llegaron a ser radicalmente opuestas a estas. Los Estados Unidos fueron un país en que el príncipe de Metternich fue visto como sospechoso, la Iglesia católica como invasora, y donde el populismo, que irrumpió en la política estadounidense en tiempos del crecimiento hacia el oeste, hizo de los masones algo fuera de lugar. El masón, visto en la Europa católica como un destructor de las jerarquías del *ancien régime,* fue visto en los Estados Unidos, por el contrario, como un continuador de prácticas elitistas que eran, al igual que su secretismo, consideradas como contrarias al espíritu igualitario de la nueva república, y una defensa de los privilegios de la nobleza.

Desde su misma creación las tesis conspirativas de los Estados Unidos han tenido elementos propios: la Corona británica, que en la mente de muchos norteamericanos conspiraba para reconquistar los Estados Unidos —como demostraría la invasión inglesa y la guerra angloamericana de 1812—, pero también el Papa, que era rey de Roma, y su ejército secreto, la Compañía de Jesús. En la mayor parte de las conjuras norteamericanas, los jesuitas ocupan un lugar similar al de los masones de las conjuras europeas. Los masones, por su parte, pese a haber sido perseguidos en algunos momentos de la historia estadounidense, y vistos con desconfianza en otros, no han llegado a ser incluidos nunca entre los enemigos de los Estados Unidos, tal vez porque algunos de sus presidentes más populares — George Washington, Andrew Jackson, Theodor Roosevelt, Franklin D. Roosevelt, y Harry Truman— lo fueron, o, porque llegados al siglo XX, fueron también masones gran parte de los fundadores de la anticomunista *John Birch Society*. Robert Welch, presidente del grupo, ha dado charlas contra el comunismo en numerosas logias, y ha llegado a declarar: «Considero a los masones tan patriotas como a cualquier otro americano».

Por el contrario, hubo un momento, entre la gran emigración católica a los Estados Unidos de las décadas de 1840 y 1850 y el final de la guerra de Secesión, en que el principal blanco de la xenofobia y los principales sospechosos en las tesis conspirativas en los estados industriales del norte de Estados Unidos fueron los europeos católicos, hasta el punto de que Metternich fue visto como inspirador y financiero de una conjura destinada a crear un reino para el Papa romano en medio del continente americano.

Las acusaciones contra los católicos no aparecieron inmediatamente después de la independencia. En los primeros años de independencia norteamericana el catolicismo fue la religión de unos pocos ricos plantadores de áreas como Maryland, antes de convertirse, a lo largo del siglo XIX, en la religión de numerosos inmigrantes, pobres e iletrados, llegados de Irlanda y los principados y baronías que más tarde formarían Alemania, Polonia y otros estados centroeuropeos. Fue solo entonces cuando pasó a ser considerada primero como irritante y después como peligrosa por muchos norteamericanos.

En 1835 apareció el libro que reflejó el nuevo espíritu anticatólico, *Conspiraciones extranjeras contra las libertades de los Estados Unidos*, escrito por Samuel Morse, creador del código que lleva su nombre. Morse veía el origen de esas conjuras nada menos que en Metternich y el Imperio austríaco: «Austria actúa ahora en este país. Ha desarrollado una gran trama. Ha organizado un gran plan para hacer algo aquí… Tiene misioneros jesuitas viajando a través del país: les ha facilitado dinero…». El triunfo de la conspiración austríaco jesuítica tenía por fin colocar a un heredero de la Casa de Habsburgo en el trono del Imperio norteamericano. El ejército de esta invasión era la Compañía de Jesús, ya aliada a la causa austríaca en Italia, con la complicidad de la Sociedad Leopoldina de Ayuda a las Misiones, una entidad caritativa católica con base en Viena, que es uno de los grupos más raros jamás incluidos en cualquier tesis conspirativa. Lo cierto es que muchos de los inmigrantes alemanes, polacos, checos, húngaros y austríacos, católicos o no, que llegaron a los Estados Unidos a lo largo de la siguiente generación lo hicieron huyendo de las políticas de Metternich y sus continuadores.

En las décadas de 1840 y 1850 las malas cosechas alemanas, la represión de la llamada «primavera de las naciones» y la hambruna irlandesa llevaron a Norteamérica una cantidad récord de inmigrantes (1.427 337), con relación a la cantidad total de habitantes. La gran cantidad de inmigrantes, su supuesta incapacidad para integrarse con la misma facilidad que grupos anteriores de holandeses, suecos o escoceses protestantes, motivó la aparición de una de las mayores sociedades secretas de la historia de los Estados Unidos, los *Knownothings*, grupo nativista y protestante que usó muchos nombres, llegó a tener decenas de miles de miembros y controlar algunos estados, entre ellos Massachusetts, antes de desaparecer.

A los *Knownothings*, y a bastantes otros protestantes que no se afiliaron a sus organizaciones, les era fácil creer en una serie de conjuras debido a la tradición que les llegaba desde una mitología protestante de origen inglés, nacida durante la Contrarreforma y las guerras entre Felipe II de España e Isabel I de Inglaterra. El paso de la monarquía a la corta república puritana de Cromwell y sus sucesores no alteró, sino que al contrario, acentuó la forma en que eran vistos los católicos por los protestantes ingleses. Una actitud que pasó al Nuevo Mundo y que hizo que hasta el final de la colonia inglesa, en muchas partes de Norteamérica, los católicos no pudieran predicar. Llegada la nueva República, esta instauró la libertad religiosa y

abolió todas las leyes anticatólicas. Pese a que varios partidos, entre ellos el *American Party* creado por los *Knownothings*, intentaron incluir la obligatoriedad de la fe protestante en sus plataformas electorales, el Congreso de los Estados Unidos no legisló contra los católicos como grupo religioso, aunque buena parte de las leyes que regularon la emigración europea a lo largo del siglo XIX deben su impulso original al protestantismo militante de los que las propusieron.

El reverendo Lyman Beecher, padre de la escritora y activista abolicionista Harriet Beecher Stowe, escribió en 1835 *Plea for the West*. Se trataba de un texto milenarista y apocalíptico en el que consideraba la posibilidad de que Norteamérica fuera el lugar escogido para el retorno al mundo de Jesucristo y veía en la presencia católica un obstáculo para ese retorno. Libro provinciano hasta extremos ridículos, es de destacar que el *West* del título no era todo *Occidente* sino el área aún no desarrollada del valle del río Misisipi. En 1855 el reverendo Edward Beecher, uno de los muchos hijos de Lyman Beecher, continuó la obra de su padre publicando *The Papal Conspiracy Exposed*, un libro que fue objeto de lectura en numerosos grupos *Knownothings*. No fue sin embargo el más popular de los libros anticatólicos: le faltaba algo que una autora menos recordada hoy, María Monk, sí iba a incluir en su libro: sexo.

Muchos *Knownothings* creyeron a lo largo del siglo XIX que el Papa trataba de apoderarse de Idaho para construir allí su reino, que los jesuitas tenían un juramento secreto que les permitía matar, robar y mentir si con ello aumentaban el poder papal, que los irlandeses y alemanes de origen católico se preparaban para apoderarse de grandes zonas de los Estados Unidos para entregárselas al Papa, pero también que los conventos de monjas eran en realidad los harenes de los obispos.

De la misma forma en que con Gougenot y Leo Taxil la pornografía irrumpió en la propaganda antijudía y antimasónica de Europa, esta ya estaba presente en la propaganda anticatólica estadounidense. Los enemigos de la Iglesia de Roma creían en todo un vasto folclore lleno de sacerdotes libertinos, de confesionarios pretexto y lugar de pecado, y conventos licenciosos, no muy distintos de los descritos un siglo antes por el marqués de Sade. La novela popular más vendida en los Estados Unidos hasta la llegada de *La cabaña del tío Tom*, fue *Awful Disclosures* publicada en 1836 por María Monk, autora que afirmaba haber escapado del convento del *Hôtel de Dieu* en Montreal después de cinco años como novicia y monja.

El libro de María Monk contaba en detalle — abundante, escabroso y falso— la vida dentro de un convento de monjas y cómo siendo novicia había recibido de la superiora del convento la orden de «obedecer en todo a los sacerdotes». Un «todo» que según ella incluía el pecado. Hablaba así de relaciones entre sacerdotes y monjas y cómo los resultados de esas uniones eran bautizados y asesinados en secreto para que pudieran, pese a todo, ascender al cielo. Este libro seguía el modelo de las novelas góticas, muy populares en la primera mitad del siglo XIX, más que de los libros devocionales. Tenía todos los elementos del género: una joven y virginal

damisela atrapada en un lugar remoto y siniestro, que averigua sus oscuros secretos antes de huir. El libro generó una gran controversia, a la que contribuyó la madre de María cuando afirmó que su hija no solo no había estado nunca en ningún convento, porque había sido criada como protestante, sino que además era incapaz de distinguir la verdad de la mentira desde que siendo niña se había clavado un lápiz en la cabeza. Pese a ello, logró vender veintiséis mil ejemplares en 1836 y hasta trescientos mil a lo largo de su carrera. María Monk murió en 1849, olvidada, pobre y encarcelada como carterista después de haber sido detenida robando al cliente de un burdel. En pleno auge, su libro causó varios asaltos a conventos de monjas que empezaron en el área de Nueva Inglaterra y se extenderían hasta el sur más profundo, así como numerosas quemas de iglesias. Olvidada hoy, María Monk logró en su día que las compañías de seguros norteamericanas se negasen a contratar seguros contra incendios a instituciones católicas en toda Nueva Inglaterra.

Más allá de la anécdota, el temor a una invasión católica contribuyó a la creación del movimiento *Knownothing*, que llegó a ser uno de los de mayor influencia en la Norteamérica de la década del 1850. Menos conocido que el Klan, el de los *Knownothings* fue un movimiento nativista de base popular que se opuso a la esclavitud en los estados del sur, y a la mano de obra barata procedente de la emigración en los del norte. Con los años su oposición a la esclavitud ha sido olvidada, pese a servir de tropa de choque de los abolicionistas radicales desde los motines antiesclavistas de Boston en 1852 hasta las elecciones de 1860; pero no se ha olvidado su anticatolicismo. Los *Knownothings* apoyaron a lo largo de la década de 1850 a los candidatos de distintos partidos y solo al final de su existencia, estando a punto de desaparecer, crearon una organización propia, el *American Party*, con la que consiguieron acceder al gobierno de Massachusetts en 1854. Su corta experiencia al frente de un estado demostró que eran más hábiles iniciando peleas callejeras, o espantando monjas, que dirigiendo una administración pública.

En 1854 miembros del *American Party* robaron y destruyeron la piedra que había enviado el Papa para el monumento que se estaba construyendo en la ciudad de Washington en honor a George Washington. En 1856 apoyaron la candidatura del abolicionista Millard Fillmore, que ya había sido presidente con anterioridad. Cuando llegaron las elecciones de 1860 ya no existían como organización, y su apoyo al nuevo candidato abolicionista, Abraham Lincoln, no influyó en el resultado final.

La guerra civil norteamericana acabó con el movimiento *Knownothing* y dio ocasión a los nuevos inmigrantes de demostrar que estaban dispuestos a morir por su nueva nación. También la fe católica comenzó a ser aceptada a partir de aquel conflicto. La aceptación de la Iglesia católica en la vida norteamericana tiene una fecha exacta: el segundo día de la batalla de Gettysburg, con el sermón que bajo el fuego enemigo dio el padre William Corby, capellán católico del Cuerpo de Ejércitos del Potomac, antes de entrar en línea la *Irish Brigade*. Los casi doscientos muertos que tuvo esta unidad durante los diez minutos que siguieron al sermón, dieron entrada

a los católicos en la gran familia norteamericana y fueron el primer paso de un aún no nato John Fitzgerald Kennedy hacia la presidencia de su país un siglo más tarde.

Entre Gettysburg y la elección del primer presidente católico pasaría un siglo, durante el que los mitos morirían lentamente. En la década de 1890 revivió la leyenda de la invasión católica y se hizo circular una falsa carta encíclica de León XIII, que instruía a los católicos estadounidenses para matar a sus vecinos protestantes en una fecha a fijar a lo largo de 1893. La matanza tendría lugar durante una revuelta, en todo similar a la que se suponía hubiera debido acompañar en Inglaterra a la «conspiración de la pólvora» de 1605. Todavía en 1949, Paul Blanshard escribiría el libro *American Freedom and Catholic Power*, en el que presentaría a la Iglesia católica como fuerza contraria a la libertad. Los últimos recelos abiertos de la sociedad estadounidense frente a un cargo electo de denominación católica se dieron durante la elección de Kennedy, un más que imperfecto practicante de esta fe. Kennedy fue, pese a todo, electo y hoy ya solo algunos *websites* fundamentalistas protestantes siguen sosteniendo que el Papa es el Anticristo y los jesuitas el ejército del diablo.

«¿Dónde estabas el día que mataron a Kennedy?» es una pregunta relativamente común en Estados Unidos. Mucha gente la hace, recordando el día en que cambió el sino de su generación. Dicen que la muerte de Kennedy marcó el final de la inocencia para toda una generación. Cuando uno considera que fue la misma generación nacida en los años inmediatamente posteriores a la Gran Depresión, crecida a través de Pearl Harbor, la Segunda Guerra Mundial, la bomba atómica y la guerra de Corea, no deja de ser sorprendente ni la inocencia que se le atribuye, ni el poder que se concede a una sola muerte.

«¿Dónde estabas el día que mataron a Kennedy?».

Trabajé demasiado tiempo en una librería de Miami. La inmensa mayoría de nuestros clientes eran cubanos, otros muchos eran académicos dedicados a los estudios de lengua y literatura españolas. Aparte de los *Protocolos*, vendíamos libros para cursos sobre Borges en la Universidad de Georgetown o sobre García Márquez en Chicago. El resto de nuestros clientes no era tan fácil de clasificar. Había de todo. Uno de ellos era un perseguidor de conspiraciones, interesado de forma obsesiva por la conexión cubana en la muerte de Kennedy. Era un cliente fiel a pesar de los problemas del idioma. Su español hablado estaba más cerca de lo inexistente que de lo imperfecto, e ignoro si leía personalmente los libros que nos compraba o si se los hacía traducir. Uno de los motivos de su fidelidad era que, de entre todas las del mundo, aquella era la única librería propiedad de alguien mencionado en el Informe Warren sobre el asesinato de Kennedy.

El primer presidente asesinado de la historia de los Estados Unidos fue Abraham Lincoln —republicano y francmasón—, y el último John Fitzgerald Kennedy. Los dos comparten la leyenda del hombre bueno muerto antes de tiempo de la que carecen los otros dos presidentes asesinados — Garfield y McKinley, republicanos y

francmasones—. Se trata, sin embargo, de una leyenda desigual: Lincoln murió cuando había realizado su programa político, salvar la Unión, manumitir a los esclavos; y Kennedy lo hizo después de meter a su país en una guerra, Vietnam, a la que nadie lo llamó y que causaría una de las peores crisis de su nación. Lincoln liberó a los esclavos, mientras que Kennedy se limitó a ser simpático con los votantes negros, por cuyos derechos civiles había abogado de forma bastante irregular como congresista. Magnificado hoy por los liberales estadounidenses, Kennedy fue elegido como candidato a la presidencia de los Estados Unidos pese a la oposición de la viuda de Franklin Delano Roosevelt y del ala realmente liberal del Partido Demócrata, que no olvidaba ni menospreciaba la influencia de su padre, Joseph Kennedy.

«¿Dónde estabas el día que mataron a Kennedy?» es el tipo de preguntas que no les gustaba contestar a algunos de mis clientes. Uno de ellos, de apellido compuesto, que años más tarde fue a la cárcel por otra muerte, la del político chileno Armando Letelier — un encargo de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) pinochetista —, había sido visto en Dallas una semana antes de la muerte del presidente norteamericano con un fusil de gran potencia, y porque se dejó ver allí, y armado, estaré convencido hasta el día de mi muerte que no tenía nada que ver con aquel magnicidio, aunque su nombre siga reapareciendo de década en década en los libros de los teóricos de la conspiración.

Cuando murió Lincoln también se esbozaron distintas tesis conspirativas que negaban la responsabilidad total de Booth, aunque, al contrario que a Oswald, a Booth nadie le negó la autoría del hecho. Había demasiados testigos para improvisar teorías de un segundo o tercer tirador. Booth, que había pasado toda su vida sobre un escenario, no entendía que un asesinato pudiera celebrarse en mejor lugar que un teatro. Actor *shakespeariano,* al final *Bruto* fue su papel más convincente — su *Marco Antonio,* por el contrario, había recibido críticas desiguales—, papel por el que es recordado incluso hoy. Habrá que concederle que, a falta de otras virtudes, tenía sentido de lo dramático. Pese a ello, no faltan tesis sobre este asesinato.

- **Primera tesis**
  El asesinato de Lincoln fue encargado por su vicepresidente, Andrew Johnson, una de cuyas amantes tenía una hermana que había sido a su vez amante de John Wilkes Booth. Nunca se encontró ninguna prueba, a pesar de que una comisión del Congreso estudió a fondo la tesis. Es cierto, sin embargo, que Booth se interesó por el paradero del vicepresidente justo antes del asesinato y le llegó a dirigir una nota, perdida para la historia, y que mientras los que tenían que matar al secretario de Estado y el presidente sí efectuaron sus atentados, el hombre que tenía que matar al vicepresidente Johnson ni siquiera lo intentó.
- **Segunda tesis**

El asesinato de Lincoln habría sido ordenado por el Estado Mayor confederado, por el secretario de Estado confederado, o incluso por el presidente Jefferson Davies, después de descubrir que un fallido raid de la unión contra Richmond tenía por fin el asesinato del presidente sureño y su gabinete. Algo considerado como contrario a la etiqueta militar de la época. El raid federal fracasó pero dejó tras de sí una orden escrita para matar a Jefferson Davies, de la que aún queda copia. Un ejemplar de esa orden fue encontrado en el cadáver del coronel Ulrich Dahlgren, su supuesto ejecutor. No quedan pruebas de la orden confederada equivalente en ningún volumen de correspondencia, siendo aquella una época en que todo quedaba por escrito. La única de las correspondencias no estudiada a fondo es la del secretario de Estado de la Confederación, Judah Benjamin, que al final de la guerra quemó sus cartas y huyó a Inglaterra. En su condición de confederado y de judío, Benjamin era sospechoso por partida doble para el norte, o al menos para el general Grant, que había dado numerosas muestras de antisemitismo a lo largo de la guerra.

- **Tercera tesis**
  Lincoln fue asesinado por los banqueros y más en concreto por la familia Rothschild, que confiaba en ganar aún más dinero con la reconstrucción del sur. Como los Rothschild salieron de esa guerra aún más ricos que antes — al margen de su religión, los grandes capitalistas suelen hacerlo—, esa no es una tesis fácil de demostrar.

- **Cuarta tesis**
  Lincoln fue asesinado por Edwin Stanton, su propio secretario de Guerra, porque se oponía a los planes de reconstrucción del sur, planteados por los radicales del Partido Republicano. Lo cierto es que los republicanos radicales fueron quienes se ocuparon de la reconstrucción del sur desde mucho antes de la muerte de Lincoln, con su plena aprobación, y que Stanton estuvo entre los que más hizo por capturar vivos a los asesinos de su presidente.

- **Quinta tesis**
  Tal vez Lincoln fue asesinado por los jesuitas, por orden del Papa de Roma, al que debían obediencia ciega, por haber interrumpido el tráfico de esclavos a favor del cual estaba el Santo Padre. Solo en los Estados Unidos, y solo en el siglo XIX, esa tesis pudo ser oída seriamente. Que los jesuitas hubieran escogido para cometer el asesinato a un miembro de la Iglesia episcopal como Booth, es algo que demostraba su proverbial astucia y doblez. No es menos cierto que el único de los conspiradores que logró escapar a la histeria represiva inicial y no acabó ahorcado fue John Surrat, el único católico comprometido en el asesinato, y que este, en su huida, pasó por los Estados Pontificios, donde se alistó en una unidad de zuavos del ejército papal. Aparte

del hecho de que Surrat, está enterrado en el cementerio de la Catedral Nueva de Baltimore, nada le relaciona con ninguna conspiración católica. Surrat detenido, juzgado y absuelto, cuando ya se había superado la histeria inicial causada por la muerte de Lincoln, sobrevivió hasta 1916. Tal vez los jesuitas sí saben cuidar a su gente.

No merece la pena ir más lejos, teniendo como tenemos ya a casi todos los sospechosos habituales de las conspiraciones del Viejo Mundo: los jesuitas, un judío y los Rothschild, para lo cual no merecía la pena cruzar el Atlántico. Entre los sospechosos de la muerte de Lincoln faltan, sin embargo, los masones. Aunque hubo un partido antimasónico en la primera mitad del siglo XIX, los masones no han sido considerados casi nunca como conspiradores o posibles traidores a los Estados Unidos, excepto por sectores realmente minoritarios, debido a que había demasiados entre los fundadores del país.

Al principio de la Revolución francesa, el masón marqués de Lafayette le regaló al masón George Washington un mandil ceremonial — de los usados en los ritos masónicos— y le mandó las llaves de la Bastilla, pero aunque el general norteamericano aceptó ambas cosas no mandó ningún embajador a la Francia jacobina. A diferencia de la francesa, la americana fue una revolución de propietarios satisfechos con el *statu quo* social, que suprimieron del mundo legal que les rodeaba aquello que ya no existía en su mundo real, la lejana Corona, la aristocracia hereditaria, el derecho de primogenitura, para acabar manteniendo casi todo lo demás: la propiedad y la religión. Los norteamericanos hicieron una revolución en la que las lineas de separación entre rebeldes y leales estaban trazadas siguiendo divisiones religiosas. Joseph Galloway, miembro de la Asamblea de Pensilvania y amigo de Benjamin Franklin pero contrario a la Revolución, creía, como otros muchos monárquicos norteamericanos, que la revolución era una guerra religiosa empezada por presbiterianos y congregacionales contra los anglicanos, leales a la Corona. No faltó entonces los que vieron en la revolución norteamericana una continuación de la guerra entre el Parlamento y la Corona que había dividido a Inglaterra en la época de Cromwell. Y, al contrario que en Francia, en Inglaterra nadie consideraba a Cromwell como fundador de la masonería, ni a la masonería un grupo peligroso.

De los cincuenta y seis firmantes de la Declaración de Independencia redactada por el no masón Jefferson, solo nueve han sido identificados como masones: William Ellery, Benjamin Franklin, John Hancock, Joseph Hewes, William Hooper, John Penn, Richard Stockton, George Walton y William Whipple. Es posible que otros diez firmantes lo fueran, pero sus nombres tienden a variar de documento a documento. Los masones eran más numerosos que los católicos, que solo contaban con Thomas Fitzsimons y Charles Carrol de Carrolton, pero también menos numerosos que los congregacionales o los presbiterianos.

Por el contrario, abundaron los oficiales masones en el Ejército Continental de George Washington: treinta y tres de setenta y cuatro de sus generales fueron masones. Eso no significa que la masonería estuviera en bloque por la independencia, y de hecho el único general norteamericano que se pasó a los ingleses durante toda la guerra de Independencia, Benedict Arnold, era también masón.

El libro *Revolutionary Brotherhood*, del historiador militar Stephen Bullock, ofrece una visión en profundidad de la presencia y relevancia de la masonería en las filas del Ejército Continental de George Washington. A falta de ideas, la masonería ofreció por lo menos un punto de contacto y solidaridad personal entre oficiales que de otra manera no hubieran tenido nada en común. Fuera de su condición de masones, plantadores virginianos, como los generales George Washington o Harry Lighthorse Lee, tenían poco en común con el general Nathanael Greene, granjero y herrero cuáquero de Connecticut, y este último mucho menos con aristócratas europeos, como el marqués de Lafayette o el más olvidado barón Friedrich von Steuben, un mercenario prusiano que fue el auténtico fundador del ejército norteamericano. Dejando a un lado este aspecto, la presencia de masones en el ejército de Washington no es por sí misma sospechosa, toda vez que si algunos de los generales de Washington lo eran, estos abundaban también del lado monárquico, y raro era el regimiento inglés que no tuviera una logia de oficiales.

En el momento de la independencia norteamericana las logias eran ya relativamente antiguas en los Estados Unidos. La primera de ellas había sido creada en 1731 en Filadelfia. En 1733 se tiene noticia de por lo menos una logia en Boston, y en 1736 de otra en Charleston. Por aquel entonces la masonería no había sido aún demonizada, como lo sería medio siglo más tarde en Europa, aunque también es cierto que la masonería norteamericana no fue entonces, ni ha sido con posterioridad, anticlerical o antirreligiosa. Tal vez por eso la masiva presencia masónica en las filas revolucionarias no impidió, una vez llegada la independencia norteamericana, el nacimiento de una sociedad religiosa y conservadora.

Sin embargo, a pesar de la presencia masónica en la guerra de Independencia, a partir de 1826 la existencia de la masonería se vio cuestionada en los Estados Unidos. La primera noticia que los norteamericanos tuvieron sobre los *Illuminati* les llegó a través de la edición neoyorquina de la obra de John Robison, *Pruebas de una conspiración*. El libro llegó en un momento en que la nación estaba dividida entre federalistas y jeffersonianos, francófilos y anglófilos. En ese contexto, la amenaza de una conjura jacobina francófila y atea fue empleada por los conservadores federalistas para atacar a los liberales, partidarios de Jefferson. El reverendo Jedidiah Morse — padre de Samuel Morse—, pastor congregacional de Massachusetts, dio una larga serie de sermones contra la amenaza jacobina después de leer a Robison, identificando a los *Illuminati* con Jefferson, cosa tanto más fácil de hacer cuanto que este había mostrado cierta simpatía hacia el perseguido Weishaupt. El presidente de la Universidad de Yale, Timothy Dwight, apoyó la campaña antiiluminista en un país

sin *Illuminati*, y pronto todos los pastores congregacionales y presbiterianos se unieron contra esa conspiración, que fue tanto más fácil de derrotar cuanto que probablemente no había ningún *Illuminati* para impulsarla en toda Nueva Inglaterra.

A pesar de las primeras críticas despertadas por la masonería, esta no fue atacada políticamente hasta 1828. Entre 1828 y 1840 existió un partido político conocido como el Partido Antimasónico que casi destruyó a la masonería en los Estados Unidos.

El grupo fue creado en Nueva York, después de la desaparición en 1826 de William Morgan, un masón que había escrito un libro en que revelaba supuestos secretos de su orden. Los masones estuvieron desde el principio entre los principales sospechosos de su desaparición. Olvidado hoy, el Partido Antimasónico revolucionó la manera de hacer política en los Estados Unidos hasta nuestros días. Fue el primer partido que celebró un congreso para nombrar sus candidatos (Baltimore, 1831) y el primero en formular un programa electoral. En 1834 sus miembros ayudaron a crear el *Whig Party*, uno de los varios grupos a partir de los que una generación más tarde nacería el actual Partido Republicano.

William Morgan vivía en Batavia, Nueva York, adonde había llegado en 1824. Había sido miembro de una logia con la que se había peleado y de la que había sido expulsado. Fue tras ser expulsado de la masonería cuando declaró su intención de publicar un libro dedicado a los secretos de esta, a pesar de haber jurado en su día lo contrario. Presumió incluso de que un editor local, David Miller, le había dado un sustancial adelanto sobre su obra. Su antigua logia reaccionó con un campo pagado en la prensa en que se denunciaba a Morgan como estafador y falsario. Además, presentaron una demanda contra él por impago de deudas, lo que en aquellos tiempos bastaba para poder conseguir su detención. Detenido una primera vez, su editor logró sacarlo de la cárcel. Recién liberado, fue detenido de nuevo, acusado de haber robado una camisa. Estando en prisión, sus deudas fueron pagadas por una serie de personas que se declararon sus amigos e insistieron en sacarlo de allí, a pesar de su negativa. Finalmente, lograron entregar su fianza, arrastrarlo fuera de prisión y subirlo a la fuerza en un carromato. Días más tarde, en algún momento comprendido entre el 17 y el 21 de septiembre de 1826, Morgan desapareció para siempre. El cadáver de un ahogado que fue identificado por su esposa como el suyo apareció semanas más tarde en el lago Erie (Canadá), pero la identificación fue rechazada por un juez local.

Cuando Miller publicó el libro de Morgan fue un *best seller* y los masones locales afirmaron que todo había sido una operación publicitaria para vender más ejemplares. El libro en sí era inofensivo y se limitaba a describir las ceremonias de iniciación de los tres primeros grados.

En medio del escándalo DeWitt Clinton, gobernador de Nueva York, y masón, ofreció una recompensa de dos mil dólares a quien encontrara vivo o muerto a Morgan, pero nadie pudo cobrarla. Tres masones fueron identificados como culpables

de su secuestro, pero en aquellos tiempos el rapto era considerado una falta y solo fueron condenados a un año de prisión.

La desaparición de Morgan y las cortas condenas de sus secuestradores provocaron una gran indignación en el estado de Nueva York, que fue explotada por Thurlow Weed, detractor del entonces presidente Andrew Jackson, que aprovechó la pertenencia de este a la masonería para atacarlo.

Los enemigos de la masonería dijeron que Morgan había sido asesinado siguiendo antiguos juramentos masónicos que prescriben la muerte para quien revele los secretos de su orden. Las cortas condenas recibidas por sus secuestradores fomentaron la creencia popular de que los masones se creían por encima de la ley y conformaban un gobierno secreto. Se afirmó que el secreto masónico era empleado para encubrir actividades ilegales o inmorales, y que los juramentos de fidelidad masónicos tenían que ser ilegalizados. Muchas mujeres se unieron a la causa antimasónica, obligando a sus esposos a dejar las logias, probablemente como represalia al hecho de que la masonería norteamericana, a diferencia de la francesa, no las incluía en sus actividades.

Al contrario que la alarma frente a los *Illuminati* en 1790, el movimiento antimasónico de las décadas de 1820 y 1830 escapó de Nueva Inglaterra, y del área de predominio de la Iglesia congregacional, y fue popular sobre todo en los estados agrícolas de la frontera. Aunque hoy se identifica a los movimientos antimasónicos del siglo XIX con movimientos conservadores, no hay que pensar que este en concreto lo fuera. Por el contrario, fue un movimiento social que enlazó con otras corrientes políticas emergentes, que hoy son vistas como liberales: el abolicionismo, la mejora de las condiciones de hospitales, asilos y cárceles, y la lucha a favor de los derechos de la mujer. La masonería que había servido como escuela de demócratas durante los primeros años de república aparecía a los ojos de muchos ciudadanos como un grupo excesivamente cerrado, casi como una nueva nobleza.

Este populismo, que casi acabaría con la masonería norteamericana, había sido paradójicamente iniciado por alguien que, como Andrew Jackson, había sido dos veces gran maestre en una logia de Tennessee, y aunque fue empleado contra él por sus enemigos políticos, compartía muchas de sus propuestas y toda su desconfianza hacia la nueva élite de la costa Este.

En 1834, el Partido Antimasónico desapareció sin haber logrado su objetivo más deseado, sacar a Andrew Jackson de la Casa Blanca; pero aunque no fue derrotado en las urnas, el número de masones desde 1820 a 1832 había caído de 100 000 a 40 000. En algunos estados agrícolas las logias dejaron de reunirse, algunos grandes maestres renunciaron a la orden y en muchas ciudades no se realizaron iniciaciones durante casi una década. En Nueva York pasó de haber 480 logias con 20 000 masones a 82 con menos de 3000 miembros. La masonería no volvió a recobrar fuerza hasta las décadas de 1840 y 1850, y lo hizo de forma mucho más discreta.

Mientras, los enemigos políticos de la masonería en Norteamérica habían planteado, ya fuera del terreno de la leyenda y el sectarismo religioso, un problema básico dentro de las sociedades democráticas: la legitimidad del secreto en la actuación política dentro de una sociedad abierta. Los campesinos norteamericanos que habían apoyado al Partido Antimasónico en Maryland, o en los nuevos estados del oeste, estaban menos preocupados por una supuesta relación entre lo oculto y la masonería que por el hecho de que esta pareciera influir desde el secreto en algo que debía ser público.

En 1848 Wisconsin fue el primer estado que aprobó una ley que hacía obligatorio que todas las reuniones legislativas estuvieran abiertas al público. Leyes parecidas fueron promulgadas en otros estados de los Estados Unidos a lo largo del siglo XIX y hasta el XX, con el fin de dar más claridad a los procesos políticos.

23

El banquero conspirador: Rothschild, Rockefeller, Cecil Rhodes y Skull and Bones, ¿es necesaria una sociedad secreta para triunfar cuando se es estadounidense, blanco y, sobre todo, multimillonario?

El mundo libre al que se había referido Thomas Jefferson cuando comentaba la necesidad de secreto que había condicionado la actuación de Adam Weishaupt, había llegado por fin. Aunque durante mucho tiempo llegó solo a los países anglosajones. La tiranía de déspotas y curas estaba comenzando a desaparecer en casi toda Europa. A finales del siglo XIX, H. G. Wells, escritor de ciencia ficción pero también un precursor de la socialdemocracia y un miembro de la Sociedad Fabiana, publicó *The Open Conspiracy*, libro en el que definía la labor y métodos de su grupo, y pudo escribir, por fin de forma abierta, lo que Weishaupt tal vez hubiera debido declarar en su día: «Un movimiento que quiera realizar la mejora del mundo debe negarse a sí mismo las ventajas de los métodos secretos y las tácticas insinceras. Debe dejar eso a sus adversarios. Debemos declarar nuestros objetivos de forma clara y no arriesgarnos a malas interpretaciones respecto a nuestros procedimientos». Wells, socialista fabiano y reformador social, fracasó por lo menos en este terreno. En el resto del mundo la forma en que se interpretaron los proyectos de Wells, como los de sus rivales capitalistas, lord Milner y Cecil Rhodes, siguió siendo la misma desconfianza con que se habían acogido los de Weishaupt. Las conspiraciones abiertas también tienen denunciantes.

«Existe, y ha existido desde hace una generación, una red anglófila internacional que opera de la misma manera que la extrema derecha cree que actúan los comunistas. De hecho, esta red, que podemos identificar como los *round table groups*, no tiene ninguna aversión a cooperar con los comunistas, o con cualquier otro grupo, y frecuentemente lo hace». El autor de estas lineas no es alguien asociado normalmente a tesis conspirativas, sino el doctor Carroll Quigley, profesor de historia en la *Foreign Service School*, de la Universidad de Georgetown, y uno de los antiguos profesores del expresidente Bill Clinton. Fue Clinton quien en su discurso inaugural como presidente de los Estados Unidos lo mencionó como una de las grandes influencias de sus años de estudiante. La obra de Quigley *Tragedy and Hope: A History of the World in our Time*, publicada en 1966, incluye una decena de páginas en las que el autor menciona la existencia de una sociedad secreta de carácter oligárquico, financiada por los herederos de Cecil Rhodes y dirigida por lord Alfred

Milner. Este grupo dirigiría los grupos conocidos como *round tables*, «mesas redondas», y otros como el Instituto Real de Asuntos Internacionales de Londres y sus contrapartidas en los Estados Unidos y otros países anglosajones. Curiosamente, tanto el alumno que tanto lo elogió, Bill Clinton, como su esposa, la senadora Hillary Rodham Clinton, habrían sido algunos de los beneficiarios de las becas concedidas por la fundación creada por Cecil Rhodes.

El siglo XIX vio aparecer un nuevo conspirador que no se oculta, el plutócrata, y una nueva logia conspirativa, la *round table*, la comisión de grandes negociantes, el club privado que reúne bajo un mismo techo, en práctica igualdad, a los millonarios con los hombres de talento a su sueldo.

Round table es un término que aparece en Londres en el siglo XIX; *Bilderberg* se cita por primera vez en Holanda, durante los años de la segunda posguerra mundial, y Comisión Trilateral y Consejo de Relaciones Exteriores son otros nombres relacionados con las conjuras modernas. El banquero conspirador, cosmopolita hoy, norteamericano ayer, inglés a finales del siglo XIV, es la única gran aportación de los países anglosajones a los mitos de la Gran Conjura. Una continuación lógica del oro de Pitt, identificado como fuente de todos sus males tanto por María Antonieta como por Robespierre o Napoleón.

La labor de las *round tables* fue desde el principio similar a la de los modernos grupos de debate capitalistas. No se trata de una conjura, porque ese término implica secreto, sino de una conspiración al aire libre, no muy distinta de la propuesta por Wells, llevada a cabo por miembros destacados de la nueva nobleza del dinero.

La sociedad liberal y el sistema capitalista permitieron a partir del siglo XIX la aparición de nuevas dinastías que tomaron su legitimidad no de la religión o el poder político heredado, sino del dinero y el poder económico, y su aparición creó resentimientos. Resentimiento entre los que habían apostado que un nuevo orden republicano y laico sería un régimen más igualitario; resentimiento entre los partidarios del *ancien régime*, que vieron el poder del oro sustituir al de la herencia. El del oro era, sin embargo, un poder que habían comprendido muy bien los grandes señores como el duque de Orleans y los príncipes de sangre franceses. Los reyes del *ancien régime* no renunciaron nunca a los negocios. En España, Carlos III no dudó en traspasar la contrata del tráfico de esclavos con las Américas de una empresa francesa a una inglesa a cambio de un aumento en su porcentaje personal de beneficios; príncipes alemanes, como el de Hesse, llegaron más lejos, y vendieron a sus propios súbditos como soldados a otras coronas; príncipes de sangre franceses no dudaron en participar en la creación de monopolios sobre productos de primera necesidad, en subir el precio del grano los años de malas cosechas, o en usar su poder para expulsar a ministros de Economía molestos con la mayor de las impunidades. El gran sospechoso por excelencia del siglo XVIII, el duque de Orleans, habría especulado con el grano impunemente. Esas mismas maniobras por parte de personas surgidas de la clase burguesa provocaron toda clase de reacciones contrarias.

El ascenso al poder de la burguesía suponía no solo que una nueva clase social había tomado el poder político, sino que además lo había hecho básicamente en función de su poder económico. Anteriormente el poder económico de un grupo social era consecuencia de su poder político, y este se basaba a su vez en el poder militar o en la autoridad religiosa. La nueva valoración de actividades, antes consideradas como bajas — el comercio y la especulación—, como generadoras de estatus social, tardó en ser aceptada por la sociedad europea. Que algunos de los nuevos millonarios fueran judíos, liberados por las conquistas napoleónicas y la legislación de la Revolución francesa, dio peso a las viejas pero nunca olvidadas acusaciones del capitán Simonini y sus continuadores, que durante la segunda mitad del siglo XIX comenzaron por fin a tener público. La primera crítica conservadora al capitalismo, pero también la de algunos presocialistas y anarquistas, nunca estuvo demasiado lejos del antisemitismo. En la imaginación popular, un judío rico era la encarnación de todo lo moderno.

Al contrario que en ocasiones anteriores, por fin los descubridores de conjuras pudieron mencionar abiertamente a sus enemigos con nombre y apellidos, y pudieron hacerlo, entre otras causas, porque la burguesía en el poder permitía la crítica con más facilidad que las viejas monarquías. En Europa, Drumont, en su obra *La Francia judía*, mencionó al barón de Rothschild, a Seligmann d'Eichtal y a Achile Fould, todos ellos banqueros y judíos. El judío arquetípico atacado por Gougenot en su libro *Les Hauts phénoménes de la magie*, servía también a la familia Rothschild. *Les Juifs, rois de l'époque* de Toussenel era a la vez antisemita y anticapitalista. Por lo demás, Chateaubriand ya había advertido contra el poder económico de los judíos cuando Napoleón I habló de igualarlos al resto de los franceses. En la otra sociedad moderna del siglo XIX, los Estados Unidos, el nombre de Rothschild aparece en la lista de los culpables del asesinato de Lincoln, a pesar de que los Estados Unidos es uno de los países del mundo que nunca ha legislado contra los judíos como grupo a lo largo de su historia.

De entre todas las dinastías capitalistas —o judías—, la de los Rothschild es la que más ha durado y en consecuencia la que ha generado más odio. En la imaginación popular francesa del último tercio del siglo XIX, un Rothschild era la encarnación de todo lo moderno: carecía de patria —cada uno de los cinco hijos del fundador de la casa Rothschild se instaló en un país distinto—; estaba dispuesto a hacer negocios incluso con países que estaban en conflicto con el suyo — el primer Rothschild llegó a hacerlo incluso en un siglo en que esa actitud era nueva y que, además, había visto numerosas guerras entre potencias europeas—; su poder descansaba en el oro ganado, no en la herencia. Eran la representación de la ciudad, la Ilustración, la Revolución y el comercio especulador, frente al campo, la costumbre devenida en tradición, el orden y el ahorro, pero sobre todo frente a una sociedad, la del *ancien régime*, que a medida que se alejaba en el tiempo perdía sus más negros tintes, para pasar a ser recordada por muchos como una era dorada. La vida en el

campo premoderno, la sociedad preindustrial y la monarquía absoluta ganan mucho vistas en la distancia.

Hay que decir que el hecho de que el judío enriquecido tratara de obtener raíces y se estableciera, tuviera incluso cultivos considerados nobles, como las vides, y comprara cavas y castillos — los Rothschild franceses son hoy propietarios de varias marcas vinateras de prestigio— no impediría la aparición en contra suya de un antisemitismo, no siempre rural y a menudo popular, que no se limitó a los ambientes conservadores, sino que reaparecería sin demasiados problemas en círculos considerados como progresistas. Así podemos ver a Jean Renoir, en *La gran ilusión*, un filme considerado como la mejor representación del cine frentepopulista francés, dirigir diálogos de un antisemitismo digno de una novela de Barrés o Maurras.

> Un personaje secundario: ¿Ese? Ese nació en Jerusalén.
>
> Rosenthal: ¡Ah, *pardon*! En Viena, capital de Austria, de madre danesa y padre polaco, naturalizado francés.
>
> Gabin: ¡Ah, ya, de la vieja nobleza bretona!
>
> Rosenthal: Es posible, pero vosotros, franceses de vieja casta, todos juntos no poseéis cien metros cuadrados en vuestro país. Los Rosenthal han encontrado en treinta y cinco años la manera de conseguir tres castillos históricos, con cotos de caza, estanques, tierras cultivables, frutales, jaurías y tres galerías de antepasados auténticos. Creéis que no vale la pena evadirse para defender todo eso. Fresnay: No había enfocado el patriotismo desde ese ángulo ciertamente particular.
>
> JEAN RENOIR,
> *La gran ilusión* (1937).

Si ese Rosenthal no es un Rothschild, sí que se parece por lo menos a su caricatura. Los Rothschild no son la única dinastía judía, ni siquiera la de más éxito entre las capitalistas, pero sí una de las más visibles. ¿Quién sería capaz hoy de identificar a los otros supuestos responsables del escándalo de Panamá?

El escudo de la familia Rothschild incluye un escudo de fondo rojo y cinco flechas unidas en un haz, que representa a los cinco hijos de Mayer Rothschild, fundador de la dinastía. Ignoro si los Rothschild usan o no su escudo familiar, pero no sería de extrañar, ya que varios de ellos tienen títulos heredados desde el siglo XIX. Nathan Rothschild fue barón del Imperio austríaco en 1818. Nathan Mayer Rothschild II lo fue del Imperio británico en 1885. Todo empezó con Mayer Amschel Rothschild (1744-1812), nacido en Frankfurt y banquero de éxito desde antes incluso de las guerras napoleónicas, que decidió ampliar su negocio aprovechando las nuevas

leyes implantadas por Napoleón; instaló a cada uno de sus cinco hijos en una ciudad distinta de Europa. Amschel Rothschild permaneció en Frankfurt, Salomon Rothschild fue a Viena, Nathan Rothschild a Londres, Kalmann Rothschild a Nápoles y James Rothschild a París, ciudad en que su familia llegaría a tener tanto poder que los enemigos de la República se referían a las iniciales RF (*Republique Francaise*), que adornaban los nuevos edificios públicos, afirmando que en realidad significaban Rothschild Fréres.

Como tantos otros comerciantes de su época, la estrategia de Mayer Rothschild para mantener la riqueza de la familia fue conservadora: mantener el control familiar sobre los negocios del grupo, una completa discreción sobre su fortuna real, e impedir la dispersión de los bienes familiares, fomentando las bodas entre parientes. Desde luego, primero había que ganar una fortuna que mantener. Los Rothschild, tan conservadores en lo familiar, estuvieron por delante de su época, comprendiendo la necesidad de las comunicaciones dentro de una Europa crecientemente industrializada, invirtiendo en los ferrocarriles, así como en la construcción del canal de Suez. Eran apuestas arriesgadas, dada la historia reciente de guerras entre potencias europeas, pero dieron buenos resultados. El final del siglo XIX fue bueno para Europa, que vio desplazarse sus conflictos a las colonias, y para los Rothschild, que se hicieron inmensamente ricos.

No todas las ramas de la familia tuvieron la misma fortuna. La rama de Nápoles cerró sus puertas cuando Italia se unificó; la de Frankfurt también lo hizo en 1901 ante la falta de herederos varones (miembros de la rama británica la reabrirían en 1989); la vienesa, arruinada por la crisis de 1929, emigró tras el *Anchluss* y la unión entre Austria y la Alemania nacionalsocialista. Por el contrario, los Rothschild franceses, dos ramas emparentadas pero no siempre asociadas, estuvieron con el Segundo Imperio hasta el fin, antes de adquirir aún mayor influencia en los primeros años de la Tercera República. Fue en ese momento cuando se hicieron famosos por su participación en la organización del pago de las reparaciones exigidas por Prusia, después de la guerra franco-prusiana de 1871. La forma en que los Rothschild de París y los de Frankfurt colaboraron en la negociación del pago de reparaciones de guerra, hoy casi olvidada, fue uno de los primeros motivos de sospecha de los que nació su fama de conspiradores.

La inclusión de los Rothschild en tesis más modernas no viene, sin embargo, tanto de su presencia en la vida de la Tercera República francesa, o en la de los imperios guillermino y victoriano, como del hecho de que un miembro de la rama británica, Edmond de Rothschild, contribuyó de forma destacada a la financiación del primer establecimiento sionista en Palestina, el de Rishon-LeZion, y que otro de ellos, Walter Rothschild, fue la persona a la que se dirigió la Declaración Balfour, con que el gobierno británico se comprometía al establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío.

La presencia de por lo menos dos Rothschild en la creación del Estado de Israel ha dado paso con los años a toda clase de conjeturas. Una de las más disparatadas es la que atribuye a un Rothschild de la rama austríaca que veraneaba cerca de la frontera germano-austriaca un *affaire* con la madre de Hitler — criada en un hotel cercano a su aldea natal— del que este habría nacido, y hace de todo lo sucedido posteriormente parte de un plan, destinado a conseguir la compasión de las naciones de Europa hacia los judíos, que concluiría con el establecimiento del Estado de Israel. Conjura retorcida que dice mucho más sobre la imaginación del que la imaginó, que sobre el clan Rothschild o su supuesta relación familiar con el político austroalemán.

Rica e influyente en Europa — incluso si excluimos de la familia al primo Adolf —, la familia Rothschild no tiene tanto peso en la Bolsa estadounidense. Ahí el peso lo tiene otra familia, esta vez cristiana, igualmente incluida en casi todas las grandes tesis conspirativas: los Rockefeller.

Los Rockefeller son filántropos. Lo han sido desde que el gobierno de los Estados Unidos les obligó a acabar con su trust petrolero en 1911. Antes habían reventado huelgas recurriendo a la Guardia Nacional — en 1914 una huelga en su mina de Ludow concluyó con veinte muertos, entre ellos trece niños y seis mujeres—, competido de forma desleal con otras compañías petroleras, arruinado a sus competidores y sido denunciados en uno de los primeros grandes libros de investigación periodística publicados en los Estados Unidos: *The History of the Standard Oil Company*, de la periodista Ida Tarbell.

Antes de verse obligado a dividir su compañía en cuatro, la fortuna de John Rockefeller había llegado a sumar mil millones de dólares. Casi un siglo más tarde su hijo, David Rockefeller, fue uno de los organizadores de la Comisión Trilateral, una organización privada fundada en 1973 en la que se reúnen más de trescientos ciudadanos de Europa, Japón y Norteamérica para promover la colaboración entre estas tres áreas económicas y culturales; David Rockefeller es también miembro destacado del Consejo de Relaciones Exteriores, un grupo de debate «dedicado a incrementar la comprensión del mundo en [Norte] América y para aportar ideas a la política exterior estadounidense» fundado en 1921 y con cuatro mil miembros, entre los que se incluyen a numerosos académicos, antiguos altos funcionarios y políticos, y uno de los fundadores desde 1954 del Club *Bilderberg*, junto al político laborista inglés Denis Healey, el polaco Joseph Retinger, fundador del movimiento europeo, además del príncipe Bernardo de Holanda.

El grupo *Bilderberg*, que ocupa el centro de gran parte de las tesis conspirativas surgidas después de la Segunda Guerra Mundial, es un club privado basado en el talento o el dinero, pero también en la discreción y en el que tienden a repetirse los mismos nombres que en la Comisión Trilateral o el Consejo de Relaciones Exteriores. Antes de la Segunda Guerra Mundial se aludía a menudo a la plutocracia como un grupo amorfo de difícil identificación. Tras la guerra y gracias a estos

clubes, al concepto de plutocracia ya se le pudo dar unos apellidos y un rostro que a pesar de la caricatura sigue siendo humano.

El decorado ha cambiado: nadie espera que estos conjurados se reúnan en los sótanos y subterráneos que aparecen de forma regular en las historias de *Illuminati*, masones y jesuitas. Los nuevos conspiradores se reunían primero en clubes londinenses y ahora en grandes hoteles de lujo.

Ser el encargado de organizar una reunión de los *Bilderbergs* suele ser caro y es un honor que nadie desea, pero tampoco rechaza una vez escogido. Son necesarios hoteles que serán ocupados de forma exclusiva por los invitados y su personal; asegurar viajes, comidas, seguridad y privacidad.

Aunque a decir verdad, la privacidad no parece suponer demasiados problemas: la prensa no parece interesada en cubrir las reuniones de los hombres más ricos o influyentes del mundo. En un mundo tan falto de noticias que incluso personajes menores de la farándula no pueden salir de su casa sin tener una nube de fotógrafos siguiéndoles todo el día, Bill Gates puede reunirse con Donald Rumsfeld, Henry Kissinger y cien personas de igual o mayor importancia y capital, para discutir de política y dinero durante varios días sin que ningún gran periódico lo publique. No creo en las grandes conjuras, pero si alguna vez ha habido un grupo del que es posible sospechar es este. Todas las tesis conspirativas de estos últimos veinte años acaban por hacerlo.

Las intenciones del Club *Bilderberg* han sido descritas a menudo de forma muy distinta: un grupo de debate para políticos, directores de los medios de comunicación en masas, académicos y líderes de negocios; un grupo de presión exclusivo, en que se reúne la elite del poder europea y norteamericana, de influencia masiva sobre la política internacional; una sociedad capitalista que opera en secreto en su propio beneficio. Por una vez el escoger una descripción no excluye dejar de aceptar las otras.

En cualquier caso, la intención declarada del Club *Bilderberg* es promover la comprensión mutua entre Europa y Norteamérica a través de reuniones informales y discretas entre sus representantes más poderosos, escogidos dentro del mundo de la diplomacia, la banca, la realeza y los negocios. A la reunión de 2004 de Stresa (Italia) asistieron, entre otros, el senador John Edwards, James Wolfensohn, del Banco Mundial, Tony Blair, George W. Bush y Melinda Gates, la esposa de Bill Gates. Todo ello sin foto oficial ni nota de prensa.

¿Por qué en secreto? La respuesta oficial es que no se trata de una reunión secreta, sino privada y discreta, en la que la lista de los asistentes y el lugar donde se celebra el encuentro es accesible al público, pero el programa de las reuniones y los resultados no son publicados para permitir a sus miembros hablar con más libertad, sin el escrutinio del público o la manipulación de la prensa.

De los miembros de *Bilderberg* se dice que no hablan. Se dice tanto que nadie se molesta ya en interrogarles al respecto. Y cuando alguien lo hace se puede dar el caso

del periodista Ron Jonson, autor de *Extremistas: mis aventuras con los radicales*, que pidió una entrevista con uno de los organizadores y le fue concedida.

Jonson narra en su libro una entrevista con un miembro del grupo *Bilderberg*, lord Healey, que no se muestra precisamente tímido a la hora de comentar algunas de sus reuniones, y la influencia que estas tienen en la política, explicando, por ejemplo, la participación de Margaret Thatcher en una de las primeras a la que asistió como invitada. Hay mucho de presunción en la manera en que cuenta cómo ayudó a presentarla en sociedad. En algunos momentos lord Healey parece la madre de una debutante puesta de largo presumiendo de lo bien que supo bailar su hija, pero en otros se muestra nostálgico por tiempos pasados y mejores, antes de quejarse: los nuevos oligarcas supermillonarios no aceptan con el mismo entusiasmo que antes pertenecer a su reservado círculo y algunos han llegado a rechazar la invitación a unirse al grupo.

Por lo demás, si los *Bilderbergs* son una sociedad secreta, deben de ser una de las sociedades secretas que genera más publicidad de todo el planeta. Aún no había pasado una semana desde su reunión de 2005 y ya podía leerse en internet la lista de los asistentes, según la cual, a la reunión celebrada del 5 al 8 de mayo de 2005 en Baviera, habrían acudido la reina de España y, entre otros españoles, Joaquín Almunia, Juan Luis Cebrián, Rodrigo Rato y Loyola de Palacio. La simple presencia de algunos de estos nombres en el grupo basta quizá para demostrarnos que no estamos frente a una terrible conjura. Aunque otros de los asistentes son pesos pesados dentro de sus respectivas áreas: Josef Ackermann, del *Deutsche Bank*; Jorma Ollila, de Nokia; Richard Pelle, secretario de Defensa de la Administración de Reagan; Vernon Jordan, alto ejecutivo de empresas como *American Express*, *Dow Jones* o *Xerox*; Jürgen Schrempp, de *Daimler-Chrysler*; Peter Sutherland, del grupo bancario *Goldman Sachs Group*; Daniel Vasella, de la compañía farmacéutica *Novartis*, y James Wolfensohn del *Banco Mundial*.

Lo sepan o no, pero normalmente lo saben, todos los grupos de debate capitalista toman su ejemplo del más antiguo de los mismos. La *round table* fue fundada en Londres a finales del siglo XIX por Cecil Rhodes, un sudafricano gracias al multimillonario monopolio de los diamantes, y lord Alfred Milner, representante de la Corona británica en Sudáfrica entre 1897 y 1905, que la dirigió hasta su muerte en 1925.

En aquellos tiempos los grupos de capitalistas eran menos cosmopolitas y menos dados a la filantropía, quizá solo más honestos que hoy a la hora de definir sus intereses. Cuando Milner y Rhodes crearon su grupo tenían claro que querían poder e influencia. Rhodes quería hacer de África un dominio británico desde Ciudad del Cabo hasta El Cairo. Según sus tesis, Gran Bretaña no era un poder europeo, sino atlántico y su futuro estaba en una comunidad de intereses comunes a los países anglosajones: Sudáfrica, Canadá, Australia, Nueva Zelanda, la India (aún colonia británica) y los Estados Unidos. Junto al millonario Rhodes, se encontraban el

financiero alemán Alfred Beit, sir Abe Bailey y miembros de la familia Astor, magnates de la prensa británica. Desde 1925, fruto de la amistad entre las dos orillas del Atlántico anglosajón, comenzaron a llegar ayudas de J. P. Morgan, de las familias Rockefeller y Whitney.

Rhodes y Milner desde el capitalismo, como Wells desde la izquierda, eran hijos de una sociedad abierta y no tenían problema en confesar sus intenciones. Rhodes creía que el predominio de la raza anglosajona, y la *Pax Britannica*, sería buena para el resto de los pueblos del mundo; Wells, que la variante fabiana del socialismo — de la que después surgirían proyectos políticos tan divergentes como el *New Deal* de Franklin D. Roosevelt o el Partido Laborista británico— sería buena para todos los pueblos y no solo el anglosajón. Ni unos ni otros creían en el secreto o las sociedades secretas, aunque las *round tables*, siendo también lugares donde se cerraban negocios, nunca dejaron de ser discretas en sus tratos.

Todos pertenecían a la misma clase, hablaban el mismo idioma, que no era solo el del dinero, sino además el inglés tal y como este es pronunciado por las clases altas y educadas, y se conocían entre sí, habían pertenecido a los mismos clubes, crecido en los mismos colegios y universidades y formado parte de las mismas sociedades estudiantiles.

Desde que Harry S. Truman tiró dos bombas atómicas sobre Japón, el presidente de los Estados Unidos ha sido el hombre más poderoso del mundo. No importa lo reñida que haya sido la carrera armamentista con otras potencias — y solo fue reñida con Rusia— o cuán penosa haya llegado a ser en algún momento la situación de la economía estadounidense, tanto por su poder militar como por su potencial económico, los Estados Unidos han estado por delante de cualquier posible rival. En las últimas elecciones presidenciales estadounidenses (noviembre de 2004) la competencia para ser el hombre más poderoso del mundo estuvo limitada a dos miembros de una misma orden secreta de nombre siniestro: *Skull and Bones*.

La de los *Skull and Bones*, a pesar de haber tenido un presidente durante el siglo XIX, William H. Taft, es una conjura recién llegada a los libros de conspiraciones. Hace veinte años casi nadie sabía de su existencia y ahora, gracias a la buena fortuna de dos de sus miembros, es considerada de forma retrospectiva responsable del Programa Atómico estadounidense, dirigido por otro de sus miembros en los años cuarenta, o del ascenso al poder del nacionalsocialismo, ya que un *Skull and Bones* — el abuelo del actual presidente estadounidense— fue directivo de un banco en el que depositó dinero uno de los varios financieros que apoyaron en Alemania a Hitler.

Siempre me sorprende leer libros o artículos sobre conjuras y grandes capitalistas anglosajones: como si un grupo de multimillonarios, nacidos en viejas familias del *stablishment* capitalista, educados en las universidades más caras del país más rico y poderoso del mundo, necesitasen hacer algo más que nacer primero y seguir respirando después para llegar a alcanzar situaciones de poder. Porque eso son los miembros de la *Skull and Bones*: los hijos del privilegio absoluto, educados en la

universidad más cara de su país. A su peculiar manera, aquellos que creen que es necesaria una conspiración para que un multimillonario — hijo, nieto y biznieto de millonarios— educado en Yale sea el hombre más poderoso del mundo, están entre los más firmes creyentes en el carácter igualitario de la República norteamericana.

Se dijo en su día que en los Estados Unidos cualquiera puede llegar a ser presidente. Eso no es cierto hoy, si es que llegó a serlo en algún momento. El país que hizo esa promesa no es en todo caso el de las campañas electorales multimillonarias. Los Estados Unidos son hoy un país de partidos políticos débiles y líderes políticos dotados de una gran independencia con respecto a los mismos, acostumbrados a conseguir sus propios fondos de campaña, a través de comités de acción política independientes. En los Estados Unidos no es raro que cuanto más alto sea el cargo electo ocupado, más rico sea el que lo ocupa. Parte oligarquía, en que los ricos están sobre representados en los altos cargos, y parte meritocracia, suficientemente abierta para aceptar sangre nueva, la República norteamericana no necesita de conjuras para que con frecuencia su presidente sea un millonario, emparentado por sangre, matrimonio o educación con otros millonarios. Incluso Lincoln, por sus orígenes el más pobre de los presidentes estadounidenses, en su camino a la Casa Blanca fue el abogado mejor pagado y más rico de Illinois y se casó con una rica heredera. En los Estados Unidos, como en el resto del mundo, el dinero se casa con el dinero.

A pesar de la supuesta amplitud del sistema, una decena de presidentes de los Estados Unidos han estado emparentados entre sí. Evidentemente los dos Bush, padre e hijo, que han llegado a la presidencia con tan poca diferencia que han podido compartir consejeros. Pero ya antes John Adams había sido padre de John Quincy Adams; William Henry Harrison, presidente durante un mes en 1841, fue abuelo de Benjamin Harrison; Theodore Roosevelt y Franklin D. Roosevelt eran solo parientes lejanos, a pesar de compartir el mismo apellido, pero la esposa de Franklin, Eleanor Roosevelt antes incluso de casarse llevaba ya ese apellido y era sobrina de Theodore. Los dos Roosevelt eran a su vez parientes lejanos de los presidentes Martin Van Buren y Zachary Taylor.

Si Harry S. Truman fue el último presidente de los Estados Unidos que no fue a la universidad, y tuvo problemas de dinero durante su juventud, cuatro de los últimos seis presidentes — los dos Bush, William Jefferson Clinton y Gerald Ford— han tenido el privilegio de graduarse en la misma cara universidad: Yale, aunque Clinton cursó buena parte de sus estudios en una universidad jesuita de Georgetown y Oxford. Además, no importa cuál hubiera sido el resultado de las elecciones que les llevó a la Casa Blanca, lo más probable es que en la candidatura ganadora hubiera podido haber otro alumno de Yale. Desde que en 1972 Sargent Shriver, fundador del *Peace Corps*, aspiró a la vicepresidencia de los Estados Unidos en la candidatura demócrata, ha habido por lo menos un graduado de Yale en cada una de las elecciones a la presidencia estadounidense. En las elecciones del 2004 el candidato a la vicepresidencia junto a Bush, Richard Cheney, era también graduado de Yale,

como lo habían sido Joe Lieberman y Howard Dean, que habían aspirado a la candidatura demócrata contra John Kerry pocos meses antes. También pasaron por Yale John Calhoun, séptimo vicepresidente de los Estados Unidos, y William Howard Taft (presidente de 1909 a 1913), amén de otros personajes más adecuados para un libro dedicado a las conspiraciones, como James Jesus Angleton, jefe de personal de la CIA; John Negroponte, primer director nacional de Inteligencia y primer embajador en Irak después de la caída de Sadam Husein; Trubee Davison, por algún tiempo director de personal de la CIA (miembro de la fraternidad *Skull and Bones*); Dino Pionzio, responsable de la CIA en Chile durante el *putsch* contra Allende (otro *Skull and Bones*), o David Duchovny, protagonista de la serie de televisión *Expediente X*. En cualquier caso, la conexión de Yale con los servicios secretos estadounidenses es real, antigua y anterior incluso al OSS y la guerra fría: Nathan Hale, ahorcado durante la guerra de Independencia de 1776, el hombre cuya estatua está en la entrada del cuartel central de la CIA en Langley, era un graduado de Yale.

Yale, fundada en 1701, es la segunda universidad de los Estados Unidos en antigüedad y medios económicos, y una de las ocho universidades que formó inicialmente la *Ivy League*. En el informe anual de universidades publicado por *U. S. News and World Report* correspondiente al año 2005, y dedicado a evaluar su capacidad docente, Yale aparece en tercer lugar entre varios cientos de centros educativos. Yale, con casi trece billones de dólares de dotación académica, es también la segunda universidad más rica del mundo. Gracias a ese dinero y esa preparación, a lo largo de su historia Yale ha dado al mundo cinco presidentes estadounidenses, un presidente alemán —Karl Carstens, de la República Federal—, un presidente mexicano — Ernesto Zedillo—, quince premios Nobel, quince miembros del Tribunal Supremo, treinta y seis senadores, siete secretarios de Estado y a Cole Porter.

Las universidades de la *Ivy League* son poderosas no solo porque proporcionan a sus alumnos una buena educación, sino también contactos sociales que se expresan a través de sus actividades deportivas y de sus fraternidades, en las que se forjan amistades que duran de por vida y a menudo pasan de generación en generación. La pertenencia a sociedades como los *Skull and Bones* es parecida al proceso presidencial estadounidense: en principio se trata de un proceso meritocrático en el que cualquiera puede aspirar a ser presidente, o a ser invitado a formar parte del grupo, pero en el que ayuda, como en el caso de Bush, pertenecer a una familia que ha formado ya parte de la fraternidad o tenido acceso a la Casa Blanca desde hace varias generaciones.

Hay tres fraternidades en Yale que reclutan exclusivamente alumnos de los cursos a punto de graduarse: *Skull and Bones, Scroll and Key* (Rollo [de pergamino] y Llave) y *Wolf's Head* (Cabeza de Lobo). *Skull and Bones*, la más antigua, ha fijado el tono tétrico que es característico de las fraternidades de esa universidad.

Skull and Bones fue fundada en 1832 por dos estudiantes que habían sido rechazados por otra fraternidad universitaria, la *Phi Beta Kappa*. Desde su creación la fraternidad ha sido conocida por distintos nombres: *The Order of Death, The Order, The Eulogian Club* y la *Lodge 322*, aunque su nombre legal sea el más anodino de *The Russell Trust Association*, denominación bajo la que está registrada en el estado de Connecticut, con un capital social de 4.133 246 dólares (dato de 1999). Sus miembros son conocidos como *Bonesmen* (Huesudos o Esqueletos).

Los fundadores del grupo fueron Alphonso Taft y William Huntington Russell. De este último sabemos que viajó por Europa, hablaba alemán y era hermanastro de uno de los más grandes traficantes de opio a China en el siglo XIX. La falta de detalles concretos sobre gran parte de su vida, y el origen criminal — pero no necesariamente ilegal en aquellos tiempos— de la fortuna de su familia, ayuda a que sea el más presente de los dos a la hora de formular teorías conspirativas. De sus años de vagabundo rico por Alemania nace la leyenda de que la fraternidad*Skull and Bones* es en realidad la Logia 322 de la Orden de los *Illuminati* de Baviera. Un mito que algunos *Bonesmen*, conscientes del efecto que esto causa, no han dejado de explotar desde hace más de un siglo, afirmando que son solo parte de algo más grande y antiguo. De la misma manera que a los masones del siglo XVIII les gustaba remontarse a los caballeros templarios, los *Skull and Bones* disfrutan creando alrededor suyo un aura de oscuridad que se traduce en el nombre dado a su club social, La Tumba, en su decorado lleno de calaveras, inscripciones en alemán, esvásticas prenazis, y, en algunas de sus cenas para iniciados, con el uso de la vajilla que perteneció a Hitler. Aunque la historia de la vajilla es probablemente solo una leyenda, lo que ayudaría a comprender por qué otras versiones prefieren hablar en su lugar de la cubertería de Hitler.

Este clima de oscuridad se ha reflejado también en numerosos documentos de la orden. Así, el treinta aniversario de su fundación fue celebrado en su día como el «Treinta aniversario de la fundación de nuestro Capítulo Americano», y hasta 1933 sus documentos hablaban del «Capítulo de Yale», implicando la posible existencia de otras logias de las que no se sabe nada, detalle este cuando menos sospechoso, cuando del capítulo estadounidense se conoce hasta su capital social, sus miembros y locales.

Pero si Russell contribuyó a la leyenda de *Skull and Bones*, es la trayectoria de su cofundador, Taft, la que ayuda a comprender el atractivo que ejerce la fraternidad sobre los estudiantes más ambiciosos de Yale. Alphonso Taft fue fiscal general de la República y secretario de Guerra durante la presidencia de Ulysses S. Grant, candidato al gobierno de Ohio en 1875 y 1879, embajador de los Estados Unidos en el Imperio austrohúngaro en 1882 y en el Imperio ruso de 1884 a 1885. Su hijo, William Howard Taft, fue presidente de los Estados Unidos; su nieto y su biznieto, Robert A. Taft y Robert Taft Jr., fueron senadores; su tataranieto, Robert A. Taft III, es el actual gobernador de Ohio. Uno de sus descendientes, William Howard Taft III, fue

embajador de los Estados Unidos en Irlanda; otro de ellos, William Howard Taft IV, es asesor del Departamento de Estado. Una dinastía más antigua que la de los advenedizos Kennedy, incluso más que la de los patricios Bush. En Yale, y en gran parte de la costa Este de los Estados Unidos, los apellidos importan y, como muchos hijos siguen el camino de su padre, no es raro que se repitan dentro de *Skull and Bones* algunos de origen patricio como Bush, Cheney, Bundy, Ford, Dodge, Goodyear, Heinz, Harriman, Kellogg, Pillsbury, Rockefeller, Phelps, Weyerhauser, Taft, Vanderbilt o Whitney, que algunos podrán identificar con marcas de automóviles (Dodge y Ford), neumáticos (Goodyear), conservas (Heinz, Kellogg o Pillsbury), pero más a menudo con bancos.

Desde que Alphonso Taft y William H. Russell crearon su fraternidad, dos mil quinientos universitarios, hasta hace poco todos blancos, todos hombres y casi todos procedentes de familias del viejo patriciado anglosajón de Nueva Inglaterra, han entrado en la orden de *Skull and Bones* a razón de quince cada año. Oligárquicos pero abiertos al mérito, el resultado de esa mezcla es la presencia de *Bonesmen* en casi todos los grandes negocios de los Estados Unidos. Un club antes completamente blanco comenzó a aceptar a miembros de minorías étnicas a partir de la década de 1950 y la primera mujer fue aceptada, aunque no sin resistencia, en 1991.

La fidelidad de esos nuevos miembros hacia su grupo y entre sí es creada, como en cualquier otra fraternidad universitaria estadounidense, primero por una serie de ritos de iniciación, a menudo crueles, y de bromas pesadas que sirven para filtrar a los novatos menos interesados, y después a través de gamberradas cometidas en común. Gamberradas que en el siglo XIX y la primera mitad del XX llegaron al robo de sepulturas. Esta última actividad ayuda, entre otras cosas, a comprender por qué, si creemos la leyenda, entre su colección de cráneos — ilegal, según la ley de Connecticut— está el del jefe apache Jerónimo.

¿Conspiración? La mayor parte de los miembros de las fraternidades universitarias estadounidenses pasan por un pesado sistema de iniciaciones, en busca de lo que no solo *Skull and Bones* sino cualquier otra sociedad fraternal ofrece, lo mismo que Pedro Picapiedra o Ralph Krandem buscaban en sus clubes provincianos: amigos de por vida y gente con la que cerrar negocios con un simple apretón de manos secreto. Aunque en el caso de los *Bonesmen* estos negocios pueden ser billonarios e incluir la reconstrucción de Irak.

24

El siglo XIX nos dejó todo lo que era necesario saber sobre las sociedades secretas... «están todos»

En 1815 las monarquías legítimas habían sido restauradas en toda Europa. En 1871 Francia era una República, Italia había sido unificada en torno a la monarquía saboyana y Alemania en torno a los Hohenzollern, e incluso la monarquía alemana, a pesar del autoritarismo y rigidez de la burocracia y la Corona prusianas era una monarquía parlamentaria. Esos habían sido durante medio siglo los objetivos de los reformadores radicales de los tres países. El corazón de Europa había entrado en la modernidad de forma irreparable, las sociedades secretas no habían tenido nada que ver con ello, con la posible excepción de Italia, e incluso en Italia lo que empezaron los *carbonarios* tuvieron que acabarlo el ejército y la monarquía saboyanas. Sin embargo, en medio de su inactividad, o incluso de su fracaso, el papel de las sociedades secretas, y por extensión de las tesis conspirativas, se había confirmado si no ante la historia, sí por lo menos ante buena parte de la opinión pública.

Por obra de mitómanos y espías, de malos historiadores citándose mutuamente y de ministros del Interior y policías demasiado celosos, se había logrado la unificación de, todas las tesis conspirativas. El mitómano Buonarroti, con su afición a la masonería, había unido a los *Illuminati* desaparecidos con los primeros comunistas utópicos que aún no habían leído a Marx; el liante Taxil, a la masonería con el satanismo y el socialismo; el informante De Wit, a los carbonarios y republicanos liberales con los masones; el obsesivo Geugenot, a los judíos, necesariamente satanistas y en colusión con los masones, con los Rothschild, mientras que estos coincidían con lord Milner y con Cecil Rhodes, y por una vez esa coincidencia tenía lugar en los salones de la alta sociedad del mundo real, y no solo en los subterráneos imaginarios que adornan tantas historias sobre conspiradores.

Un siglo antes, María Antonieta había dicho respecto a la masonería y no había sido un comentario necesariamente negativo: «Están todos». Y realmente estaban todos: los enciclopedistas, los filósofos, Voltaire, Benjamin Franklin, Federico de Prusia, George Washington, el marqués de Lafayette, Mozart, los fisiócratas, los cuñados de la reina, posiblemente Turgot, los nobles y clérigos más educados y de mente más abierta del reino francés y la aristocracia europea. A finales del siglo XIX, aunque esta vez solo en la imaginación popular, volvían a estar todos. Salvo que ahora «todos» era un término que incluía una mezcla confusa de socialistas, anarquistas, revolucionarios, judíos, jesuitas, satanistas y nuevos ricos. Y la expresión

«están todos» no solo era en gran parte falsa, sino que además había pasado a ser negativa.

A finales del siglo XIX era ya posible comenzar a combinar todo tipo de conjuras en la seguridad de que siempre habría un punto de contacto de grupo a grupo mencionado, que permitiría ofrecer a un lector, sobre todo a uno ya predispuesto a creer en ella, una visión de conjunto lógica de cualquier conspiración por disparatada que esta fuese en sus orígenes. El anónimo redactor de los *Protocolos de los sabios de Sión* lo sabe, o lo intuye, lo previene incluso, cuando escribe: «Bajo nuestras órdenes militan hombres de todas las opiniones, de todas las creencias; restauradores de la monarquía, demagogos, socialistas, comunistas y todo género de utopías; a todo el mundo hemos unido a nuestra empresa, y cada uno de ellos va minando las ruinas de poder y se afana por acabar de derribar lo que aún queda en pie». (*Protocolos de los sabios de Sión*, Noveno protocolo).

Así, por ejemplo, es evidente que puesto que Rothschild es banquero y judío, puede ser masón, y si es masón tiene que estar en contacto con los *Illuminati*, y si es *Illuminati* será miembro de la conjura comunista, desde luego junto a los templarios que originaron la masonería. Luego si Rothschild — cuyo apellido significa «escudo rojo»— ha frecuentado, además, una de las *round tables* organizadas por Rhodes, y alguno de sus descendientes una reunión de los *Bilderbergs*, es evidente que los *Bilderbergs* son un grupo *Illuminati* inspirado por el templario oculto Cecil Rhodes, que pretendía acabar con la Iglesia y sustituirla por una dictadura comunista y satánica cuyo símbolo sería el escudo rojo de los Rothschild y por eso la bandera de la Unión Soviética era roja y los jesuitas de la Universidad Centroamericana de El Salvador de izquierdas… lo que hace del oficial paracaidista que los hizo matar un héroe de dimensiones universales. Bueno, «evidente» quizá no es la palabra exacta, pero miles, tal vez cientos de miles, de personas a lo largo del mundo parecen creerlo. Y aquellos que piensen que estoy exagerando en mi tesis fantasma harán bien en visitar internet, donde podrán encontrar conspiraciones similares, con pequeñas variantes nacionales, en por lo menos un millar de *websites* que se las toman en serio. Simplifico, desde luego, pero simplificar es una característica propia de los teóricos de la conspiración, y a ellos y sus métodos tengo que volver a la hora de escribir sobre sus tesis.

En cualquier caso, todo estaba listo para el siglo XX, ese breve período de tiempo que va entre el disparo, en 1914, contra un archiduque del Imperio austrohúngaro en Sarajevo, y la caída del muro de Berlín cerca de las Navidades de 1989, o la desaparición de la Unión Soviética dos años después, de nuevo con el telón de fondo de disparos en Sarajevo. Un siglo en que las tesis conspirativas pasaron de las minorías a las masas, de ser una leyenda a convertirse en la política de los estados y de sus dirigentes políticos. Un siglo sobre el que no escribiré, porque la locura de las masas puede divertirme en un momento de vértigo, pero la de los estados está más allá de lo que soy capaz de comprender o explicar.

Cuarta parte

LOS MECANISMOS DE LA SOSPECHA

25

Siglo XXI: el siglo del globalismo

Leo. Es mi oficio. Leo para divertirme, leo como trabajo, me pagan por leer. Ahora, por fin, me están pagando por escribir. Llevo toda una vida leyendo y durante la mayor parte de esta vida he sido un lector suspicaz y desconfiado. Salido del ambiente de los que creen en las tesis conspirativas, aprendí desde muy joven a desconfiar de las casualidades y a ver complicidades donde otros ven coincidencias. Los años me han vuelto más liberal, pero aunque me han quitado la suspicacia no me han borrado el hábito que me lleva a buscar lo similar dentro de textos aparentemente opuestos, a encontrar un punto de enlace, por improbable que sea, entre libros que en su origen parecen carecer de elementos comunes.

En meses recientes ese instinto se ha reagudizado. Por primera vez he cobrado por leer y lo he hecho como oficio. Eso me ha obligado a hacerlo de forma más cuidadosa, contrastando datos, buscando lo que queda fuera del texto con el mismo interés que lo incluido en él. Al haberme dedicado sobre todo a textos en inglés y a libros dedicados a las ciencias sociales y la historia, tengo la impresión de que muchos de los libros que he leído forman parte de una gran polémica entre partidarios y detractores de la globalización que estuvieran decidiendo no si esta es viable o no, sino — ante lo inevitable de su llegada— únicamente qué signo va a tener.

La globalización es el gran tema de finales del siglo XX y principios del XXI, y desde que Francis Fukuyama proclamó «el fin de la historia», parece que todos los autores tengan que tratarlo y solo existan dos formas de hacerlo. Como en tiempos de la Ilustración, existe hoy también en el mundo un Partido del Pesimismo que ve en la globalización el triunfo de un capitalismo malvado, a veces cosmopolita y a veces estadounidense —en todo caso anglosajón— y asimila ese destino a un futuro de destrucción ecológica, bajos salarios, maquiladoras, hambre y neocolonialismo; y existe un Partido del Optimismo —con diferentes facciones— que cree que la globalización ha llegado para quedarse y que puede ser manejada para bien de todos. Entre los grandes pensadores estadounidenses de este principio de siglo —bastante menos entre los de otros países— no faltan los miembros de ese Partido del Optimismo, equivalentes en todo a los filósofos y enciclopedistas de aquel Partido del Cambio que tuvo el siglo XVIII, que nos dice que un futuro brillante es posible. El Partido del Optimismo es el partido de la globalización como idea-fuerza positiva, pero también el que desconfía de los estados mientras ve en las corporaciones a entes racionales, capaces de hacer el bien —aunque sea por motivos egoístas— y ejercer

una influencia positiva sobre la humanidad. Dentro de ese partido hay autores como Jared Diamond, que se dedican a temas científicos y eluden en lo posible la política; economistas como Jeffrey Sachs, que desearían obviar — sospecho que incluso eliminar— las diferencias culturales, y sociólogos como Alvin Toffier, que, sin dejar de ser optimistas, reconocen los peligros que a veces traen consigo esas mismas diferencias culturales. Se repiten hoy las mismas polémicas que durante los años anteriores a la Revolución francesa. De la misma forma que durante la Revolución francesa Mirabeau, Lafayette y el duque de Orleans no se aliaron a pesar de tener proyectos políticos complementarios, también hoy el Partido del Optimismo tiene variantes, fracciones, facetas…

También hoy hay enciclopedistas que, muy probablemente sin saberlo ellos mismos, están conspirando tal y como lo entendieron originalmente los romanos: *conspiro*, «concordar», «armonizar», «estar de acuerdo». Al menos hoy los pensadores, algunos de ellos, trabajan para los reyes, o para aquellos que tienen tanto o más poder que el que tuvieron los reyes absolutos: las grandes corporaciones, los financieros. Turgot no se llevó bien con Luis XVI y este perdió la cabeza, pero Jeffrey Sachs se lleva bien con el multimillonario Georges Soros. Si Luis XVI hubiera oído a Turgot, Francia se habría ahorrado los muertos del Terror y el millón y medio de bajas de las campañas napoleónicas. Si esta generación hace caso a las tesis de Sachs, es posible que muchos países del Tercer Mundo abandonen la pobreza a lo largo de esta generación.

Así pues, leo. Desde hace un año estoy leyendo el mismo libro, tiene una docena de títulos y muchos autores y estilos distintos, pero no importa, logro reconocer debajo de sus diferencias secundarias un mismo texto. A veces leo un manuscrito nuevo y aunque sé que es del todo imposible, porque tanto el uno como el otro están aún inéditos incluso en su país de origen, me parece que debate con el leído uno o dos meses antes. Siempre regresan los mismos temas y planteamientos, a veces incluso los mismos ejemplos. El pedante que hay dentro de mí se siente tentado a hablar de la sincronicidad pero citar a Jung, sin haberlo leído a fondo, es una experiencia arriesgada. El antiguo creyente en conspiraciones, que acecha aún dentro de mí, puede llegar a pensar en un imposible acuerdo previo entre autores y editores, ¿y qué podría ser más interesante que este acuerdo secreto en un libro sobre conspiraciones? Lo cierto es que, a juzgar por los manuscritos que circulan entre agencias y editoriales, estamos a punto de asistir a una ofensiva de las fuerzas del optimismo racionalista. Para cuando este libro salga habrán sido publicados, no sé si en español pero sí por lo menos en inglés, y podré mencionar sin ser desleal para con mis editores, media docena de textos que, empezado el siglo XXI, renuevan su fe en la sociedad liberal nacida en la Revolución francesa, como la forma más avanzada de las relaciones humanas y sociales surgida a lo largo de la historia.

El siglo XX pasará a la historia como un siglo corto y perdido para la historia del pensamiento. Un siglo que va solo de 1914 a 1989, del disparo de Sarajevo que dio la

señal de partida de las grandes matanzas europeas, a la desaparición del llamado socialismo real. Un siglo que puede ser visto como un gran paréntesis totalitario, al final del cual no se han producido suficientes cambios en el mundo para justificar su alto coste humano: colonizada ayer y neocolonizada hoy, África pesa tan poco como un siglo atrás; en vías de desarrollo hace un siglo y sin peso político hoy, tampoco Hispanoamérica ha avanzado; fuera de Occidente solo Asia ha ganado voz y voto en las decisiones que afectan al mundo. En Occidente, Europa se ha desangrado en dos grandes guerras civiles, y solo Norteamérica ha logrado salir del siglo XX sin dictadores ni matanzas, sin grandes quiebras que destruyeran su espíritu o su pueblo. Comparar la crisis de Vietnam con las dos grandes guerras mundiales que arrasaron Europa es tentador pero atrevido; ninguna ciudad norteamericana ha sufrido como Dresde, Stalingrado o Sarajevo.

Prueba de dónde está el poder real en el mundo a principios del siglo XXI, el Club *Bilderberg* incluye sobre todo a norteamericanos y europeos. Supimos que España estaba entre los países que contaban en el mundo — que volvía a contarse entre los grandes después de varios siglos de ausencia— cuando sus empresarios, políticos y ejecutivos comenzaron a ser invitados a las reuniones del *Bilderberg*.

Cerrado el paréntesis de los totalitarismos modernos, las polémicas del siglo XVIII vuelven a ocupar el centro de los debates doctrinales del Occidente de principios del siglo XXI. Lo ocupan incluso de forma intencional: el economista Jeffrey Sachs invoca los viejos ideales del liberalismo en su libro *El fin de la pobreza*. Después de más de un siglo de crítica a la Ilustración, de redefiniciones y recortes al término «progreso», el de Sachs es un libro que sirve a la vez de tratado de economía mundial simplificada, de historia económica de buena parte de la humanidad, de propaganda en favor de las tesis globalistas, y de defensa de la libre empresa y su influencia positiva en el mundo. El autor tiene calificaciones necesarias para ser oído pero también para ser considerado como sospechoso por muchos de los que prefieren creer en las conspiraciones: fue consejero de Paz Estensoro en Bolivia; formuló en Polonia, junto a Jacek Kuroñ, el primer programa de transición de una economía comunista a una liberal de la historia del mundo; es también consejero del multimillonario Georges Soros; pertenece por formación, vida laboral y contactos a esa élite cosmopolita sobre la que pesan las peores sospechas por parte de los enemigos de la globalización.

No es el único libro liberal, en el sentido decimonónico y original del término, que ha visto o verá la luz a lo largo del curso 2005-2006. Peter Whybrow en *American manía* cita a Adam Smith y Tocqueville. La globalización aparece en el libro de Whybrow tanto para indicar cómo los hábitos de consumo estadounidenses están siendo exportados a todo el mundo, como para analizar los resultados contrapuestos de esa exportación: los hábitos alimenticios estadounidenses son malos, pero las ideas de la libre empresa que los inspiraron son buenas para el desarrollo de muchos países. Polonia, un país donde lo estadounidense es percibido

como muestra de progreso y democracia, y donde los *McDonald's* reciben el nombre de «embajadas americanas», es citado como ejemplo de los aspectos favorables de la globalización y la manera en que el modo de vida americano es percibido en Europa de forma distinta por viejas y nuevas democracias.

La crítica a la religión aparece en el libro de Jeffrey Sachs, que opina que sería más fácil desarrollar al Tercer Mundo, quizá incluso civilizar Norteamérica, sin el peso muerto de las creencias religiosas. La desconfianza hacia otras formas de monoteísmo, en concreto el musulmán, llena casi todos los textos de estos teóricos desde antes incluso de la catástrofe del 11 de septiembre. Los nuevos enciclopedistas comparten la desconfianza de los viejos, muestran a veces incluso una latente y mal disimulada hostilidad hacia la religión organizada. Al ser estos pensadores a menudo partícipes en las grandes reuniones del gran capital, o al menos consejeros de las mismas, podemos volver a decir con María Antonieta que «están todos», y añadir que «no han cambiado».

¿Qué contestan los partidarios del Partido del Pesimismo? Ese partido es de nuevo el del marqués de Lantenac y el abate Barruel, el de la religión y las viejas costumbres, el que cree en las conspiraciones y desconfía de la globalización como antes desconfió de la Ilustración. Barruel tiene seguidores incluso hoy y también algunos de sus libros han llegado hasta mis manos. No me refiero solo a libros escritos por personas conscientes de que forman parte de una tradición empezada por Barruel, ni a la obra de antisemitas y antimasones que hayan actualizado su mensaje incluyendo motivos antiglobalización, sino también a libros escritos a partir del temor al cambio, pero no necesariamente desde el prejuicio, que desde orígenes distintos a los de los viejos teóricos de la conspiración llegan a resultados similares.

La imagen de los conspiradores tal y como son retratados en las tesis conspirativas clásicas puede ser contrastada fácilmente con la que ofrecen estos nuevos libros, destinados a mostrar la existencia de una serie de grupos en los que confluyen dinero y poder político, sin caer necesariamente en lo conspirativo. Sin embargo, en el momento en que los supuestos conspiradores dejan de ser presentados no como representantes de una forma distinta de asumir la historia, para pasar a ser descritos como agentes del diablo, seres inhumanos, o incluso extraterrestres, estamos entrando — en algunos casos volviendo— al terreno de la literatura conspirativa clásica.

En todo caso, estos capitalistas, ¿son el mismo enemigo denunciado por las tesis conspirativas anteriores o son un enemigo nuevo? ¿Importa acaso? Lo importante es que demasiado a menudo, tanto los motivos, como los mecanismos seguidos, para condenar a los nuevos grupos de sospechosos, son los mismos que ya se usaron para atacar a los filósofos, masones e *Illuminati* en el siglo XVIII. Los sospechosos pueden variar algo de denunciante a denunciante, pero a principios del siglo XX, entre los principales están el Consejo de Relaciones Exteriores estadounidense, la Comisión Trilateral, los *Bilderbergs* y, desde hace una década — como tributo a sus triunfos

más recientes— los *Skull and Bones* de Yale. En cualquier caso, a los partidarios de la globalización se les atribuye si no el mismo plan que en su día se atribuyó a los *Illuminati*, sí uno muy semejante. Y muchos de los que se lo atribuyen, les atribuyen también una continuidad no solo en las intenciones, sino además una afiliación directa, bastante más improbable, que nadie ha podido documentar.

26

¿Cómo son los sospechosos?

Sabemos quiénes son los sospechosos y desde cuándo lo son. Pero ¿cómo y por qué son sospechosos? Comparemos, a manera de ejemplo, tres tesis conspirativas sobre un suceso cuyo resultado conoce todo el mundo: el hundimiento del *Titanic*.

- **Primera tesis:**
  Un grupo de piratas albaneses lo asaltaron en medio del Atlántico para apoderarse de un cargamento de oro enviado en secreto, a continuación vendieron a la tripulación y los pasajeros como esclavos en Turquía. En algunas versiones más elaboradas, dejaron tras de sí un falso naufragio.
- **Segunda tesis:**
  Los jesuitas deseaban apoderarse de la fortuna de John Jacob Astor, uno de los hombres más ricos del mundo, y además enemigo de sus planes, y para tal fin hundieron el navío en que este viajaba con la complicidad de su capitán, Edward Smith, que era en realidad un jesuita secreto. Después lograron robar el control de su fortuna a la viuda.
  Una variante de esta tesis, defendida entre otros por el periodista Doug Yurchey —a quien debemos también artículos sobre las bases secretas del gobierno estadounidense en la luna—, hace que los jesuitas aconsejaran a J. P. Morgan, competidor de Astor, y jesuita secreto, construir el navío más lujoso del mundo con el único fin de hundirlo y matar a sus pasajeros, entre los que tarde o temprano tendría que estar Astor. Entre las pruebas aportadas, se indica que un importante jesuita irlandés, el padre Francis M. Browne — provincial de la orden para Irlanda—, suspendió su viaje en el navío a última hora. No hay, sin embargo, tesis conspirativas que hablen de la muerte de otros dos multimillonarios que también viajaban a bordo: Guggenheim y Strauss.
- **Tercera tesis:**
  El motivo de que el *Titanic* cuando se hundió — y se admite que fue por las causas por todos conocidas— provocase tantas muertes, era que sus barcas salvavidas no estaban pensadas para cargar con la tripulación y los viajeros de un navío de pasaje, sino calculadas de acuerdo con las necesidades de un buque auxiliar de la marina de guerra británica. El Almirantazgo preveía desde mucho antes la llegada de la Gran Guerra, y tenía planes para poder

movilizar cada nuevo navío que saliera de cualquier astillero bajo control de la Corona, como era el caso del *Titanic* y de su hermano gemelo el *Olympic*.

Muy poca gente creerá en la primera tesis porque incluye piratas, oro, esclavos y otros temas que no cuadran con una catástrofe moderna, pero también porque coloca en su centro a los albaneses. Una cierta predisposición hacia las tesis conspirativas, o en contra de los jesuitas, es necesaria para creer en la segunda en cualquiera de sus versiones. La tercera es para muchos creíble, porque el navío gemelo del *Titanic* fue movilizado durante la Gran Guerra, porque el hundimiento de aquel navío gemelo no causó apenas víctimas — ¿ayudaría a ello el que se hundiera de día y que todos los que iban a bordo fueran personal militar, o militarizado, sujeto a disciplina de guerra? —, pero también por todos los prejuicios previos que hacen de los británicos unos seres en principio tan indignos de confianza por lo menos como los mismos jesuitas. Existe, además, un aire de modernidad en la tercera tesis que la hace más fácilmente aceptable incluso por los que normalmente no creen en tesis conspirativas. Las tres tesis son, hasta donde yo sé, falsas, pero a la hora de descartar una conjura la más desechada es la albanesa. ¿Quién ha oído hablar de conspiradores albaneses? Y es que de la misma forma que hay grupos incluidos en todos los libros sobre conspiraciones, hay otros que en principio están libres de sospecha, no porque confiemos en ellos, sino porque no los respetamos lo suficiente para considerarlos peligrosos.

¿Por qué los judíos pero no otras minorías étnicas o religiosas? Otros grupos minoritarios carecen del estigma de los judíos a pesar de comportamientos semejantes: los chinos en todo el Asia y los libaneses en Sudamérica han llegado a conformar castas de comerciantes que ocupan allí un lugar no muy distinto del que ocupaban los judíos en la Europa medieval. A pesar de que algunas sociedades secretas chinas o japonesas, al contrario que las europeas, han llegado a durar siglos y tener miles de miembros, nadie sospecha que los chinos hubieran podido hundir el *Titanic* o escribir los *Protocolos*. Gitanos y leprosos fueron asimilados en muchas persecuciones medievales a los judíos y, aunque los gitanos no hayan dejado de ser perseguidos, ninguna tesis conspirativa moderna incluye su presencia. Por el contrario, lamento constatar que, aunque ya no existen tesis conspirativas sobre los leprosos, no faltan leyendas urbanas, comparables tanto por su origen como por su desarrollo y propagación a muchos de aquellos viejos mitos medievales, que presentan a los enfermos de sida como seres tan cargados de odio a sus semejantes que tratan de infectar a cuanta gente puedan.

¿Por qué los templarios pero nunca los caballeros teutónicos? Los teutónicos no carecían de brutalidad o efectividad, crearon Prusia y la mitad de los Estados Bálticos, y se les ha atribuido, ya en el siglo XX, un misticismo racista que pretende hacerles precursores de la *Waffen-SS*. ¿Por qué los banqueros ingleses pero no los igualmente codiciosos banqueros genoveses? Son sospechosos los templarios y

jesuitas, pero nunca lo han sido los hospitalarios o los capuchinos; son sospechosos los ingleses pero no los irlandeses, pese a que estos últimos tienen una larga historia, muy anterior al Ejército Republicano Irlandés (IRA), de conspiraciones y sociedades secretas; aparecen en tesis conspirativas los Rothschild, los Rockefeller, los Kennedy y más recientemente los Bush, pero no los Vanderbilt, que fueron tan ricos como los Rockefeller, o los Ford, que son más ricos que los Kennedy.

Tratemos ahora de imaginar una conjura que incluya a banqueros genoveses y comerciantes libaneses, o a caballeros teutónicos aliados con prestamistas chinos, sin olvidarnos de los capuchinos, mezclemos en ella a los Ford, y no lograremos hundir el *Titanic* de forma creíble, mientras que la más estúpida tesis que implique a los jesuitas siempre podrá obtener algunos adeptos.

No importa quiénes sean los sospechosos, son siempre miembros de grupos que llevan consigo los caracteres de la modernidad. Todos tienen algo en común: son el resultado de una sociedad letrada, urbana, avanzada, presente y con peso en el mundo moderno. Se sospecha de ellos porque están entre los ganadores. Se sospecha de ellos no solo porque están entre los ganadores sino porque además mucha gente considera que no deberían contarse entre los mismos. Los sospechosos son a la vez producto y causa de un mundo que ha dejado atrás la tradición; son considerados causantes de los cambios sufridos por la sociedad porque han sido beneficiarios de los de estos últimos siglos y no sus víctimas. Lo son incluso aquellos que por su pertenencia a épocas premodernas no debieran compartir ese carácter moderno: los templarios fueron banqueros y armadores; la Compañía de Jesús, presentada como ejemplo de la conjura reaccionaria y oscurantista a lo largo del siglo XIX, estuvo en el momento de su fundación dotada de todos los signos de la modernidad y encarnó una eficacia que llegaría a ser el sello definitorio del Occidente moderno. Ser modernos y ser incómodos son dos caracteres comunes de todos los grupos sospechosos.

Por el contrario, todos los conjurados olvidados, tanto por la gran historia como por las tesis conspirativas — *Chevaliers de la Foi*, *Klansmen*—, lo han sido no porque fracasaran, ya que algunos de estos grupos obtuvieron éxitos comparables, a menudo mayores, a los de los grupos que sí son recordados, sino porque cuando se movieron fue en dirección contraria a la del cambio.

Educados en el siglo XX, cuando pensamos en las palabras «cambio» y «modernidad» lo hacemos como en términos positivos. Olvidamos que «cambio» es una palabra que hace poco más de dos siglos causaba temor. A la sociedad anterior al Siglo de las Luces le gustaba la estabilidad, la calma. Tenía, además, motivos para desearla, ya que hasta entonces los cambios, cuando llegaban, solían llegar para mal: nuevos impuestos, nuevas guerras, nuevas gabelas. En un mundo que se consideraba ya concluso y para un orden social y político que se creía de inspiración divina, y en consecuencia perfecto, el cambio no podía ser sino para peor. Asumido esto, recordemos que hasta la Revolución francesa todos los grandes movimientos de contestación popular surgidos en Europa fueron o tomaron el aspecto de movimientos

religiosos que, aunque fuesen renovadores, afirmaban querer volver a un pasado ideal, el de los primeros cristianos y no crear algo nuevo. El mismo Oliver Cromwell, el rebelde en el que algunos franceses del siglo XVIII se obstinaron en ver un precursor de la Revolución francesa, era un monárquico que tenía a Cristo por rey, no un republicano. La República fue en la carrera política de Cromwell un accidente y no un objetivo.

Es cierto que no todos los caracteres del sospechoso nacen con la modernidad, sino que en algunos casos los sospechosos heredan rasgos premodernos. Eso es evidente sobre todo en el caso de los judíos, que pasan de ser odiados y despreciados por los antisemitas, como matadores de Cristo, a ser odiados pero temidos, incluso por ateos confesos, en su condición de banqueros apátridas, sin que la inclusión en una nueva clase de enemigos permita olvidar completamente la pertenencia a la vieja. Muchas veces en los nuevos odios sobrevive algo de los viejos. Esto se detecta mejor cuando el judío atacado es, por ejemplo, un médico:

> CARTA DE LOS JUDÍOS DE CONSTANTINOPLA A LOS DE FRANCIA
>
> Bien amados hermanos en Moisés, hemos recibido vuestra carta, en la que nos hacéis conocer las ansiedades e infortunios que os veis obligados a soportar, y nos hallamos penetrados de un dolor tan grande como el vuestro. El consejo de los más grandes rabinos y sátrapas de nuestra Ley, es el siguiente: decís que el rey de Francia os obliga a haceros cristianos; pues bien, hacedlo, pero guardad la Ley de Moisés en vuestros corazones. Decís que se quiere arrebatar vuestros bienes: haced a vuestros hijos mercaderes, para que ellos despojen de los suyos a los cristianos por medio del tráfico. Decís que se atenta contra vuestras vidas: haced a vuestros hijos médicos y boticarios, a fin de que ellos priven de la suya a los cristianos, sin temor al castigo. Decís que se os hace objeto de otras vejaciones: haced a vuestros hijos abogados, notarios o miembros de otras profesiones que están corrientemente a cargo de los asuntos públicos y, por este medio, dominaréis a los cristianos, os apropiaréis de sus tierras y os vengaréis de ellos. Seguid esta orden que os damos, y veréis por experiencia que, por abatidos que estéis, llegaréis a la cúspide del poderío.
>
> USSUEF,
> príncipe de los judíos de Constantinopla,
> 21 de Casleo de 1489.

Desde la supuesta carta del príncipe de los Judíos de Constantinopla a sus correligionarios en Francia — «Haced a vuestros hijos médicos y boticarios, a fin de que ellos priven de la suya a los cristianos, sin temor al castigo»—, a las acusaciones contra el doctor Wolf Szmuness, injustamente acusado de haber introducido el sida en las comunidades negra y homosexual de los Estados Unidos, existe en Occidente una larga tradición de médicos judíos pero también de desconfianza hacia ellos y de prohibiciones destinadas a restringir su número, que llega hasta la Edad Media.

Lo mismo pasa con el *Opus Dei*, que hereda la mala fama de los jesuitas como poder tras el poder del Papa, y contra el que algunas novelas y documentos contemporáneos repiten los mismos ataques que sufrieron en el siglo XIX los seguidores de san Ignacio de Loyola. Pero aun así, a pesar de la supervivencia de elementos arcaicos, todos los grupos vistos hoy como conspiradores tienen en común el haber contribuido al cambio de la sociedad occidental y la creación de este mundo moderno.

¿Cómo es el sospechoso? Desde el punto de vista del que cree en las conspiraciones, el conspirador es rico, astuto y poderoso, y en consecuencia invencible, pero es también despreciable y malvado y en consecuencia no solo merece, sino que debe ser derrotado. El conspirador refleja las más de las veces una serie de cualidades que sus enemigos consideran necesarias para el triunfo pero no se atreven a asumir como propias: es astuto, es cruel, sabe moverse de forma rápida y eficaz, es inteligente, o al menos listo:

> Os hemos enseñado a plantar insidiosamente las semillas de la envidia y el odio entre comunidades, provincias y estados que estaban en paz, a incitarlos al derramamiento de sangre, implicándolos mutuamente en la guerra, y a crear revoluciones y guerras civiles en países independientes y prósperos, que cultivan las artes y las ciencias, que disfrutan de la paz. Sentimos ambición desmedida, avidez ardiente, venganza despiadada, odio rencoroso. De nosotros proviene ese terror que todo lo ha invadido. Bajo nuestras órdenes militan hombres de todas las opiniones, de todas las creencias; restauradores de la monarquía, demagogos, socialistas, comunistas, y todo género de utopías; a todo el mundo hemos enganchado en nuestra empresa, y cada uno de ellos va minando las ruinas de poder y se afana por acabar de derribar lo que aún queda en pie.

La primera parte de esta larga y falseada cita corresponde a *El juramento de los hijos de Ignacio*, la segunda al Noveno protocolo de los *Protocolos de los sabios de Sión*. El punto exacto de unión entre ambos escapará a la mayor parte de los lectores por advertidos que estén de la mezcla. Un libro por todos conocido, los *Protocolos de los*

sabios de Sión, se ve aquí completado por un texto menos conocido en España, pero igualmente difundido, incluso hoy, en los países anglosajones, las *Instrucciones secretas de la Compañía de Jesús*. Textos complementarios que parecen salidos de una misma pluma, cosa bastante natural habiendo nacido de una misma tradición literaria.

El enemigo retratado en estas líneas, y sería incluso correcto escribir el Enemigo, con mayúscula, como en otros tiempos se hablaba de Satán, es un modelo perfecto de malicia, un superhombre amoral, siniestro, ubicuo, poderoso, cruel, sensual, ávido de lujos. Al contrario que sus víctimas, entre las que se autoincluyen aquellos que lo denuncian, no se siente limitado o preso de su pasado o sus deseos, no es atrapado por los vastos mecanismos de la historia, sino que es el creador de la misma, o al menos de buena parte de la misma. Él crea las crisis, arruina los bancos, causa las depresiones, las guerras, tal vez incluso los desastres naturales. Un periódico egipcio expuso la tesis de que el tsunami que arrasó gran parte de Extremo Oriente en las Navidades de 2004 era resultado de un experimento nuclear indio-israelí. Volviendo a la canción de Homer Simpson y los Canteros: «¿Quién deja Atlantis fuera de los mapas? / Nosotros, nosotros…».

Queden para otros las grandes interpretaciones de la historia que incluyen a las masas, la aparición de nuevas técnicas, ciencias o artes o los grandes movimientos económicos, culturales o religiosos, el que cree en las tesis conspirativas es, desde antes incluso de que aparecieran Thomas Carlyle o Friedrich Nietzsche, alguien que cree en la voluntad de poder y en la existencia de un hombre superior. La historia entera es consecuencia de la acción de esos superhombres monstruosos, odiados pero admirados, que son los conspiradores. Y no solo lo es porque el mundo se haya forjado siguiendo sus planes, sino porque, además, controla la forma en que el mundo es visto por el público no advertido. Los conspiradores dominan la prensa, dominan la historia, han desarrollado todas las formas de control mental existentes por los hombres y algunas que aún no conocemos pero que ya están en funcionamiento. Por eso los enemigos de las *round tables* insisten en la forma en que pronto abundaron en las mismas los periodistas y, sobre todo, los dueños de los periódicos; mientras que Robert Welch, líder de la John Birch Society, el principal club anticomunista estadounidense, ha dedicado largos textos a denunciar cómo una oscura cábala de intelectuales liberales ha logrado imponer al, en su opinión, mediocre historiador Arnold Toynbee sobre el superior Oswald Spengler; los creyentes en una conjura jesuítica no dejan nunca de recordar la nefasta influencia, un control parecido al del lavado de cerebro moderno, de los confesores de la Compañía sobre reyes y magnates durante el *ancien régime*, o sobre las viudas ricas y a punto de hacer testamento, en fechas más próximas. Algunos creyentes aún más desbocados hablan de hipnosis y control mental. La presencia de periodistas, que no hablan ni escriben sobre ellas, en las reuniones de los *Bilderbergs* da peso a todas esas viejas sospechas.

Independientemente de qué fines se le atribuyan, el grupo conspirativo hereda algunos de los caracteres del *ancien régime* que supuestamente ha destruido: es así percibido como monolítico, y dirigido desde un único centro que se comporta como los viejos reyes absolutos cuando estos ya han desaparecido, o como los modernos dictadores desde mucho antes de que estos aparecieran. La persona que ocupa ese centro, ese líder secreto, puede variar según la tesis y a veces ser incluso alguien ridículo: Metternich, en su momento de mayor poder, estaba convencido de que el jacobino Filippo Buonarroti, un hombre que a menudo no tuvo ni para comer, era el jefe de todos los revolucionarios europeos; Eugéne Sue imaginó al padre Rodin como una repugnante araña en medio de una red de telegramas y mensajes secretos, pero también atribuyó a Napoleón III el ser miembro secreto de la Compañía de Jesús; Stalin temía al desterrado Trotski, y veía sus cómplices a lo largo de toda la Unión Soviética.

Los conspiradores son omnipresentes, sus conjuras cruzan el tiempo y el espacio. El conspirador es cosmopolita, no está apegado o pertenece a ningún lugar concreto del mundo, carece de raíces. Pero los planes de los conspiradores no solo cruzan el espacio, las fronteras, algo que todos aquellos que han leído algún texto al respecto son capaces de ver, sino que, además, tienen raíces centenarias, un detalle demasiado a menudo olvidado en su análisis. El libro que ya hemos citado de August Starck, *El triunfo de la filosofía en el siglo XVIII*, hace llegar la conjura masónica a los primeros filósofos griegos; para los defensores de la presencia templaria en la Revolución francesa, Jacques de Molay se vengó con siglos de diferencia; y Dietrich Eckardt —a quien Hitler dedicó su *Mi lucha*— era autor de un opúsculo que llevaba por subtítulo *El bolchevismo de Moisés a Lenín*, que remonta los orígenes de la conjura judía al Antiguo Testamento. Supongo que esa pudo ser la creencia que llevó a un general argentino — creo que fue Ibérico Saint Just a afirmar, en tiempos de la dictadura militar de su país, que la conjura comunista se remontaba hasta Babilonia.

Aunque a regañadientes, sus enemigos reconocen así a los conspiradores por lo menos una virtud, la constancia, que les permite permanecer iguales en un mundo en que todo cambia. En la mente de sus enemigos, los únicos que permanecen invariables de generación en generación y fieles a su plan son los grupos responsables de las conjuras. A su manera, los conspiradores son no solo pacientes sino también desinteresados, practican un altruismo y una disciplina que antaño solo tenían los constructores de pirámides, los artistas de las catedrales, los frailes mendicantes y los santos: trabajan para la eternidad, aun sabiendo que no verán la conclusión de su obra, y además saben hacerlo anónimamente en silencio.

Sin embargo, la misma gente que cree en ese secreto y presenta a ese santo del crimen, le atribuye a continuación otro pecado contradictorio: la vanidad. Los *Illuminati*, a pesar de permanecer escondidos desde hace más de dos siglos, no dudan en colocar su marca en los billetes de un dólar, el símbolo más reproducido del mundo moderno. En realidad, por lo que cuenta Jon Ronson en su libro, la idea de

que gente a la que se atribuyen secretas intenciones, y oscuros planes para alcanzarlas, pueda, además, ser vanidosa, no es del todo imposible. En un momento dado del libro *Extremistas* de Jon Ronson vemos el profundo conocimiento que en la oficina de David Rockefeller se tiene de las tesis conspirativas que le afectan. Ronson deduce de ello — y del tono en que le ha hablado lord Healy en otra entrevista— que por lo menos a algunos de los *Bilderbergs* no solo no les molesta, sino que les llena de orgullo que la gente sospeche de ellos y les atribuya secretos poderes.

En la mente del creyente, los conspiradores como grupo son solidarios entre sí, en la misma medida en que son insolidarios con el mundo que los rodea, por eso son capaces de ejecutar sus planes, tomar el poder, eliminar a sus enemigos. En cualquier caso, los conspiradores son fieles entre sí. Lo son con una fidelidad que contamina la obra de cualquiera de sus miembros y la de todos sus discípulos y continuadores personales. Si Goethe estuvo con los *Illuminati* en 1779, se asume que toda su obra posterior está teñida de iluminismo y exige una lectura crítica que incluya esa perspectiva. Si Herder estuvo en los *Illuminati*, no solo hay que juzgar toda su obra a partir de esa afiliación, sino que puesto que Herder inspiró a Fichte y Fichte, de forma póstuma, a Hitler, se podrá afirmar que Hitler es un producto de la conspiración *Illuminati* — lo que por lo demás sorprenderá a muchos, pero no a aquellos que saben que Hitler era en realidad un *Rothschild*—, porque, no lo olvidemos, a diferencia de la realidad, las tesis conspirativas siempre cuadran una vez puestas sobre el papel.

Y luego está el sexo, hasta fechas recientes el gran apestado, o al menos el gran apartado, de la historia y la cultura occidentales. El sexo es el pecado por excelencia para muchas de las subculturas europeas de base cristiana. El conspirador, por el contrario, disfruta de la más completa libertad sexual. Infractor de todas las otras normas tiene que serlo también de estas. Solo Sue, en su *Judío errante*, hace del padre Rodin un ser asexuado. El resto de los que denuncian las conspiraciones hacen del conspirador bien un polígamo, bien un homosexual, un pedófilo, un degenerado, un sádico o un sibarita del sexo y, a veces, todas esas cosas a la vez. El conspirador refleja de forma oscura la sexualidad de la época en que es denunciado y por ello la pornografía y la denuncia de las costumbres licenciosas pueden aparecer indistintamente en los libros dedicados a las conspiraciones. Las más de las veces bajo la forma de una combinación altamente comercial de denuncia y pornografía, que permite incluir láminas o descripciones atrevidas junto a sus decentes condenas. Leo Taxil, escritor anticlerical, escribió un libro anticatólico licencioso, *El manual del confesor*, antes de convertirse en autor antimasónico con títulos no menos pornográficos, como *Las hermanas masonas*. La insistencia de otros autores antimasónicos al describir con profusión de detalles los castigos simbólicos mencionados en los juramentos de la sociedad fraternal tiene mucho de sadomasoquista. Gougenot des Mousseaux, en *Los fenómenos de la magia*, presentaba al judío en su faceta de seductor lascivo, como un súcubo corruptor, y

gran parte de su obra estuvo dedicada a la sexualidad de íncubos, súcubos y judíos, a los que no parecía diferenciar en muchas de sus páginas. Mientras que en Norteamérica uno de los textos más vendidos entre los que creían en una conjura católica fue la novela gótica, de fuertes connotaciones sexuales, *Horribles revelaciones*, de María Monk. En fecha más reciente, uno de los muchos creyentes en la conjura de los reptiles extraterrestres que cambian de forma, defendida por David Icke, ha presentado una testigo que declara haber visto cómo Bush mutaba su aspecto delante de ella. Se trata de una mujer que cuenta cómo fue secuestrada cuando era niña y convertida en esclava sexual del grupo de millonarios conservadores que se reúnen todos los años en el retiro juerga celebrado en un lugar llamado *Bohemian Grove*.

El malvado es, pues, eficiente, es inteligente, es cruel, sabe combinar instinto y cálculo, y pese a ello sabe también ser hedonista, elegante y disfrutar de la vida. Ese monstruo capaz de todas las bajezas, lujosamente vestido (de nuevo con la excepción del padre Rodin), después de haber tenido muchos aspectos a lo largo de la historia se nos presenta hoy tal y como nos han dicho que tiene que ser un gran capitalista de éxito en la sociedad moderna que nos rodea. Las novelas de Ian Fleming, el creador de James Bond, están llenas de grandes plutócratas increíblemente ricos y crueles, de nombre de origen indeterminado pero vagamente centroeuropeo — como *Blofeld* o *Goldfinger*—, que tras una fachada de respetabilidad capitalista planean, desde lujosos hoteles, tal vez desde el mismo hotel *Bilderberg*, apoderarse del mundo.

Es difícil resistirnos a la conclusión de que los autores de tesis conspirativas proyectan en los sospechosos de estas sus deseos más ocultos, que ven en ellos lo que les gustaría ser, lo que podrían ser sin las pesadas ataduras de la moral y la tradición. Quizá por eso todos los que crean o aspiran a crear contra-conspiraciones, para detener las conspiraciones en marcha, acaban imitando bien sus métodos, bien su carácter, e incluso sus rituales.

¿Cómo son vistos los sospechosos? Con odio, pero no solo con odio sino con envidia, y por eso son imitados. A los enemigos de las conspiraciones les fascina el mal, y por eso lo imitan con sus acciones mientras lo condenan con sus palabras. No pretendamos ver en esta actitud una forma de hipocresía. Para que ese comportamiento fuese hipócrita, los que lo practican deberían de ser conscientes de ello. Volviendo al mundo televisivo, en *Nikita* la agencia sin nombre de los buenos mataba, mentía y torturaba para salvar al mundo de unos malos de los que no les diferenciaba nada, excepto unas palabras pronunciadas por una voz en *off* al principio de cada capítulo, destinadas a recordarnos quiénes eran los buenos. Lo que nunca estaba de más, porque ¿cuántas agencias de bondad tienen una cámara de torturas en su central secreta? Por lo demás, la serie no dejaba muy claros los objetivos de *los malos*, probablemente el cambio o el caos, y a duras penas los fines de *los buenos*, es posible que la protección de un *statu quo* incierto.

En un terreno más real —pero no mucho más real — Weishaupt dicen que imitó, o creyó imitar, la disciplina de los jesuitas, y la *John Birch Society* copia la estructura celular de los comunistas. Aunque sería más cercano a la realidad decir que los *Illuminati* copiaron la caricatura hecha por sus enemigos de la Compañía de Jesús y los *johnbirchers* la caricatura de los comunistas. La animadversión previa no ha sido siempre necesaria para que los grupos secretos se copiasen los unos a los otros. Trabajando sobre sociedades muy parecidas, cuando no sobre una misma sociedad, ¿qué podía ser más fácil o funcionar mejor que copiar un modelo de eficacia ya comprobada? Los protestantes miembros del Klan y los *Knownothings* imitaron a la masonería y lo hicieron sin grandes remordimientos de conciencia toda vez que en los Estados Unidos, pese a las campañas antimasónicas durante la presidencia de Jackson, la masonería no fue nunca demonizada. Tampoco los católicos *Chevaliers de la Foi* tuvieron problema en copiar a los masones al hacerlo antes de que estos se convirtieran en la imaginación popular francesa en servidores de Satán. En cualquiera de los casos anteriores hemos visto que la doble militancia, por emplear un término contemporáneo, no estaba excluida. En lo que respecta a la estructura celular, atribuida a Weishaupt por la policía bávara, ha seguido funcionando por dos siglos en los grupos más improbables, desde los comunistas a la OAS, sin que nadie haya podido ni querido encontrar una improbable continuidad entre ellos y los *Illuminati*.

En cualquier caso, tan clara está en la mente de los enemigos de las conjuras la correlación entre conspiradores y sociedad secreta que la *National Alliance*, el grupo neonazi estadounidense creado por el autor de *Los diarios de Turner*, pese a ser una organización política legal, registrada con las autoridades federales y estatales, está estructurada de forma celular y semiclandestina, y permite que sus miembros se afilien con nombres de guerra o pseudónimos. Weishaupt ya había adoptado esa medida dos siglos antes. Fruto de otro tiempo y otra cultura, Weishaupt, al contrario que la *National Alliance*, no necesitó pedirles a sus seguidores que se abstuvieran de usar nombres de guerra ridículos u ofensivos.

Detrás de la imitación al enemigo, existe la necesidad de asociarse y defenderse. Incomprendidos por muchos, sujetos a burlas e incluso a ataques que pueden llegar a ser reales, no es raro que los partidarios de las tesis conspirativas tiendan a refugiarse entre los suyos, desarrollen espíritu de secta, medios de comunicación independientes, una subcultura propia dentro de la que sentirse seguros y apoyados, y creen lenguajes y claves que les permitan identificarse entre sí, hasta llegar a ser a los ojos de los que los observan no muy distintos de las logias y sociedades secretas que critican y de las que pretenden proteger al mundo.

Por el contrario, ¿de quiénes no se sospecha? Después de los atentados del 11 de septiembre salieron decenas de tesis condenando a Bush, Israel y el sionismo internacional. A pesar de las pruebas, e incluso de la eventual reivindicación, del estado de tensión entre el islamismo radical y los Estados Unidos — anteriores en mucho a aquel ataque—, e incluso del ataque previo al World Trade Center, para los

partidarios de las tesis conspirativas los culpables no podían ser árabes, armados con cuchillas de las empleadas para abrir cajas de cartón. Una tesis conspirativa de las prontamente aparecidas hacía que los aviones fueran teledirigidos y no pilotados por miembros suicidas de al-Qaeda; otra tesis dice que los terroristas no iban a bordo de los aviones, sino que habían visto sus nombres incluidos en las listas de vuelo después de la catástrofe; otra finalmente decía que ninguno de los miles de empleados judíos que trabajaban en las Torres Gemelas acudió a trabajar aquel día, lo que implicaba no solo que los judíos sabían lo que iba a pasar, sino que, además, el enemigo sigue siendo el enemigo monolítico descrito más arriba, ya que ninguno de ellos habría hablado con un no judío para advertirle. Un simple vistazo a las necrológicas publicadas en días posteriores prueba que por lo menos esa tesis es falsa y que no faltaron judíos entre los muertos ni ceremonias funerarias en las sinagogas. Otra teoría, algo más elaborada, sostenida por el periodista Thierry Meissant, decía que el Pentágono no había sido atacado por un avión suicida. Otra tesis, cuyo autor no mencionaré, atribuía todas las muertes de aquel día a un autoatentado del propietario del inmueble para cobrar el seguro. Lo que en cualquier caso era evidente, para los creyentes en las tesis conspirativas, es que los culpables no podían ser árabes. Cuando finalmente se confirmó que Bin Laden estaba detrás del ataque, se hizo notar que empresas asociadas a su familia habían hecho negocios con empresas asociadas a la familia Bush, lo que en el cerrado ambiente de los petroleros no es sorprendente, o que Bin Laden había luchado en Afganistán y Bush había sido jefe de la CIA, obviando no solo que Bush no era ya el jefe de la CIA durante la guerra de Afganistán, sino que además el jefe de la CIA no puede conocer personalmente a todos sus agentes o subagentes. En cualquier caso, todo el mundo estaba de acuerdo en afirmar que si Bin Laden había estado implicado en el caso era solo como cómplice y ejecutor de una mano occidental: la CIA, los Bush, los petroleros de Texas.

No es la primera vez que los Estados Unidos son atacados por gente que teóricamente es incapaz de hacerlo. Gran parte de la indefensión de la flota estadounidense en Pearl Harbor, en medio de la Segunda Guerra Mundial, se debía a que los únicos que podían atacarla allí eran los japoneses y todo el mundo creía, sabía, que los asiáticos eran incapaces de fabricar aviones de combate, o que de tener estos aviones no podrían hacerlos volar, por carecer de sentido de la orientación y ser endémicamente miopes.

Hay prejuicios en contra de ciertas razas que las hacen poco merecedoras de sospecha. Los árabes, como los irlandeses o los gitanos, no entran en las tesis conspirativas porque para entrar en ellas hacen falta antecedentes que coloquen al sospechoso dentro del mundo real en el grupo de los vencedores y de lo moderno, y los árabes, rara vez han ganado alguna guerra desde el principio de los tiempos modernos. Dentro del imaginario popular estadounidense, el que inmediatamente dio más importancia a algunas de esas tesis, el islam, la más nueva de las grandes

religiones monoteístas, es cualquier cosa menos moderna y permanece, como sus principales representantes, los árabes, en tiempos oscuros y arcaicos. Gente así no podía desafiar a los Estados Unidos, el golpe tenía que venir de otra parte.

Hay solo una excepción a las tesis que hace de los árabes gente incapaz de conspirar, digna de ser mencionada. Se trata de Eurabia, tesis surgida en parte de los recuerdos de su autora, egipcia y copta, de ser mujer y haber formado parte de una minoría religiosa en un país islámico tradicional, pero también en el tradicional desprecio mutuo que parece separar a norteamericanos y franceses.

Eurabia es una tesis conspirativa defendida por una periodista de *FOX-NEWS* que firma sus artículos con el pseudónimo de Bat Ye'or (Hija del Nilo); es también la palabra con la que describe el proceso de incorporación europea al islam, causado por un cambio demográfico que estaría provocando que Europa pasase de ser un continente cristiano de raza blanca a ser uno de predominio semítico-islámico. Un cambio debido en parte al cálculo árabe pero también a las políticas antiamericanas y antisemitas de una Europa en que los franceses tienen poco peso y envidia con respecto a los Estados Unidos. Tengo que hacer notar que la tesis de Eurabia no enfrenta a los árabes conspiradores de éxito con los norteamericanos, sino con los franceses, pueblo que Homer Simpson, otro empleado de la cadena FOX, definió en su día como compuesto de *cheese eating surrendering monkeys* (micos comedores de queso que solo sirven para rendirse).

En parte prejuicio cultural, y en parte prejuicio racial, lo cierto es que en la lista de los grandes sospechosos de las conspiraciones solo entran los blancos occidentales. Aunque algunas tesis conspirativas hagan de los denunciados seres infrahumanos, o incluso extraterrestres, ninguna incluye a grupos que no participen de forma activa de la cultura occidental en cualquiera de sus variantes europea o norteamericana. Lo que, dicho de forma más clara y directa, quiere decir que en la mente del que cree en conspiraciones, no importa a qué raza pertenezca ese creyente, solo los blancos son — somos— capaces de elaborar algo tan vasto, complicado y astuto como un plan para ser amos del mundo. En los Estados Unidos los miembros del primer Ku Klux Klan, después de la guerra civil norteamericana, no acusaron nunca a los negros de ser más que peones de otra gente, sobre todo los yanquis nacidos al norte de la línea Mason-Dixie y los republicanos radicales. Incluso hoy, más de un siglo después, aquellas ramas del Klan que creen en la Gran Conspiración siguen acusando a los judíos y los comunistas, mientras que los negros son vistos solo como ejecutores de planes ajenos. En el bando contrario, el reverendo Farrakhan y los Musulmanes Negros pueden ser considerados también como antijudíos en vez de ser antiárabes, a pesar de la amplia presencia judía en el movimiento por los derechos civiles de los años cincuenta y sesenta, o de la nutrida presencia árabe entre los comerciantes de los

guetos negros de los Estados Unidos, que constituye fuente inagotable y continua de pequeños conflictos étnico-religiosos dentro de los mismos.

¿Qué pasa en el resto del mundo? Toda la antigüedad y tradición de las sociedades secretas chinas, tanto las religiosas, como las políticas e incluso las criminales — las *tríadas*—, no ha servido en Occidente nada más que para inspirar las novelas de *Fu-Manchú*, a pesar de que estas han derribado dinastías y empezado revoluciones. Tampoco hay conjuras dignas de tal nombre, de dimensión mundial, en todo el África subsahariana. La India, a pesar de su cultura milenaria, solo ha aparecido en una gran conjura, cuando un periódico egipcio denunció que el tsunami que arrasó gran parte de Extremo Oriente en las Navidades de 2004 había sido resultado de un experimento nuclear indio-israelí, dando así entrada a los hindis en el muy limitado club de los sospechosos, aunque solo fuera como cómplices de una conjura de tipo local. El club grande de las conspiraciones mundiales sigue siendo el club que ostenta el cartel de *Whites Only* en su puerta.

Fuera de Occidente, solo los japoneses, con la irrupción de sus productos en todo el mundo, con la potencia de sus empresas y con la inclusión de sus hombres más ricos en los grandes *think tanks* globales, como la Comisión Trilateral, han logrado comenzar a ser incluidos en algunas conjuras serias. El Dragón Negro, una sociedad militar patriótica desaparecida en los años cuarenta, y los mitificados *yakuzas* empiezan a aparecer en distintas tesis conspirativas de dimensión internacional.

27

¿Quién y cómo denuncia las conjuras?

Cuando se deja de creer en Dios enseguida se cree en cualquier cosa…

GILBERT K. CHESTERTON

Ya sabemos si no cómo son, sí por lo menos cómo son percibidos los sospechosos de participar en la Gran Conspiración. ¿Cómo son sus denunciantes? Según escribía este libro releí, en parte por diversión y en parte por investigación aunque con envidia, *Extremistas, mis aventuras con los radicales*, de Jon Ronson, libro en el que aparecen los mismos actores que en el mío. Ronson ha tenido la gran ventaja de poder conocerlos en persona. *Extremistas* es el libro de un periodista que va por el mundo entrevistando radicales de distintos signos y reflexionando sobre el tema de la Gran Conspiración. Todos los entrevistados creen en la conspiración; la mayor parte de ellos creen que los *Bilderbergs* son o bien parte del gobierno secreto del mundo, o bien ese mismo gobierno. Los cómplices y los objetivos de ese gobierno secreto varían de un extremista a otro, pero todos ellos parecen compartir la misma creencia, las mismas palabras clave, los mismos complejos prosecutorios y tics. Los perseguidores de conspiraciones suelen sentirse, y comportarse, como si los perseguidos fueran ellos, y a veces pueden llegar a tener razón.

El capítulo dedicado a la reacción de la comunidad antirracista de Canadá ante la visita de David Icke es cuando menos interesante. Icke sostiene tesis conspirativas próximas a la ciencia ficción, pero la Liga para la Defensa Judía cree que está hablando de los judíos cuando dice «lagartos gigantes bebedores de sangre humana». Cuanto más pretende explicar Icke que sus lagartos no son símbolos con los que pretenda aludir a los judíos sino lagartos reales, más convencidos están los antirracistas de que se está refiriendo a los judíos y tratando de deshumanizarlos. En otro capítulo, la experiencia de Ronson, perseguido de cerca por el equipo de seguridad de una de las reuniones del Club *Bilderberg*, nos deja frente a la duda de que a veces incluso los que creen en conspiraciones — aunque no necesariamente David Icke— pueden tener un punto de razón.

El problema de los que escriben sobre tesis conspirativas no es que no tengan nunca razón, sino que, incluso cuando la tienen, tienden a reducir a una sola dimensión un mundo mucho más complejo. Aunque esto, el reducir el área de la

investigación, no es en principio impropio de historiadores serios, ni exclusivamente característico de la literatura conspirativa. Historiadores respetados como William McNeill, han sabido pasar de grandes obras como *The Rise of the West* a estudios especializados, como *Plagues and Peoples*, centrado en las enfermedades infecciosas, los sistemas inmunitarios y su importancia en la historia mundial. El que escribe un libro que tenga en cuenta la participación de las logias masónicas —o de la muy olvidada banca protestante— en la Revolución francesa está escribiendo un libro de historia. El que escribe un libro quejándose de la falta de transparencia del Club *Bilderberg*, un grupo al que pertenecen después de todo oficiales electos de gobiernos representativos, escribe un análisis que puede o no tener razón pero suscita un punto interesante sobre las relaciones entre finanzas, secreto y poder en una sociedad liberal avanzada. El que escribe un libro que reduce toda la Revolución francesa a la acción de las logias masónicas o de la banca protestante, como aquel que escribe un libro explicando que los *Bilderbergs* — y solo ellos— han causado la guerra de los Balcanes para especular en la Bolsa, sin atender a otros factores, está escribiendo una tesis conspirativa. Y si ese es el problema de los escritores de libros sobre tesis conspirativas, el de sus lectores es que van de la más total credulidad al peor de los escepticismos.

En el filme *Conspiración* Mel Gibson interpreta a Jerry Fletcher, un taxista de Nueva York del que a lo largo de la trama descubriremos que en su día fue transformado en un asesino durmiente al servicio de la CIA, pero que durante el día es un pensador independiente, aunque no necesariamente coherente, que se ha dedicado a investigar todo tipo de tesis conspirativas y trata de explicarlas por todos los medios a su alcance, hablando con sus pasajeros y a través de una revista fotocopiada que manda por correo. A lo largo de la escena inicial del filme, se le puede ver al volante de su taxi amarillo explicando toda clase de tesis conspirativas a sus clientes: «Los padres de los premios Nobel habrían sido forzados por soldados de la ONU a dar muestras de semen que estarían almacenadas en el Rockefeller Center; el flúor colocado en el agua potable está destinado no a defender las dentaduras de caries, sino a quitar la fuerza de voluntad de los que la beben; las milicias nativistas de muchos estados son realmente tropas de la ONU destinadas a controlar militarmente los Estados Unidos; Lee Harvey Oswald no mató a Kennedy; George Bush es masón y pronunció las palabras *New World Order*; los chips para identificación de perros son solo prototipos de los que se impondrán en el futuro en los niños; los billetes de cien dólares tienen una banda magnética que permiten seguir su uso». Gibson-Fletcher es un todoterreno de las conspiraciones, cree en todas y estoy seguro de que si ha seguido a *Los Simpsons*, habrá oído con temor, pero también con entusiasmo, la canción de los Canteros, como prueba de que tiene razón.

Gibson-Fletcher es arquetípico de los creyentes en tesis conspirativas, y con todo y estar fuera de sí y de tener una larga serie de tics y problemas, no está demasiado lejos de ser un retrato exagerado pero al mismo tiempo creíble de muchos que creen

en las tesis conspirativas, con los que comparte una común inclinación al sincretismo. Para los que creen en ellas, las tesis conspirativas no tienen por qué ser, y no suelen ser, excluyentes. Es perfectamente posible mantener dos o más tesis al mismo tiempo sin que estas necesariamente se complementen y a pesar de que a veces incluso se contradigan parcialmente entre sí.

Quien cree en conspiraciones puede creer fácilmente en cualquier otra tesis. Leí hace poco en un libro, que por lo demás pretendía ser serio: «Existen muchas especulaciones de que John Edgard Hoover era en realidad hijo bastardo de uno de los miembros de la élite e incluso se dice que habría sido concebido en uno de los rituales de una sociedad secreta», y aunque he leído cosas más raras en otros libros sobre conspiraciones, este me sorprendió porque estaba escrito por un economista. Lo que nos lleva, al menos a mí, a las conexiones entre las tesis conspirativas y el irracionalismo y misticismo contemporáneos que van desde las que suponen la falsificación de la Biblia — muchos *rastafaris* están convencidos de que los blancos arrancaron una primera página en la que se explicaba que Adán era negro— a la creencia de que la conspiración es de inspiración satánica u ocultista.

Quien cree en las conjuras, puede definitivamente creer en cualquier cosa. La tesis conspirativa como historia alternativa supone para muchos una ruptura con todas las reglas de la sociedad. Si los libros de historia mienten, si las estatuas que adornan nuestras calles y los nombres de estas no se corresponden con la verdad, es fácil perder también la fe en otras formas de la cultura oficial, Todos mienten: historiadores, políticos, periodistas, profesores. ¿Dirán la verdad médicos, científicos, economistas o astronautas?

La conspiración, forma alternativa de ver la historia, se combina fácilmente con otras formas alternativas de ver el mundo, con las leyendas urbanas sobre medicinas o formas de energía alternativas — todas ellas limpias, económicas y fáciles de adquirir— pero prohibidas por las grandes empresas farmacéuticas, la industria del petróleo o del automóvil; con las referentes a teorías económicas que salvarían el mundo de la ruina pero son silenciadas por el Fondo Monetario Internacional; incluso con leyendas referentes a extraterrestres y cultos satánicos. En este ambiente es donde surgen libros, a veces incluso de gran venta en el mercado anglosajón, que demuestran que la reina de Inglaterra y el presidente de los Estados Unidos George W. Bush son primos lejanos, y lagartos gigantes de origen extraterrestre que se alimentan de sangre humana. Algunas de estas leyendas no pueden hacer daño, mientras que otras, que conectan con odios más antiguos y profundos, pueden llegar a matar cuando se transforman en política.

Los que creen en conspiraciones suelen también carecer de matices: para Stalin su viejo correligionario, Trotski, tenía que trabajar para Hitler; de la misma manera que en aquel mismo momento, José Antonio Primo de Rivera creía que Trotski podía estar en España, enviado por Rusia — ¡en 1936!—, conspirando para atizar la revolución bolchevique. Así, el líder falangista advirtió en una carta al general

Franco, de 24 de septiembre de 1935, sobre la revolución que se avecinaba: «Ya conoce usted lo que se prepara: no un alzamiento tumultuario, callejero, de esos que la Guardia Civil holgadamente reprimía, sino un golpe de técnica perfecta, con arreglo a la escuela de Trotski, y quién sabe si dirigido por Trotski mismo (hay no pocos motivos para suponerlo en España)». No era una cuestión de mala fe o falta de información, sino de coherencia, o, mejor dicho, de un combate entre coherencia y realidad objetiva en el que la realidad no tenía ninguna oportunidad de vencer.

El que cree en conspiraciones ve los resultados de la conspiración denunciada en términos apocalípticos. De su denuncia depende la supervivencia de su cultura, su religión, su pueblo, su clase o su raza. La suya es una vida plena y emocionante, está siempre en lo alto de una barricada invisible para todos menos para él, combatiendo por una buena causa, en medio de un momento histórico que el resto del mundo es incapaz de comprender, pero que algún día será registrado, junto a su nombre, en los textos de historia.

No es necesariamente un hombre religioso, pero se comporta con una devoción que solo admite ser descrita en los mismos términos que antes se usaban para definir a los fanáticos, los santos y los profetas. Como estos últimos, parece estar dotado de la capacidad de adivinar el futuro, es capaz de ver y comprender la aparición de una conspiración antes incluso que los mismos conspiradores, lo que no deja de ser una característica más común entre los policías de regímenes autoritarios que propia de intelectuales. Esta es una característica que le transforma a su vez en el recluta ideal para integrarse en las fuerzas de orden público, sobre todo en aquellos regímenes que no pierden el tiempo con estupideces legalistas. Aunque el que denuncia conspiraciones no tiene por qué estar a sueldo de un régimen para comportarse como policía o compartir los reflejos de esa profesión, sino que es normalmente un militante que está dispuesto a hacerlo de manera gratuita. La desconfianza que en algunos viejos policías es reflejo de toda una vida en contacto con los peores aspectos de la sociedad, es en el defensor de las tesis conspirativas una predisposición que puede aparecer incluso antes del primer inconveniente grave de su vida. En realidad, el que cree en tesis conspirativas no es un policía, ni siquiera cuando ingresa en un cuerpo policial, sino un inquisidor.

El defensor de las tesis conspirativas no ve los conflictos políticos y las diferencias de opinión como parte de la vida diaria, ni como temas en los que puedan aceptarse compromisos. Para él, lo que está en juego es siempre una lucha entre categorías absolutas, entre el bien y el mal, que excluye cualquier tipo de compromiso y es concebida como una lucha a muerte. Sabe también desde el fondo de su corazón que es una lucha inacabable e invencible, que incluso si logra pequeñas victorias a nivel local estas serán al fin inútiles. Creer en conspiraciones asegura vivir una vida plena y excitante, en que cada día es un día de lucha y cada momento un momento histórico, pero si es excitante vivir a la sombra del complot, también es frustrante. Los creyentes saben que el mal juega con ventaja y está venciendo.

¿Quién cree en esas tesis? Han creído normalmente miembros de los grupos que veían evaporarse su identidad. La disyuntiva en el mundo moderno parece no haber cambiado desde la Revolución francesa hasta hoy: por un lado la ilustración, por otro el pesimismo. Un pesimismo que si hace dos siglos fue solo conservador hoy puede ser, con la misma facilidad, comunista. Creyeron (o creen) en la conspiración, y vieron en ella el triunfo del mal, los nobles de provincia que vivían lejos de la corte de Luis XVI e ignoraban sus problemas, los pequeños burgueses que se sentían acorralados por el ascenso del socialismo y, además, perdieron sus ahorros en la construcción del canal de Panamá. Siguen creyendo hoy en la conspiración los pequeños funcionarios del Partido Comunista de cualquier país del antiguo bloque soviético, que han visto la desaparición de socialismo real a finales del siglo XX. Creen todos los que han visto desaparecer de repente su mundo y son incapaces de aceptarlo. Como esa desaparición, no importa lo rápida que parezca, rara vez aparece de la nada o no manda señales de advertencia, creen con más facilidad en las, conspiraciones los mal informados. Son más fácilmente impresionables por las teorías conspirativas los despistados, los fieles que solo veían el ritual de la corte borbónica o el cambio de guardia frente a la tumba de Lenin, y mucho menos aquellos que leían la *Encyplopédie* o, más recientemente, los *samizdats* disidentes.

Los que creen en conjuras normalmente están dentro de los grupos perdedores. Los vencedores no necesitan justificar su victoria con maniobras secretas, planes ocultos o conjuras. Suelen atribuirla, según sus ideas, bien a las leyes de la historia o a las del mercado, a la bendición divina, al ímpetu de la masa proletaria, al favor de la fortuna, pero sobre todo al valor y capacidad de decisión propios. Ningún análisis hecho desde la victoria reconocerá la conjura o la traición por parte de los vencedores, incluso si esta ha existido. La masonería no conspiró contra la monarquía de Luis XVI, aunque algunos masones pudieran hacerlo individualmente, pero los bolcheviques sí lo hicieron contra la de Nicolás II, y contra todos los inestables regímenes liberales y reformistas que trataron de suceder al zar, y sin embargo cuando se lee su historia oficial, la tarea clandestina y secreta de los bolcheviques bajo el zarismo no es designada nunca como parte de una conjura. La victoria de los revolucionarios, su conquista del Estado, les exime de cualquier acusación de traición. Traidores son solo los que fracasan.

Hubo un momento en que solo la gente del *ancien régime*, acorralada por el ascenso de las nuevas formas de entender la política o el Estado, necesitó de las conspiraciones para comprender qué había pasado con su mundo, pero tras la desaparición del bloque soviético los mismos problemas se dan en grupos de izquierdas que antaño se reían de las tesis conspirativas de la historia. Ahora, en Europa central y la antigua Unión Soviética los comunistas son el *ancien régime* y sus respuestas a los cambios son las propias de un Barruel o un Robison. También la Unión Soviética era indestructible y tenía de su lado si no a Dios, sí por lo menos a las fuerzas de la historia. Favorece la similitud que, como los católicos del *ancien*

régime, también los comunistas rusos creyeran, o se comportaran como si creyeran, tener no solo la verdad, sino toda la verdad, y además, de forma exclusiva. Cuando un régimen que se cree expresión última de fuerzas invencibles cae de la noche a la mañana, sus partidarios tienden a repetir el monólogo del marqués de Lantenac.

No faltan analogías entre las tesis conspirativas anticomunistas de hace medio siglo y las neocomunistas de hoy. Cito un texto tomado en un website considerado de izquierdas:

> Otro gran partidario de Yushchenko es un grupo de oligarcas judíos rusos expulsados de Rusia por Putin. Ricos en extremo, con sueños de venganza, llenos de odio contra la Rusia de Putin, esta pandilla *off-shore* de Berezovski, Gusinski y otros petroleros ex Yukos proveen una buena parte del apoyo financiero para la «revolución naranja». También pagan por los servicios de los expertos ruso-israelíes de relaciones públicas que organizan el *show* en Kiev. Son apoyados por la red de la poderosa comunidad judía ucraniana, y tienen detrás de ellos a George Soros, el magnate internacional judío que bombea activamente dinero y capacidades organizativas a las fuerzas naranja de Yushchenko. […] Otro grupo de partidarios de Yushchenko es liberal, relativamente acaudalado y prooccidental. […] Hay docenas de banqueros y empresarios muy ricos; miles de los que trabajan en las ONG reciben subsidios de Soros o de la UE, son pequeños importadores, prostitutas de categoría; hay decenas de miles de jóvenes y de estudiantes ambiciosos que esperan «tener éxito» en la sociedad competitiva capitalista. […] El futuro de Ucrania podría ser frío y sombrío: las hermosas muchachas que vi a orillas del río Dniéper serán embarcadas a prostíbulos en Tel Aviv y Estambul. […] Ucrania puede ser libre unida a Rusia, o esclavizada por Occidente y los judíos.

La «revolución naranja» de Ucrania es en esta versión obra de banqueros, oligarcas judíos, está financiada por otro oligarca judío aún más grande, las masas entrevistas en la televisión están solo compuestas por trepadores sociales con pretensiones de *yuppy* y, por fin algo original, putas de lujo dispuestas a vender a otras chicas como putas, aunque no de lujo. No falta el elemento sexual en estos párrafos, lo escabroso — «las hermosas muchachas que vi a orillas del río Dniéper serán embarcadas a prostíbulos en Tel Aviv y Estambul»—, mezclado con lo antijudío, elemento que hoy suele declararse antisionista y acompaña sus acusaciones de excusas, más o menos sinceras, hacia los judíos buenos, pero que aquí podría ser considerado como crudamente antisemita si el autor de estas líneas, Israel Shamir, no viviese en Israel y

fuese judío. No es el primer judío que escribe declaraciones que indican odio hacia su propio pueblo: el historiador norteamericano Randall Bytwerk, en su libro *Julius Streicher* (2001), nos deja saber que incluso *Der Sturmer*, la revista nazi más dedicada a los textos antisemitas, tuvo entre sus redactores a un judío, Jonas Wolk, que firmaba bajo el pseudónimo ario Fritz Brandt, y cobraba un sueldo generoso, pero al que su director nunca estrechó la mano.

¿Dónde se toman en serio las tesis conspirativas? En todos los países hay minorías de creyentes, si bien esta minoría abunda en unos más que en otros. En algunos países los partidarios de tesis conspirativas son ridiculizados, mientras que en otros pueden llegar al poder. ¿Por qué estas diferencias? Dos sociedades que habían sido derrotadas en el campo de batalla, la Francia posterior a la guerra franco-prusiana de 1871 y la Alemania posterior a la Gran Guerra de 1914-1918, han sido los mejores ejemplos de sociedades en que las masas han llegado a adoptar como propio el lenguaje de los seguidores más extremos de las tesis conspirativas. La respuesta más fácil es afirmar que los países en crisis son aquellos en que estas tesis funcionan mejor. Aparte de los ejemplos anteriores, tenemos a Argentina en algunos momentos de su historia reciente; a gran parte del antiguo bloque soviético; a Serbia durante el gobierno de Milosevie; sin olvidar a Rusia a principios del siglo XX y de nuevo a principios del siglo XXI, aunque Rusia nunca dejó de creer durante todo el régimen soviético, y pocas personas han dedicado más tiempo a perseguir enemigos imaginarios o a inventarlos que Stalin y sus predecesores y sucesores inmediatos.

Hay una segunda característica que se pasa normalmente por alto a la hora de describir a las sociedades que creen en tesis conspirativas: son sociedades en crisis pero suelen ser también sociedades, si no necesariamente democráticas, sí por lo menos dotadas de algunos de los caracteres de la sociedad abierta. La tesis conspirativa necesita de la existencia de opinión pública, pero aún más de una opinión publicada, de controversia y de una prensa mínimamente libre. Allá donde la prensa está controlada por completo por el Estado, como en la Rusia de Lenin o Stalin, o incluso los primeros años de la España de Franco, la tesis conspirativa pierde fuerza incluso cuando es la defendida por el gobierno, quizá porque un Estado autoritario no puede sostener a un mismo tiempo dos discursos contradictorios y afirmar que es todopoderoso e infinitamente popular pero está siendo amenazado por un grupo de conspiradores.

En la Unión Soviética, y otros países del bloque oriental, las polémicas presoviéticas y las tesis conspirativas reaparecieron desde antes de la desaparición del sistema comunista. El grupo *Pamiat* (Memoria), fácilmente clasificable como xenófobo y antisemita, distribuidor de los *Protocolos*, aparece no en la Rusia de Yeltsin y Putin, sino en la Unión Soviética de Andrópov. La Unión Patriótica Grundwald, el grupo antisemita polaco equivalente al *Pamiat*, fue creado desde el Ministerio del Interior de Polonia, controlado por los comunistas, para ofrecer a los obreros una alternativa popular fuera del sindicato Solidaridad, que había crecido

demasiado para el gusto del Partido Comunista. Que el antisemitismo pudiera ser visto como una forma de hacer política popular, dice más sobre los organizadores de *Grundwald* que sobre los ciudadanos polacos, que en su mayoría siguieron uniéndose a Solidaridad. También en Rusia a finales del siglo XX, como a finales del siglo XIX, llegaron tiempos de crisis y controversia y desde el Kremlin se buscaron conspiradores y, como en los años finales del zarismo, se organizaron nuevas Centurias Negras parapoliciales. Los policías de Andrópov no funcionaron de forma distinta a los policías de Nicolás II y sus consignas fueron similares. Desaparecidos oficialmente de Rusia desde el triunfo de la Revolución bolchevique, los *Protocolos* volvieron a ser citados al final del régimen comunista, esta vez por historiadores y estrategas próximos al poder y a las academias militares y de policía.

En España el gran momento de la literatura antimasónica, y accesoriamente antisemita, no fue con Franco en el poder, aunque no faltaran bastantes títulos en los primeros años de resaca de la posguerra, sino el último período de la monarquía alfonsina y la Segunda República. Nunca antes se habían publicado, o vendido, más libros contra la masonería. Quizá quita representatividad a este hecho que más de la mitad fueran de un mismo autor, pero no es menos cierto que lo que demuestra la popularidad de un género no es tanto el número de escritores como el de lectores, y estos llegaron a ser cientos de miles en un país en el que tradicionalmente se ha leído demasiado poco.

El escritor era Mauricio Carlavilla —Julien D'Arleville o Maurice Karl para sus lectores—, policía en tiempos del Directorio Militar del general Primo de Rivera, y después colaborador de los primeros gabinetes técnicos del general Franco. Carlavilla fue un policía accidental que llegó a comisario. A la hora de recordar su vida contará: «Guardé ovejas de niño, segué, cogí aceituna, no pude sufragarme con mi propio trabajo más que las matrículas de maestro elemental y fui soldado de segunda tres años en África, por no poder pagar cuota ni sustituto… y si llegué a ser policía, fue por no costarme más que 150 pesetas y 45 días de estudio». Durante la Segunda República, en 1935, fue expulsado del Cuerpo Superior de Policía, cuando se descubrió la identidad del policía tras el pseudónimo del propagandista antisemita. Sería readmitido al Cuerpo Superior de Policía en 1940. Después de la Guerra Civil española, fue colaborador ocasional del III Reich, por el que viajó y con el que compartía numerosos temas comunes y del que le separaba su catolicismo. Creyente tanto en los *Protocolos* como en la seriedad de las tesis de Leo Taxil, escribió medio centenar de libros, de los que los más importantes y vendidos se corresponden al período de la Segunda República y la Guerra Civil, para desaparecer lentamente en los años de la posguerra, a medida que se perdía el radicalismo original del sistema franquista. A pesar de ser olvidado por las masas, llegó a tener entre sus lectores al almirante Carrero Blanco y al mismo Franco, que — bajo pseudónimo Franco y con su firma real Carrero— fueron también prolíficos escritores antimasónicos. Olvidado hoy, Carlavilla llegó a vender cien mil ejemplares del libro *Asesinos de España:*

Marxismo, *anarquismo*, *masonería*, en un momento (1935) en que autores consagrados solo vendían tres mil con mucha suerte.

28

Una revisión de la excepción norteamericana

Así pues, las tesis conspirativas crecen en tiempos de crisis y controversia, dos cosas que pueden darse en cualquier tipo de sistema, pero se manifiestan de forma pública solo en sociedades mínimamente abiertas, o en sociedades cerradas que están comenzando a derrumbarse, allá donde la controversia es pública. Sin embargo, en Norteamérica circulan miles de tesis conspirativas. Los Estados Unidos, son, por la potencia de sus medios de comunicación y su industria del ocio, el gran exportador de mitos conspirativos de finales del siglo XX y principios del XXI, y es a partir de esos mitos americanizados que se han reinventado o reinterpretado en fecha reciente algunos de los mitos conspirativos europeos.

Según los estándares europeos, la norteamericana es una sociedad próspera además de abierta; ¿por qué razón cree en conspiraciones? He vivido en los Estados Unidos, recuerdo sus problemas y, en comparación con los de otras partes del mundo, son ridículos. En sus libros los miembros del Partido del Optimismo tienen razón cuando al hablar de la norteamericana hablan de una sociedad en que por primera vez el principal problema no es la carencia, el hambre, sino el exceso. Comparto su punto de vista. El resto de los ciudadanos del mundo confiamos en sobrevivir. Es una reacción frente a nuestra historia, un recuerdo de aquellos tiempos de posguerra, civil o europea según los casos, que hemos conocido a través de los recuerdos de nuestros padres y abuelos; el norteamericano, por el contrario, espera ser feliz. Le han dicho, desde su misma Declaración de Independencia, que tiene derecho a ser feliz, de la misma manera que tiene derecho a ser libre y a ser gobernado con claridad.

La actual popularidad de las tesis conspirativas en los Estados Unidos no ha aparecido del vacío. Aunque siempre hubo fracciones que creyeron en ellas, estas se han multiplicado desde que los Estados Unidos han quedado como única superpotencia, con la desaparición del bloque soviético. La *John Birch Society*, creada para combatir al comunismo, vio aumentar el número de sus miembros con la desaparición del socialismo real en Rusia. Son muchos los norteamericanos que ante la fragilidad de un enemigo tomado por indestructible, han pasado a preocuparse por la fragilidad de su propia civilización.

Desde el siglo XVIII, Occidente diseña y forja el mundo y los Estados Unidos son la última expresión tanto del Occidente creador como del mundo por este forjado. Desde la publicación de *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler, libro más citado que leído, en Occidente se suele considerar de buen tono anunciar el fin de su

propia hegemonía y el riesgo que corre de caer en manos de los bárbaros. Un pensamiento al que en los Estados Unidos se une la influencia ejercida por el historiador británico Arnold Toynbee, que, a través de su obra, a la vez rival, contemporánea y complementaria de la de Spengler, intentó sistematizar los factores de poder y decadencia de las grandes civilizaciones.

El problema de las conjuras se asocia al de la decadencia y obsesiona a los Estados Unidos. A los norteamericanos les asusta su propio poder, que no es sino el anuncio de una futura decadencia. La reflexión de Toynbee, vulgarizada a través de sus seguidores, no puede por menos de inquietar al norteamericano, pues se articula en torno al efecto corrosivo de unos proletariados externos, así como de unas minorías internas que actúan sobre una gran civilización imperial, la suya. El hecho de que cada vez que la civilización estadounidense ha parecido comenzar a decaer haya logrado volver a salir a flote, no altera esa preocupación, que aparece reflejada en muchos de los libros aparecidos en la última década: *The Collapse of Western Civilization*, de Frederick K. Huntington-Vigman, de obvias resonancias spenglerianas; *The Integration and Disintegration Forces in Contemporary History and the Collapse of Western Civilization*, de Robert Klingensmith, y desde luego el más conocido y criticado de los libros *neospenglerianos* publicados en estos últimos años, *El choque de civilizaciones*, de Samuel Huntington, que se ha convertido en libro de culto tanto entre sus seguidores como entre sus enemigos, y es el único de este grupo que se ha traducido al castellano. Se trata de una preocupación en torno a la decadencia y fragilidad de Norteamérica que tiene su correspondencia, menos conocida o menos comentada, en libros dedicados a la antropología y las ciencias naturales que la estudian en otras civilizaciones, como *The Collapse of Complex Socíeties*, de Joseph Tainter; *A Green History of the World: The Envíronment and the Collapse of Great Civilizations*, de Clive Ponting, o *Colapso. Por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*, de Jared Diamond, que es el único de este grupo editado en castellano.

Junto a este interés por la política mundial, que había sido tradicionalmente ajeno a los norteamericanos, existe una larga tradición de libertades personales que condicionan su visión de la vida política exterior. Los Estados Unidos fueron considerados desde su nacimiento como un ejemplo de modernidad y progreso. Fueron un gran experimento de libertad. Nunca antes una colonia se había separado de la metrópoli, nunca el poder había dependido de la voluntad expresa de todos los gobernados. De la misma manera que muchos norteamericanos, incluso hoy, creen hablar con Dios directamente, cualquier ciudadano de los Estados Unidos puede hacerlo con sus representantes. El ciudadano estadounidense tiene un acceso inmediato a sus congresistas como no lo tiene el ciudadano de las naciones europeas. «Llamaré a mi congresista…», «Hablé con mi congresista…», «Me escribió mi senador…», son expresiones habituales en los Estados Unidos, país donde la gente vota un candidato concreto para un cargo concreto y no la lista cerrada de un partido.

El teléfono de los congresistas y senadores está en la guía telefónica, al principio, junto a los demás teléfonos gubernamentales. Los grandes *staff* que los políticos electos pueden llegar a tener en razón de su antigüedad o poder están en gran parte dedicados a resolver problemas personales de sus electores, a servir de intermediarios entre estos y las distintas e incómodas burocracias estatales o federales. Los ciudadanos esperan, y consiguen, de ellos cosas que ningún ciudadano europeo espera de sus cargos electos.

Los norteamericanos no aceptan ser gobernados a sus espaldas. Nunca han tenido que pasar por la experiencia de una dictadura, han combatido cualquier tipo de censura oficial. Son un pueblo formado por el aluvión de otros pueblos, por un conjunto de emigrantes escapados de sistemas autoritarios que no funcionaban o cuando lo hacían era en contra de su propio pueblo. El resultado de estas ideas, esos orígenes y esos comportamientos es la existencia de un país, conservador en el interior, celoso de su independencia en el exterior, que desconfía de la intromisión de las leyes y los gobiernos extranjeros, que rechaza verse sometido por acuerdos o tratados internacionales que no hayan sido discutidos por sus representantes más directos. Un país de gente desconfiada a la hora de administrar y defender sus libertades individuales, y que, por ejemplo, no firma el Protocolo de Kioto, no porque no le importe el calentamiento global sino porque no ha sido discutido, personalmente, por sus congresistas.

En numerosas partes de los Estados Unidos se han aprobado las llamadas *sunshine laws* (término de difícil traducción al castellano), que requieren que el gobierno ponga a disposición del público en general sus archivos. Estas leyes, que pueden variar según el estado, exigen que por lo menos algunas de las reuniones de gobierno — sobre todo en los gobiernos locales— estén abiertas al público y que sus actas puedan ser consultadas a petición de los ciudadanos. La primera de estas leyes apareció en Wisconsin en 1848, poco después de que el territorio se convirtiera en estado. En 1967, Florida aprobó una ley que hacía de las reuniones gubernamentales actos abiertos al público. Cuarenta y uno de los cincuenta estados que forman los Estados Unidos exigen que cualquier reunión de un ente público sea anunciada de antemano; treinta y siete estados exigen que se publiquen las minutas de las mismas, y en treinta y un estados las acciones y decisiones gubernamentales son solo reconocidas si han sido tornadas en una reunión pública. Estas leyes mantienen una tradición de control sobre el gobierno y sobre la política que puede trazarse hasta la *Logan Act* de 1799, aprobada durante la Administración de John Adams, y en un momento de tensión entre los Estados Unidos y la Francia jacobina, que prohibía a los ciudadanos estadounidenses reunirse con dirigentes extranjeros.

Es interesante constatar que algunas de las nuevas democracias europeas, como Polonia, que reciben tanta influencia de los Estados Unidos como de la llamada Vieja Europa, también han aprobado leyes que impiden a sociedades secretas participar de la vida política: «Aquellos partidos políticos u otras organizaciones cuyos programas

estén basados en métodos totalitarios y las formas del nazismo, fascismo o comunismo, así como aquellos cuyos programas aprueben el odio racial o nacional, la aplicación de la violencia con el fin de obtener poder o influenciar la política del Estado, o *proporcionen medios para el mantenimiento del secreto de su propia estructura o afiliación*, serán prohibidos» (Constitución de la República de Polonia, artículo 13).

Siendo los Estados Unidos un país en el que hasta los masones eran religiosos, estos fueron perseguidos a lo largo del siglo XIX no como adoradores del diablo — solo en fechas mucho más recientes algunos grupos cristianos milenaristas se refieren a la masonería como a un grupo de inspiración satánica—, sino porque algunos de sus miembros participaban desde el secreto en una actividad como la política que tenía que ser pública. Todas las grandes conspiraciones denunciadas en los Estados Unidos, pese a compartir los mismos personajes que las europeas, descansan sobre la idea de que alguien, el Papa de Roma, la reina de Inglaterra, los jesuitas, la ONU, una oscura cábala de banqueros que pueden o no ser judíos, quiere quitar a los Estados Unidos su libertad. Dentro de ese espíritu, los *Bilderbergs*, vistos en Europa como representantes del capitalismo más salvaje, no son anatemizados en los Estados Unidos como capitalistas, sino como extranjeros, y más en concreto como europeos decadentes, presocialistas, enemigos de la libre empresa y ateos enemigos de la fe. Bernardo de Holanda, cómplice de la banca estadounidense y judía para los europeos que creen en la Gran Conjura, es para los creyentes de los Estados Unidos un socialista, enemigo de la libre empresa. Y me estoy refiriendo todavía aquí a los razonables, sin entrar en las tesis de aquellos otros que ven en el Club *Bilderberg* no solo un *lobby*, sino también un culto anticristiano que incluye sacrificios humanos o formas rituales de pedofilia. Aquellos que navegan por internet saben que no falta gente así.

Para ser justos, hay que decir que así como algunos norteamericanos sospechan de los judíos, los antisemitas son minoría en aquel país. A pesar de las dudas en torno al confederado Judah Benjamin en el siglo XIX, o de *El judío internacional*, un libro atribuido a Henry Ford pero escrito por sus empleados durante el siglo XX, la herencia bíblica estadounidense parece blindar al país contra el antisemitismo. La Biblia, tan leída por Cromwell, que readmitió a los judíos en Inglaterra durante su dictadura, y por los primeros peregrinos puritanos, que en ocasiones celebraron el *sabbath*: en vez del domingo, parece haber inmunizado a la mayor parte de los norteamericanos contra el antisemitismo. Los peregrinos puritanos del *Mayflower* a los que tanto debe el carácter nacional estadounidense y que tanto discriminaron a todos los demás grupos protestantes, a los indios locales, y sobre todo a los católicos, sentían, sin embargo, un afecto hacia el otro pueblo del libro que se siguió expresando a lo largo de los siglos en las posturas de otros muchos norteamericanos célebres, desde el masón George Washington, que los invitó a ir a la nueva república — mientras el también masón Benjamin Franklin se oponía a su inmigración—, hasta fechas más

recientes. En Estados Unidos el antisemitismo es sustituido, a veces con los mismos argumentos, por el antimundialismo.

29

Recursos de la narrativa conspirativa: de las malas novelas a los ensayos sin documentación

Ya lo he explicado antes, en la librería en que trabajé en Miami tuve un cliente cubano, antiguo ingeniero en un ingenio azucarero, que había trazado una tesis conspirativa que abarcaba toda la historia de la humanidad y giraba en torno al control mundial del mercado del azúcar. Los objetivos de esa conjura, que incluían la Revolución castrista pero no se limitaban a ella, podían ser modestos, pero cuando desplegaba sus tablas estadísticas, su historia cuadraba mucho mejor que la historia oficialmente aceptada. El mundo de los que creen en las conspiraciones tiene una coherencia de la que carece el mundo real: en el mundo real las cosas no siempre se ajustan a la lógica, mientras que en el de las tesis conspirativas todo parece hacerlo.

Los que creen en conspiraciones no creen en accidentes. Al contrario que la realidad que siempre está expuesta a los accidentes y la estupidez humana, las tesis conspirativas siempre cuadran una vez puestas por escrito. Es el más evidente de sus múltiples encantos. Los libros de historia o de filosofía académicos dejan tras de sí la necesidad de leer otros libros, crean dudas, o incluso cansan. Un buen libro conspirativo puede resolver en doscientas páginas, o menos, toda la historia no ya del azúcar en Cuba, sino de todo Occidente, desde los antiguos griegos hasta la actualidad. Y además, el resultado será una historia que tendrá sentido, y un sentido que será fácil de comprender hasta por el lector más torpe, dotado del más mínimo vocabulario.

¿De qué estoy hablando cuando me refiero a libros conspirativos? Están los ensayos sobre el nuevo orden mundial; los textos antisemíticos o antimasónicos de tiempos pasados; los que incorporan elementos de la literatura antimasónica, antijesuítica o antisemita tradicional al análisis del nuevo orden mundial, pero también muchos libros que, sin parecerlo, llevan consigo el mensaje de que el mundo está controlado por fuerzas ocultas y que leemos como diversión.

Como en tiempos de Dumas y Sue, también hoy, a finales del siglo XX y principios del XXI, existe una novela conspirativa, que tiene su versión culta y escéptica en *El péndulo de Foucault* y su versión vulgarizada y crédula en *El código Da Vinci*. Los *Illuminati*, los templarios, el hasta hace cuarenta años inexistente —pero hoy varias veces centenario— Priorato de Sión, pasan del mundo de las conspiraciones al de la novela popular, enfrentados con el *Opus Dei* — caso de *El código Da Vinci*—, o compartiendo escenario con la Guardia Suiza, compitiendo por

revelar u ocultar el linaje y descendencia de Cristo, o luchando por el Santo Grial, y puesto que tanto el *Opus Dei* como la Guardia Suiza existen, ¿cómo no van a existir también el Priorato de Sión, el Grial, los descendientes de Jesucristo y los *Illuminati*?

Estas novelas son escritas desde fórmulas prefabricadas. Se trata de típicos *best sellers* para un público semiilustrado que se estremece de placer al ver entre dos grandes conjuras una serie de referencias culturales *light* fácilmente identificables — San Pedro, el Duomo, la Gioconda—, que le hacen sentirse más culto, de la misma manera que el poder seguir una trama, más recargada que realmente complicada, le hace sentirse más inteligente. Son novelas dotadas de un aparato de referencias a la vez pedante y superficial, sin base histórica que vaya más allá de la que pueda extraerse de un filme de Hollywood o un manual muy básico de historia. Conforman un subgénero dentro de la literatura conspirativa que nos permite ver el camino seguido por la novela popular desde aquellas otras novelas, también llenas de conspiraciones, de Dumas, Sue, o incluso Stendhal, y nos dejan saber que, por lo menos en la novela, cualquier tiempo pasado fue no solo mejor, sino incluso mucho mejor.

Afortunadamente, estos libros no han sido la única aproximación a las conspiraciones y tesis conspirativas en la literatura del siglo XX. La guerra fría, los años setenta, el caso *Watergate*, las guerras secretas de la CIA, dejaron en el público estadounidense una serie de inquietudes y dudas que se reflejaron también en la novela y el cine. *Los tres días del cóndor*, con Robert Redford, es un ejemplo que todos recordamos. Graham Greene publicó en 1943 *El ministerio del miedo*, llevado al cine por Fritz Lang; Richard Condon publicó en 1959 *The Manchurian Candidate*, adaptada al cine en 1962 y retirada durante algunos años, después del asesinato de Kennedy; Morris West, escritor norteamericano residente en Italia, publicó en 1973 *La salamandra*, sobre un golpe de Estado fascista-atlantista preparado desde los cuerpos de seguridad del Estado, que recogía gran parte de los temores de la sociedad italiana de aquella época, pero también la realidad intuida de Gladio, el grupo clandestino paramilitar. Estos libros, y otros muchos, no se ajustan a un esquema preconcebido, no han sido pensados como parte de un subgénero y son libros adultos. También las novelas de John Le Carré e Ian Fleming, a pesar de ser novelas populares de espías, tienen como telón de fondo el clima de sospechas que rodea las tesis conspirativas, y los increíbles planes — magnificados en los filmes— de James Bond, que ocupan el centro de tantas conspiraciones imaginadas.

En cualquier caso, con o sin calidad literaria, se trata de un género bien representado en las librerías y por motivos que pueden ir más allá de los doctrinarios. Son libros, o películas, que venden y, además, bien. Aunque pocos editores de libros conspirativos piensen en el dinero, lo cierto es que nadie ha perdido dinero reeditando tesis conspirativas, se trata de un mercado estable, continuado, en el que nunca han faltado lectores, que además mejora cuanto más empeora el mercado para el resto de los libros. Ha habido editores encarcelados y perseguidos por publicar los *Protocolos*

pero ninguno que haya perdido dinero reeditándolos. Busco en *Amazon.com*, la librería en línea estadounidense, y veo que existen más de un millar de títulos que, de una forma u otra, pueden entrar en la categoría de literatura conspirativa. Por no faltar, no faltan ni los *Protocolos de los sabios de Sión*. *Amazon.com* tiene cerca de dos millones de títulos en catálogo y una clasificación que indica su puesto en ventas. Los *Protocolos*, libro con un siglo de existencia, que está clasificado como controversial y no ha sido promovido de forma comercial en prensa o radio, se encuentra entre los cien mil más vendidos. Lo que no es motivo de sorpresa considerando que diez de las películas de mayor recaudación en los Estados Unidos incluyen temas conspirativos, o que en su quinto año en televisión, cuando no era una novedad absoluta y antes incluso de que apareciera su versión cinematográfica, *Expediente X* había generado quinientos millones de dólares más en publicidad.

Al margen de las novelas y las películas, volviendo a los libros de ensayo, la principal característica de un libro sobre conspiraciones, que pretenda ser leído, es la de no mostrar ninguna originalidad en su planteamiento. Un libro sobre conspiraciones tiene que ser leído y aceptado por todos los lectores de obras anteriores y confirmar lo que estos ya saben. Todos los géneros y subgéneros tienen sus reglas. Cuanto menor es un género, más codificado está. Los lectores de este género en concreto no buscan información nueva en lo que leen, sino ver confirmado un saber anterior. Pueden permitir a un autor añadir algún detalle secundario siempre que no altere la trama central, pero poco más. Así, por ejemplo, *El judío internacional* ataca el *jazz*; Israel Shamir, a las putas de lujo en sus comentarios sobre la revolución naranja, el reverendo Morse, a la Sociedad Leopoldina de Ayuda a las Misiones en su denuncia de la conspiración católica, sin salirse por ello del guion exigido por sus lectores como para que puedan sentirse despistados.

Hablo de libros, pero podría hablarse del Libro, también aquí estamos frente a textos que pueden ser leídos como capítulos de un mismo libro. En todos se repiten las mismas fuentes y los mismos nombres, lo mismo si es un documento encontrado — subgénero dentro de un género ya menor—, que de un libro denuncia, o unas memorias confesando o reivindicando el pasado conspirativo. Estas repeticiones son importantes porque los libros, al citarse los unos a los otros, al aumentar las bibliografías de los que escribirán el próximo, se alimentan y apoyan entre sí. ¿Cómo puede ser falsa una tesis mantenida por veinte, cincuenta o cien libros? Como entre otros grupos literarios, la cita y el elogio mutuos son algunos de los medios usados para acreditar la veracidad y calidad de un texto.

Por otra parte, todo el mundo sabe que un texto ampliamente traducido no puede ser falso afirmación que tiene variantes menos prestigiosas pero no menos populares: «Si aparece en la televisión, no puede ser falso», o la más reciente de «Si lo he leído en internet, no puede ser falso». Se trata de un argumento sin fundamento lógico, pero que no ha dejado de ser eficaz. Otro de los métodos usados es invocar el renombre de los autores o de sus editores. Veinte años después de ser declarados

falsos por *The Times* los editores de los *Protocolos* seguían recordando que en su día fueron publicados por ese periódico como auténticos. Otra edición del mismo libro, la publicada en Francia por monseñor Jouin y la *Revista Internacional de las Sociedades Secretas* — durante muchos años la de mayor prestigio en los ambientes antimasónicos—, insiste en el carácter sabio de su descubridor, Sergei Nilus, pero también en el hecho de que están registrados en la Biblioteca del *British Museum*, o que su edición original había sido impresa en el convento de San Sergio, cerca de Moscú, lo que demuestra, por asociación, que tiene que tratarse de un libro serio.

En cualquier caso, en los libros conspirativos aparecen de forma recurrente una serie de elementos que harían avergonzar incluso a los malos novelistas: documentos perdidos y reencontrados por casualidad, métodos de deducción policiales, culpables por asociación, desertores y tránsfugas que cuentan historias que nadie se molesta en comprobar, ausencia de documentación formal, escenarios que evocan por su oscuridad o su lujo excesivo el carácter satánico de los conspiradores, personajes históricos de la mayor relevancia, de los que sin embargo el común de los mortales rara vez ha oído hablar.

Sería bueno dar un rápido repaso a los elementos que suelen ser habituales en los libros dedicados a las conspiraciones.

Subterráneos y *palacios*. Un repaso al significado de la caverna en el simbolismo tradicional europeo nos indica que tiene dos sentidos, uno creador: es un arquetipo de la matriz materna y, como tal, figura en los mitos de origen, de renacimiento y de iniciación de numerosos pueblos; pero también tiene otro más siniestro: el subterráneo es la cavidad subterránea, sombría, de límites invisibles, el abismo temible habitado por monstruos, que se conecta con el mundo inesperado y peligroso del inconsciente humano. En cualquier caso, el infierno, en Occidente, siempre ha estado bajo tierra y bajo tierra, ha vivido el diablo.

Cuevas y simas, subterráneos y laberintos como centros ocultos de poder forman parte de toda la mitología conspirativa, o al menos lo formaban hasta que los *Bilderbergs* comenzaron a reunirse en hoteles de cinco estrellas, y dejaron de parecerse a los personajes de Eugéne Sue, para convertirse en los personajes de Ian Fleming. En cualquier caso, uno de los pocos medios de transporte mencionados en los *Protocolos* es el metro — «… en todas las grandes capitales se irán estableciendo los metropolitanos (tranvías subterráneos) y nosotros los volaremos por medio de la dinamita»—. Según el interrogatorio efectuado por la policía pontificia al timador Cagliostro, su juramento tuvo lugar en un subterráneo, y cuando Dumas hace reaparecer a ese personaje en una de sus novelas, *Joseph Balsamo*, considera normal hacerlo en un subterráneo y en medio de una logia, a pesar de que en tiempos de Luis XVI las logias solían reunirse en salones de sociedad. Recordamos que tanto el novelista inglés Merriman como el supuesto exnovicio Matias Marcet hacen de la sede de los jesuitas en París una gusanera llena de túneles, de los que por lo menos uno de ellos, el denunciado por Marcet, llegaba hasta el Palacio de las Tullerías.

El local de *Skull and Bones*, a medio camino entre un panteón y un club inglés de caballeros, no sería ni la mitad de popular en Yale, o la mitad de sospechoso en el resto del mundo, si no fuera conocido como La Tumba. La Tumba comparte características de los dos decorados propios de toda buena conjura: lujo excesivo y oscuridad siniestra. En cualquier caso, *the little rom full of smoke* (la habitación llena de humo) es una metáfora habitual entre aquellos que en Estados Unidos denuncian los tratos hechos a espaldas del público, pero también la imagen típica del club londinense en que Milnes y Rhodes fundaron aquellas *round tables* desde las que trataron de hacer aún más poderoso el Imperio británico.

El documento encontrado. Todos esos terribles conspiradores de capítulos anteriores, geniales, satánicos, indestructibles, astutos, parecen tener un grave problema: son despistados. Los conspiradores se olvidan los papeles en cualquier parte, pierden los planes, ponen por escrito sus secretos más siniestros con un candor increíble. Porque tienen que ser cándidos a la hora de reconocer su maldad con palabras como estas: «Tenemos en nuestras manos ambiciones desmedidas, avideces ardientes, venganzas despiadadas, odios rencorosos» (Noveno protocolo). Mucha otra gente siente lo mismo, y no lo incluye en lo que se supone que es ante todo un memo interno.

A Weishaupt en su día no se le ocurrió nada mejor que mandar las ordenanzas secretas de su orden, así como su método de empleo, a alguien que ya formaba parte de la misma — y se supone que ya conocía tanto las unas como el otro— a través de un mensajero que pudo o no haber sido un sacerdote, o un consejero de Estado, o un fraile renegado, llamado Lanz, Lang o Lange, que las perdió, abatido por un rayo. El resultado fue ese libro-informe policial de largo título: *Algunos escritos originales de la orden de los iluminados*. Weishaupt no fue el único en tener tales fallos de seguridad. Los judíos confeccionaron un plan para apoderarse del mundo y se lo dejaron robar por los policías del zar, que tanto los amaba. Los jesuitas, pese a ser pozos de doblez y astucia, metieron la pata continuamente y se olvidaron por todas partes ejemplares de sus *Instrucciones secretas*, hasta el extremo de que estas reaparecieron en media docena de países con varios siglos de diferencia.

Edwin A. Sherman, que fue secretario del Rito Escocés de la Masonería en California, incluyó el supuesto texto jesuítico en su libro *The Engineer Corps of Hell*, publicado en 1882. La historia de cómo logró el documento la cuenta su editor actual:

> «En 1870 un arqueólogo francés entró sin obstáculos en la oficina del secretario del Rito Escocés de la Masonería en San Francisco, California. Había sido enviado a los más remotos parajes de los Andes. […] Había alquilado una habitación en una pequeña aldea. Esa era su base de operaciones. A ese lugar volvía periódicamente a descansar de las peligrosamente elevadas altitudes [*sic*] y para escribir sus informes destinados a Francia. Cuando no estaba allí, la familia

> alquilaba la misma habitación a huéspedes de una noche. Uno de estos resultó ser un alto jesuita. En su partida [el jesuita] olvidó un librito que tenía escondido debajo del colchón. Se trataba de las *Instrucciones secretas* de la Sociedad de Jesús — el más alto manual de procedimientos para los jefes más fieles de la Orden Jesuita—. Estaba en latín y llevaba el sello, firma y confirmación del general y secretario de la Orden en Roma… Durante los días siguiente el francés trabajó furiosamente traduciendo el trabajo al francés en notas estenográficas. Reemplazó el libro y se fue. El jesuita volvió en pocos días preguntando nerviosamente sobre su pequeño paquete negro. También quería saber si alguien había ocupado su habitación desde su partida. Sabiendo del arqueólogo, comenzó a buscarlo tan ávidamente que el francés tuvo que dejar Perú. Finalmente [el francés] alcanzó San Francisco y confió su preciosa pero peligrosa carga a Edwin A. Sherman».

El prólogo de una de las primeras ediciones occidentales de los *Protocolos*, reproducida después en una edición chilena o argentina sin pie de imprenta, nos revela por su parte que:

> El gobierno de Rusia jamás confió en las protestas de los sionistas. Conocía los caminos sangrientos que usaba el judaísmo desde hace siglos. […] Como en los diarios se publicó en el otoño de 1897 que querían llevar los sionistas a efecto una reunión en Basilea, a fin de deliberar sobre la fundación de un Estado judío en Palestina, el gobierno envió para allá a un espía, como nos fue participado por un ruso, que ocupaba por muchos años un alto puesto en un ministerio de Petersburgo. Este hombre sobornó a un judío que gozaba de la confianza en la dirección superior de los masones y que recibió al final de las deliberaciones el encargo de llevar los informes de las sesiones secretas, las que, naturalmente, no vieron la publicidad, a Frankfurt a M., donde la logia judía con el sugestivo nombre de Zur Aufgehenden Morgenroete (Aurora Naciente), fundada el 16 de agosto de 1807, mantiene relaciones desde hace un siglo con el Gran Oriente de Francia. Este viaje representaba una preciosa oportunidad para la proyectada traición. El enviado se alojó en un pequeño pueblo del trayecto, donde lo esperaba un ruso con una banda de escribientes; estos hicieron las copias durante la noche. Por eso, posiblemente, los informes de las sesiones no estén completos; los hombres copiaron

tanto como es posible hacerlo en una noche. El original está escrito en francés.

Copias hechas apresuradamente en medio de la noche, manuscritos perdidos y reencontrados, siniestros planes dejados por escrito, la presencia de un azar que es de origen divino en el caso del rayo que abate al *Illuminati* Lanz/Lang/Lange. El mismo uso de la lengua francesa, símbolo de modernidad y en consecuencia buena, en el caso del texto publicado por los masones, o al menos por un masón, contra los jesuitas; símbolo también de modernidad y en consecuencia mala, en el caso del texto recogido por los policías zaristas contra los judíos. Demasiados elementos comunes para no creer en una fabulación, para no ver la presencia de un canon que conforma y limita un género literario.

Tránsfugas e infiltrados. Y luego está el infiltrado, el agente doble, el tránsfuga como medio de hacer avanzar la acción. El descuido de los astutos conspiradores viene a coincidir con su confianza en todo el mundo. La misma gente que afirma ser, o querer ser, como lobos entre corderos, parece boba más que loba a la hora de confiar en el primero que llega. El informante toscano Giuseppe Valtancoli se une a las ventas carbonarias por el simple sistema de decir que ha sido masón y quiere ser parte de la *carbonería* y lo aceptan. El agente doble Johannes Wit von Dórring escribe en sus memorias que no había sido iniciado por ninguna sociedad secreta, sino que se había limitado a tener contacto con ellas por el sencillo método de hacerse pasar por masón. El renovador del mito de la conjura judía, Sinonini, de ser cierta su historia — y no sabemos siquiera si era cierta su existencia—, les contó a dos judíos que él era uno de su nación y estos no solo se lo creyeron, sino que prometieron hacerle general y le contaron sus planes conspirativos más secretos.

Junto a las confesiones existen otros textos escritos directamente por enemigos de la conspiración, para denunciarla o para elogiarla, siendo el elogio aquí otro tipo de denuncia. Los hay escritos en tercera persona o sobre terceras personas y los hay que se presentan como confesiones. Tanto en un caso como en el otro, es increíble la cantidad de desertores que aparecen en sus páginas y la importancia que se presta al tránsfuga del bando contrario, al enemigo de ayer que ha cambiado de ideas, el jesuita *défroqué*, el exmasón como Taxil, la monja huida como María Monk, el excomunista o el exfascista en tiempos más recientes. No hay grupo sospechoso que no haya tenido un desertor, al que, por el simple hecho de serlo, se le ha concedido una credibilidad que va más allá de las pruebas por él presentadas a la hora de hablar.

Los creadores del género conspirativo ya lo eran: el abate Barruel afirmaba haber sido masón, aunque iniciado en contra de su voluntad, y de Robison sabemos de seguro que sí lo había sido. Un masón escocés y un jesuita. ¿Puede encontrarse una pareja de arquetipos más creíbles para iniciar el género conspirativo?

Los mitómanos. En el siglo XX y en los Estados Unidos el principal impulsor de las tesis antijesuíticas es un tal Alberto Rivera, que recorrió el mundo pretendiendo ser un antiguo miembro de la Compañía de Jesús y en un momento dado dijo incluso haber sido obispo de la Iglesia católica, aunque no hay pruebas de ninguna de estas dos afirmaciones. Los libros de los tránsfugas no proporcionan pruebas documentales, sino que se limitan a contar una historia y con frecuencia solo la propia historia del autor, poniéndose a sí mismos en el centro de los acontecimientos.

Gracias a su confesión a la policía de los Estados Pontificios, Cagliostro, pseudomístico y timador ocasional, se convirtió durante unas horas en el centro de Europa, logró convencer a los policías que lo interrogaban, y a muchos de los que la leyeron más tarde, de que era un ser de gran influencia en Europa, sin el cual era imposible escribir la historia de su tiempo. Buonarroti, con su libro *Conspiración por la igualdad*, al contar la historia de Graco Babeuf logró convencer al mundo, a Metternich y a sí mismo, de que su vida no era un fracaso a pesar de no haber tenido un solo éxito. Gracias a su relato de la conjura de Graco Babeuf, conocemos la enorme trascendencia que para la historia moderna universal habían tenido dos personajes — Babeuf y él— que nunca tuvieron más de cien seguidores y cuya repercusión fue nula.

Hay una explicación psiquiátrica para esta conducta. A finales del siglo XIX y principios del siglo XX, el médico forense Ernest Dupré escribió una serie de artículos cuestionando la fiabilidad e intenciones de los testigos en casos criminales. En uno de ellos cuestionaba la forma en que eran interrogados los menores en casos de atentados contra el pudor, contradiciendo la tesis de que un niño no podía mentir; en otro analizaba la autoacusación, la forma en que después de un crimen, de rasgos particularmente feroces o interesantes, suelen aparecer personas que lo confiesan, aun sin tener parte en su comisión. En 1905, en el marco de un curso de psiquiatría médico-legal, propuso el neologismo «mitomanía» para definir una familia de afecciones psíquicas consistentes en la invencible tendencia del sujeto a elaborar mentiras y, además, creérselas. El mitómano necesita inventar una realidad alterna, y llenarla de peligro y heroísmo, para no morir de aburrimiento ante su triste existencia real. Hay mitómanos en todas partes, pero son más frecuentes en grupos pequeños, cerrados y marginales, no solo porque en ellos les resulte más fácil imponer su relato, que suele tener pocos puntos comunes con la historia comúnmente aceptada, sino también porque ahí es más fácil encontrar a otros mitómanos dispuestos a escuchar a cambio de ser a su vez escuchados.

Las confesiones que tan a menudo llenan la literatura dedicada a las conspiraciones brotan a menudo de la mitomanía, de la del que escribe un libro de confesiones o memorias que le colocan en el centro del mundo. Y eso puede valer tanto para el sujeto que se ensalza a sí mismo colocándose en el centro de la historia universal, como para el autor que espera alterar los cimientos de la historia poniendo por escrito la triste historia de un mediocre perdedor.

Métodos policiales. La presencia policial en las versiones rusa y bávara de la historia del manuscrito encontrado, así como entre los autores de confesiones, no es un azar. Un rasgo común a toda la literatura conspirativa es su carácter inquisitorial: lo esencial de su contenido es la forma en que conecta, sin necesitad de pruebas, elementos dispares. El procedimiento más común usado en el libro de denuncia es el conocido como «culpabilidad por asociación». Su objetivo invariable es sentar la existencia de lazos indemostrables entre un grupo mínimo, o incluso inexistente, *Skull and Bones*, *Bilderberg*, *Illuminati*, templarios, y un objetivo inmenso, la Casa Blanca, el control del mundo, la destrucción de la monarquía borbónica. Esta es una constante de toda la literatura conspirativa. No importa que la historia una vez contada sea increíble, esta sigue ajustándose al prejuicio del que la cuenta e influyendo en el prejuicio del que la escucha.

A menudo el resultado obtenido por los autores de este tipo de textos puede ser excelente e incluso envidiable desde el punto de vista de la creación literaria. Tomemos la relación Hitler-Bush, que, ignorada hace diez años, aparece de forma cada vez más frecuente en libros sobre tesis conspirativas. Esta relación puede ser vista de formas muy distintas: Prescott Bush, padre y abuelo de presidentes estadounidenses y senador después de la Segunda Guerra Mundial, había sido, antes de la entrada en la misma de los Estados Unidos, ejecutivo de un banco, la *Union Banking Corporation*, que representaba en Estados Unidos los intereses de Fritz von Thyssen y de otros muchos ciudadanos del Estado alemán, dirigido en aquellos momentos por el canciller Adolf Hitler. Fritz von Thyssen había colaborado con dinero en las campañas electorales de una serie de partidos anticomunistas, a lo largo de toda la República de Weimar, incluido el de Hitler. Contada así no parece una historia demasiado comprometedora, sobre todo porque en la década de 1930 Alemania era un país estable dentro de una región inestable y recibió grandes inversiones estadounidenses. La Alemania de Hitler fue el primer país europeo que llegó a beber Coca-Cola, usar computadoras IBM en sus censos, o conducir vehículos fabricados por la Ford. La *Union Banking Corporation* fue una más de las muchas compañías que hacían negocios con un cliente solvente.

Esa misma historia puede contarse de otra manera. El hijo y el nieto del banquero de algunos de los capitalistas que apoyaron a Hitler — puede y suele acortarse la frase diciendo directamente el banquero de Hitler— han llegado a ser presidentes de los Estados Unidos, y en consecuencia su llegada al poder forma parte de un vasto plan nazi para apoderarse del país. Hitler ha ganado la guerra porque *Skull and Bones* tiene el mismo emblema que la *Waffen-SS*, una calavera, lo que sin duda hace de Bush el *Gauleiter* de los Estados Unidos, aunque no deje muy claro quién es el Führer del resto del mundo. La primera parte de la historia recontada de Bush puede ser aceptable, la conclusión es cuando menos imaginativa; en algún momento entre la primera y la segunda versión se han introducido los elementos de la tesis conspirativa.

En cuanto al Prescott Bush histórico hay que decir que no era nazi, se trataba de un caballero del *stablishment* del este de los Estados Unidos, presbiteriano y conservador, graduado de Yale, un millonario de Nueva Inglaterra y un senador nada dado a radicalismos al que le habría sorprendido la forma en que su trabajo como ejecutivo bancario sería interpretado dos generaciones después. Cuando Prescott Bush se retiró del Senado recibió una medalla por sus aportaciones a la gobernabilidad del país y a la concordia entre los dos partidos durante el período de la posguerra europea, y su apoyo al Plan Marshall.

Ausencia de documentación. La característica final de la literatura conspirativa es la práctica ausencia en la misma de aquellos elementos que dan solidez a un estudio académico. De entrada pocas citas: nada de permitir que los textos originales de los acusados se interpongan entre las ideas que desea demostrar el autor, o entre la conjura que desea denunciar, y el lector inadvertido. Los acusados en los libros conspirativos nunca hablan con los lectores a través de sus textos. Podemos aquí poner como ejemplo a Weishaupt, autor amplio y erudito del que pocos, incluso entre aquellos que dicen sentirse influidos por su obra, han leído una sola linea pero cuya obra muchos creen conocer porque la han entrevisto de forma fragmentaria a través de la obra de sus enemigos.

A pesar de la ausencia de un aparato investigador considerado como serio desde el punto de vista académico, el autor de libros dedicados a las tesis conspirativas se considera un autor serio. Su evidencia descansa sobre bases morales firmes, sobre el saber popular y secular — siempre más fiable que la cultura escrita—, la fe religiosa, o su equivalente político, y todas esas otras cosas que sus críticos incluyen bajo el nombre común de prejuicio. A pesar de eso, no es raro que un libro dedicado a las conspiraciones pueda reunir una gran bibliografía, en la que entrarán de igual manera los mitos, los libros de historia popular, los textos de autores próximos, el cine y las novelas, lo que en principio no está mal, siempre que se establezcan una serie de prioridades y preferencias, una jerarquía en las fuentes de acuerdo con su credibilidad, que rara vez existe en estos textos.

Las pruebas. Tampoco es raro que un libro dedicado a las conspiraciones pueda aportar una larga serie de pruebas circunstanciales, datos y citas que a veces parecen destinados más a convencer al autor del libro que a sus posibles lectores. Las pruebas que ofrecen los autores de los textos conspirativos parecen abrumadoras, pero descansan sobre todo en la analogía, la coincidencia y, muchas veces, la exageración. Uno de los errores más comunes de los partidarios de la conspiración es confundir secuencia y consecuencia. No basta sin embargo con que dos sucesos se sigan en el tiempo para que el segundo esté necesariamente influido por el primero.

La historia de los *Protocolos de los sabios de Sión* es representativa de todo un género, tanto por la forma en que fue escrita como por la forma en que fue aceptada. Libro reconocido como falso incluso por algunos de los que lo han difundido, deriva de muchos textos distintos. Ante todo del *Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y*

Montesquieu, de Maurice Joly, del que toma párrafos enteros, y de las polémicas de los primeros años de la Tercera República francesa, gracias a las cuales varias generaciones de antisemitas se han visto enfrentados al escándalo de Panamá, el *affaire* de las Condecoraciones y otros problemas olvidados incluso en Francia. Toma también de los escritos antijesuíticos escritos durante las guerras santas centroeuropeas, a los que se debe buena parte de su vocabulario. Los *Protocolos* copian finalmente parte de los textos de Barruel; en ellos está casi entera la carta de Simonini, si no en letra, sí en espíritu, y pueden verse influencias de la novela de Disraeli, *Coningsby*, pero también el artículo de un tal K. Eckert publicado en 1862, en la revista católica *Historisch-Politische Bldtter*, que presenta la novela de Disraeli como texto histórico y no como obra de ficción; incluye fragmentos de *Biarritz*, novela de Hermann Goedsche publicada en 1868, que narra una reunión de doce dirigentes judíos con Satán en el cementerio judío de Praga, y del *Discurso del gran Rabino*, que, pese a estar inspirado por un fragmento de *Biarritz*, fue publicado en la prensa francesa como transcripción de una conferencia real, a la que habrían acudido los rabinos, pero no el diablo. Vemos así textos apócrifos que citan a otros apócrifos, y fragmentos de novelas que se transforman en documentos reales con una edición realmente mínima.

Los *Protocolos* fueron escritos en francés, se supone que en París, en los ambientes próximos a la embajada rusa, que controlaba de cerca la prensa y las actividades de sus emigrados liberales. No se sabe muy bien en qué fecha se escribieron pero se barajan las fechas de 1897-1898 y la más tardía de 1902-1903. En cualquier caso, la primera edición impresa en Rusia es de 1903 y la publicó un antisemita pan ruso de apellido Kroutchevan. A esa primera edición la siguieron las de G. V. Boutmi, oficial en situación de retiro, y Sergei Nilus, pope ortodoxo que llegó a ser confesor de distintos miembros de la corte imperial, y esposo de Helena Ozerova, dama de honor de la emperatriz Alejandra e hija del presidente del Tribunal de Justicia. De entre todas las ediciones, la de Nilus es la que será recordada y se transformará en canónica.

Lo más curioso de esta edición es que todo el mundo supo casi desde el principio que era falsa, o, mejor dicho, que no era auténtica. A partir de las primeras ediciones no se trató ni siquiera de justificar la autenticidad del documento tanto como en insistir sobre su veracidad. Distinción que permite aceptar que un documento es falso, pero que no por ello deja de representar unas ideas y acciones que son reales y, en este caso, representativas del comportamiento judío. Julius Evola, autor hoy más recordado por sus estudios sobre el esoterismo y la tradición europea, que ya había prologado la edición italiana en los años treinta, en 1953 continuaba viendo en los *Protocolos* tal marca judía a lo largo de todo el documento que «se podría decir sin esfuerzo que, aunque los *Protocolos* fueran falsos y sus autores agentes provocadores, en ellos se reflejan ideas típicas de la ley y el espíritu de Israel». Por su parte, el prólogo de una edición española de los años setenta indica: «¿Respecto a qué

pueden ser falsos los *Protocolos*?» Se podrá discutir su origen pero no los hechos, que, como decía Pascal, son tozudos, indiscutibles por definición y no precisan de demostración». Lo que significa que si un texto merece ser cierto tiene que serlo. Sobre todo si llega desde una fuente que consideramos creíble. Por ejemplo, *The Times* de Londres o internet.

El síndrome Salinger. Quizá ya no, pero en sus principios la red pareció una fuente de datos insuperable. Hubo un momento, cercano pero ya olvidado, en que internet era accesible solo a los conocedores de las nuevas tecnologías. Películas producidas hace solo quince años nos recuerdan aquellos viejos módems externos sobre los que dejabas caer el auricular del teléfono. En 1990 había 300 000 personas conectadas en todo el mundo y estas formaban parte de una elite científica, o incluso comercial, a la que se le atribuía seriedad en la transmisión de la información. Hoy hay millones de *websites*, decenas de millones de usuarios y poca seriedad. Hay alrededor de 200 000 *sites* dedicados a las conspiraciones y tesis conspirativas. Una búsqueda en *Google*, uno de los principales buscadores, da 12 500 000 respuestas para la palabra *conspiracy*, 428 000 para la palabra «conspiración», y 2.950 000 respuestas para *conspiracy theory*. Demasiada información que necesita ser filtrada.

Pierre Salinger fue secretario de Prensa de la Casa Blanca en tiempos del presidente Kennedy, periodista de *ABC News* de 1978 a 1993, y según una periodista de *Wired*, una revista estadounidense dedicada a nuevas tecnologías y comunicación, el primer afectado del «síndrome de Pierre Salinger», enfermedad muy común en los comienzos de internet que afectaba a la gente que confundía la información en linea con información creíble. En 1996 un vuelo de la TWA se estrelló y Salinger, a partir de información encontrada en línea, repitió como auténticos los rumores que atribuían la caída del avión a un accidente causado por la marina de los Estados Unidos, que habría abatido el avión por error. No fue un buen final para una carrera hasta el momento brillante, pero por otra parte, ¿cuánta gente hay que pueda presumir de que un síndrome lleva su nombre y apellidos?

El gran problema, o la gran ventaja, de la red es que a diferencia de los otros medios de información de masas permite que todo el mundo tenga su propio ministerio de prensa, a bajo coste, de forma inmediata, en práctica igualdad de condiciones con los grandes medios de prensa. En la red entra todo: lo bueno, lo malo, lo siniestro, lo real, lo irreal y lo falso. Cualquiera puede decir cualquier cosa y encontrará, entre los millones de usuarios de la red, una audiencia que le creerá porque, como las tesis del derribo del vuelo 800 de la TWA, está en la red y si está en la red, tiene que ser cierto.

No es la primera vez que circulan bulos o se imprimen mentiras, noticias no confirmadas o material tendencioso, pero sí la primera en que información que no ha pasado por ningún tipo de filtro llega directamente a las masas. Los medios de comunicación tradicionales, prensa, radio, televisión, tienen unos códigos mínimos sobre lo que informan y cómo lo hacen. Por amor a la verdad, por autorrespeto

profesional, o al menos para evitar demandas, la prensa tradicional se ha visto obligada a crear una serie de salvaguardas en defensa de su credibilidad. La información en la red no sigue esos mismos criterios. La red carece de jerarquías, todo el mundo es igual a todo el mundo, todo el mundo tiene las mismas posibilidades de ser encontrado y leído pese a que no todo el mundo merezca la misma confianza. A diferencia de otros medios tradicionales de comunicación, la red es un medio autorregulado, en el que, además, gran parte de la información es anónima, y en el que basta con estar situado en un espacio fuera de las leyes locales para escapar de ellas.

La forma de manejar la información en la red ofrece, además, un ambiente propicio a este tipo de teorías: como a la hora de formular tesis conspirativas también en la red, todas las informaciones tienen el mismo valor, todas las fuentes el mismo crédito y, además, todas las palabras pueden asociarse libremente sin tener que seguir necesariamente un proceso lógico.

Finalmente, el anonimato, y junto al anonimato la irresponsabilidad y la impunidad, es importante en la red. Por fin es posible inventar una revista, una agencia, incluso un autor, a partir de cero en un medio en el que no existe edad, presencia física, género u origen nacional, en que gran parte de la información funciona en una misma lengua franca un —inglés básico de supervivencia— y la gente usa a menudo pseudónimos que —fieles al espíritu de los nombres de guerra *Illuminati*— están destinados más a ocultar la identidad que a describir el carácter o aspecto del usuario. Tampoco el anonimato es nuevo. Lo nuevo es lo fácil que es mantenerlo desde una dirección gratuita en la red. Algunos de los *sites* que pretenden informar, y no pienso solo en *sites* dedicados a las tesis conspirativas o a ternas controvertidos, carecen de editor responsable, de organización que responda de sus contenidos, e incluso de cualquier tipo de contacto con el lector, — excepto no siempre— una dirección electrónica.

Sin embargo, incluso en internet no es tan difícil distinguir la información de la locura. Elizabeth Kirk, de la Universidad *Johns Hopkins Dwight Eisenhower Library*, publicó en 1996 un estudio en línea, *Evaluating Information Found on the Internet*, en el que incluía una serie de orientaciones para juzgar la credibilidad de documentos encontrados en línea. No es el único estudio al respecto. En estos últimos años se han publicado, aunque sobre todo en lengua inglesa, una larga serie de estudios similares: Betsy Anagnostelis, Alison Cooke y Alison McNab han publicado *Thinking Critically About Information on the Web*; Esther Grassian, *Thinking Critically About World Wide Web Resources*; Robert Harris, *Evaluating Internet Research Sources*; Minarik Jonas, *Untangling the Web: Guidelines for Researching on the World Wide Web*; Julie Kwan, *Criterio for Evaluating Information Resources*; J. Pask, R. Kramer, y S. Mandernack, *Why We Need to Evaluate What We Find On The Internet*. Ninguno de estos estudios ha sido aún traducido al castellano.

Todos estos libros dedicados a las conspiraciones, ¿convencen? Ser convincente no importa a la hora de escribir este tipo de textos. Los libros destinados a denunciar tesis conspirativas no tienen por objeto convencer a nadie. Sospecho que nunca lo han tenido. Nadie se ha hecho nunca antimasón, antijudío, anticatólico, por lo leído en un libro, a partir de las pruebas aportadas por este. Los libros sobre tesis conspirativas tienen por objeto confirmar lo que ya sabe desde mucho antes su lector.

¿Y qué sabe el lector sobre este tipo de informaciones? Intuye más que sabe, que el mundo es siniestro, complicado e incomprensible, que él personalmente, a pesar de todos sus esfuerzos, no está tan bien como debería estar mientras que otros triunfan —¿es necesario añadir que injustamente?—. Sabe que tiene que haber una respuesta que no aparece en la prensa. ¿Por qué? Porque todo el mundo, menos él, está en el juego y se lo oculta. El lector que ya conoce la existencia de los poderosos intereses que conspiran en su contra, bien como cristiano, bien como occidental, bien — desde la caída del bloque soviético— como comunista o tercermundista, quiere un libro que confirme lo que ya sabe, le permita sentirse más seguro en sus ideas, le indique que no está equivocado sino que, como ya había sospechado, los equivocados son todos los demás.

30

Dios se ha ido —o lo han expulsado—, solo quedamos los hombres... y, si tenemos suerte, tal vez el diablo...

¿Qué pensarías si supieras que el caos tiene un director?

ADOLF HITLER,
Mi lucha.

En octubre de 1994 un grupo de autodenominados neotemplarios, miembros de la Orden del Templo Solar, se suicidaron en grupo. Días antes habían matado al Anticristo, o por lo menos a un niño de tres meses que creo que no llegó a ser identificado. Al suicidio siguió un incendio que destruyó casi todas las posesiones del grupo. El 20 de abril de 1995 Tim McVeigh dinamitó un edificio del gobierno federal lleno de gente. Deseaba, así, protestar contra el establecimiento de un nuevo orden mundial. El miedo al diablo es el mismo miedo al nuevo orden mundial, ya se traduzca con un lenguaje político o religioso. McVeigh hubiera considerado obsceno asesinar a un niño de tres meses con una estaca. Los miembros de la Orden del Templo Solar nunca hubieran aparcado un vehículo lleno de explosivos frente a un edificio que incluía en su interior una guardería. Los resultados fueron equivalentes. Ambos ejecutores tenían en común una serie de creencias que les apartaban del resto de los humanos. Entre estas creencias figuraba de forma clara la existencia en un bien y un mal absolutos. Y tanto los nuevos templarios como McVeigh estaban convencidos de que ellos representaban el bien.

Más allá de que su comportamiento pueda llevarle al crimen, el hombre que cree en las tesis conspirativas suele ser un hombre recto en el sentido clásico del término. En realidad, es uno de los últimos hombres rectos del mundo. Vive en un mundo de reglas absolutas y, además, las obedece. Está entre las últimas personas que creen en la existencia del Bien y la Verdad, pero también del Mal. Le sería fácil ceder a las presiones del ambiente y vivir en paz, pero eso significaría renunciar a su verdad, que es la Verdad, y a la defensa de su bien, que es desde luego el Bien. Muchas veces, sus creencias le llevan a entrar en contradicción con su familia, sus amigos, sus jefes, a perder su trabajo, su posición social y económica. El que cree en las conspiraciones no solo suele ser un hombre recto, puede, además, llegar a ser un santo, y no es raro que a veces hagan de él un mártir; no es tampoco raro que sus creencias hagan de él un asesino, e incluso un asesino en serie. El hombre que cree en conspiraciones es un

hombre de certezas, el mundo moderno es el de la duda y lo relativo, el conflicto entre ambos es inevitable y a veces produce víctimas colaterales.

Por otra parte, ¿qué nos proponen los pensadores del Partido del Optimismo a principios del siglo XXI? Lo mismo que a finales del siglo XVIII: un mundo homogéneo, necesariamente liberal, ilustrado y laico, ligado a la libre empresa, en que quedarán atrás atavismos y problemas religiosos. El mundo previsto por ellos es un mundo en el que religión o tradición parecen no tener demasiado lugar al lado de la razón. Sin embargo, a pesar de todos los esfuerzos del Partido del Optimismo, las grandes crisis de la modernidad son en gran parte religiosas.

Hay un vacío espiritual en la cultura moderna que los pueblos occidentales comenzaron a percibir en la etapa preliminar de su revolución científica. Después de leer demasiados libros sobre conspiraciones, tanto los libros políticos como aquella literatura popular que a veces ignora ser conspirativa, ha sido en uno que aparentemente no tiene nada que ver con el tema, *The Battle for God* de la teóloga Karen Armstrong, donde he comprendido la increíble soledad del hombre moderno. Karen Armstrong resume en uno de sus libros la lenta pérdida de su parte espiritual por parte del hombre occidental: Pascal vio el vacío del cosmos; Descartes vio al hombre como único ser pensante del universo; Hobbes estaba convencido de que Dios nos había abandonado; Nietzsche fue más lejos y declaró que Dios estaba muerto. La cultura occidental desde hace dos siglos ha dejado de tener un centro sagrado. No todo el mundo ha visto en eso un error. Son muchos los que, por el contrario, confiaron en los ideales de la Ilustración, imaginaron un futuro en el que los seres humanos llegarían a ser más racionales, veneraron la libertad del individuo desligado, por fin, de un Dios percibido como distante y arbitrario. La razón ha proclamado que los seres humanos son la medida de todas las cosas y nos ha liberado de la dependencia de Dios, pero también ha revelado nuestra debilidad. Copérnico nos sacó del centro del universo; Kant dejó claro que jamás podremos estar seguros de que nuestras ideas se correspondan con la realidad; Darwin nos puso a la altura de los animales, y Freud dudó que fuéramos animales racionales. El proceso que coloca al hombre en el centro del mundo, pero fuera del centro del universo, también le deja solo, pequeño, mísero, animalizado y falto de apoyo.

El racionalismo abrió nuevos mundos, amplió horizontes, pero también socavó nuestra seguridad. Primero nos dijo que éramos libres, después nos dijo que no éramos nada. Además, los ilustrados, los liberales, no siempre han vivido de acuerdo con sus proclamados ideales de tolerancia. Apenas llegados al poder en Francia, los racionalistas ajustaron cuentas no con la Iglesia que les había perseguido, esa normalmente ya no existía, sino con un clero cuyos miembros no eran muy distintos de ellos mismos. Al principio de la Revolución francesa, la persecución y matanza de los clérigos precedió a la de los nobles, de la misma manera que la reacción en contra de las tesis revolucionarias adoptó pronto un carácter religioso cuando los campesinos de la Vendée, Bretaña y el Delfinado se alzaron a favor de Dios y el rey.

No importa si ha sido Robespierre, Kemal Atatürk o Mao el que la ha provocado, a lo largo de la historia la secularización de una sociedad y su entrada en la modernidad rara vez ha sido amable o poco sangrienta. De los *chouans* vendeanos en Francia a los *cristeros* de México, pasando por los *kulaks* rusos, la historia de la modernización es demasiado a menudo la del exterminio de los campesinos creyentes por los ciudadanos descreídos, la de la extinción de las lenguas locales por el idioma de las clases cultas y revolucionarias. Los *calmucos* sedentarizados (al menos los que sobrevivieron a las purgas de Stalin) por la Revolución soviética son parientes cercanos de los bretones, catalanes y corsos perseguidos al principio de la Revolución francesa por tratar de mantener su idioma.

¿Cuántos millones de hombres han muerto en nombre de esa felicidad laica en la que vivimos desde el triunfo la Revolución francesa? ¿Es tan maravilloso el mundo moderno como pretenden sus defensores? El mundo está más poblado que hace un siglo y sin embargo es también más rico que entonces. El mundo de las revoluciones y las matanzas ha sido también, aunque solo para Occidente, el del fin de las tiranías y el hambre, pero aun así está suficientemente lleno de injusticias y violencia para despertar la nostalgia por un pasado que nunca existió. El rechazo a esta modernidad en literatura puede llamarse romanticismo pero en política se llama reacción y en religión fundamentalismo o integrismo.

La Revolución francesa fue el parto doloroso y violento de un mundo moderno que llega hasta nuestros días y que muchos tardaron en comprender o aceptar. El final del siglo XVIII vio desaparecer a Dios del centro del Estado occidental. Por primera vez en siglos el hombre se quedó solo y fue libre de escoger su destino. Era, es aún, una soledad dolorosa. Se trata de un vacío que nada puede llenar. ¿Y todo para qué? A pesar del culto moderno a la razón, la historia más reciente, la del mundo gobernado por laicos, ha estado marcada por guerras mundiales y crímenes que sí tienen parangón en la historia del hombre, y no son necesariamente más horribles que los de siglos pasados, pero de los que por primera vez somos conscientes en el mismo momento en que ocurren.

Si Dios no existe —y no todo el mundo acepta esa tesis — y además los hombres somos buenos por naturaleza, alguien tiene que ser culpable de que el mundo esté como está.

Así como hay conjuras y conspiradores en todas partes del mundo y épocas de la historia, las tesis conspirativas solo se dan en Occidente en tiempos modernos, y, cuando se dan en otras culturas, suelen ser teorías llegadas desde Occidente y la cultura moderna. Ese es al menos el caso de los *Protocolos*, éxito de venta pocos años atrás en Japón y base para una serie televisiva en Egipto en 2003.

Fruto de Occidente, la teoría conspirativa es también fruto del monoteísmo. Incluso cuando es rechazado, el monoteísmo marca nuestra cultura. El concepto de progreso, eminentemente occidental, que tantos creen moderno, tiene que ver con una concepción teleológica de la historia que nos viene del cristianismo y hace del mundo

en que vivimos algo perfectible y dotado de intención. El mundo, primero para los cristianos y después para las culturas occidentales, tiene dirección y sentido, e incluso sentido único. Del monoteísmo hemos heredado varios conceptos que nadie relaciona con las tesis conspirativas pero sin los que estas no podrían ser formuladas: el concepto de progreso, una ética basada en la culpa, el bien y el mal como categorías absolutas de la moral asociadas a la voluntad.

El monoteísmo implica la existencia de un bien y un mal definidos. Cuando existe solo un Dios, este tiene que ser el bien. Cuando existe un Dios cuyos designios son inescrutables ese Dios que «escribe recto con renglones torcidos» del viejo proverbio las cosas malas pueden, y en ocasiones incluso deben, ser aceptadas como pruebas de fe, o incluso como castigos. Pero cuando Dios deja de estar en el centro de la historia y esta pasa a ser obra de los hombres, si algo sale mal la culpa es de alguien. Cuando a Dios se le aparta violentamente del centro de la historia, ¿quién puede pasar a estar en ese mismo centro sino el diablo, esa otra gran creación monoteísta? A fin de cuentas Luzbel-Lucifer fue el primer conspirador de la historia.

¿Qué pasa con el otro gran monoteísmo contemporáneo? Parecería que también el islam cree en la Gran Conjura. En los años setenta, el rey Faysal de Arabia repartía *Protocolos* a los visitantes más inapropiados; en fecha más cercana — el 2002— Mahathir Mohamad, en aquel momento primer ministro de Malasia, declaró en una reunión internacional que «los judíos tenían demasiado poder». Parece que existe una continuidad en el mundo islámico en lo que se refiere a la presencia política de tesis conspirativas. A Faysal nunca le dijeron nada era un árabe bueno que mandaba petróleo a buen precio y compraba sus armas en los Estados Unidos— pero las declaraciones de Mahathir despertaron numerosas réplicas en la administración estadounidense. Varios representantes del gobierno norteamericano criticaron sus comentarios como «equivocados y divisivos», pero sin embargo en medio de la crítica Condoleezza Rice, consejera de Seguridad Nacional del presidente Bush, declaró: «No creo que [*esas ideas*] sean emblemáticas del mundo musulmán». Y tenía razón.

Aunque debido a la situación actual de Palestina, y la existencia del Estado de Israel, deba hoy hablarse de hostilidad entre judíos y musulmanes, estos últimos han sido tradicionalmente, y hasta fecha reciente, más tolerantes que los cristianos hacia los judíos. Es a los países musulmanes adonde huyeron aquellos judíos de los países cristianos del Mediterráneo que no querían renunciar a su identidad religiosa. La presencia de una fuerte comunidad sefardí en los Balcanes se debe a que esta región fue turca. Incluso hoy el antijudaísmo, y la creencia en conspiraciones, son elementos nuevos dentro de la cultura árabe. Y prefiero emplear el termino árabe al termino musulmán porque esas tesis conspirativas, importadas de Europa, entraron en los países árabes no tanto a través de monarquías islámicas tradicionales como de estados laicos como Siria o Irak, regidos por el Baas, un partido moderno, radical y

autoritario, fundado en bastantes lugares por universitarios cristianos de etnia árabe pero no necesariamente de religión musulmana.

Durante la década de 1930 muchos jóvenes de países en situación colonial o neocolonial buscaron en los enemigos de Francia y Gran Bretaña — sus metrópolis— aliados o incluso inspiración en sus luchas por la soberanía y modernización nacionales; el resultado de esa búsqueda, y de algunos contactos directos, fue la aparición de grupos nacionalistas modernos en sociedades premodernas, entre ellos el Baas. No es casual que el único ataque contra la masonería dentro del mundo árabe venga también de ese partido y no de un grupo religioso ortodoxo. Los masones, inexistentes en Damasco o Bagdad, sí existían en París, donde habían estudiado sus lideres, o en Roma y Berlín, de donde salieron tantas de sus ideas.

Saliendo de los países de etnia árabe y reentrando en el más amplio mundo de los países musulmanes, lo cierto es que al margen de la presencia importada de los *Protocolos*, el mundo musulmán no cree por regla general en la Gran Conjura porque no la necesita como explicación. Al contrario que Occidente, el islam no ha visto a Dios desertar, o ser apartado, del centro de la historia. Los musulmanes siguen teniendo un punto de referencia que hace inútil e innecesaria cualquier otra explicación de lo que pasa en el mundo. El bien y el mal continúan llegándoles sin necesidad de intermediarios laicos.

En lo que sí creen algunos musulmanes es en la relación entre Satanás, Israel y los Estados Unidos. No están solos: el diablo ha sido visto, aunque no siempre en los Estados Unidos, por mucha gente en el centro de la política mundial.

Las tesis conspirativas nunca nacen en países donde no existe el diablo. Nacen en países en que el mal es percibido como obra de una voluntad, en que las decisiones de este mundo se traducen en un premio o castigo más allá de la muerte, y en consecuencia existe, tiene que existir, Satán. Son muchos los que perdida la fe en la existencia de Dios y el bien siguen teniendo fe en la existencia del mal. No es extraño: el bien es más difícil de ver que el mal, la infelicidad más evidente que la felicidad.

El diablo aparece tanto o más que Dios en las tesis de los que creen en conspiraciones: los *Illuminati* fueron acusados de ser satanistas. Goethe, uno de sus antiguos miembros, quizá escribió *Fausto* para denunciar los peligros de asociarse con lo oscuro. Es por la reputación diabólica que rodeaba a los *Illuminati* que Aleister Crowley, que afirmaba ser satanista, trató de revivir aquella orden a finales del siglo XIX. Antes de los *Illuminati*, los templarios habían sido acusados de tener una imagen del diablo en su casa principal de París; ¿qué era sino el Baphomet? Gougenot y Taxil dedicaron a Satanás gran parte de su obra, y Satanás tenía en ellas no solo planes dignos de los otros grandes conspiradores modernos —Taxil le puso a fabricar gases tóxicos debajo de Gibraltar— sino incluso una presencia más intensa que Dios. Los protestantes estadounidenses del siglo XIX vieron satanismo en la Compañía de Jesús; el zar de Rusia se dio cuenta de que Napoleón era el Anticristo ¿por qué si no reuniría

al Gran Sanedrin?—; los hombres de la Orden del Templo Solar supieron identificar de nuevo al Anticristo en un niño de tres meses —y si no lo hubieran asesinado sería incluso una anécdota graciosa—, cuando para muchos usuarios de la red es evidente que solo Bill Gates puede serlo. Y no olvidemos la herencia del Nuevo Testamento, en gran parte culpable de ese odio previo sin el que las tesis conspirativas antijudías no habrían tenido la influencia que llegaron a tener: son muchos los que saben que un pueblo que ha sido capaz de rechazar a Dios Hijo — como Lucifer rechazó en su día a Dios Padre— y de conspirar para matarlo, tiene que estar asociado al diablo. La sinagoga y la logia son en distinta fecha identificadas como iglesias del diablo y a partir del siglo XIX asociadas como cómplices en toda clase de actividades anticristianas.

Los malos, los conspiradores, complementan, o sustituyen, a partir del siglo XVIII a Dios y al diablo como origen de la historia, con una clara desventaja en contra de los conspiradores: Dios, podía ser incomprensible e indiscutido, sus planes a largo plazo podían escapar a la lógica de los creyentes sin que estos pudieran reaccionar; el diablo era casi tan poderoso e intocable como Dios, aunque fuera licito perseguir a sus adoradores; por el contrario, los sospechosos modernos tienen presencia física, un cuerpo que puede ser perseguido y castigado, quemado, mandado a la guillotina o al paredón, encerrado en el *gulag* o matado de hambre en Ucrania, gaseado y muerto.

Los modernos sospechosos, conspiren o no, suelen ser perseguidos sin problemas de conciencia. En octubre de 1994, justo antes de matarse, los miembros de una orden templaria salvaron al mundo matando al Anticristo, y Timothy McVeigh hizo lo posible por salvar a los Estados Unidos de la tiranía mundialista. Ignoramos lo que sintieron los neotemplarios en el momento de morir, pero sabemos que McVeigh murió con la conciencia tranquila, sin perder la compostura. El poema «*Invictus*» de William Ernest Henley, un olvidado escritor norteamericano del siglo XIX, con el que McVeigh se despidió del mundo, no era una disculpa. Empieza con una declaración de orgullo: «Agradezco a quienes quiera sean los dioses / por mi alma inconquistable», y concluye en el mismo tono: «Soy dueño de mi destino, / capitán de mi alma». En medio del poema puede leerse: «Mi cabeza está ensangrentada pero no se ha inclinado». McVeigh moría orgulloso, caía en combate. No creía que tuviera que disculparse: había luchado contra el mal.

No quiero asustar a nadie, pero el mundo está lleno de gente así.

31

«Estamos todos», una frase revisitada

La vida… un cuento narrado por un idiota con gran aparato, y que nada significa.

WILLIAM SHAKESPEARE,
Macbeth.

A pesar de haber luchado con todo lo que tenía a mano, y siendo un antiguo soldado saber bien cómo improvisar su bomba, Timothy McVeigh fue derrotado por la conjura contra la que se alzó. Esa conjura se llama sociedad moderna, no es el resultado de la acción de unos pocos conspiradores trabajando en secreto, sino toda una larga serie de interacciones entre los mundos de la cultura, la política, la economía, la ciencia e, incluso hoy, la naturaleza, que están más allá del control de un grupo por poderoso que este sea. Entender el mundo moderno no es fácil y no es de extrañar que sean muchos los que sienten nostalgia de tiempos más sencillos en que la fe bastaba para resolver todos los problemas.

Recientemente tuve que leer un libro en el que un científico analizaba el fracaso de diversas sociedades. Siendo un científico y trabajando sobre sociedades muertas y desaparecidas, que incluso en vida habían sido iletradas, empleaba para sus análisis las ciencias naturales: la biología, la polentología, la paleontología, la medicina forense, la climatología y la epidemiología, la antropología y la edafología, para ver el desarrollo de la población, la economía, la agricultura, la flora, la pesca y la caza en la isla de Pascua. El resultado era fascinante y pese a ello irrepetible en nuestro mundo y sobre una sociedad viva.

Comprender el mundo moderno implica tener que conocer demasiadas ciencias: sociología, historia, economía política, estadística, filosofía, arte, demografía, antropología, epidemiología. Entender el mundo moderno no es tan fácil como explicar un mundo ya muerto. Ante todo está en perpetuo cambio. En segundo lugar, es imposible obviar las crónicas y los testimonios de los que viven en el mismo, lo reinventan según lo van contando, y nos despistan. Al contrario que con las sociedades desaparecidas, el nuestro es un mundo en constante cambio. Poder resolver sus problemas es como tratar de resolver una ecuación en la que las incógnitas pudieran cambiar de valor, sin aviso previo, en medio de cualquier operación. Cada vez que creemos que hemos comprendido el mundo y podemos

explicarlo surge una nueva incógnita o se transforma alguna de las que ya creíamos despejadas: aparece el microchip y la Unión Soviética queda veinte años retrasada con respecto a Occidente; llega una epidemia de sida en África, que no nos afecta directamente ahora pero lo hará en veinte años cuando toda una generación de jóvenes africanos crezca sin padres; un estudiante de gafas gruesas inventa un sistema que permite que cualquier virtual analfabeto pueda usar una computadora, se transforma en el hombre más rico del mundo y altera todas las formas de comunicarse de los países civilizados. Las posibilidades de cambio son infinitas. Una nueva incógnita que nadie podía prever y el mundo cambia y ese cambio puede ser frustrante para el que ya tenía una visión clara de cómo es el mundo.

La conjura contra la que McVeigh luchaba es precisamente la del cambio constante, la del impulso por mejorar personalmente —incluso a costa de los demás —, ser más rico, más libre, más feliz. La conjura que conduce a la gente del campo a las ciudades, de los países subdesarrollados a los desarrollados, de las sociedades cerradas a las abiertas, de las economías estancas a la libre empresa, de la sociedad ritual a aquella otra que proclama «Vive como quieras y sé feliz». Es una conjura que causa muertes y trae consigo injusticias, es un progreso a menudo doloroso, es un cambio que lamina pequeñas culturas y pequeñas economías, y crea resentimientos, resistencias y deja tras de sí inevitables perdedores, que pueden tener en su derrota una grandeza y una dignidad de la que suelen carecer a menudo los vencedores. No es, sin embargo, un cambio fácil de detener. A veces esa conjura sin líder, esa conspiración de la que casi todo el mundo participa, incluso sin saberlo, ha tratado de ser dirigida y otras veces — una vez alcanzada la victoria— han surgido líderes que la reivindicaban como propia.

No «están todos», como creía María Antonieta. Estamos todos, incluso aquellos que lo ignorarnos, e incluso aquellos que no se sentirán felices en su papel de cómplices.

Eso no significa que no haya habido conspiraciones reales, clásicas, con cenáculos clandestinos y jefes secretos. Son las que menos han hecho por cambiar el mundo. ¿Qué conspiraciones han triunfado? Aunque sería más correcto preguntar ¿qué conspiraciones creemos que han triunfado? A corto plazo, han podido triunfar muchas y opuestas entre sí. A largo plazo, es difícil encontrar conspiradores triunfantes que hayan logrado desviar la dirección de la historia o lograr dar marcha atrás en la misma. En 1829, los *Chevaliers de la Foi* eran dueños virtuales de Francia y uno de los suyos, el príncipe de Polignac, estaba a punto de ser nombrado primer ministro, pero no los recordamos porque en 1830 habían sido barridos por las masas y Polignac estaba exiliado. La victoria del Klan, devolviendo al sur de los Estados Unidos a una situación casi similar a la del período anterior a la guerra civil, duró tres generaciones pero también acabó por fracasar. Si hubo una conjura para llevar el bolchevismo a Rusia, hay que decir que, sesenta millones de muertos después, ha sido un fracaso. En fechas más recientes, Georges Soros, que tanto éxito tuvo

ayudando a los liberales en las elecciones de Ucrania, fracasó cuando trató de influir en las de los Estados Unidos.

Según la obra de Barruel, el complot de los *Illuminati* tenía por fin llevar a los «adeptos de las ideas revolucionarias de la Igualdad y la Libertad» al poder, en lugar de los reyes legítimos. Para Barruel, el peligro estaba en que pronto cada nación tendría un «apóstol de la Igualdad, la Libertad y la Soberanía Popular». Acertó. Es obvio que no quedan reyes absolutos en Europa y que aparentemente el vasto plan *Illuminati* destinado a crear un mundo laico ha triunfado. En el prólogo de una edición, sin embargo no demasiado antigua, de los *Protocolos de los sabios de Sión*, veo una lista de objetivos de tan peligrosa conspiración. No todos se han cumplido y algunos de los que parecieron cumplirse han desaparecido con la caída del bloque soviético. Aun así, la lista de aciertos es amplia, probablemente porque se basa más en un análisis que del texto hace el prologuista, setenta años después de su primera edición, que en el mismo texto. Los *Protocolos* habrían pronosticado así la desaparición de las casas reales reinantes y la eliminación de la nobleza; la implantación del comunismo, primero en Rusia y luego en media humanidad; el centralismo administrativo; la multiplicidad de los partidos políticos; la tendencia hacia el gobierno mundial; el sufragio universal; el control de la medicina por el Estado; los cambios frecuentes de gobierno en Europa; la generalización de las huelgas; el aumento progresivo de la burocracia estatal; la desaparición de las monedas nacionales y la aparición de una moneda mundial; el impuesto progresivo sobre las herencias; la sustitución de la moneda por los cheques; la educación sexual de la juventud; el control estatal de la educación; la legalización del aborto. En suma, la sociedad moderna tal y como es conocida en gran parte de los países avanzados de Occidente.

Tanto lo previsto y temido por Barruel, como lo temido y previsto por el anónimo recopilador de los *Protocolos*, coincide con lo que vemos a nuestro alrededor, con el mundo contemporáneo. Las conjuras en las que creemos, porque han triunfado, son las que han dado forma a nuestro mundo. ¿Acaso no es eso prueba de que los *Protocolos* y el libro de Barruel son ciertos? Pero, por otra parte, ¿era necesaria una conspiración para lograr tales resultados?

Tengo que darles la razón a los que creen en la Gran Conjura en por lo menos un punto: la fecha inicial de la misma. 1776 fue el año en que Adam Weishaupt creó su sociedad secreta, pero fue también el año en que en Norteamérica nació el primer experimento de autogobierno de los pueblos basado en la participación y consenso de todos los gobernados. 1776 fue también el año en que otro Adam (Smith) escribió *La riqueza de las naciones* y definió la división de trabajo como «la mayor de las mejoras en los poderes productivos del trabajo». La expresión usada por ese otro Adam para definir las fuerzas del mercado, «una mano invisible», es la misma que reaparece en un contexto distinto en muchas tesis conspirativas. Con todos sus fallos ahí están, aún en pie, tanto los Estados Unidos como el sistema librecambista, el

capitalismo. Los que creen en las conspiraciones tienen razón cuando dicen que el símbolo de la conspiración triunfante está impreso en el billete de dólar.

Han existido conspiraciones triunfantes a largo plazo, pero han sido normalmente las que ya seguían el curso de una historia y un desarrollo económico que a la larga hubiera producido los mismos resultados, probablemente con menos muertos.

Durante la Gran Guerra, André Maurois, joven novelista francés destinado como enlace traductor a un regimiento inglés, deseoso de reafirmar la aún dudosa amistad anglo-francesa, hizo notar a través de sus novelas que dos países que habían combatido durante largo tiempo, con dos sistemas políticos aparentemente antagónicos, monarquía y república, habían llegado a ser tan parecidos en sus sistemas sociales que le era posible pasar del uno al otro sin sentirse un extraño. Un siglo después de su Revolución, Rusia vuelve a parecerse más a la de los zares que a la soñada por Lenin. A treinta años de la revolución cultural, un país de comerciantes, pronto tal vez de mandarines, resurge debajo de la China uniforme creada por Mao. A partir de estos ejemplos sería fácil declarar la inutilidad de las revoluciones, de las conspiraciones, quizá incluso de la política, frente al enorme peso de la cultura, la lengua, la geografía, el clima, la herencia y la economía, pero no seré yo quien lo haga.

Existen otras formas de juzgar las tesis conspirativas. Hay una frase de Octavio Paz, pronunciada a la caída del muro de Berlín y la desaparición del llamado «socialismo real», que puede usarse en un análisis sobre estas tesis: «El hecho de que las respuestas no fuesen las correctas no significa que las preguntas no lo fueran». No miremos con desprecio a los que creen en conspiraciones o sus tesis, y tal vez podremos ver también en los grandes mitos de la conspiración mundial no solo su interpretación más común: una explicación simplista de procesos demasiado complejos para ser comprendidos sin el conocimiento de ciencias, que solo se pueden dominar después de muchos años de estudio y dedicación; o incluso una búsqueda de excusas para los fracasos propios y de chivos expiatorios en los que descargar la frustración por tales fracasos. Si miramos con atención, podremos ver también una manera de dar forma humana — que es a veces inhumana pero al menos concreta— a temores y fuerzas de la historia, que de otra manera serían aún más terribles.

Las tesis conspirativas pueden ser la expresión de temores legítimos frente a peligros reales, una forma de análisis popular que, careciendo de su rigor, comparte los fines de la investigación histórica, e incluso una forma de folclore urbano que puede tener una base, más o menos lejana, en la realidad.

Ejemplos de esas raíces reales a las que me refiero no faltan. Los ricos y los poderosos, sin necesidad de conspirar, no siempre se sienten obligados a comportarse siguiendo las mismas reglas que el resto de los ciudadanos. Eso que podía ser, o al menos parecer, legítimo para los príncipes de sangre y la nobleza en el *ancien régime*, dejó de serlo en la mayor parte de los países a partir de la Revolución francesa.

Tampoco los estados, incluso los estados modernos, miden siempre sus propios actos con las mismas reglas que miden los de sus ciudadanos.

La lista de teorías conspirativas que están inspiradas originalmente en errores, crímenes y malinterpretaciones de hechos reales, causados por la estupidez o la prepotencia del Estado, o de grupos privados, es larga. Es improbable que médicos —judíos o no— hayan creado el virus del sida en un laboratorio del gobierno estadounidense para destruir a los negros (o a los homosexuales) de su país, pero sería más fácil convencer de esa improbabilidad a los afectados sin el triste precedente del *Tuskegee Study of Untreated Syphilis in the Negro Male*, que duró desde 1932 a 1972, en el que el gobierno de los Estados Unidos usó como cobayas a seiscientos pacientes de raza negra enfermos de sífilis y los dejó morir lentamente, al negarles la asistencia médica debida. Sería más fácil negar la teoría que dice que la CIA ha llenado de cocaína y heroína los barrios negros estadounidenses si esa agencia no hubiera participado con anterioridad en el desarrollo experimental del LSD. Es poco probable que la mafia dirigiera todo el Estado italiano pero, en noviembre de 2002, Giulio Andreotti, el mismo político que había desvelado la existencia de Gladio, fue condenado a veinticuatro años de cárcel por ordenar el asesinato de un periodista muerto por la mafia. ECHELON, el sistema de control de las comunicaciones a través de internet, existe, aunque hace pocos años los primeros que oyeron hablar de este programa lo desdeñaron como una más de las leyendas urbanas que circulaban en la red. Incluso para los escépticos, es difícil ver los mitos conspirativos que nos rodean hoy con la misma claridad con que podemos ver los que tuvieron lugar hace siglos.

Las tesis conspirativas son una respuesta simple a problemas complicados, pero negar su validez como respuesta no basta para negar la existencia de tales problemas. Son el planteamiento y la respuesta no letrada a un problema que existe en las sociedades modernas desde su misma aparición: la relación entre secreto y poder.

Sin responsabilidad personal no hay democracia. El duque de Orleans lo intuyó cuando en medio de la Revolución francesa abandonó la masonería para hacerse parlamentario; Jefferson no creía en el secreto y su defensa de Adam Weishaupt incluye un comentario respecto a su inutilidad en una sociedad libre; las quejas contra la masonería en los Estados Unidos en la primera mitad del siglo XIX no fueron hechas desde el punto de vista de la reacción, sino que fueron parte de una oleada populista que deseaba igualar aún más a los ciudadanos de la joven República, y que parece haber fracasado a juzgar por los candidatos de las más recientes elecciones presidenciales estadounidenses. El duque de Orleans tal vez solo trataba de sobrevivir, pero los granjeros de Maryland que votaron por candidatos antimasónicos tenían motivos para desconfiar, como lo tienen los ciudadanos de muchos países hoy, al ver demasiado poder concentrado en pocas manos de una forma que les parecía irresponsable. En nuestros días, cuando dos candidatos a la presidencia estadounidense son miembros del mismo club y pueden llegar a tener más lazos entre

sí que con sus votantes, cuando políticos electos se reúnen en secreto con los hombres más ricos del mundo, hay motivos para ser vigilante, y para serlo sin complejos prosecutorios. La democracia solo crece al sol, solo en países en los que el político es responsable de sus actos.

Junto a todos los análisis de páginas anteriores, me gustaría añadir uno que creo propio, quizá porque aunque lo he deducido de otros textos sobre conspiraciones no lo he visto escrito en ellos. Quizá quienes creen en las conspiraciones no las temen, sino que desean que existan; quizá se resisten a aceptar las tesis de los escépticos y descubren o inventan conjuras porque las necesitan. Sin Dios y sin las conspiraciones, sin los superiores ocultos de los que hablaban los masones alemanes en el siglo XVIII, sin los sabios ancianos de Sión, sin el Club *Bilderberg*, sin los amos del mundo, sin el diablo, la mayor parte de los hombres están/estamos solos frente a un mundo incomprensible, no entendemos qué pasa, somos huérfanos.

¿Cuántos hombres conocen todas las ciencias que les permiten no ya dominar sino comprender siquiera la realidad? ¿Cuántos pueden entenderlas? ¿Qué queda para el resto de los humanos una vez que se les niega la existencia de Dios? Los amos del mundo son malos y egoístas pero ¿y si no existieran? Si no existieran, si no existiese un plan, la historia pasaría a carecer de sentido y el accidente, la casualidad, la avaricia, la irresponsabilidad y la estupidez reinarían sobre nuestra especie. Si los amos del mundo no existieran, nadie estaría a cargo y cualquier cosa podría pasar. Si los amos del mundo no existieran no solo estaríamos solos, sino que, además, seríamos responsables de nuestro destino y esa es una pesada carga que no todos estarían dispuestos a asumir. Es paradójico pensar que libros que dicen que somos controlados desde la sombra puedan ser tranquilizadores para tanta gente, y lo son porque dan orden y sentido a un mundo que de otra manera no podría ser comprendido. ¿Qué es peor, un mundo injusto o un mundo estúpido? ¿La tiranía o «un cuento narrado por un idiota… que nada significa»? Es posible sublevarse frente a un mundo injusto, pero ¿cómo actuar frente a un mundo incomprensible? Han sido necesarios dos siglos para comenzar a aceptar la ausencia de Dios, ¿qué nos queda si tampoco existe el diablo?

JUAN CARLOS CASTILLÓN (Barcelona, España, 1958). Escritor y periodista barcelonés, ha sido — entre otras cosas— librero en Miami. Hombre de agitada biografía personal y profundo conocedor de la realidad política y militar de Centroamérica, ha participado directamente en muchos de los acontecimientos reflejados en obras como:

- ***La muerte del héroe y otros sueños fascistas*, 2001**
- ***Nieve sobre Miami*, 2003**
- ***Amos del mundo. Una historia de las conspiraciones*, 2006**
- ***Extremo Occidente*, 2008**

Notas

[1] David Icke, antiguo futbolista y comentarista televisivo, se las ha arreglado para consolidar casi todas las teorías conspirativas existentes en una sola, y cree que la humanidad está bajo el control de reptiles extraterrestres que pueden cambiar de forma a voluntad y consumen sangre humana, de ahí la leyenda de la serpiente del paraíso en Sumerja y de Kukulkan en el México prehispánico. Sus tesis incluyen una supuesta relación familiar entre la Casa de Windsor, reinante en Gran Bretaña, y los Bush, gobernantes en Estados Unidos. Ha vendido cientos de miles de libros en Estados Unidos y Gran Bretaña. <<

[2] *¿Quién controla la Corona británica? / ¿Quién impide el sistema métrico? / Nosotros, nosotros. / ¿Quién deja Atlantis fuera de los mapas? / ¿Quién mantiene ocultos a los marcianos? / Nosotros, nosotros. / ¿Quién hace de Steve Guttenberg una estrella? / ¿Quién les quita la vista a los peces ciegos? / ¿Quién hace trampas la noche de los Oscar? / Nosotros, nosotros*. <<

[3] La oriflama es un pendón, primeramente usado como enseña de la abadía francesa de Saint-Denis, y que más tarde pasó a ser estandarte de guerra de los reyes de Francia. Fuente: *Wikipedia*. *(N. del E. D.).* <<

[4] *Infirmes*: palabra francesa que significa lisiados. *(N. del E. D.).* <<

AMOS DEL MUNDO

Una historia de las conspiraciones

JUAN CARLOS CASTILLÓN